

ÅSA
LARSSON

SANGRE DERRAMADA



Seix Barral

Åsa Larsson

Sangre
derramada

Será rota vuestra alianza,
la que hicisteis con la muerte,
se arruinará vuestro pacto con el Sol.
Cuando pase el azote desbordado,
os convertiréis en un holladero.
Siempre que pase, os alcanzará,
pues mañana tras mañana pasará,
de día y de noche pasará.
Será suficiente el terror
para entender lo que oís.

Isaías, 28:18-19

Porque Yahvé sale de su morada
dispuesto a castigar la culpa
de todos los habitantes del país:
la tierra descubrirá la sangre derramada
y ya no ocultará a sus muertos.

Isaías, 26:21

VIERNES

21 DE JUNIO

Estoy en el sofá de la cocina. Me resulta imposible dormir. Ahora que estamos en mitad del verano las noches son claras y no hay manera de relajarse. Pronto el reloj de pared que tengo encima dará la una. El tictac del péndulo va creciendo en el silencio. Hace añicos cada frase, cada intento de elaborar un pensamiento razonable. Sobre la mesa está la carta de aquella mujer.

«No te muevas —me digo—. No te muevas y duérmete.»

Troya me viene a la cabeza, una pointer que teníamos en mi infancia. Nunca estaba quieta, siempre andaba dando vueltas por la cocina como un alma en pena con las pezuñas cuqueando contra el parquet barnizado. Los primeros meses la tuvimos en una jaula dentro de casa para obligarla a relajarse. Los «calla», «quieta» o «túmbate» de la familia se oían constantemente en la casa.

Ahora es lo mismo. Tengo un perro metido en el pecho que quiere salir de un salto con cada tictac que marca el reloj. Cada vez que respiro. Pero no es *Troya* la que se mueve en mi pecho. *Troya* sólo quería ir de un lado a otro. Acabar con su inquietud a base de correr. La perra a la que me refiero gira la *cabeza* cada vez que intento mirarla. Está llena de malas intenciones.

«Voy a tratar de dormir un poco. Alguien debería encerrarme. Debería tener una jaula en la cocina.»

Estoy de pie mirando por la ventana. Es la una y cuarto. La claridad de fuera hace pensar que es de día. Las sombras de los viejos pinos alineados al margen del jardín se alargan hacia la casa. Pienso que son como brazos, manos que luchan por salir de sus tumbas y se estiran para agarrarme. La carta sigue ahí, sobre la mesa de la cocina.

Estoy en el sótano. Son las dos y cinco. La perra que no es *Troya* se ha puesto en marcha. Está corriendo por los bordes de mi conciencia. La llamo. No quiero seguirla, no quiero meterme en ese terreno que no he pisado nunca antes. Tengo la mente en blanco. La mano va cogiendo cosas de la pared. Diferentes objetos. ¿Para qué los quiero? La maza. La palanqueta. La cadena. El martillo.

Mis manos lo meten todo en el maletero. Es como un puzzle. No logro ver qué representa. Me siento en el coche a esperar. Pienso en la mujer y la carta. Es culpa suya. Ella es quien me ha sacado de mis cabales.

Conduzco el coche. Hay un reloj en el salpicadero. Son rayas sin ningún sentido. El camino me aleja del tiempo. Las manos sujetan el volante con tanta fuerza que me duelen los dedos. Si me mato ahora, tendrán que serrar el volante del coche y enterrarme con él. Pero no me voy a matar.

Paro el coche a cien metros del embarcadero donde ella tiene su barca. Bajo

hasta el río. Reluce brillante y en calma, a la espera. El agua chapotea levemente contra la barca. El sol se mece en las ondulaciones provocadas por una trucha que ha subido hasta la superficie para comerse una crisálida. Los mosquitos se acumulan a mi alrededor. Revolotean pegados a mis orejas. Aterrizan alrededor de mis ojos y en mi nuca, y me chupan la sangre. No me molestan. Un ruido me hace reaccionar y darme la vuelta. Es ella. Está a tan sólo diez metros de mí.

Su boca se abre y moldea según las palabras que dice. Pero yo no oigo nada. Tengo los oídos taponados. Se le estrechan los ojos. Siento irritación por dentro. Doy dos pasos de prueba hacia delante. Todavía no sé qué es lo que quiero. Me encuentro en un lugar donde no hay cordura ni entendimiento.

Se acaba de dar cuenta de que tengo la palanqueta en la mano. Su boca se queda quieta. Sus ojos se agrandan de nuevo. Hay un instante de sorpresa. Después, miedo.

Veo que llevo la palanqueta. Mi mano rodea pálida el hierro. Y de pronto la perra aparece otra vez. Enorme. Sus patas son como cascos. Tiene todo el lomo erizado, desde el cuello hasta la cola. Está enseñando los dientes. Me va a tragar de pies a cabeza. Y después va a engullir a la mujer.

He llegado hasta ella. Observa como embrujada la palanqueta y por eso el primer golpe le da justo encima de la sien. Me agacho a su lado y pego mi mejilla contra su boca. Siento un aliento cálido en la piel. Aún no he terminado con ella. El perro huye como un loco arremetiendo contra todo lo que se le cruza en su camino. Las pezuñas hacen grandes heridas en el suelo. Me enciendo. Corro por los confines de la demencia.

Y ahora alargo los pasos.

La conserje de la parroquia, Pia Svonni, está fumando en el jardín de su casa pareada. Normalmente sujeta el cigarrillo como lo hacen las señoritas, entre el índice y el corazón, pero ahora lo tiene pinzado con el índice, el corazón y el pulgar. Hay una diferencia considerable. Es porque se acerca el solsticio de verano. Una se vuelve como más salvaje. Sin ganas de dormir. Tampoco hace falta. La noche te susurra, te embauca, te camela, y al final terminas saliendo.

Las ninfas de los bosques se atan los cordones de sus zapatos nuevos hechos con corteza de abedul de la más esponjosa. Es una auténtica competición de princesas. Se olvidan de todo, bailan y salen a los prados aunque pueda pasar algún coche. Desgastan el calzado mientras los pequeños duendes, escondidos entre los árboles, observan con los ojos muy abiertos.

Pia Svonni aplasta el cigarrillo contra la base de la maceta que tiene puesta del revés a modo de cenicero y deja caer la colilla a través del agujero. Le apetece bajar en bicicleta hasta la iglesia de Jukkasjärvi. Mañana se va a celebrar una boda. Ya ha limpiado y lo ha ordenado todo, pero quiere preparar un gran ramo de flores para colocarlo en el altar. Dará una vuelta por el prado que queda detrás del cementerio. Allí crecen calderones y francesitas, y otras flores de verano de color púrpura entre un mar de perifollos blancos. Las nomeolvides susurran en los bordes de las zanjas. Pia Svonni se mete el teléfono móvil en el bolsillo y se ata las zapatillas de deporte.

El sol de medianoche ilumina el jardín. La suave luz atraviesa la valla de madera y las largas sombras de los listones hacen que el césped parezca una alfombra tejida en casa con tiras de trapos de color amarillo verdoso y verde oscuro. Una bandada de tordos arma jaleo en uno de los abedules.

El camino hasta Jukkasjärvi es todo bajada. Pia pedalea y cambia de marchas. La velocidad a la que va es peligrosa. Y no lleva casco. El pelo le ondea al viento. Es como cuando tenía cuatro años y estaba de pie en el columpio del jardín hecho con un neumático y sentía que casi daba la vuelta entera.

Pasa por Kauppinen, donde unos pocos caballos se la quedan mirando desde su cercado. Cuando cruza el puente sobre el río Torneälven ve a dos chicos pescando con mosca un poco más abajo.

El camino va paralelo al río. El pueblo está dormido. Pasa por delante de la zona turística y de la fonda, del antiguo supermercado Konsum y la fea Casa del Pueblo. Luego las plateadas paredes de madera del museo local y los velos de bruma del prado dentro del cercado.

En las afueras del pueblo, donde termina el camino, se alza la iglesia de madera pintada de color rojo. Se nota el olor a brea nueva del tejado.

El campanario está pegado a la valla. Para entrar en la iglesia hay que pasar por el campanario e ir por un camino de piedra que lleva hasta las escaleras.

Una de las puertas azules del campanario está abierta de par en par. Pia se baja de la bici y la deja apoyada contra la valla.

«Debería estar cerrada», piensa, y se acerca sin prisa a la puerta.

Se oye un ruido desde los pequeños abedules que quedan a la derecha del camino que lleva a la casa rectoral. El corazón le da un vuelco y se queda escuchando con atención. No era más que un crujido. Probablemente una ardilla o un campañol.

Incluso la puerta trasera del campanario está abierta. Puede ver a través de la torre. La puerta de la iglesia también está abierta.

El corazón le late ahora con fuerza. Sune se puede olvidar de cerrar la puerta del campanario si sale de fiesta tres días antes del solsticio de verano, pero no la puerta de la iglesia. Le viene a la memoria la noticia de aquellos jóvenes que destrozaron los cristales de una iglesia en la ciudad y lanzaron dentro trapos en llamas. De aquello hace un par de años. ¿Qué ha pasado ahora? Le vienen imágenes a la cabeza. El retablo pintado con espráis y meado. Navajazos en los bancos recién pintados. Lo más seguro es que se hayan colado por una ventana y después hayan abierto la puerta desde dentro.

Avanza hacia el portón de la iglesia. Camina despacio. Agudiza el oído y escucha con atención hacia todos lados. ¿Cómo se ha llegado a esto? Chavales que deberían estar ocupados pensando en chicas y en trucar ciclomotores. ¿Cómo terminan quemando iglesias o matando a homosexuales?

Después de cruzar el porche se queda quieta. Está debajo del coro, donde el techo es tan bajo que las personas un poco altas tienen que agachar la cabeza. Hay un silencio incómodo dentro de la iglesia, pero todo parece estar en orden. Cristo,

Laestadius y María relucen impecables en el retablo. Y aun así hay algo que la hace dudar. Allí dentro hay algo que no cuadra.

Bajo el suelo de la parroquia descansan ochenta y seis cadáveres. Nunca piensa en ellos. Descansan en paz dentro de sus tumbas. Pero ahora puede sentir su turbación aflorando del suelo y clavándosele como agujas en las plantas de los pies.

«¿Qué os pasa?», piensa.

El pasillo central está cubierto con una alfombra roja. Justo donde termina el coro y el techo se abre hacia arriba hay algo en la alfombra. Se agacha.

«Una piedra —piensa primero—. Un pequeño trozo de piedra blanca.»

La coge con el pulgar y el índice, y se dirige hacia la sacristía.

Pero la puerta de la sacristía está cerrada con llave y se da la vuelta para volver a bajar por el pasillo del altar.

Cuando está frente al altar puede ver la parte inferior del órgano. Está casi tapado por completo por una especie de viga, una separación hecha con un tabique de madera que atraviesa la sala central de lado a lado y que baja desde el techo un tercio de la altura total. Pero desde donde está puede ver la parte inferior del órgano. Y ve dos pies colgando delante del coro.

Lo primero que piensa por un instante es que alguien ha entrado en la parroquia y se ha ahorcado, y justo en ese instante siente rabia. Le parece totalmente desconsiderado. Después deja la mente en blanco, sin pensar en nada. Baja corriendo por el pasillo central desde el altar, pasa por debajo del tabique que sale del techo y entonces ve el cuerpo colgando delante de los tubos del órgano y los rayos de sol lapón.

«El cuerpo está colgado de una cuerda. No, no es una cuerda, es una cadena. Una larga cadena de hierro.»

Luego ve las marcas oscuras de la alfombra justo donde había encontrado la lasca de piedra.

Sangre. ¿Puede ser que sea sangre? Se agacha.

Y entonces se da cuenta. La piedrecita que sujeta entre el pulgar y el índice no es ninguna piedra. Es un trocito de diente.

Se pone en pie de un salto. Los dedos sueltan la lasca blanca, casi la tiran para alejarla.

Su mano saca el teléfono del bolsillo y marca el uno, uno, dos.

Al otro lado de la línea responde un chico que parece demasiado joven. Mientras va contestando a sus preguntas, Pia intenta abrir la puerta del coro. Está cerrada con llave.

—Está cerrada —le dice al chico—. No puedo subir.

Vuelve a la sacristía a toda prisa. No hay llave para la puerta del coro. ¿Forzarla? ¿Con qué?

El chico del otro lado de la línea intenta captar su atención. Le dice que espere fuera. Le asegura que la ayuda está en camino.

—¡Es Mildred! —grita—. Es Mildred Nilsson la que está colgando. Es la pastora del pueblo. ¡Por Dios, qué aspecto tiene!

—¿Ya estás fuera? —le pregunta el chico—. ¿Puedes ver a alguien?

El chico del teléfono consigue sacarla a las escaleras de la iglesia. Ella le dice que no hay nadie por allí.

—No cuelgues —le dice él—. Sigue conmigo. La ayuda está en camino. No vuelvas a entrar en la iglesia.

—¿Puedo encender un pitillo?

Le da permiso. No hay problema en que deje el teléfono.

Pia se sienta en los escalones con el móvil al lado. Inspira el humo y se percata de lo relajada y entera que se siente. Pero el cigarrillo quema muy mal. Al final se da cuenta de que lo ha encendido por el filtro. Siete minutos más tarde oye sirenas a lo lejos.

«Se la han cargado», piensa.

Y ahora le empiezan a temblar las manos. Tira el cigarrillo lejos.

«Los muy cabrones. Se la han cargado.»

VIERNES

1 DE SEPTIEMBRE

Rebecka Martinsson se bajó del barco-taxi y miró hacia la mansión de Lido. El sol de mediodía iluminaba la fachada de color limón pálido, y los detalles y ornamentación de carpintería. El enorme patio estaba lleno de gente. Unas gaviotas de ninguna parte graznaban por encima de su cabeza. Pertinaces e irritantes.

«No sé cómo podéis», pensó.

Le dio demasiada propina al taxista. Era la compensación por haber sido monosilábica cuando él intentó entablar conversación.

—Así que van a celebrar una gran fiesta —dijo él señalando el hotel con la cabeza.

El bufete entero de abogados ya estaba allí. Casi doscientas personas pululaban de un lado a otro. Hablaban en grupitos. Se disolvían y continuaban su camino. Manos que se estrechaban y besos en la mejilla. Habían preparado una fila de grandes barbacoas. Unas cuantas personas vestidas de blanco servían un bufé de carne asada en una larga mesa cubierta con un mantel de lino. Se apresuraban desde la cocina hasta la mesa como ratones blancos con gorros de cocina ridículamente altos.

—Sí —respondió Rebecka colgándose al hombro el bolso con estampado de piel de cocodrilo—. Pero he sobrevivido a cosas peores.

Él soltó una carcajada y se marchó con un aceleren que hizo que la proa asomara por encima del agua. Un gato negro bajó silenciosamente del embarcadero de un salto y desapareció por entre la alta hierba.

Rebecka empezó a caminar. La isla estaba cansada después del verano. Pisoteada, reseca y desgastada.

«Por aquí se ha paseado mucha gente —pensó—. Familias con críos y mantas de picnic, marineros de agua dulce borrachos y bien vestidos.»

El césped estaba débil y se había puesto amarillo, y los árboles, cubiertos de polvo, se veían sedientos. Podía imaginarse el aspecto que tendría el bosque. Bajo las matas de arándanos y los helechos debía de haber botellas, latas, condones usados y heces humanas a montones.

El caminito que subía al hotel era duro como el cemento. Como la columna agrietada de un lagarto prehistórico. Ella misma era un lagarto. Recién aterrizado en una nave espacial. Vestido con su traje de persona a punto de pasar la prueba de fuego:

imitar el comportamiento humano. Mirar a los de su alrededor y hacer más o menos lo mismo, cruzando los dedos para que su disfraz no se le abriera por el cuello.

Ya casi había llegado a la explanada del jardín.

«Vamos, mujer — se dijo a sí misma—. Esto es pan comido.»

Después de haber matado a aquellos hombres en Kiruna continuó con su trabajo en el bufete de abogados Meijer & Ditzinger como de costumbre. Le parecía que todo iba bien. Pero en realidad todo había sido una mierda. No pensaba en la sangre ni en los cuerpos. Ahora, al mirar atrás hasta la época antes de que le dieran la baja, le costaba decir si en realidad llegó a pensar algo en algún momento. Creía que trabajaba pero, al final, no hacía más que pasar papeles de un montón a otro. Evidentemente, dormía mal. Y estaba como ausente. Podía tardar una eternidad en arreglarse por las mañanas para ir al trabajo. La catástrofe le llegó por la espalda. No pudo verlo hasta que se le vino encima. Fue por un sencillo caso de alquileres. El cliente quería saber el plazo de preaviso para finalizar el contrato de alquiler de un local. Ella le respondió con una santísima barbaridad. Tenía la carpeta con todos los contratos delante de las narices, pero no logró entender lo que allí se decía. El cliente, una compañía francesa de venta por correo, le había exigido al bufete una indemnización por daños y perjuicios.

Recordó a Måns Wenngren, su jefe, y la cara con que la había mirado. Enrojecido de ira tras su escritorio. Ella intentó dimitir, pero él no la dejó.

—Dañaría seriamente la imagen del bufete —le dijo—. Todo el mundo creería que se te ha instigado a dejar el puesto. Que dejamos de lado a una compañera con problemas psíquicos... que no se encuentra bien.

Aquella misma tarde salió tambaleándose del despacho. Y cuando estaba en la calle Birger Jarlsgatan, en la oscuridad del otoño, iluminada por los faros de los coches de lujo que pasaban a toda prisa, por los escaparates de las tiendas diseñados con estilo y por los bares de Stureplan, le invadió una fuerte sensación de que ya no podría volver a Meijer & Ditzinger. Sintió que lo único que quería era marcharse lo más lejos posible. Pero no fue así.

Le dieron la baja. Primero semanalmente y después cada mes. El médico le dijo que hiciera cosas que le resultaran divertidas. Si había algo que le gustara de su trabajo, era bueno que continuara haciéndolo.

Después de lo de Kiruna, el bufete empezó a tener muchos casos de juicios penales. El nombre y la cara de Rebecka no habían salido en los periódicos; en cambio, el nombre del bufete había aparecido con frecuencia en los medios. Los clientes llamaban al bufete diciendo que querían que los representara «la chica aquella que estuvo en Kiruna». Siempre obtenían la respuesta estándar de que el bufete les podía asignar un abogado penal de más experiencia, pero que la chica aquella podía estar presente también. De esa manera pusieron un pie en los grandes juicios que cubrían los medios. Durante esa época hubo dos violaciones en grupo, un homicidio con robo y un caso de cohecho.

Los socios le propusieron que continuara asistiendo a los juicios incluso estando de baja. Tampoco eran tan habituales. Y era una buena manera de seguir en contacto

con el trabajo. Además, no tenía que prepararse nada. Hacer acto de presencia, ya está. Pero sólo si ella quería, claro.

Aceptó la propuesta porque no tenía otra opción. Había dejado el bufete en evidencia, les había hecho perder un cliente y, además, pagar la indemnización. Era imposible negarse. Estaba en deuda con ellos y asintió con una sonrisa.

En cualquier caso, los días que tenía que asistir a un juicio por lo menos se levantaba de la cama. Por norma general, las primeras miradas del jurado y del juez iban siempre dirigidas a los acusados, pero ahora ella era la gran atracción del circo. Clavaba la mirada en la mesa que tenía delante y les dejaba mirar. Malhechores, jueces, fiscales, procuradores. Casi podía oír lo que estaban pensando: «Así que es ella...»

Llegó a la explanada que había delante de la mansión. Aquí aparecía de pronto el césped verde y sano. Debían de haber usado los aspersores como locos con lo largo y seco que había sido el verano. El aroma de las últimas rosas silvestres del año se extendía como una capa que la brisa de la tarde llevaba tierra adentro. El aire era cálido y agradable. Las mujeres más jóvenes llevaban vestidos blancos sin mangas. Las que tenían algunos años más ocultaban los brazos bajo rebecas de algodón de Blues y Max Mará. Los hombres habían dejado las corbatas en casa. Iban de un lado a otro vestidos con pantalón Gant llevando copas a las mujeres. Controlaban las ascuas de las barbacoas y hablaban como si fueran campesinos con el personal de cocina.

Rebecka paseó la mirada por la multitud. No veía a Maria Taube ni a Más Wenngren por ninguna parte.

De pronto apareció uno de los socios a su encuentro, Erik Rydén. Toca sonreír.

— ¿Es ella?

Petra Wilhelmsson vio a Rebecka ascender por el caminito que subía hasta la mansión. A Petra la acababan de contratar en la empresa. Estaba apoyada en la barandilla del puente junto a la entrada. A un lado tenía a Johan Grill, también nuevo, y al otro estaba Krister Ahlberg, abogado penal que rondaba los treinta.

— Sí, es ella — confirmó Krister Ahlberg —. La Modesty Blaise de la empresa.

Vació su copa y la dejó en la barandilla con un leve golpe. Petra movió la cabeza de un lado a otro lentamente.

— Y pensar que ha matado a una persona — dijo.

— En realidad, a tres — rectificó Krister,

— ¡Dios, se me ponen los pelos de punta! ¡Mirad! — Y Petra mostró el brazo a los dos hombres que la acompañaban.

Krister Ahlberg y Johan Grill observaron con atención el brazo de su compañera. Era delgado y moreno. Unos pocos vellos delicados se habían vuelto casi blancos por el sol del verano.

— O sea, no porque sea chica — continuó Petra —, pero es que no tiene pinta de ser el tipo que...

— Es que tampoco lo era. Al final se derrumbó psicológicamente. Y no puede hacer su trabajo. A veces va a los juicios penales de más chicha. Y luego le toca a uno

hacer el trabajo y quedarse en la oficina con el móvil encendido por si hay algo. Y mientras tanto ella haciéndose famosa.

—¿Es famosa? —preguntó Johan Grill—. Nunca llegaron a escribir sobre ella, ¿no?

—No, pero en el mundillo de los abogados todos saben quién es. Ese mundillo en Suecia es muy pequeño, pronto te darás cuenta.

Krister Ahlberg separó un centímetro el pulgar del dedo índice de la mano derecha. Vio que la copa de Petra estaba vacía y pensó en ofrecerse para llenarla. Claro que entonces la dejaría a solas con Johan.

—Dios —exclamó Petra—, me pregunto cómo será matar a una persona.

—Te la voy a presentar —dijo Krister—. No estamos en el mismo departamento, pero hicimos juntos el curso de derecho mercantil. Esperemos unos minutos hasta que Erik Rydén la suelte.

Erik Rydén abrazó a Rebecka y le dio la bienvenida. Era un hombre rechoncho y enseguida entraba en calor con los deberes de anfitrión. De su cuerpo salía vapor como un hormiguero en pleno agosto emanando aromas de Chanel Pour Monsieur y alcohol. Rebecka le dio unos golpecitos en la espalda, de esos que se dan para que los niños eructen.

—Qué bien que hayas venido —dijo él con la sonrisa más amplia del mundo.

Le cogió la bolsa de viaje y se la cambió por una copa de champán y una llave de habitación. Rebecka miró el llavero. Era un trozo de madera pintado de rojo y blanco atado a la llave con un pequeño nudo marinero.

«Para cuando los huéspedes están borrachos y se les caen al agua», pensó.

Intercambiaron algunas palabras. Qué tiempo hace. Lo encargué para ti, Rebecka. Ella soltó una carcajada y le preguntó cómo iba todo. De puta madre, justo la semana pasada acababa de conseguir un gran cliente del mundo de la biotecnología. Iban a iniciar una fusión con una empresa norteamericana, así que ahora estaba a tope. Rebecka escuchaba y sonreía todo el tiempo. Entonces llegó un nuevo rezagado y Erik tuvo que proseguir con sus obligaciones de anfitrión.

Se le acercó un abogado del departamento de penales. La saludó como si fueran viejos conocidos. Rebecka buscó febrilmente su nombre en la memoria, pero había desaparecido como por arte de magia. Traía consigo a dos empleados nuevos, una chica y un chico. Él llevaba unas greñas rubias que contrastaban con el moreno de su piel, un moreno de esos que sólo se consiguen navegando a vela. Era un poco patiocorto y ancho de espaldas. Mentón cuadrado y salido, y del jersey caro que llevaba arremangado salían dos fuertes antebrazos.

«Como un Popeye con estilo», pensó ella.

La chica también era rubia. Se sujetaba la melena con unas gafas de sol caras. La sonrisa le formaba dos hoyuelos en las mejillas. Una chaquetilla que conjuntaba bien con su jersey sin mangas colgaba del antebrazo de Popeye. La saludaron. La chica tenía voz de pito, como un mirlo. Se llamaba Petra. Popeye se llamaba Johan y de apellido

algo bonito, pero Rebecka no logró retenerlo. En los últimos años siempre le pasaba. Antes tenía carpetas en la cabeza en las que podía organizar la información. Ahora ya no. Lo tenía todo manga por hombro y la mayoría de las cosas no le entraban. Rebecka sonrió y les apretó la mano con la fuerza justa. Les preguntó para quién trabajaban en el departamento. Si estaban a gusto. Sobre qué habían escrito la tesis y en qué tribunales habían estado. A ella no le preguntaron nada.

Rebecka continuó cruzándose con los grupos. Todo el mundo andaba con la cinta métrica preparada en el bolsillo. Se medían unos a otros. Se comparaban a sí mismos. Sueldo. Casa. Nombre. A quién conocían. Qué habían hecho en verano. Uno se estaba construyendo una casa en el municipio de Nacka. Otro andaba buscando un piso más grande ahora que había tenido el segundo hijo, preferiblemente en el lado bueno del barrio de Ostermalm.

—Estoy para el arrastre —exclamó con una sonrisa feliz el que se estaba haciendo la casa.

Un hombre recién desemparejado se volvió hacia Rebecka.

—Lo cierto es que en mayo estuve allá arriba, por tu tierra —dijo—. Fui a esquiar, entre Abisko y Kebnekaise. Nos teníamos que levantar a las tres de la mañana y desplazarnos sobre una capa de hielo. Sin embargo, durante el día la nieve se deshacía tanto que te hundías, así que no se podía hacer otra cosa que tumbarte a disfrutar del sol de primavera.

De pronto el ambiente se hizo tenso. ¿Es que por fuerza tenía que hablarle de su tierra? Kiruna se entrometió en la conversación como un fantasma. Todos a la vez se pusieron a mencionar nombres de mil sitios en los que habían estado. Italia, la Toscana, padres en Jonköping y Legoland, pero Kiruna no quería desaparecer. Rebecka retomó su paseo y todos soltaron un suspiro de alivio.

Los abogados un poco mayores habían pasado las vacaciones en sus casas de veraneo de la costa oeste, en Escania o en el archipiélago de Estocolmo. Arne Eklof había perdido a su madre y le contó sin recato a Rebecka cómo se había pasado el verano peleándose con lo del testamento.

—Tiene huevos —dijo—. Cuando Nuestro Señor llega con la muerte, aparece el diablo con los herederos. ¿Quieres más?

Señaló su copa con la cabeza. Ella rechazó la invitación, a lo que él respondió con una mirada casi enfurecida. Como si Rebecka hubiera rechazado nuevas posibles confidencias. Probablemente era lo que acababa de hacer. Él se encaminó hacia la mesa de la bebida y Rebecka se quedó donde estaba observándolo. Hablar con la gente le exigía un esfuerzo, pero estar allí sola con la copa vacía le resultaba una pesadilla. Como una pobre planta de interior que ni siquiera puede pedir agua.

«Podría ir al baño—pensó mientras miraba el reloj—. Y me puedo quedar allí siete minutos si no hay cola. Tres si hay alguien esperando.»

Miró a su alrededor en busca de un lugar donde dejar la copa. En ese mismo momento apareció María Taube a su lado. Le ofreció un pequeño cuenco con ensalada Waldorf.

—Come —le dijo—. Da angustia verte.

Rebecka aceptó la ensalada. Al mirar a Maria le vino a la cabeza el recuerdo de la pasada primavera. Un sol mordaz brillando al otro lado de las ventanas sucísimas de Rebecka. Pero tiene las persianas bajadas. Una mañana a mitad de semana Maria le hace una visita. Más tarde Rebecka se preguntará cómo es que le ha abierto la puerta. Se debería haber quedado escondida debajo del edredón.

Pero no. Se acerca a la puerta de la entrada. Apenas es consciente de que han llamado al timbre. Como ausente abre la cerradura de seguridad. Después gira el pestillo con la mano izquierda mientras con la derecha aprieta la manija hacia abajo. Tiene la cabeza totalmente desconectada. Igual que cuando te descubres a ti misma delante de la nevera abierta y te preguntas qué estás haciendo en la cocina.

Después pensará que quizá haya una personita inteligente en su interior. Una muchacha con botas de agua rojas y salvavidas. Una superviviente. Y que esa chiquilla ha reconocido aquel sonido de tacones repicando rápidos contra el suelo.

La chiquilla le dice a las manos y a los pies de Rebecka: «Shh, es Maria. No se lo digáis. Tan sólo sacadla de la cama y procurad que abra la puerta.»

Maria y Rebecka están sentadas en la cocina. Toman café sin nada para comer. Rebecka no dice gran cosa. Por otro lado, la montaña de fregaza que huele a ácido sobre la encimera, el montón de correo y propaganda y periódicos en la entrada, y la ropa arrugada y sudada que lleva puesta lo dicen todo.

Y sin motivo aparente le empiezan a temblar las manos. Tiene que dejar la taza en la mesa. Aletean sin sentido como dos gallinas decapitadas.

—No más café para mí —intenta bromear.

Suelta una carcajada, pero el resultado es más bien un estrépito inexpresivo.

Maria la mira a los ojos. Rebecka tiene la sensación de que lo sabe. Que a veces Rebecka sale al balcón y se queda mirando el asfalto duro que hay abajo. Y que a veces ni siquiera es capaz de bajar a la tienda. Que tiene que vivir con lo que haya en casa. Tomar té y comer pepinillos directamente del tarro.

—No soy psicóloga —dice Maria—, pero sé que la cosa empeora si no comes ni duermes. Y te tienes que vestir por las mañanas y salir de casa.

Rebecka esconde las manos debajo de la mesa.

—Crearás que me he vuelto loca.

—Por favor, mi familia es un hervidero de mujeres que están de los nervios. Se desmayan y pierden el conocimiento, tienen ataques de pánico e hipocondría constantemente. Y mi tía, ¿te he hablado de ella? Un día está ingresada y la tienen que ayudar a ponerse los pantalones y a la semana siguiente abre una guardería con pedagogía Montessori. Estoy más que acostumbrada.

Al día siguiente uno de los socios, Torsten Karlsson, le ofrece a Rebecka su casa de campo. Maria había trabajado para Torsten en derecho mercantil antes de cambiar de departamento y empezar con Rebecka a las órdenes de Måns Wenngren.

—Me harías un favor —dice Torsten—. Así no tengo que preocuparme por si

han entrado a robar ni tener que ir allí sólo para regar. En realidad debería venderla. Pero eso también es un coñazo.

Naturalmente, debería haber rechazado la propuesta. Era evidente. Pero la chiquilla de las botas de agua rojas dijo que sí antes de que ella pudiera abrir la boca.

Rebecka picoteaba con desgana la ensalada Waldorf. Empezó con media nuez y ésta se agrandó en su boca como una ciruela. Masticaba sin parar, preparándose para tragársela. Maria la observaba.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Rebecka sonrió. Tenía la lengua áspera.

—La verdad es que no tengo ni idea.

—Pero ¿estás lo bastante bien como para sentirte a gusto hoy aquí?

Rebecka se encogió de hombros.

«No —pensó—. Pero ¿qué voy a hacer? Pues esforzarme y venir. Si no, dentro de poco me veré sentada en una cabaña perdida, perseguida por las autoridades, con pánico a la gente, con alergia a la electricidad y con un montón de gatos haciéndoselo todo dentro de casa.»

—No sé —dijo—. Me siento como si la gente me mirara en el momento en que yo aparto la vista de ellos. Como si hablaran de mí cuando no estoy. En cuanto me acerco, la conversación empieza de cero, ¿me entiendes? Suena a «Tennis, anyone?» a lo desesperado en cuanto aparezco.

—Y es que es así —suelta Maria con una sonrisa—. Eres la Modesty Blaise particular del bufete. Y ahora te vas a la casa de campo de Torsten para aislarte todavía más y volverte aún más rara. ¿Cómo no van a hablar de ti?

Rebecka sonrió.

—Gracias, ahora me siento mucho mejor.

—Antes he visto que saludabas a Johan Grill y a Petra Wilhelmsson. ¿Qué te ha parecido miss Spinning? Seguro que es una chica muy agradable, pero me resulta difícil que me guste una persona que tiene el culo entre los omoplatos. Mi trasero es como un adolescente: se ha independizado de mí y quiere seguir su propio camino.

—Sí, cuando venías me ha parecido oír que ibas arrastrando algo por el césped.

Se quedaron calladas un momento mirando la vía marítima, donde un viejo barco de vela Fingal iba a motor.

—No te preocupes —dijo Maria—. Dentro de poco la gente estará borracha y entonces se te acercarán tambaleándose con ganas de hablar.

Se volvió hacia Rebecka, se inclinó hasta estar bien cerca y le dijo con voz balbuciente:

—«¿Qué se siente al matar a una persona?»

Máns Wenngren, el jefe de Rebecka y Maria, estaba a cierta distancia observándolas.

«Bien —pensó—. Bien hecho.»

Vio cómo Maria Taube conseguía hacer reír a Rebecka Martinsson. Maria gesticulaba expresivamente con las manos, girándolas y moviéndolas de un lado a otro, al mismo tiempo que subía y bajaba los hombros. Parecía un milagro que tuviera la copa bajo control. «Probablemente será el resultado de años de entrenamiento en una familia de bien.» Y la expresión de Rebecka se relajaba. A Máns le pareció que había recuperado los colores y que estaba más fuerte. Delgada como un palo, eso sí, pero siempre había estado así.

Torsten Karlsson estaba justo detrás de Máns echando un vistazo al surtido de las barbacoas. Estaba hambriento. Pinchos de cordero a la indonesia; pinchos de solomillo o colas de langostino adobado con especias de Cajún; pinchos de pescado del Caribe con jengibre y pina; pinchos de pollo con salvia y limón o a la asiática, con yogur marinado con jengibre, garam masala y pepino con cúrcuma; varios tipos de salsas y diferentes ensaladas como guarnición. Vinos blancos y tintos, cerveza y sidra. Seguramente ya sabía que en el bufete le llamaban «Karlsson en el tejado» por el personaje de Astrid Lindgren. Bajito y compacto, con el pelo negro saliendo de la cabeza como un cepillo. A Máns, en cambio, la ropa le sentaba bien. A él las mujeres nunca le dirían que era un encanto, ni que las hacía reír.

—Me han dicho que te has comprado un coche nuevo —dijo cazando una oliva de la ensalada de bulgur.

—Hmmm, un descapotable de la serie E, *mint condition* —respondió Máns mecánicamente—. ¿Cómo está?

Torsten Karlsson dudó por un momento de si Máns le preguntaba cómo estaba su propio coche. Alzó la vista, siguió la mirada de Máns y la clavó en Rebecka Martinsson y Maria Taube.

—Está viviendo en tu casa de campo —continuó Máns.

—No podía seguir encerrada en su pequeño apartamento. No parecía tener ningún sitio a donde ir. ¿Por qué no le preguntas directamente a ella? Es tu asistente.

—Porque te lo he preguntado a ti —soltó Máns con un bufido.

Torsten Karlsson levantó las manos en un gesto de «me rindo, no dispires».

—La verdad, no tengo ni idea —dijo—. No voy casi nunca a la cabaña. Y cuando voy, hablamos de otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

—Pues, bueno, como de arreglar la escalera con alquitrán, de pintura roja de Falún, de que va a enmasillar las ventanas. Siempre está haciendo algo. Una temporada estaba como obsesionada por el compostaje.

La mirada de Máns le instaba a seguir explicando. Interesada, casi entretenida. Torsten Karlsson se pasó los dedos por su pelo de cepillo negro.

—Santo cielo —siguió—. Primero empezó con la construcción. Compostaje en tres compartimentos para residuos de jardinería y orgánicos. Y, aparte, compró uno a prueba de ratas. Después construyó un compostaje rápido. Joder, casi me obligó a

apuntarme cómo hay que alternar la hierba y la arena... Pura ciencia. Y luego, ¿te acuerdas de cuando tuvo que ir a aquel curso de impuestos para grupos de empresas en Malmö?

—Sí, sí.

—Bueno, pues me llamó diciendo que no podía ir porque el compostaje estaba... Joder, cómo era, bueno, que estaba mal, le faltaba nitrógeno. Y que había ido a buscar residuos orgánicos a una guardería de por allí, pero que se habían humedecido. Así que tenía que quedarse en casa espolvoreando y horadando.

—¿Horadando?

—Sí, me tocó subir y remover el compostaje con una vieja perforadora de hielo la semana que ella tenía que estar fuera. Y también descubrió el compostaje de los dueños anteriores metido en el bosque.

-¿Sí?

—Allí dentro había de todo. Esqueletos de gato y botellas de vidrio rotas y mierdas así... Y le dio por limpiarlo. Detrás de la cabaña encontró un somier viejo de esos que tienen rejilla en lugar de tablas. Lo utilizó como un colador gigante. Echaba paladas de tierra encima y lo meneaba para que la tierra limpia se fuera filtrando. El momento perfecto para llevar allí a algunos clientes y presentarles a una de nuestras jóvenes promesas.

Máns se quedó mirando a Torsten Karlsson. Se imaginó a Rebecka con las mejillas sonrosadas y el pelo a un lado agitando con fuerza un somier de hierro en lo alto de una montaña de tierra y Torsten abajo, con unos clientes en traje oscuro y con los ojos abiertos de par en par.

Se echaron a reír a la vez y no podían parar. Torsten se secó las lagrimillas con el dorso de las manos.

—Pero ahora se ha calmado —dijo—. Ya no es tan... No sé... La última vez que subí me la encontré sentada en los escalones del porche con un libro y una taza de café.

—¿Qué libro era? —le preguntó Máns.

Torsten Karlsson lo miró extrañado.

—No me fijé —contestó—. Habla con ella.

Máns agarró la copa de vino tinto.

—Voy a saludarla —dijo—. Pero ya sabes que soy de lo peor hablando con la gente. Y todavía más cuando se trata de mujeres.

Intentó reírse, pero ahora Torsten ni siquiera esbozó una sonrisa.

—Tienes que preguntarle cómo se encuentra.

Máns resopló sacando el aire por la nariz.

—Sí, sí, ya lo sé.

«Soy mejor en las relaciones cortas —pensó—. Clientes, taxistas, las cajeras del súper. Sin conflictos ni decepciones de tiempos pasados que parecen algas enredadas

bajo la superficie.»

Cena de verano en la isla de Lidó. El sol rojizo se acuesta sobre los montes mullidos como una cascara dorada. Un crucero del archipiélago pasa en silencio por la vía marítima. Las cañas del agua juntan las cabezas crujendo y susurrándose al oído. Las conversaciones y las risas de los invitados se deslizan por encima del agua.

El ágape estaba tan avanzado que los paquetes de cigarrillos ya habían aparecido por encima de las mesas. A la gente le apetecía estirar las piernas un rato antes del postre, así que las mesas se habían quedado un poco despejadas. Los jerseys y chaquetillas que antes habían permanecido atados a la cintura o colgados del hombro de la gente, estaban ahora tapando brazos refrescados por el cambio de temperatura. Había quien se acercaba al bufé de carne por tercera o cuarta vez y se quedaba hablando con los cocineros que le daban la vuelta a los pinchos del asador chisporroteante sobre el manto de ascuas. Algunos estaban bebiendo de lo lindo. Tenían que sujetarse a la barandilla mientras subían por la escalinata de la mansión de camino al lavabo. Gesticulaban con énfasis tirándose encima la ceniza del cigarrillo y hablaban a un volumen un decibelio demasiado alto. Uno de los socios insistió en ayudar cuando una de las camareras apareció con el postre. La liberó con autoridad y caballerosidad de una gran bandeja con tartaletas de crema de vainilla y grosella glaseada que se deslizaban de manera preocupante hasta topar con los cantos de la bandeja. La camarera esbozó una sonrisa forzada intercambiando una mirada con los cocineros que estaban ocupados en las barbacoas. Uno de ellos dejó lo que estaba haciendo y se fue rápidamente a la cocina a buscar las bandejas que faltaban.

Rebecka y Maria estaban sentadas sobre las rocas. La piedra desprendía el calor que había acumulado durante el día. Maria se rascaba una picadura de mosquito en el tobillo.

—Torsten sube a Kiruna la semana que viene —dijo—. ¿Te lo ha dicho?

—No.

—Es por la colaboración esa de la sociedad anónima Revisión AB con el grupo Jansson. Ahora que la Iglesia sueca está separada del Estado, es interesante crear vínculos con un cliente así. La idea es venderles un paquete jurídico, con informe de cuentas y revisión incluidos, a las congregaciones de la Iglesia de todo el país. Ofrecerles ayuda con todo, del tipo «cómo deshacernos de Berit la fibromiálgica, cómo cerrar acuerdos favorables con nuevos proveedores», todo. No sé, pero creo que hay un plan para empezar a trabajar con un corredor de bolsa para que eche una mano en la administración de capital. En cualquier caso, Torsten subirá a Kiruna para vender nuestro producto a los representantes del consejo eclesiástico de Kiruna.

—¿Ah, sí?

—Podrías acompañarlo. Ya sabes cómo es. Le sentaría de fábula un poco de compañía.

—No puedo ir a Kiruna —exclamó Rebecka.

—Ya sé que eso es lo que piensas, pero me pregunto por qué.

—No sé, yo...

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Quiero decir, si te cruzas con alguien que te reconoce. Y la casa de tu abuela, la echas de menos, ¿no es así?

Rebecka se quedó callada.

«No puedo ir, así de simple», pensó.

Maria respondió como si le hubiera leído el pensamiento.

—Igualmente, le diré a Torsten que te lo pregunte. Si tienes monstruos bajo la cama lo mejor que puedes hacer es encender la luz y mirar debajo.

Baile en la terraza de la mansión. Abba y Niklas Strömstedt en los altavoces. A través de las ventanas abiertas de la cocina del hotel se oye el ruido de la porcelana chocando entre sí y el chorro de agua con el que están enjuagando los platos antes de meterlos en el lavavajillas. El sol se ha puesto sobre el agua arrastrando consigo los velos rojos. Hay lamparillas colgando de los árboles. La gente se apiña en la barra del bar exterior.

Rebecka bajó hasta el muelle. Había bailado con su compañero de mesa pero al cabo de un rato decidió escabullirse. La oscuridad le pasaba el brazo por la espalda dándole cobijo.

«Ha ido bastante bien —se dijo—. Todo lo bien que podía ir.»

Se sentó en un banco de piedra junto al agua. Se oía el sonido de las olas que chocaban contra el embarcadero de hormigón. El olor a algas enmohecidas. Una lámpara se reflejaba en el brillo de la superficie negra.

Máns se había acercado a saludarla justo antes de que todos se sentaran a la mesa.

—¿Cómo va, Martinsson? —le preguntó.

«¿Qué cono respondo?», pensó Rebecka.

La sonrisa de lobo de Máns y su manera de llamarla por el apellido era como una enorme señal de stop: se prohíben confianzas, lágrimas y sinceridad.

Así que la cabeza erguida, los pies en la tierra y un informe de cómo había pintado los marcos de las ventanas de la finca de Torsten con aceite de linaza. Después de Kiruna le había parecido que Máns se preocupaba por ella, pero cuando ya no pudo trabajar desapareció por completo.

«No eres nada —pensó—. Si no puedes trabajar.» Unos pasos en el camino de grava la hicieron levantar la mirada. Al principio no pudo distinguir la cara, pero reconoció aquella voz tan fina. Era la chica nueva rubia.

¿Cómo se llamaba? Petra.

—Hola, Rebecka —dijo Petra como si se conocieran.

Se puso demasiado cerca. Rebecka logró resistir el instinto de levantarse, apartarla de un empujón y marcharse a toda prisa. Pero no podía comportarse así. De modo que se quedó donde estaba. El pie de la pierna que cruzaba por encima de la otra la delataba. Lo subía y lo bajaba por lo incómodo de la situación. Quería salir corriendo.

Petra se sentó a su lado con un jadeo.

—Dios, Äke ya me ha hecho bailar tres bailes seguidos. Ya sabes cómo son. Como trabajas para ellos se creen que eres su propiedad privada. He tenido que escaparme un rato.

Rebecka asintió con una especie de gruñido. En breve diría que tenía que ir al baño.

Petra giró el torso hacia Rebecka y ladeó ligeramente la cabeza.

—Me he enterado de lo que te ocurrió el año pasado. Tiene que haber sido terrible.

Rebecka se quedó callada.

«A ver —pensó con malicia—. Cuando la presa no quiere salir de la madriguera, hay que atraerla con algo. Ahora debería contarme alguna intimidad. Haces una pequeña confesión y la cambias como si fuera un cromó por el secreto de la otra persona.»

—Mi hermana tuvo una experiencia así de mala hace cinco años —continuó Petra al ver que Rebecka no decía nada—. Se encontró muerto al hijo de los vecinos. Se había ahogado en una acequia. Sólo tenía cuatro años. Después de aquello, mi hermana...

Acabó la frase haciendo un gesto impreciso con la mano.

—Vaya, conque estáis aquí.

Era Popeye. Se les acercó con un gintonic en cada mano. Le ofreció uno a Petra y tras un microsegundo de duda le ofreció el otro a Rebecka, aunque en realidad era para él.

«Todo un caballero», pensó la cansada Rebecka dejando la copa a su lado.

Miró a Popeye. Él se comía a Petra con la mirada. Petra miraba codiciosa a Rebecka. Popeye y Petra iban a comérsela viva y luego se aparearían.

Petra debió de presentir que Rebecka estaba a punto de huir, que pronto habría perdido la oportunidad. En una situación normal habría dejado que Rebecka se marchara pensando que ya se presentarían más ocasiones. Sin embargo, los combinados y las copas de vino con la cena le habían enturbiado el juicio.

Se inclinó hacia Rebecka con las mejillas brillantes y rosáceas y le preguntó:

—O sea, ¿qué se siente al matar a una persona?

Rebecka pasó deprisa entre el montón de gente embriagada. No, no quería bailar. No, gracias, no quería nada del bar. Llevaba el bolso colgado al hombro y se dirigía hacia el caminito que bajaba hasta el embarcadero.

Había sabido lidiar con Petra y Popeye: puso una cara pensativa, clavó la mirada a lo lejos, en la oscuridad del agua, y respondió: «Pues es terrible.»

¿Qué si no? ¿La verdad? «No tengo ni idea. No recuerdo nada.»

Quizá debería haberles hablado de aquellas patéticas conversaciones con el

terapeuta. Rebecka sentada en las sesiones sin dejar de sonreír y al final a punto de romper a reír a carcajadas. ¿Qué podía hacer? Si es que no recuerda nada. El terapeuta no le devuelve la sonrisa. Esto no es para reírse. Y al final deciden hacer una pausa en la terapia. Rebecka puede volver más adelante.

Como no puede seguir con el trabajo, no lo llama. No se ve capaz. Se imagina la escena de estar allí sentada llorando porque no puede manejar su propia vida, y él, con cierta compasión, poniendo cara de «ya te lo dije».

No, Rebecka le contestó a Petra como una persona normal diciendo que era una sensación terrible pero que la vida continúa, por muy banal que pudiera sonar. Después pidió disculpas y se marchó. En esos momentos pensó que todo había salido bien pero cinco minutos más tarde le entró la rabia y ahora... Ahora estaba tan enfurecida que podría arrancar un árbol de cuajo. O quizá le diera por ponerse junto a la pared de la mansión y tirarla abajo de un empujón como si fuera de cartón. Ojalá los dos rubios no estuvieran todavía en el embarcadero, porque si seguían allí los echaría al agua de una patada.

De repente tenía a Máns pegado a la espalda. Luego, a su lado.

— ¿Qué tienes? ¿Ha pasado algo?

Rebecka no aminoró la marcha.

— Me largo. Uno de los chicos de la cocina me ha dicho que puedo coger una barca. Remaré hasta el otro lado.

Máns emitió un sonido de escepticismo.

— ¿Estás mal de la cabeza? No puedes remar en la oscuridad. ¿Cómo seguirás después? Mejor quédate, ¿qué te pasa?

Rebecka se paró justo donde empezaba el embarcadero, dio media vuelta y soltó un gruñido.

— ¿Qué cono crees tú? —le preguntó—. La gente me pregunta qué se siente al matar a una persona. ¿Cómo cojones se supone que lo voy a saber? No me paré a reflexionar para escribir una poesía según mis sensaciones. Yo... ¡Simplemente ocurrió!

— ¿Por qué estás enfadada conmigo? Yo no te lo he preguntado.

Rebecka amansó el tono de voz.

— No, Máns, tú no preguntas nada. De eso no se te puede acusar.

— ¿Qué demonios? —respondió, pero Rebecka ya se había puesto a caminar por el embarcadero.

Máns se apresuró a seguirla. Había tirado el bolso dentro de la barca y estaba desatando el amarre. Máns buscaba algo que decir.

— He hablado con Torsten —soltó—. Me ha dicho que había pensado pedirte que le acompañaras a Kiruna. Pero le he dicho que no te diga nada.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? He pensado que sería lo último que necesitas en este momento.

Rebecka contestó sin mirarlo.

—Quizá debería decidir yo misma lo que necesito y lo que no.

Comenzó a darse cuenta de que la gente más próxima empezaba a dirigir las antenas hacia donde estaban ella y Máns. Hacían ver que estaban ocupados bailando y charlando, pero era innegable que el murmullo había perdido fuerza. Quizá ya tenían tema de conversación para la semana siguiente en el trabajo.

Máns también parecía haberse dado cuenta de que habían bajado la voz.

—Bueno, sólo era por consideración, lo siento mucho.

—Vaya, así que por consideración. ¿Por eso me has hecho estar presente como una idiota en todos los juicios?

—Tampoco te pases —replicó Máns resoplando—. Tú misma dijiste que no te importaba. Me pareció una buena forma de que mantuvieras contacto con el trabajo. ¡Sal de la barca!

—¡Como si tuviera elección! ¡Eso seguro que lo entiendes si te paras a pensar un minuto!

—Deja eso de los juicios. Sal de la barca y échate a dormir y ya hablaremos mañana cuando estés sobria.

Rebecka dio un paso hacia delante en la barca haciendo que se balanceara. Por un instante Máns creyó que se subiría al embarcadero y le soltaría una bofetada. Eso sí que habría sido bueno.

—¿Cuando esté sobria? Eres... ¡eres realmente de lo que no hay!

Puso un pie en el embarcadero y empujó para alejarse. Máns se planteó agarrar la barca, pero eso también habría sido todo un numerito: sujetando la proa hasta caerse al agua. Como el señor Melker del cuento, que siempre se bañaba vestido. La barca empezó a alejarse.

—¡Pues vete a Kiruna! —gritó sin importarle quién estuviera escuchando—. Por mí puedes hacer lo que te dé la santa gana.

La barca desapareció en la oscuridad. Se podían oír los remos traqueteando en los escálamos y el chapoteo de las palas cuando entraban en el agua.

Pero la voz de Rebecka aún estaba cerca y ahora había subido el tono.

—A ver si me dices si hay algo peor que esto.

A Máns aquella voz le resultaba familiar de cuando, en otros tiempos, había jaleo con Madelene. Primero su ira contenida, y él que no tenía la menor idea de dónde la había vuelto a fastidiar otra vez. Luego la bronca, siempre como la tormenta del siglo. Y después la voz de ella, que subía el tono un poco antes de romper en llanto. Entonces era el momento de una posible reconciliación, siempre y cuando estuviera dispuesto a pagar el precio: asumir toda la culpa. Con Madelene contaba con un viejo guión del que echaba mano: él le decía que era un gilipollas y Madelene se acurrucaba entre sus brazos con la cabeza apoyada contra su pecho hipando como una criatura.

Pero con Rebecka... La mente de Máns dio un patoso y embriagado paso dentro

de su cabeza en busca de las palabras adecuadas, pero ya era demasiado tarde. Los golpes de remo sonaban cada vez más lejos.

Y un carajo se pondría a gritar que volviera. Ni en sueños.

De pronto Ulla Carie, una de las dos socias mujeres del gabinete, estaba justo a su espalda preguntándole qué había ocurrido.

—Pégame un tiro en la cabeza —dijo Más y empezó a subir hacia el hotel. Fijó el rumbo hacia la barra exterior, coronada por guirnaldas de colores y linternas venecianas.

MARTES

5 DE SEPTIEMBRE

El inspector de policía Sven-Erik Stålnacke conducía de Fjällnäs a Kiruna. La gravilla repiqueteaba contra los bajos del coche y a su paso iba dejando una gran estela de polvo. A su izquierda, al girar para tomar la carretera de Nikka, se alzaba hasta el cielo la gigante masa de la montaña de Kebnekaise con su color azul helado.

«Es curioso que nunca te canses de verla», pensó.

Aun habiendo pasado los cincuenta seguía fascinándose con los cambios estacionales. El aire frío que cada otoño bajaba de la montaña recorriendo los valles desde los picos más altos. El retorno del sol al final del invierno. Las primeras gotas que caen de los tejados. Y el deshielo. Con los años era como si uno fuera empeorando. Era como si el cuerpo te pidiera una semana de vacaciones simplemente para sentarte a mirar la naturaleza.

«Y lo mismo con mi padre», pensó.

Durante los últimos años de su vida, probablemente los últimos quince, su padre había estado repitiendo siempre la misma tonadilla: «Éste será mi último verano. Este otoño ha sido el último de mi vida.»

Parecía que eso fuera lo que más temía de morir. No poder vivir otra primavera, otro verano luminoso, otro ardiente otoño. Que las estaciones llegaran y acabaran sin él.

Sven-Erik miró el reloj de reojo. La una y media. Faltaba media hora para la reunión con el fiscal, así que le daba tiempo de pasar por el Asador de Annie y comerse una hamburguesa.

Se imaginaba lo que quería el fiscal. Pronto haría tres meses que la pastora Mildred Nilsson había sido asesinada y aún no habían encontrado nada. El fiscal se había cansado. Y ¿quién podía reprobárselo?

Sin darse cuenta aumentó la presión sobre el pedal del acelerador. Tendría que haberle pedido consejo a Anna-Maria, ahora lo veía. Anna-Maria Mella era la jefa de su grupo. Estaba de baja por maternidad y mientras tanto Sven-Erik la sustituía. Lo que pasaba era que no consideraba correcto molestarla mientras estaba de baja. Le resultaba extraño. Cuando trabajaban juntos la sentía siempre muy cerca, pero fuera del trabajo no se le ocurría nada que decir. La echaba de menos, pero aun así sólo había ido a verla una vez, justo cuando el niño acababa de nacer. Ella había pasado por la comisaría a saludarlos en alguna que otra ocasión, pero siempre se le echaba encima el gallinero entero de administrativas cacareando a su alrededor, así que lo mejor era

quedarse a un lado. A mediados de enero volvería de manera oficial.

La de puertas a las que habían llamado. Tenía que haber alguien que hubiera visto algo. Pasaron por Jukkasjärvi, donde encontraron a la pastora colgando del órgano del coro, y también por Poikkijarvi, el pueblo en el que vivía. Nada. Habían hecho una segunda ronda. Ni mu.

Resultaba muy extraño. Alguien la había matado a plena luz en la zona del museo local, junto al río. Y a plena luz el asesino había llevado el cuerpo a cuestras hasta la iglesia. Sin duda había sido en plena noche, pero había una claridad como si fuera pleno día.

Habían descubierto que era una pastora controvertida. Cuando Sven-Erik preguntó si tenía algún enemigo, varias de las mujeres activas de la parroquia se ofrecieron a responder: «Elige al hombre que prefieras.» Una mujer de la rectoría que tenía unas líneas muy marcadas a los lados de la boca había dicho casi explícitamente que la culpa la tenía la misma pastora. Ya había salido en los titulares de la prensa local estando viva. Hubo discusiones con el consejo parroquial cuando, en los locales de la parroquia, organizó cursos de defensa personal para mujeres. Bronca con el Ayuntamiento cuando su grupo de bibliología sólo para mujeres, llamado Magdalena, salió a la calle exigiendo que una tercera parte de las horas de las pistas de hielo del municipio quedaran reservadas para hockey femenino y para grupos de patinaje artístico. Y últimamente se había peleado con algunos cazadores y criadores de renos. Fue por la loba que se había instalado en los terrenos propiedad de la parroquia. Mildred Nilsson les había dicho que la parroquia tenía el deber de proteger al animal. En las páginas centrales del diario *NSD* habían sacado una foto suya y la de uno de sus opositores bajo los títulos de «Amiga de los lobos» y «Enemigo de los lobos».

Y en la casa rectoral de Poikkijarvi, al otro lado del río que bajaba de Jukkasjärvi, seguía su marido. Estaba de baja por enfermedad y sin capacidad para arreglar los temas de la herencia. Sven-Erik volvió a sentir el desagrado que le había invadido al hablar con el hombre. «Usted otra vez. ¿Nunca tiene suficiente?» Todas las conversaciones habían sido como reabrir un agujero en el hielo destrozando la nueva capa que se había formado durante la noche. El dolor volvía a surgir. Los ojos cansados de tanto llorar. Sin hijos con quien compartir el sufrimiento.

Aunque Sven-Erik tuviera hijos —una hija que vivía en Luleá—, sabía reconocer perfectamente aquella maldita soledad. Estaba divorciado y vivía solo. Pero, claro, tenía al gato y nadie había asesinado a su esposa ni la había colgado de una cadena.

Habían investigado todas las cartas de los muchos locos que se declaraban culpables del crimen, pero sin dar con nada, evidentemente. No eran más que desechos humanos que casualmente se veían invadidos por una febril exaltación cuando leían los titulares en la prensa.

Porque titulares no habían faltado. La televisión y los periódicos se volvieron como locos con el suceso. Mildred Nilsson fue asesinada en mitad de la sequía de noticias del verano y, además, no hacía ni dos años que otro líder religioso, Viktor Strandgård, figura prominente de la parroquia Fuente de Nuestra Fortaleza, había sido asesinado en Kiruna. Habían especulado sobre las similitudes, a pesar de que el

asesino de Viktor Strandgárd ya estuviera muerto. Aun así, el vínculo estaba establecido: un hombre de la Iglesia, una mujer de la Iglesia. Ambos asesinados con extrema brutalidad en sus respectivas parroquias. Los sacerdotes se expresaron en los medios a nivel nacional. ¿Se sentían amenazados? ¿Pensaban mudarse? ¿Era la roja ciudad de Kiruna un lugar peligroso para vivir siendo sacerdote? Los suplentes de verano de los periódicos llegaron en avión para revisar la investigación de la policía. Eran jóvenes y estaban ávidos de noticias: no se contentaban con un «por razones técnicas de la investigación... ningún comentario respecto a esta fase». El interés de la prensa había persistido durante dos semanas.

—Es como si tuvieras que darle la vuelta a los zapatos y sacudirlos antes de ponértelos —le había dicho Sven-Erik al comisario de la Criminal—. Porque puede que algún maldito periodista aparezca con la espada en ristre.

Pero como la policía no había solucionado nada, al final los buscadores de noticias se habían ido de la ciudad y dos personas que habían muerto aplastadas en un festival pasaron a ocupar el espacio mediático.

La policía se pasó todo el verano trabajando con la teoría del imitador. Que alguien se había dejado inspirar por la muerte de Viktor Strandgárd. Al principio, la Policía Judicial se había mostrado muy escéptica a la hora de elaborar un perfil del presunto asesino. Por el momento nadie podía asegurar que se tratara de un asesino en serie. Ni tampoco era seguro que estuvieran buscando a un imitador. Pero las similitudes con el asesinato de Viktor Strandgárd y la presión de los medios de comunicación hicieron que al final una psiquiatra del grupo de elaboración de perfiles de la Judicial interrumpiera sus vacaciones para ir hasta Kiruna.

Estuvo con los de la policía local una tarde a principios de julio. En total eran diez y pasaron la tarde sudando en la sala de reuniones. No querían arriesgarse a que alguien de fuera oyera lo que hablaban, así que mantuvieron todas las ventanas cerradas.

La psiquiatra judicial era una mujer que rondaba los cuarenta. Lo que le había chocado a Sven-Erik era que hablaba de locos, asesinos en masa y asesinos en serie con una calma y comprensión inauditas para él, casi con amor. Cuando ponía ejemplos de la realidad decía a menudo «el pobre hombre» o «tuvimos a un chico joven que...» o «por fortuna para él mismo fue detenido y juzgado». Y les habló de uno que después de estar unos cuantos años de internamiento psiquiátrico recibió el alta, con la medicación adecuada, vivía una vida planificada, trabajaba media jornada en una empresa de pinturas y tenía perro.

—Ni que decir tiene —les había dicho— que es tarea de la policía decidir con qué teoría vais a trabajar. Si vuestro asesino es un imitador, puedo daros una descripción aproximada, pero no es seguro que lo sea.

Hizo una presentación con PowerPoint y les animó a interrumpirla con preguntas.

—Es varón. Edad, entre quince y cincuenta. *Sorry*.

Esto último lo añadió al comprender las sonrisas que todos habían esbozado.

—Preferiríamos algo así como «veintitrés años y tres meses, trabaja repartiendo

periódicos, vive con su madre y tiene un Volvo rojo» —bromeó alguien.

Ella le había seguido el hilo:

—Y calza un cuarenta y dos. Bueno, los imitadores son especiales en el sentido de que pueden debutar con delitos de una violencia brutal. Quiero decir que no tiene que haber sido necesariamente juzgado antes por otro delito con violencia de mayor gravedad. Lo digo a sabiendas de que habéis encontrado huellas pero no habéis dado con ninguna coincidencia en el registro.

Los presentes asintieron con la cabeza.

—Puede que aparezca en el registro de sospechosos o que haya sido juzgado por delitos menores, que son típicos de una persona que no conoce los límites. Vejaciones tipo manía persecutoria, insistentes llamadas telefónicas o quizá pequeños hurtos. Pero si se trata de un imitador habrá estado encerrado en su cuarto leyendo sobre el asesinato de Viktor Strandgárd durante un año y medio. Es una ocupación apacible. Era el asesinato de otro autor y hasta el momento le bastaba con eso, pero a partir de ahora querrá leer sobre sí mismo.

—En realidad los asesinatos no se parecen —objetó alguien—. A Viktor Strandgárd lo golpearon, lo apuñalaron, le sacaron los ojos y le cortaron las manos.

La psiquiatra asintió.

—Es cierto. Pero la explicación a eso puede ser que se trata de su primera vez. Apuñalar, cortar y hurgar con un cuchillo da más..., cómo decirlo..., más proximidad que un arma larga como la que parece que se ha utilizado en esta ocasión. Es otro límite que hay que rebasar. Quizá no le guste el contacto físico.

—Pero la llevó a cuestas hasta la iglesia.

—Sí, cuando ya había acabado con ella. Entonces ya no era nada, sólo un trozo de carne. Vale, vive solo o bien tiene acceso a un espacio totalmente privado, por ejemplo una habitación para sus aficiones en la que no puede entrar nadie, o un taller o, bueno, cualquier lugar que se pueda cerrar con llave. Allí tiene recortes de prensa, probablemente a la vista, preferiblemente colgados. Está aislado, pocos contactos sociales. No sería de extrañar que hubiera recurrido a algo físico para mantener a las demás personas alejadas, como una mala higiene, por ejemplo. Preguntad sobre eso si dais con algún sospechoso, preguntad si tiene amigos, aunque no los tendrá. Pero, lo dicho: no tiene por qué tratarse de un imitador. Puede que se trate de alguien que se ha visto superado por un ataque de ira puntual. Si tenemos la mala suerte de que nos caiga otro asesinato, tendremos que volver a vernos.

Sven-Erik interrumpió sus cavilaciones al cruzarse con un conductor que entrenaba a su perro sujetando la correa a través de la ventanilla y haciéndole correr junto al coche. Pudo ver que se trataba de un cruce de perro jämthund. El animal galopaba con la lengua colgando.

—Jodido maltratador de animales —murmuró mirando por el retrovisor.

Probablemente era un cazador de alces que quería poner en forma al perro para la temporada. Por un momento pensó en volver atrás para tener una charla con el dueño. Los tipos así no deberían poder tener animales. Seguro que el resto del año lo

tenía encerrado en una jaula.

Pero no dio la vuelta. Acababa de hablar con un hombre que había incumplido la orden de alejamiento de su ex esposa y además se negaba a presentarse a declarar aunque había sido citado para ello.

«Todo el día de bronca —pensó Sven-Erik—. Desde que me levanto por la mañana hasta que me meto en la cama. ¿Dónde hay que poner el límite? Un buen día estás disfrutando de tu día libre y te pones a gritarle a la gente que tira el papel del helado al suelo.»

Pero la evocación del perro galopando e imaginarlo con las almohadillas de las patas hechas jirones le estuvo carcomiendo todo el camino hasta la ciudad.

Veinticinco minutos más tarde Sven-Erik Stålnacke entraba en el despacho del fiscal jefe Alf Bjornfot. El fiscal, de sesenta años, estaba sentado en el borde de su escritorio con una criatura entre los brazos. El niño estiraba felizmente el cordoncillo de la lámpara fluorescente que asomaba por encima de la mesa.

—¡Mira! —exclamó el fiscal cuando Sven-Erik entró por la puerta—. Aquí viene el tío Sven-Erik. Éste es Gustav, el chaval de Anna-Maria.

Esto último se lo dijo a Sven-Erik entornando sus ojos de miope. Gustav le había cogido las gafas y las usaba para golpear el cordón de la lámpara, que se balanceaba en todas direcciones.

En ese mismo instante entró la inspectora jefa Anna-Maria Mella. Saludó a Sven-Erik con un levantamiento de cejas y una fugaz media sonrisa en su cara de caballo. Como si se hubieran visto en la reunión habitual de la mañana, aunque en realidad hacía varios meses que no hablaban.

A Sven-Erik le sorprendió lo pequeña que la veía. Ya le había pasado antes, en otras ocasiones que habían estado separados un tiempo, como después de las vacaciones, por ejemplo. En su cabeza siempre se la imaginaba mucho más grande. Se le notaba que había estado de baja. Tenía un moreno de esos que no se pierden hasta bien entrado el oscuro invierno. Ya no se le veían las pecas porque el resto de la cara había tomado el mismo color. Su gran coleta estaba casi blanca, y en el nacimiento del pelo tenía marcas de haberse rascado varias picaduras de mosquito, pequeños puntitos marrones de sangre seca.

Tomaron asiento. El fiscal jefe detrás de su sobrecargado escritorio y Anna-Maria y Sven-Erik uno al lado del otro en el sofá de las visitas. El fiscal se expresó en pocas palabras. El caso del asesinato» de Mildred Nilsson se había estancado. Durante el verano había ocupado casi todos los recursos que tenía la policía, pero ahora ya no se le podía dar la misma prioridad.

—No hay vuelta de hoja —le dijo a modo de disculpa a Sven-Erik, que miraba insistentemente por la ventana—. No podemos seguir dedicando tantos medios a este caso a costa de suspender las investigaciones de otros asuntos. Al final se nos echará encima el Defensor del Pueblo.

Hizo una breve pausa y observó a Gustav, que se dedicaba a vaciar el contenido de la papelera y a repartir el tesoro por el suelo. Una caja vacía de porciones de tabaco

picado, una piel de plátano, otra caja vacía de pastillas refrescantes LÄkerol Special y algunas bolas de papel. Cuando la papelera se quedó vacía Gustav se quitó los zapatos y los metió dentro. El fiscal sonrió y continuó hablando.

Había convencido a Anna-Maria para que trabajara a media jornada hasta que empezara con la jornada completa después de Navidad. La idea era que Sven-Erik continuara como jefe de grupo y que Anna-Maria se dedicara al asesinato hasta entonces.

Se subió las gafas hasta el nacimiento del tabique nasal y recorrió la mesa con la mirada. Al final encontró el archivo de Mildred Nilsson y se lo pasó a Anna-Maria y a Sven-Erik.

Anna-Maria hojeó el contenido de la carpeta mientras Sven-Erik leía por encima de su hombro. Le invadió una pesadez interior, como si una gran tristeza lo llenara a medida que pasaban las páginas.

El fiscal le pidió que hiciera un resumen de la investigación.

Sven-Erik tiró de su espeso bigote durante unos segundos de concentración y luego explicó sin mayores digresiones que a la pastora Mildred Nilsson le habían quitado la vida la noche del 21 de junio. Había oficiado una misa nocturna en la iglesia de Jukkasjärvi que terminó a las doce menos cuarto y a la que asistieron once personas. Seis de ellas eran turistas que se alojaban en el hotel rural y la policía los había sacado de la cama a las cuatro de la mañana para interrogarlos. Las demás eran de Magdalena, el grupo de mujeres de la pastora.

—¿El grupo de mujeres? —preguntó Anna-Maria apartando los ojos de la carpeta.

—Sí, tenía un grupo de bibliología compuesto únicamente de mujeres. Se hacían llamar grupo Magdalena. Una asociación de esas que se están poniendo de moda. Solían reunirse en la iglesia en la que Mildred Nilsson oficiaba la misa. Ha suscitado discordias en algunos sectores. Tanto sus detractores como ellas mismas lo dicen así.

Anna-Maria asintió con la cabeza y volvió a clavar la mirada en el expediente. Los ojos se le entornaron al llegar al informe de la autopsia y al dictamen de Pohjanen, el médico jefe.

—Quedó bien destrozada —dijo—. «Hundimiento craneal... fractura craneal múltiple... contusiones cerebrales bajo las zonas del cráneo afectadas... hemorragia entre las meninges...»

Se percató de las muecas de desagrado e incomodidad tanto en el fiscal como en Sven-Erik y siguió hojeando el texto en silencio.

Es decir, violencia grave poco convencional. La mayoría de las heridas medían unos tres centímetros de largo con tejido conjuntivo en los bordes. El tejido estaba destrozado. Pero había una herida más grande: «Marca alargada y morada con hinchazón en la sien izquierda... a tres centímetros por debajo y dos por delante del conducto auditivo se observa el límite posterior de la herida estampada...»

¿Herida estampada? ¿Qué comentaba el médico forense al respecto? Pasó

algunas páginas.

«... la herida estampada y la herida alargada lateral de la sien izquierda inducen a pensar en un arma con forma similar a la de una palanqueta.»

Sven-Erik continuó con su explicación:

—Después de la misa, la pastora se cambió de ropa en la sacristía, cerró la iglesia con llave y bajó caminando hasta el embarcadero que hay junto al museo local, donde tenía amarrada su barca. Allí fue donde la atacaron. El asesino cargó con la pastora de vuelta a la iglesia. Abrió el portón y la subió al coro, le ató una cadena al cuello, sujetó el otro extremo en el órgano y la colgó del coro.

No mucho más tarde la descubrió una de las conserjes. Le habían entrado ganas de bajar al pueblo en bicicleta para coger flores para la iglesia.

Anna-Maria miró un momento a su hijo. Había descubierto la caja de papeles para triturar. Estaba rompiendo una hoja tras otra. Una felicidad inconcebible.

Anna-Maria aceleró la lectura. Numerosas fracturas en la mandíbula superior y el pómulo. Una pupila más dilatada que la otra. La izquierda, seis milímetros; la derecha, cuatro milímetros. La causa era la hinchazón cerebral. «El labio superior, muy hinchado. La parte derecha, de color azul morado; la incisión muestra una hemorragia de sangre oscura...» ¡Santo cielo! Pérdida de los incisivos superiores. «Abundante sangre y coágulos en la cavidad bucal. En la boca hay dos calcetines presionados contra la garganta.»

—Prácticamente sólo la golpeó en la cabeza —constató.

—Tenía dos heridas en el pecho —observó Sven-Erik.

—«Objeto similar a una palanqueta.»

—Probablemente era una palanqueta.

—Herida alargada en la sien izquierda. ¿Crees que es el primer golpe?

—Sí. Así que habrá que suponer que es diestro.

—O diestra.

—Sí. Pero el asesino cargó con el cuerpo un buen trozo. Desde el río hasta la iglesia.

—¿Cómo sabemos que la llevó a cuestas? A lo mejor la puso en una carretilla o algo así.

—Saberlo, no lo sabemos; ya conoces a Pohjanen. Pero nos estuvo comentando la dirección en que salía la sangre. Primero le caía hacia abajo, hacia la espalda.

—Mientras estaba tumbada en el suelo boca arriba.

—Sí. Al final los de la Científica encontraron el sitio. No muy lejos del embarcadero donde solía amarrar la barca. A veces iba en barca. Como vivía al otro lado... En Poikkijarvi. Junto a la barca también encontraron sus zapatos.

—Y ¿después? Con la sangre, digo.

—Después hay rastros menos copiosos de sangre de las heridas de la cara y la

cabeza en dirección hacia la coronilla.

—Vale —dijo Anna-Maria—. El asesino la carga al hombro de modo que la cabeza le cuelga hacia abajo.

—Podría ser la explicación. Y no es precisamente gimnasia para amas de casa.

—Yo podría con ella —señaló Anna-Maria—. Y también la podría colgar por encima del órgano. Era bastante pequeña.

«Sobre todo si estuviera como... enloquecida por la rabia», pensó.

Sven-Erik siguió hablando:

—Las últimas marcas de sangre van en dirección a los pies.

—Cuando la colgaron.

Sven-Erik asintió con la cabeza.

—¿O sea que no estaba muerta?

—No del todo. Lo pone en el informe forense.

Anna-Maria hojeó el informe. Había una pequeña hemorragia en el cuello bajo las heridas producidas por la cadena. Según el médico forense Pohjanen, todo apuntaba a una muerte segura. Así que ya estaba medio muerta cuando la colgaron. Probablemente estaba inconsciente.

—Los calcetines en la boca... —empezó diciendo Anna-Maria.

—Eran los suyos —le aclaró Sven-Erik—. Los zapatos se quedaron en la costa y cuando la colgaron iba descalza.

—Eso lo he visto otras veces —intervino el fiscal—. Normalmente, pasa cuando alguien mata a alguien de esa manera. La víctima sufre espasmos y resuella. Es bastante desagradable. Y para acallar el resuello...

Se interrumpió. Le vino a la cabeza un caso de violencia de género que terminó en homicidio. La mujer acabó con media cortina del dormitorio en la garganta.

Anna-Maria estudió algunas de las fotografías. La cara destrozada. La boca sin dientes abierta de par en par.

«Y ¿las manos? —pensó—. ¿Los cantos de las manos? ¿Los brazos?»

—No hay heridas de defensa —constató.

El fiscal y Sven-Erik negaron con la cabeza.

—¿Ni tampoco huellas dactilares completas? —preguntó Anna-Maria.

—No. Tenemos una huella parcial en uno de los calcetines.

Gustav se había puesto a arrancar las hojas que alcanzaba de un gran ficus que había en una maceta con bolas de arlita. Cuando Anna-Maria lo cogió para apartarlo soltó un berrido.

—Si te digo que no, es que no —le dijo Anna-Maria cuando intentó librarse de los brazos de su madre para volver al ficus.

El fiscal quiso decir algo, pero Gustav estaba aullando como una sirena. Anna-Maria intentó disuadirlo con las llaves del coche y el teléfono móvil, pero todo acabó en el suelo de un golpe. Gustav había empezado a deshojar el ficus y quería terminar la tarea. Anna-Maria lo cogió bajo el brazo y se puso en pie. Definitivamente, la reunión había terminado.

—Voy a poner un anuncio de «se regala» —dijo entre dientes—. O «se cambia»: «niño sano de año y medio por máquina de cortar el césped. Se estudiarán todas las ofertas».

Sven-Erik acompañó a Anna-Maria hasta el coche. Pudo comprobar que seguía con su destartalado Ford Escort. A Gustav se le pasaron las penas en cuanto su madre lo dejó en el suelo para que caminara solo. Primero se puso a correr tambaleante, pero atrevido, hacia una paloma que estaba picoteando restos junto a una basura. El pájaro alzó cansado el vuelo y Gustav centró su atención en la basura. Había un líquido rosáceo bajando por el borde de la papelera, parecía un vómito medio seco del sábado anterior. Anna-Maria cazó a Gustav justo antes de que llegara. Empezó a llorar como si le fuera la vida en ello. Anna-Maria lo sentó en la sillita infantil del coche y cerró la puerta. Desde dentro seguían sonando los gritos atenuados de su hijo.

Se volvió hacia Sven-Erik con una media sonrisa.

—Lo voy a dejar ahí y me voy a ir andando a casa —dijo.

—No me extraña que proteste si lo dejas sin merienda —bromeó Sven-Erik haciendo un gesto hacia la repulsiva papelera.

Anna-Maria levantó los hombros en un escalofrío simulado y después siguió un silencio de unos pocos segundos.

—Bueno —dijo Sven-Erik sonriendo—, por lo visto habrá que aguantarte otra vez.

—Sí, pobrecito —respondió ella, también con una sonrisa—. Se acabó la paz.

Y se puso seria.

—En la prensa decían que era una rojilla feminista, que organizaba cursos de defensa personal y cosas así. ¡Pero no había marcas de pelea!

—Lo sé —dijo Sven-Erik.

Arrugó el bigote en un gesto pensativo.

—A lo mejor no se esperaba que le pegaran —propuso—. Quizá lo conocía —dijo él sonriendo—. ¡O la conocía! —añadió.

Anna-Maria asintió pensativa. A su espalda, Sven-Erik veía los molinos de la central eólica de Peuravaara, uno de sus temas de discusión favoritos. A él le parecían bonitos, y a ella más feos que una paliza.

—Puede —dijo.

—A lo mejor tenía perro —observó Sven-Erik—. La Científica encontró dos pelos de perro en su ropa y ella no tenía mascota ninguna.

—¿Qué clase de perro?

—No sé. Después del caso Helene de Horby intentaron desarrollar los métodos de análisis. No se puede saber de qué raza se trata, pero si aparece algún sospechoso que tenga perro se puede comparar y determinar si el pelo es del mismo perro.

Los gritos del coche se hicieron más fuertes. Anna-Maria se sentó dentro y puso el motor en marcha. Se le debía de haber perforado el tubo de escape porque cuan-

do empezó a acelerar sonó como una sierra eléctrica maltratada. Arrancó de golpe y se incorporó a la calle Hjalmar Lundbohmsvägen.

—¡Joder, qué estilo tienes! —gritó Sven-Erik entre una nube de humo aceitoso.

Por la luna trasera del coche vio cómo Anna-Maria levantaba la mano para despedirse.

Rebecka Martinsson iba en el Saab de alquiler camino de Jukkasjärvi. A su lado, en el asiento del copiloto, estaba Torsten Karlsson con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados intentando descansar un poco antes de la reunión con el pastor religioso. De vez en cuando miraba por la ventana.

—Avísame si ves algo que valga la pena mirar —le dijo a Rebecka.

Ella esbozó media sonrisa.

«Todo —pensó—. Todo esto vale la pena mirarlo. El sol del atardecer entre los abetos, los insectos zumbando alrededor de las adelfillas de la cuneta, el asfalto agrietado por el frío, todo lo que está muerto y aplastado en la carretera...»

La reunión con los pastores de la diócesis de Kiruna estaba programada para la mañana del día siguiente, pero el pastor de Kiruna había llamado a Torsten.

—Si ves que vais a llegar el martes por la tarde, llámame —le dijo—, así os enseño dos de las iglesias más bonitas de toda Suecia. Kiruna y Jukkasjärvi.

—¡Entonces subiremos el martes! —decidió Torsten efusivo—. Nos interesa mucho tenerlo de nuestro lado para el miércoles. Ponte algo bonito.

—Ponte algo bonito tú —le contestó Rebecka.

En el avión les tocó sentarse al lado de una mujer que enseguida entabló conversación con Torsten. Era corpulenta y llevaba una chaqueta holgada y del cuello le colgaba un collar de Kalevala de tamaño considerable. Cuando Torsten le contó que era la primera vez que iba a Kiruna, la mujer dio una palmada de entusiasmo. Después empezó a aconsejarle cosas que tenía que ir a ver.

—Llevo guía particular —le dijo Torsten señalando a Rebecka con la mirada.

La mujer la observó con una sonrisa.

—Vaya, así que tú ya has estado aquí antes.

—He nacido aquí.

La mujer la examinó de arriba abajo sin poder disimular un halo de desconfianza.

Rebecka se volvió para mirar por la ventanilla y dejó que Torsten continuara con la conversación. Le molestaba haberse sentido como una extraña, embutida en un

traje de chaqueta gris y con zapatos de Bruno Magli.

«Es mi ciudad», pensó con cierto aire de rebeldía.

Justo en ese instante el avión giró y la ciudad se dejó ver sobre el terreno como un conjunto de edificaciones que se agarraban con tenacidad a la roca rica en hierro. A su alrededor no había más que montañas y ciénagas, bosques de baja altura y corrientes de agua. Rebecka respiró hondo.

En el aeropuerto volvió a sentirse como una extraña. De camino a la oficina de alquiler de coches ella y Torsten se habían encontrado con una manada de turistas que regresaban a casa. Desprendían un intenso olor a loción anti mosquitos y sudor. El viento de las montañas y el sol de septiembre les habían curtido la piel. Estaban morenos y todos tenían pequeñas marcas blancas junto a los ojos de tanto entornarlos.

Rebecka sabía cómo se sentían. Pies doloridos y músculos cansados tras una semana en la montaña, satisfechos e incluso un poco indolentes. Llevaban anoraks de colores vivos y pantalones de color caqui muy prácticos. Ella, en cambio, llevaba abrigo y bufanda.

Cuando cruzaban el río, Torsten estiró la espalda y giró la cabeza para observar a unos pescadores con mosca.

—Pues sólo nos queda encomendarnos a los dioses para que lleguemos a buen puerto con este asunto —dijo.

—Seguro que sí —le respondió Rebecka—. Les vas a encantar.

—¿De verdad lo crees? Siento no haber estado aquí antes. Joder, si es que nunca he estado más arriba de Gavie.

—Ya, ya, pero ahora estás contentísimo de estar aquí. Siempre has querido subir, ver el magnífico mundo de las montañas y visitar la mina. La próxima vez que tengas que venir tómate unos días de vacaciones y aprovechas para hacer un poco de turismo.

—Vale.

—Y olvídate de hacer el típico comentario de «cómo os lo montáis en invierno cuando el sol ni siquiera sale».

—Por supuesto.

—Aunque ellos mismos hagan esa broma.

—Sí, sí.

Rebecka aparcó el coche delante del campanario. No se veía al pastor por ninguna parte, así que bajaron caminando por el camino de grava hacia la casa rectoral. Era de madera pintada de color rojo y juntas blancas. Un poco más abajo de la casa fluía el río con el exiguo caudal característico de septiembre. Mientras Torsten intentaba ahuyentar los mosquitos, llamaron a la puerta pero nadie les abrió. Volvieron a llamar y al final se dieron la vuelta con intención de marcharse.

A través de la abertura de la valla que daba al cementerio apareció un hombre caminando. Les llamó mientras agitaba la mano en el aire. Cuando estuvo un poco más

cerca pudieron distinguir su camisa de pastor.

—¡Buenos días! —les dijo al llegar junto a ellos—. Vosotros debéis de ser los de Meijer & Ditzinger.

Le alargó la mano primero a Torsten Karlsson. Rebecka tomó una postura de secretaria a medio paso detrás de Torsten.

—Stefan Wikström —se presentó el sacerdote—.

Rebecka se presentó sin especificar su cargo, dejándole así que se imaginara lo que le resultara más cómodo. Observó al pastor con atención. Rondaba los cuarenta, llevaba téjanos, zapatillas de deporte y camisa de sacerdote con alzacuellos blanco. Se hacía evidente que no volvía de ninguna ceremonia pero, aun así, llevaba la camisa. «Uno de esos curas las veinticuatro horas», pensó.

—Habíais quedado con Bertil Stensson, el párroco —continuó el sacerdote—. Lamentablemente, anoche le surgió un impedimento, así que me ha pedido que os reciba y os enseñe la iglesia.

Rebecka y Torsten le respondieron con amabilidad y lo siguieron hasta la pequeña iglesia roja de madera. El tejado desprendía olor a brea. Rebecka prefería mantenerse por detrás de los hombres siguiéndolos de cerca. El sacerdote se dirigía casi exclusivamente a Torsten cuando hablaba y éste entraba hábilmente en el juego sin girarse tampoco hacia Rebecka.

«Quizá sea verdad que al párroco le ha surgido un impedimento —pensó Rebecka—, pero también pudiera ser que hubiera decidido estar en contra de la oferta del bufete.»

Por dentro, la iglesia era sombría y el aire se notaba totalmente quieto. Torsten se rascaba veinte nuevas picaduras de mosquito.

Stefan Wikström les habló un poco acerca de la iglesia de madera, construida en el año 1700. Rebecka dejó libre el pensamiento en su cabeza. Ya conocía la historia del hermoso retablo y de los muertos que descansaban bajo el pavimento. De pronto se percató de que habían cambiado de tema y volvió a prestar atención.

—Allí. Delante del órgano —dijo Stefan Wikström señalando con el dedo.

Torsten levantó la vista y observó los tubos del órgano y el símbolo sami del sol que tenía en el centro.

—Tiene que haber sido un duro golpe para todos.

—¿Un duro golpe? —preguntó Rebecka.

El sacerdote se la quedó mirando.

—Bueno, aquí es donde estaba colgando —dijo—. La compañera a la que asesinaron este verano.

—Rebecka lo miró estupefacta.

—¿Que asesinaron este verano? —repitió.

Se hizo una pausa desconcertante entre los tres.

—Sí, este verano —intentó de nuevo Stefan Wikström.

Torsten Karlsson tenía la mirada fija en Rebecka.

—No me digas que... —dijo.

Rebecka lo miró y negó con la cabeza con un gesto casi imperceptible.

—Este verano asesinaron a una pastora en Kiruna. Aquí dentro. ¿No lo sabías?

—No.

Torsten la observó intranquilo.

—Debes de ser la única persona en toda Suecia que... Daba por hecho que lo sabías. Salió en todos los periódicos..., en cada telediario...

Stefan Wikström seguía la conversación como en una partida de tenis de mesa.

—No he leído la prensa desde antes del verano —dijo Rebecka—. Ni tampoco he visto la televisión.

Torsten levantó las palmas de las manos como buscando ayuda.

—De veras creía que... —empezó diciendo—. Hostias, nadie...

Interrumpió la frase para mirar abochornado al sacerdote, éste le respondió con una sonrisa en señal de perdón por los pecados cometidos y Torsten continuó hablando:

—... nadie se habrá atrevido a contártelo. ¿Prefieres esperar fuera? O ¿quieres un vaso de agua?

Rebecka estuvo a punto de sonreír, pero cambió de idea sin tener claro qué cara poner.

—Estoy bien. Pero prefiero esperar fuera.

Dejó a los hombres dentro de la iglesia y salió hasta la escalinata de la entrada.

«Sin duda, debería sentir algo —pensó—. Quizá desmayarme.»

El sol de mediodía calentaba la pared del campanario. Le entraron ganas de apoyarse, pero se abstuvo pensando en la ropa. El olor a asfalto caliente se mezclaba con el del tejado recién restaurado con brea.

Se preguntaba si Torsten estaría explicándole a Stefan Wikström que ella era la que había matado al asesino de Viktor Strandgård. O quizá se estuviera inventando algo. Probablemente, haría lo que le pareciera más indicado de cara a los negocios. En la actualidad Rebecka era una chuchería en la bolsa social de las golosinas, donde estaba mezclada con anécdotas picantes y succulentos chismorreos. Si Stefan Wikström hubiera sido abogado, Torsten le habría contado la verdad. Le habría alargado la bolsa y le habría invitado a una Rebecka Martinsson. Pero los sacerdotes quizá no eran una especie tan chismosa como los abogados.

Salieron a su encuentro al cabo de diez minutos. El pastor les dio la mano a ambos y parecía como si no quisiera soltarlas.

—Es una pena que Bertil se haya tenido que marchar. Ha habido un accidente

de tráfico y en esos casos no se puede uno negar. Si me dais un minuto, intento localizarle en el móvil.

Mientras Stefan Wikström telefoneaba al párroco, Rebecka y Torsten se intercambiaron una mirada. De modo que el párroco sí que estaba ocupado de verdad. Rebecka se preguntaba por qué Stefan Wikström estaba tan empeñado en que se encontraran con él antes de la reunión del día siguiente.

«Quiere algo —pensó—. ¿Qué será?»

Stefan Wikström se guardó el teléfono en el bolsillo de atrás con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento —dijo—, ha saltado el contestador. Pero nos vemos mañana.

La despedida fue breve, puesto que tan sólo una noche los distaba del siguiente encuentro. Torsten le pidió un bolígrafo a Rebecka y se apuntó el título de un libro que el sacerdote le había recomendado, mostrando así gran interés.

Rebecka y Torsten cogieron el coche y se encaminaron de vuelta a la ciudad. Durante el viaje Rebecka le habló de Jukkasjärvi y del aspecto que tenía antes del gran boom turístico, cuando yacía adormilada junto al río. Sus habitantes desaparecían en silencio como los granos en un reloj de arena. El supermercado era todo un anticuario de la comida. Por el museo local se paseaba algún que otro turista puntual con un café rancio en una mano y en la otra un pastelito industrial de la casa Delicato, cuya cobertura habría adquirido el tono blanquecino de pasado. Las casas no se habían podido vender. Se quedaron allí ojerosas y en silencio, con goteras en los tejados y ratones correteando entre las paredes. Los prados acabaron totalmente cubiertos de maleza.

En cambio, ahora llegaban turistas de todos los rincones del mundo para dormir en el hotel de hielo entre pieles de reno, conducir moto de nieve a treinta grados bajo cero, montar en trineos tirados por perros o contraer matrimonio en la iglesia de hielo. Y si no era invierno, la gente iba para disfrutar de las saunas flotantes o para hacer rafting por el río.

—¡Para! —gritó Torsten de repente—. ¡Podemos comer ahí!

A un lado de la carretera había un cartel formado por dos tablones de madera, uno encima de otro, y pintados a mano. Estaban cortados en forma de flecha y señalaban hacia la izquierda. Unas letras verdes sobre fondo blanco anunciaban: «HABITACIONES» y «COMIDA hasta las 23 horas».

—No, no podemos —objetó Rebecka—. Por ahí se va a Poikkijarvi y allí no hay nada.

—Venga, vamos, Martinsson —reclamó Torsten mirando la carretera con expectación—. ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

Rebecka suspiró como una madre paciente y giró por el camino que llevaba a Poikkijarvi.

—Aquí no hay nada —insistió—. Un cementerio, una capilla y unas pocas casas. Te apuesto a que ese cartel lleva ahí siglos y que quien lo colgó se fue al otro

barrio a la semana siguiente.

—En cuanto lo confirmemos damos media vuelta y nos vamos a comer a la ciudad —dijo Torsten desenfadado.

Al poco rato la carretera asfaltada se convirtió en camino de grava. A su izquierda corría el río y se podía ver Jukkasjärvi al otro lado. La gravilla repicaba contra los bajos del coche. A ambos lados del camino había casas de madera, la mayoría de ellas pintadas de color rojo. Algunos jardines estaban decorados con flores medio marchitas dentro de neumáticos de tractor y molinos de miniatura; otros, con columpios y fosos de arena para críos. Los perros corrían hasta donde podían dentro del jardín ladrando al paso del coche. Rebecka podía sentir las miradas de los ojos que los observaban desde el interior de las viviendas. Un coche desconocido. ¿Quién podía ser? Torsten miraba a su alrededor como un niño feliz, hacía comentarios sobre las ampliaciones tan feas que tenían algunas casas y saludó a un hombre mayor que había parado de rastrillar hojas para observar a los dos extraños. Se cruzaron con un grupito de chavales que iban en bici y con un chico un poco mayor que iba en un ciclo-motor con cajón de carga en la parte delantera.

—Ahí está —señaló Torsten.

El restaurante, un antiguo taller de coches reformado, quedaba al final del pueblo. El edificio tenía el aspecto ligero de una caja de cartón cuadrada y el revoque blanco sucio se había desconchado por varios sitios. En la parte larga de la caja había dos portones de garaje que daban al camino y estaban provistos de ventanas alargadas para que pudiera entrar más luz. En una de las paredes cortas había una ventana con reja metálica y una puerta de tamaño normal, y a ambos lados de ésta había una gran maceta de plástico con caléndulas de color amarillo fuego. Tanto los portones como la puerta y el marco exterior de las ventanas estaban pintados con pintura plástica de color marrón que se estaba descascarillando. En la otra pared corta, que era la trasera del restaurante, había varias máquinas quitanieves de color rojo pálido sobre la crecida hierba seca de otoño.

Al entrar con el coche en la explanada de grava, tres gallinas batieron las alas y salieron corriendo por detrás de una esquina. Contra la pared larga que miraba al río había apoyado un cartel de luces de neón con el texto «LAST STOPPER DINER» y junto a la puerta había un cartel plegable de madera que decía «BAR abierto». En la explanada había otros tres coches aparcados.

Al otro lado del camino se veían cinco cabañas y Rebecka se imaginó que eran las que se alquilaban.

Apagó el motor y en ese momento llegó el ciclomotor de carga con el que se habían cruzado un rato antes y aparcó el vehículo junto al edificio. El chico que lo llevaba, un muchacho grande y fuerte, se quedó titubeando unos minutos sentado en el sillín sin saber muy bien si bajar o no. Clavó la mirada en Rebecka y Torsten por debajo del canto del casco y se meció varias veces sobre el manillar. El robusto mentón se le movía de un lado a otro hasta que al final se bajó del ciclomotor y se dirigió hacia la puerta. Caminaba ligeramente inclinado hacia delante con la mirada clavada en el suelo y con los brazos formando un ángulo de noventa grados.

— Ahí llega el jefe de cocina — bromeó Torsten.

Rebecka soltó un «hmm», el sonido que empleaban los abogados asistentes para las bromas malas cuando no querían reírse pero tampoco quedarse callados ante un socio o un cliente.

El chico permanecía de pie en el umbral de la puerta.

«No es muy diferente a un gran oso con chaqueta verde», pensó Rebecka.

El chico se dio media vuelta y volvió al ciclomotor, se desabrochó el abrigo, lo extendió cuidadosamente sobre la plataforma de carga y lo dobló. Después se quitó el casco y lo colocó encima del abrigo con delicadeza extrema, como si fuera de cristal. Incluso retrocedió un paso para echar un vistazo a distancia, luego se acercó de nuevo y movió el casco apenas un milímetro. Seguía con la cabeza inclinada hacia delante y ligeramente ladeada. Miró a Rebecka y a Torsten por el rabillo del ojo mientras se frotaba el mentón. Rebecka calculó que aún no habría cumplido los veinte, pero no cabía duda de que seguía teniendo la mente de un niño.

— ¿Qué está haciendo? — susurró Torsten.

Rebecka sacudió la cabeza.

— Voy a entrar a preguntar si ya se puede cenar — dijo bajándose del coche.

Por la ventana con mosquitera verde que estaba abierta se podía oír de fondo la emisión de un programa deportivo, un murmullo de personas hablando y el tintineo de platos y cubiertos. Desde el río llegaba el rugido de un fueraborda. El aire, impregnado de un rico olor a comida, era un poco más frío. El frescor de la tarde pasaba con una brisa acariciando el musgo y las matas de arándanos.

«Es como en casa», pensó Rebecka mirando el bosque del otro lado del camino, una sala de columnas levantada por pinos jóvenes que salían de la tierra arenosa. Los rayos del sol se abrían paso por entre los troncos cobrizos hasta calentar la pinaza y las piedras recubiertas de musgo.

De pronto pudo verse a sí misma. Una chiquilla con jersey de fibra sintética que te electrizaba el pelo si te frotabas la cabeza con él y unos pantalones de pana alargados por abajo. Aparece corriendo en el lindero del bosque con una taza de cerámica llena hasta el borde de arándanos que acaba de coger. Se dirige al establo que se utiliza en verano donde está su abuela. En el suelo de cemento hay un pequeño fuego encendido echando humo. Es del tamaño perfecto, porque si se le pone demasiada paja las vacas empiezan a toser. Su abuela está ordeñando a *Mansikka* y le sujeta la cola con la frente apretada contra el costado del animal. La leche cae como inyectada en el cubo y las cadenas traquetean cuando las vacas se agachan para coger más paja.

— Bueno, Pikkupiika — le dice su abuela mientras aprieta rítmicamente las ubres—. ¿Dónde has estado todo el día?

— En el bosque — le contesta la pequeña Rebecka.

Le mete a su abuela unos cuantos arándanos en la boca. Hasta ahora Rebecka no se había dado cuenta de su propia hambre.

Torsten picó en la ventanilla del coche.

«Quiero quedarme aquí», pensó Rebecka sorprendiéndose a sí misma de su propia vehemencia.

Los terrones herbosos del bosque parecían cojines cubiertos con matas de arándano rojo de un reluciente color verde oscuro y hojas gruesas, y con otras de arándano azul aún de color verde pálido que poco a poco se iban tornando rojizas.

«Ven a tumbarte —susurraba el bosque—. Túmbate boca arriba y quédate mirando cómo se mecen las copas de los árboles con la fuerza del viento.»

Otro repiqueteo en la ventanilla. El corpulento chico seguía en la escalera cuando Rebecka entró en el local y ella le hizo un gesto de saludo con la cabeza.

Los dos garajes del antiguo taller se habían reformado y eran ahora un bar-restaurante. En el local había seis mesas de madera de pino, barnizadas de color oscuro y dispuestas a lo largo de las paredes, pudiéndose sentar en cada una hasta siete personas al mismo tiempo si una se sentaba en una de las cabeceras. La alfombra sintética imitando mármol de color rojo coral hacía juego con el empapelado rosa, que tenía además una cenefa pintada a mano a lo largo de todas las paredes de la sala, pasando incluso por encima de las puertas batientes que daban a la cocina. En las tuberías que estaban a la vista y también eran de color de rosa, alguien había enrollado lianas de hiedra artificial en un intento de darle más ambiente al lugar. A la izquierda, detrás de la barra también barnizada de oscuro, había un hombre con delantal azul que secaba vasos y los apretujaba en el estante donde estaba la oferta del bar. Cuando Rebecka entró en el salón la saludó. Llevaba una barba corta de color castaño oscuro, un aro en la oreja derecha e iba con las mangas de la camiseta negra arremangadas, dejando ver unos fornidos músculos. En una de las mesas había tres hombres con un cestillo de pan delante esperando la comida con los cubiertos todavía enrollados en las servilletas de papel de color vino. Tenían las miradas clavadas en el fútbol de la tele, los puños en la cesta de pan y las gorras de trabajo apiladas en una de las sillas libres. Los tres llevaban camisa de franela y debajo camisetas con estampados de publicidad y cuellos desgastados. Uno de ellos llevaba pantalones de trabajo azules de tirantes con el logo de una empresa. Los otros dos se habían desabrochado los monos de trabajo y llevaban la parte superior colgando por detrás.

Una mujer sola de mediana edad mojaba trozos de pan en el plato de sopa. Le sonrió rápidamente a Rebecka y se apresuró a meterse el pan en la boca antes de que se le despedazara. A sus pies yacía dormido un labrador negro con canas blancas de vejez en el hocico. En la silla que tenía al lado colgaba un abrigo de color rosa Barbie indescritiblemente desgastado. Llevaba el pelo muy corto y su peinado se podía describir, en el mejor de los casos, como práctico.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó el tipo del aro en la oreja de detrás de la barra.

Rebecka se giró hacia él y apenas le dio tiempo a decir que sí cuando se batieron las puertas de la cocina al paso enérgico de una mujer de unos veintitantos años que aparecía con tres platos en las manos. Tenía el pelo largo y coloreado a mechas rubias, rojas y negras. Llevaba un piercing en la ceja y dos brillantes en la aleta de la nariz.

«Qué chica más guapa», pensó Rebecka.

—¿Sí? —le dijo como exigiendo una reacción a Rebecka.

No esperó a que contestara sino que les sirvió los platos a los tres hombres que esperaban. Rebecka había estado a punto de preguntar si servían comida, pero la respuesta era evidente.

—En el cartel pone que tenéis habitaciones —oyó salir repentinamente de su propia boca—. ¿Cuánto cuestan?

El tipo del aro en la oreja la miró desconcertado.

—Mimmi —dijo el hombre—. Preguntan por las habitaciones.

La chica con el pelo de colores se giró hacia Rebecka secándose las manos en el delantal y quitándose un mechón sudado de la cara.

—Tenemos cabañas —dijo—. De esas pequeñas. Salen a doscientas setenta coronas la noche.

«¿Qué estoy haciendo? —se preguntó Rebecka. Y al instante siguiente pensó—: Quiero quedarme aquí. Yo sola.»

—Vale —respondió en voz baja—. Dentro de un momento voy a entrar a cenar con un acompañante. Si él también te pregunta por las habitaciones, le dices que sólo tienes sitio para mí.

Mimmi frunció el ceño.

—¿Por qué iba a hacer eso? Es un mal negocio para nosotros.

—En absoluto. Si le dices que tienes sitio para él también, yo me echaré atrás y dormiremos los dos en el Palacio de Invierno del centro. Así que o un cliente o ninguno.

—¿Te está costando librarte del tío o qué? —dijo sonriendo a medias el tipo del aro en la oreja.

Rebecka se encogió de hombros. Que pensaran lo que quisieran. Además, ¿qué les iba a decir?

Mimmi le respondió haciendo el mismo gesto con los hombros.

—Hecho —dijo—. Pero ¿vais a cenar los dos? ¿O le digo también que sólo hay comida para ti?

Torsten leyó el menú mientras Rebecka lo observaba desde el otro lado de la mesa. Tenía las mejillas sonrosadas de felicidad con las gafas de leer pinzadas lo más abajo que podía de la nariz sin que le tapara los orificios para la respiración y el pelo revuelto hacia un lado. Mimmi estaba inclinada sobre su hombro y le leía el menú en voz alta al tiempo que señalaba los platos con el dedo. Parecían el alumno y la profesora.

«Esto le encanta», pensó Rebecka.

Los hombres de brazos robustos y cuchillos enfundados respondieron con un sonido gutural cuando él entró por la puerta saludando alegremente. La hermosa Mimmi, con su exuberante pecho y su voz aguda, era tan radicalmente distinta a las

complacientes chicas del club nocturno Sturecompagniet. El pensamiento de Torsten pasó luego a cosas menos profundas.

—Puedes elegir entre el plato del día o algo del congelador —informó Mimmi mientras señalaba una pizarra negra colgada en la pared donde ponía «asado de alce y risotto de setas y verduras»—. El plato del día lo puedes pedir con patatas, arroz o pasta, lo que prefieras.

En la carta señaló unos cuantos platos que aparecían en el apartado «del congelador»: lasaña, albóndigas, revoltillo de morcilla, revoltillo variado, reno asado, reno ahumado y carne estofada.

—Quizá un revoltillo de morcilla no estaría mal —le dijo entusiasmado a Rebecka.

La puerta se abrió y entró el chaval grande que había llegado con el ciclomotor de carga. Su enorme torso estaba embutido en una camisa planchada de algodón a rayas y abotonada hasta el cuello. Se quedó de pie en el umbral sin atreverse a mirar demasiado a los comensales del restaurante. Tenía la cabeza ligeramente ladeada de manera que su imponente barbilla apuntaba hacia la ventana estrecha, como si estuviera señalando un camino de huida.

—¡Hombre, Nalle! —exclamó Mimmi abandonando las cavilaciones de Torsten sobre la comida—. ¡Qué guapo estás!

El corpulento muchacho le sonrió tímidamente y le echó una mirada fugaz.

—¡Acércate para que te vea! —gritó la mujer del perro apartando el plato de sopa.

Rebecka se percató de lo que se parecían Mimmi y la mujer del perro. «Serán madre e hija», pensó.

El perro levantó la cabeza y dio dos golpes cansados con la cola. Después volvió a apoyar la cabeza para seguir con su siesta.

El chico se acercó a la mujer y ésta juntó las manos.

—¡Qué elegante vienes! —le dijo—. ¡Feliz cumpleaños! ¡Qué camisa más bonita!

Nalle sonrió halagado y levantó la barbilla hacia el techo en una postura casi cómica que a Rebecka le hizo pensar en Rodolfo Valentino.

—Nueva» —dijo.

—Sí, ya vemos que es nueva —respondió Mimmi.

—¿Vas a ir a bailar, Nalle? —preguntó gritando uno de los hombres—. Mimmi, saca cinco envases de comida del congelador. Escógelos tú misma.

Nalle se señaló los pantalones.

—También —dijo.

Levantó los brazos y los separó del cuerpo para que todo el mundo pudiera verle bien los pantalones. Eran unos chinos de color gris y los llevaba sujetos con un cinturón militar.

—¿También son nuevos? ¡Qué bonitos! —recalaron las dos mujeres.

—Toma —dijo Mimmi separando la silla que había enfrente de la mujer del perro—. Tu padre no ha venido todavía, pero te puedes sentar aquí con Lisa a esperar hasta que venga.

—Tarta —dijo Nalle al sentarse.

—Por supuesto que te voy a servir tarta. Te creías que me había olvidado, ¿eh? ¡Después de la comida!

La mano de Mimmi se adelantó para acariciarle el pelo a toda prisa y luego se metió en la cocina.

Rebecka se inclinó sobre la mesa para hablarle a Torsten.

—Me voy a quedar a dormir aquí esta noche —dijo—. Me crié junto a este río, unos kilómetros más arriba, y me ha entrado nostalgia. Pero te llevaré en coche a la ciudad y mañana te paso a buscar otra vez.

—No hay problema —contestó Torsten ansioso de aventuras—. Yo también me puedo quedar.

—No creo que las camas de las habitaciones sean marca Hästens, precisamente —intentó disuadirlo Rebecka.

Mimmi salió con cinco envases de aluminio bajo el brazo.

—Habíamos pensado quedarnos a dormir aquí esta noche —le comentó Torsten cuando pasó por su lado—. ¿Tenéis habitaciones libres?

—*Sorry* —se lamentó Mimmi—. Nos queda una cabaña. Con cama de noventa.

—Está bien —le dijo Rebecka a Torsten—. Te llevo.

Torsten le sonrió. Bajo aquella sonrisa de socio de éxito y bien pagado había un chiquillo gordito con el que Rebecka no quería jugar, y como él pretendía aparentar que no le importaba, a ella le molestaba.

Cuando Rebecka regresó de la ciudad ya era casi de noche. El bosque perfilaba su contorno al contraste con el cielo azul oscuro. Aparcó entre los demás coches que había delante del bar y lo cerró con llave. Dentro del local se oían voces de hombres adultos y ruidos de cuando clavaban con fuerza los tenedores en la carne y arañaban la porcelana. La tele emitía un tono de fondo con la música de anuncios más que conocidos. El ciclomotor de carga de Nalle seguía en el mismo sitio. Rebecka deseó que estuviera pasando un buen cumpleaños allí dentro.

La cabaña en la que iba a dormir quedaba al otro lado de la carretera, junto al lindero del bosque. Una lámpara colgada encima de la puerta iluminaba el número cinco.

«Qué tranquilidad», pensó.

Fue hasta la puerta de la cabaña pero enseguida se dio la vuelta y se metió unos metros en el bosque. Las ramas permanecían quietas y observaban las estrellas del firmamento, que ya se habían empezado a encender. Sus largos mantos de terciopelo verde azulado se movían con suavidad sobre el musgo.

Rebecka se estiró en el suelo. Los abetos se inclinaban juntando las cabezas y emitían un sosegado susurro. Los últimos mosquitos del verano formaban un coro malvado y buscaban las partes de su cuerpo que pudieran alcanzar. A Rebecka no le importaba.

No se percató de que Mimmi había salido a tirar la basura.

A los pocos minutos volvía a estar en la cocina con Micke.

—Vale —dijo—, ahora sí que estamos en alerta de tarados.

Le contó que la huésped se había acostado, pero no en la cama de la cabaña, sino fuera, en el suelo.

—Qué curioso —dijo Micke.

Mimmi miró al cielo.

—Seguro que dentro de poco se da cuenta de que tiene sangre de chamán o de bruja, se va a vivir al bosque y se pone a preparar pócimas a base de hierbas y a bailar alrededor de un montón de piedras como los samis.

PATAS DORADAS

Es Pascua. La loba tiene tres años cuando la ve una persona por primera vez. Es al norte de Karelen, junto al río Vodla. La loba ha visto a seres humanos en varias ocasiones. Reconoce su penetrante olor y comprende qué hacen aquellos hombres en ese momento. Están pescando. Cuando tenía tan sólo un año y su cuerpo era más bien larguirucho, solía bajar al río a escondidas con el crepúsculo para devorar lo que los bípedos habían dejado a su paso: cabezas de pescado, tripas, rutilo y carpa dorada.

Volodja está pescando con red en el hielo. Su hermano ha hecho cuatro agujeros y van a echar tres redes. Volodja está de rodillas junto al segundo agujero preparado para coger el palo de madera que su hermano le va a pasar por debajo del hielo. Tiene las manos mojadas y le duelen del frío, y no se fía del hielo. Procura no alejarse demasiado de los esquís, porque si el hielo se resquebraja se podría tumbar sobre ellos y deslizarse hasta tierra firme. Alexander quiere echar las redes justo aquí porque es un buen sitio. Aquí es donde están los peces. El agua tiene corriente y Alexander ha agujereado con la barrena justo donde se hace hondo y el cauce del río baja a gran profundidad.

Pero es un lugar peligroso. Si sube el nivel del agua, el río se come el hielo por debajo. Volodja lo sabe. Un día puede haber una capa de tres palmos de grosor y al día siguiente no tener más de dos dedos.

No tiene elección. Ahora durante la Pascua ha ido a visitar a la familia de su hermano. Alexander, su esposa y sus dos hijas viven apretujados en la planta baja. La madre de Alexander y de Volodja vive en el piso de arriba. Alexander está atrapado por la responsabilidad que tiene sobre las mujeres; mientras Volodja lleva una vida errante trabajando para la compañía petrolífera Transneft. El invierno pasado estuvo

en Siberia, en otoño en la bahía de Viborg y los últimos meses ha estado en los bosques del istmo de Carelia. Cuando su hermano le propuso salir a pescar en el hielo no pudo negarse. Si lo hubiese hecho, su hermano se habría ido solo y a la noche siguiente Volodja estaría sentado a la mesa cenando pez blanco que él no había ayudado a pescar.

Así es el ímpetu de Alexander. Consigue forzarse a sí mismo y a su hermano a salir al peligroso hielo. Una vez en el sitio parece que ya no está tan tenso. Casi se le escapa la sonrisa a pesar de estar con las manos metidas en el agujero y de tenerlas azuladas por el gélido frío. «Quizá esa rabia contenida quedaría mitigada si tuviera un hijo varón», piensa Volodja.

Justo en ese momento, cuando le pasa por la cabeza la idea de que el hijo que lleva dentro la esposa de su hermano podría ser un varón, justo entonces ve a la loba. Los está observando desde el lindero del bosque de la otra orilla. No está lejos. Tiene los ojos sesgados y las patas largas. Entre el pelo lanudo sobresalen unos mechones plateados. Parece que se cruzan las miradas. El hermano está de espaldas y no se da cuenta de nada. Las patas de la loba son realmente largas. Y doradas. La loba parece una reina y Volodja está ahí de rodillas delante de ella como el chico de pueblo que es, con los guantes mojados y un gorro de piel con orejeras medio torcido cubriéndole el pelo sudoroso de la cabeza.

Zjoltye nogi, dice. Patas doradas.

Pero sólo lo dice en su cabeza, sin mover los labios.

No le explica nada a su hermano. A lo mejor su hermano coge la escopeta que tienen apoyada en la mochila y le dispara.

Entonces Volodja tiene que apartar la mirada para desenganchar la red del palo y cuando levanta la vista de nuevo la loba ya no está.

Cuando *Patás Doradas* se ha adentrado trescientos metros en el bosque ya no se acuerda de los dos hombres en el hielo. No volverá a pensar en ellos nunca más. A los dos kilómetros se detiene y aúlla hasta que recibe la respuesta de los demás miembros de la manada, que se encuentra a apenas diez kilómetros de distancia. Recupera la marcha y se pone a trotar. Ella es así, a menudo hace excursiones por su propia cuenta.

Volodja la recordará el resto de su vida. Cada vez que vuelva al lugar donde la vio se quedará mirando el lindero del bosque. Tres años más tarde conocerá a la mujer que será su esposa.

Cuando por primera vez descansa sobre sus brazos le contará la historia del lobo de las patas doradas.

MIÉRCOLES

6 DE SEPTIEMBRE

La reunión para hablar sobre la colaboración tanto jurídica como económica en una organización paraguas tuvo lugar en la casa de Bertil Stensson, el párroco. Los presentes eran Torsten Karlsson, copropietario del bufete de abogados Meijer & Ditzinger, Estocolmo; Rebecka Martinsson, abogada del mismo bufete; los pastores de las parroquias de Jukkasjärvi, Vittangi y Karesuando; los presidentes del consejo episcopal y de la diócesis; y el vicario Stefan Wikström. Rebecka Martinsson era la única mujer presente. La reunión había comenzado a las ocho y ya eran las diez menos cuarto. A las diez en punto tomarían café para poner fin al encuentro.

El comedor del párroco les sirvió de sala de conferencias provisional. El sol de septiembre entraba por los cristales irregulares, soplados y hechos a mano que conformaban las grandes ventanas, todas ellas divididas por un delgado parteluz. Había estanterías de libros que llegaban hasta el techo. En cambio, no se veía ningún objeto decorativo ni flores por ninguna parte. Por el contrario, los alféizares estaban repletos de piedras, unas suaves y redondas y otras ásperas, negras y con ojos rojizos centelleantes. Encima de las piedras había ramitas curiosamente retorcidas. En el césped y afuera, sobre el camino de grava, había montoncitos de hojas amarillas que hacían ruido al pisarlas y serbas caídas de las ramas.

Rebecka estaba sentada al lado del pastor Bertil Stensson mirándolo de vez en cuando. Era un hombre jovial, a sus sesenta años. Un padrino entrañable con pelo de gamberro de color plateado. Moreno del sol y una sonrisa cálida.

«Sonrisa profesional», pensó Rebecka. Le resultó casi cómico verlos a él y a Torsten sonriéndose uno al otro. Cualquiera que no los conociera los habría podido tomar por hermanos, o viejos amigos de la infancia. El pastor le había dado la mano a Torsten con firmeza y al mismo tiempo le había agarrado el antebrazo con la mano izquierda. Torsten se había mostrado encantador, le sonrió y luego se mesó el cabello.

Rebecka se preguntaba si habría sido el pastor quien llevó a casa las piedras y las ramas. Normalmente solían ser las mujeres quienes se dedicaban a ese tipo de cosas, yéndose de paseo por la costa y guardándose todas las piedras lisas que encontraban hasta que las pesadas chaquetas les arrastraban por el suelo.

Torsten había aprovechado bien las dos horas. Enseguida se deshizo de la americana y adoptó un tono mesuradamente informal y cercano. Ameno sin perder la seriedad ni llegar a ser descuidado. Les había servido el paquete como una cena de tres platos: de aperitivo una copa de zalamería, cosas que ya sabían, como que eran una de las parroquias más ricas del país. Y la más bonita. El primer plato consistía en algunos ejemplos de terrenos en los que la parroquia necesitaba competencias jurídicas que, bien mirado, eran todos: derecho civil, derecho de asociación, derecho laboral, derecho

fiscal... Como plato principal les sirvió hechos, cifras y cálculos duros. Les mostró que sería mejor y más económico hacer un convenio con su empresa y así tener acceso a la competencia acumulada del bufete en los ámbitos jurídico y económico. Al mismo tiempo, les habló abiertamente de los contras, que aun siendo pocos y ligeros existían, y de esa manera logró darles una impresión fehaciente y honesta. Lo que tenían delante no era un mero vendedor de aspiradoras. Y ahora estaba en plena labor de hacerles tomar el postre, que concluía con un último ejemplo de cómo habían ayudado a otra parroquia.

La administración del cementerio de aquella parroquia costaba una suma desorbitada de dinero. Muchas iglesias y edificios que mantener, muchos céspedes que cortar, tumbas que cavar, caminitos que rastrillar y musgo que rascar de las piedras, qué sabía él, pero todo eso costaba dinero. Mucho dinero. En aquella parroquia habían tenido varios trabajadores o como quiera que se les llamara, es decir, mano de obra subvencionada por el Estado a través de la oficina de empleo. En cualquier caso, la parroquia no invertía más que una pequeña cantidad de su presupuesto en los sueldos de estas personas, por lo que no importaba mucho si los trabajadores no daban palo al agua. Pero luego los contratos pasaron a ser indefinidos y ahora le tocaba a la parroquia correr con todos los gastos. Había muchos trabajadores y la mayoría no es que se mataran a trabajar, si le permitían la expresión. Así que contrataron a más, pero la cultura del trabajo ya había pasado a ser la de no permitir que la gente nueva se esforzara demasiado y quien lo hacía acababa siendo marginado. De modo que al final resultaba de lo más difícil conseguir que se hiciera algo. Incluso se llegaron a dar casos de trabajadores que lograron obtener otro empleo de jornada completa mientras seguían a jornada completa en la iglesia. Y, de pronto, se habían independizado del Estado, la parroquia era autónoma y le tocaba encargarse de su propia economía como mejor pudiera. La solución consistió en ayudar a la parroquia a sacar a subasta la administración del cementerio. Lo mismo que habían estado haciendo muchos municipios durante los últimos quince años.

Torsten mencionó las cifras de dinero ahorrado cada año y observó cómo los presentes se intercambiaban miradas.

«Diana», pensó Rebecka.

—Y eso... —continuó Torsten—, eso que aún no he calculado el ahorro que le supondría a la iglesia tener menos trabajadores bajo su responsabilidad. Aparte de más monedas en la saca, también se gana más tiempo para la actividad central de la parroquia, para satisfacer de distintas maneras las necesidades espirituales de sus feligreses. La idea no es que los párrocos hagan de administrativos, pero a menudo se ven atrapados en cuestiones de ese tipo.

El pastor Bertil Stensson deslizó un papel delante de Rebecka.

«Nos habéis dado muchas cosas en las que pensar.»

«¿Ah, sí?», pensó Rebecka.

¿Qué quería? ¿Pretendía que se pasaran notitas como dos chavales en la escuela que le ocultan secretos a la profesora? Le sonrió y asintió ligeramente con la cabeza.

Torsten finalizó su disertación y respondió a algunas preguntas.

Bertil Stensson se puso en pie y anunció que el café se lo tomarían al sol.

—Los que vivimos aquí arriba tenemos que aprovechar —dijo—. No gastamos los muebles del jardín cada día, que digamos.

Hizo un gesto de barrido hacia el jardín y mientras la gente salía se llevó a Torsten y a Rebecka al salón. Torsten no podía irse sin ver su cuadro de Lars Levi Sunna. Rebecka Martinsson se percató de que el pastor le echó una mirada a Stefan Wikström que significaba: espera fuera con los demás.

—A mi parecer, esto es justo lo que nuestras parroquias requieren —le dijo el pastor a Torsten—. Pero os necesitaría ahora, no dentro de un año cuando todo esto pueda hacerse realidad.

Torsten observaba la pintura. Representaba una hembra de reno de mirada sosegada dándole de mamar a su cría. A través de la puerta del pasillo Rebecka podía ver a una mujer que había surgido de la nada sacando una bandeja con termos y tacitas de café que tintineaban al chocar entre ellas.

—Hemos pasado una época muy difícil en la parroquia —prosiguió el pastor—. Imagino que habéis oído hablar de la muerte de Mildred Nilsson.

Torsten y Rebecka asintieron.

—Tengo que designar a alguien para su puesto —dijo el párroco—. Y no es ningún secreto que ella y Stefan no congeniaban del todo. Stefan está en contra de las mujeres pastoras. Yo no comparto su idea, pero tengo que respetarla. Y Mildred era nuestra mayor feminista local, por así decirlo. No ha sido una labor fácil ser jefe de los dos. Sé que hay una mujer cualificada que solicitará el puesto cuando lo oferte. No tengo nada que objetarle, al contrario. Pero para mantener la paz laboral y la calma en la casa me gustaría darle el puesto a un hombre.

—¿Menos cualificado? —preguntó Torsten.

—Sí. ¿Es posible?

Torsten se frotó la barbilla sin apartar la mirada del cuadro.

—Por supuesto —dijo tranquilo—. Pero si la mujer que solicita el puesto te demanda la tendrás que indemnizar.

—¿Y tendré que contratarla?

—No, no. Una vez que el puesto esté cedido a otra persona no se la puede echar. Me puedo enterar de qué cantidad son las indemnizaciones que ha habido que pagar en casos de este tipo. Lo hago gratis.

—Supongo que querrá decir que tú lo haces gratis —le dijo el pastor a Rebecka soltando una carcajada.

Rebecka sonrió amablemente y el pastor se dirigió de nuevo a Torsten.

—Te lo agradecería enormemente —dijo serio—. Después... hay una cosa más. O dos.

—Dispara —le animó Torsten.

—Mildred creó una fundación. Tenemos una loba en los bosques de alrededor de Kiruna a la que le tenía mucha consideración. La labor de la fundación sería la de encargarse de mantener a la loba con vida. Remuneraciones a los samis, vigilancia por helicóptero en colaboración con la Dirección Nacional de Protección de la Naturaleza...

—¿Sí?

—Quizá la fundación no tenga tanto respaldo en la parroquia como a ella le hubiera gustado. No es que estemos en contra de los lobos, pero queremos mantener un perfil apolítico. Todos, tanto los que odian a los lobos como los que los aman, deben sentirse en casa en la parroquia.

Rebecka miró por la ventana. Allí fuera estaba el presidente de la congregación mirándolos con curiosidad. Cuando bebía de la taza sujetaba el platito por debajo de la barbilla a modo de protección anti goteo. La camisa que llevaba era espantosa. En su día debió de ser beige, pero en algún momento debió de lavarla con un calcetín azul.

«Suerte que ha encontrado una corbata de mercadillo que le hace juego», pensó Rebecka.

—Queremos deshacer la fundación y utilizar los medios para otra actividad que cuadre mejor con la parroquia —comentó el pastor.

Torsten le prometió que remitiría el asunto a alguien que supiera sobre derecho de asociación.

—Y también hay una cuestión un tanto delicada. El marido de Mildred Nilsson sigue viviendo en la vicaría de Poikkijarvi. Me resulta terrible echarle de su casa, pero... bueno, es que necesitamos la vicaría para otras cosas.

—Entiendo, pero eso no debe ser una preocupación —dijo Torsten—. Rebecka, tú tenías intención de quedarte por aquí unos días, ¿no podrías echarle un vistazo al contrato de arrendamiento y hablar con...? ¿Cómo se llama el hombre?

—Erik. Erik Nilsson.

—Si te parece bien —le dijo Torsten a Rebecka—. Si no, puedo encargarme yo. Es una residencia para empleados, así que en el peor de los casos podemos pedirle al agente judicial que nos eche una mano.

El pastor hizo una leve mueca de desagrado.

—Y si se llega a tanto —añadió Torsten sereno—, siempre va bien tener un maldito abogado al que echarle las culpas.

—Yo me ocupo —dijo Rebecka.

—Erik tiene las llaves de Mildred —le comentó el pastor—. O sea, las llaves de la iglesia. Necesito recuperarlas.

—Sí —afirmó Rebecka.

—Entre otras, la llave de su caja de seguridad en la oficina de registro parroquial. Es como ésta.

Se sacó un manojo de llaves del bolsillo y le mostró una en concreto a Rebecka.

—Una caja de seguridad —observó Torsten.

—Para el dinero, las anotaciones de las conversaciones espirituales y, bueno, cosas de las que uno no se quiere deshacer —dijo el "sacerdote—. Un pastor no está casi nunca en su despacho y por la casa rectoral pasa mucha gente.

Torsten no pudo reprimir su impulso de preguntar.

—¿No la tiene la policía?

—No —dijo el pastor sin darle importancia—. No la han pedido. Mira, Bengt Grape ya va por el cuarto trozo de pastel. Vamos, si no, nos quedaremos sin nada.

Rebecka llevó a Torsten hasta el aeropuerto. Se veía un sol de veranillo de San Martín por encima de los abedules con manchas amarillas.

Torsten la miraba desde el lado del copiloto. Se preguntaba si habría habido algo entre ella y Máns. Ahora sí que se la veía enfadada: los hombros subidos hasta las orejas y la boca recta como una raya horizontal.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí arriba? —le preguntó.

—No sé —respondió con vaguedad—. El fin de semana.

—Para saber qué le digo a Máns cuando vea que he perdido a su ayudante por el camino.

—No creo que te pregunte.

Hubo un silencio en el coche hasta que al final Rebecka no pudo aguantar más.

—Está claro que la policía no tiene ni puta idea de que esa caja de seguridad existe —exclamó.

La voz de Torsten se volvió exageradamente paciente.

—Se les habrá escapado —dijo—. Pero nosotros no vamos a hacer su trabajo. Nos dedicaremos al nuestro.

—La han asesinado —mencionó Rebecka en voz baja.

—Nuestra labor es resolver los problemas del cliente siempre que no sean ilegales. Y no es ilegal recuperar las llaves de la iglesia.

—Ya. Y de paso les ayudamos a calcular cuánto les puede costar hacer discriminación de género para que puedan seguir montando su club de viejos.

Torsten miró por la ventanilla.

—Y yo tengo que echar al marido de su casa —continuó Rebecka.

—Ya te dije que no hacía falta que lo hicieras tú.

«Venga ya —pensó Rebecka—. No me diste elección. Si no, te habrías encargado de que el agente judicial le diera la patada.»

Pisó el acelerador.

«Lo primero es el dinero —pensó—. Eso es lo más importante.»

—A veces me dan ganas de vomitar —dijo cansada.

—A veces va incluido en el trabajo —la consoló Torsten—. Después te limpias

los zapatos y sigues adelante.

La inspectora de policía Anna-Maria Mella subió con el coche hasta la casa de Lisa Stóckel. Lisa era la presidenta del grupo Magdalena. Vivía en una casa solitaria en lo alto de una colina más allá de la capilla de Poikkijarvi. Detrás de la casa, la colina bajaba en picado, con tramos de gravilla, y al otro lado pasaba el río.

Al principio la casa era una cabaña sencilla construida en los sesenta. Más tarde la ampliaron y le pusieron marcos de ventana de color blanco y una escalinata de entrada con trabajos de ebanistería de lo más ostentoso. En la actualidad tenía el aspecto de una caja de zapatos marrón disfrazada de casita de chocolate. Al lado de la casa había una cabaña alargada en ruinas de color rojo, con el tejado de chapa y con una única ventana con cristal sencillo. Leñera, trastero y un viejo establo, aventuró Anna-Maria. Aquí debió de haber otra casa anteriormente. La echaron abajo y levantaron la cabaña. El establo lo dejaron intacto.

Condujo con cuidado por la explanada mientras tres perros se cruzaban por delante del coche sin dejar de ladrar. Alguna que otra gallina revoloteó hasta ponerse a salvo bajo un grosellero. Junto al poste de la valla había un gato inmóvil delante de un nido de musarañas preparado para salir disparado en cualquier momento. Únicamente un pequeño latigazo de irritación con la cola revelaba que se había percatado de la presencia del ruidoso Ford Escort.

Anna-Maria aparcó delante de la casa. Por la ventanilla podía observar las fauces de los perros que saltaban contra la puerta del coche. Las colas se agitaban de un lado a otro, pero aun así. Uno era realmente grande y, además, negro, de manera que Anna-Maria apagó el motor y se quedó sentada donde estaba.

Una mujer salió de la casa y se quedó de pie en la escalinata. Llevaba un abrigo acolchado de color rosa Barbie indescriptiblemente feo. Llamó a los perros.

—¡Aquí!

Los animales se alejaron inmediatamente del coche y subieron los escalones a toda prisa. La mujer del abrigo les ordenó que se tumbaran y se acercó al coche mientras Anna-Maria se bajaba para presentarse.

Lisa Stóckel rondaba los cincuenta. No llevaba maquillaje y se le notaba el moreno de la cara. En los ojos tenía marquitas blancas que le habían quedado de tanto entornarlos durante el verano. Y el pelo muy corto, al límite de llevarlo a cepillo si se lo cortaba un milímetro más.

«Es guapa —pensó Anna-Maria—. Parece una chica vaquera. Si es que una puede imaginarse a una vaquera con ese abrigo rosa.»

El abrigo era realmente espantoso: estaba cubierto de pelo animal y tenía pequeños agujeros y jirones por los que salía el relleno.

Y tanto como «chica»... Anna-Maria conocía a varias mujeres de cincuenta que tenían cenas de chicas y que seguirían siendo chicas hasta la tumba, pero Lisa Stóckel no era ninguna chica. Había algo en sus ojos que a Anna-Maria le inspiraba una sensación de que quizá nunca había sido una chica, ni siquiera de pequeña.

Y también tenía una línea casi imperceptible que recorría la parte inferior del

ojo, desde la comisura del párpado hasta el pómulo. Una sombra oscura por debajo del rabillo del ojo.

«Dolor —pensó Anna-Maria—. En el cuerpo o en el alma.»

Subieron juntas hacia la casa. Los perros estaban tumbados en el porche y gimoteaban con empeño por levantarse y saludar a la extraña.

—Quietos —ordenó Lisa Stóckel.

Se lo decía a los perros, pero Anna-Maria también cumplió la orden.

—¿Te dan miedo los perros?

—No si sé que son buenos —respondió Anna-Maria mirando al grande de color negro.

Tenía la larga lengua colgando de la boca como una corbata y las patas como las de un león.

—Vale, hay otro en la cocina, pero ésa es buena como una ovejita. Y éstos también, sólo son como una pandilla de chavales de pueblo sin modales. Pasa, pasa.

Le abrió la puerta y Anna-Maria entró al recibidor.

—Malditos vándalos —le dijo Lisa Stóckel amorosa a los perros, y luego levantó el brazo y gritó—: ¡Fuera!

Los perros se incorporaron de un brinco y salieron disparados haciendo grandes marcas en la madera, bajaron la escalinata de un salto llenos de alegría y desaparecieron por la explanada.

Anna-Maria se quedó en el recibidor y miró a su alrededor. La mitad del suelo estaba ocupada por dos almohadas para perros y había también un gran cuenco de acero inoxidable lleno de agua, botas para la lluvia, botas de montaña, zapatillas de correr y otros zapatos de goretex. Apenas quedaba sitio para ella y Lisa. Las paredes estaban atestadas de ganchos y estantes donde había varias correas, guantes de trabajo, gorros y guantes de abrigo, un mono azul y demás. Anna-Maria se preguntaba dónde podía colgar la chaqueta, pues todos los ganchos estaban ocupados, igual que las perchas.

—Deja la chaqueta en la silla de la cocina —dijo Lisa Stóckel—. Si no, se te llenará de pelo. Ni se te ocurra quitarte los zapatos.

En el recibidor había una puerta que daba a una sala de estar y otra que daba a la cocina. En el salón había varias cajas de plátanos llenas de libros y en el suelo había más columnas de libros. La librería, de madera oscura de algún tipo y con vitrina de vidrio de colores, estaba pegada a uno de los laterales cortos, vacía y cubierta de polvo.

—¿Te mudas? —preguntó Anna-Maria.

—No, sólo... Acabas teniendo tanta basura. Y los libros no hacen más que acumular polvo.

En la cocina había unos pesados muebles de madera de pino barnizada y amarillenta. En un sofá de estilo rústico estaba tumbado un labrador retriever negro que se despertó cuando las dos mujeres entraron y empezó a golpear el lateral con la

cola a modo de saludo. Después dejó caer la cabeza de nuevo y siguió durmiendo.

Lisa presentó al perro como *Majken*.

—Cuéntame cómo era —le pidió Anna-Maria cuando estuvieron sentadas—. Tengo entendido que trabajabais juntas con el grupo Magdalena.

—Ya se lo conté a él... un hombre bastante grande con un bigote así.

Lisa Stockel midió un palmo con la mano por delante del labio superior. Anna-Maria sonrió.

—Sven-Erik Stålnacke.

—Sí.

—¿Puedes contármelo otra vez?

—¿Por dónde empiezo?

—¿Cómo os conocisteis?

Anna-Maria Mella prestó atención a la cara de Lisa Stockel. Cuando la gente rebobinaba la memoria en busca de un acontecimiento en concreto, solía bajar la guardia, dando por sentado que no fueran a mentir sobre dicho suceso, claro. A veces se olvidaban por un momento de la persona que tenían sentada enfrente. En la cara de Lisa Stockel se esbozó media sonrisa que no duró más que un instante. Por un momento hubo algo que se relajó. Le caía bien la pastora.

—Hace seis años. Acababa de mudarse a la vicaría y para el otoño se iba a encargar del catecismo para la confirmación de los jóvenes de aquí y de Jukkasjärvi. Y se puso en marcha como un perro de presa para localizar a todos los padres de los niños que no se habían apuntado. Se presentaba y les explicaba por qué creía que el catecismo era tan importante para la confirmación.

—¿Por qué era importante? —preguntó Anna-Maria, a quien le parecía que no le había aportado una mierda cuando le tocó hacerla a ella, hacía cien años.

—Mildred concebía la parroquia como un punto de encuentro. No le importaba demasiado si la gente era creyente o no, eso quedaba entre ellos y Dios. Pero si lograba que fueran a la parroquia para bautizarse, confirmarse, casarse y otras festividades para que la gente pudiera encontrarse y se sintiera en la parroquia como en casa, como para ir allí si la vida les resultaba difícil en algún momento, pues... Y cuando la gente decía «pero si no se es creyente, no parece correcto confirmarse sólo por los regalos», ella respondía que a ver si no era genial recibir regalos, que a ningún joven le gustaba estudiar, ni en la escuela ni en la parroquia, pero era una cuestión de cultura general saber por qué celebramos la Navidad, la Semana Santa, la Pascua de Pentecostés, el Corpus Christi y saber enumerar a los evangelistas.

—Así que tú tenías un niño o una niña que...

—No, no. Bueno, sí, tengo una niña, pero ella se había confirmado hacía años. Trabaja en el bar del pueblo. No, se trataba del chico de mi primo, Nalle. Tiene una discapacidad mental y Lars-Gunnar no quería que se confirmara, así que ella fue a hablar con él. ¿Quieres café?

Anna-Maria aceptó.

—Tengo entendido que provocó a más de uno —dijo.

Lisa Stóckel se encogió de hombros.

—Ella era así... Siempre de frente. Sólo sabía poner la directa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anna-Maria.

—Me refiero a que nunca se andaba con remilgos, no había espacio para la diplomacia ni las buenas formas. Cuando algo le parecía mal iba a por ello de cara, así de sencillo.

«Como cuando se le puso en contra todo el equipo de conserjes», pensó Lisa.

Parpadeó, pero la imagen no se le iba de la cabeza así como así. Primero ve dos mariposas amarillas revoloteando en un baile la una con la otra alrededor de las flores. Después las ramas caídas de los abedules, que se balanceaban dulcemente de aquí para allá con la brisa que llegaba del arroyo de verano. Y luego la espalda de Mildred, su marcha militar por entre las lápidas. Ras, ras, ras por la gravilla.

Lisa va casi corriendo detrás de, Mildred sendero abajo por el cementerio de Poikkijarvi. Al fondo está el equipo de conserjes haciendo una pausa para el café. Hacen muchas pausas, casi todo el tiempo; en realidad sólo trabajan cuando el pastor está mirando, pero nadie se atreve a exigirles que cumplan con su labor. Quien tenga en contra a esta cuadrilla se arriesga a hacer las ceremonias de los funerales subido a un montón de tierra. O hacerlas gritando con una máquina cortacésped a dos metros de distancia. O predicar en iglesias heladas durante el invierno. El pastor no hace una mierda, el muy mamón. Tampoco tiene motivos, ellos tienen mejores cosas que hacer que dedicarse a hacerle la puñeta.

—No te pelees por eso, vamos —intenta Lisa.

—No me voy a pelear —dice Mildred.

Y lo dice en serio.

Mankan Kyro es quien primero las ve. Él es el líder informal del grupo y al jefe de mantenimiento no le importa. Mankan es quien manda y es con él con quien Mildred no se va a pelear.

Va directa al grano mientras los demás escuchan con atención.

—La tumba del niño —dice— ¿ya la habéis cavado?

—¿A qué te refieres? —pregunta Mankan apático.

—Acabo de hablar con los padres. Me han dicho que habían escogido un sitio que tiene vistas al río, en la parte norte, allí arriba, y les has dicho que allí no.

Mankan Kyro no dice nada. Suelta un gargajo enorme en el césped y mete la mano en el bolsillo de atrás para sacar la caja con porciones de tabaco.

—Les has dicho que las raíces del abedul partirían el ataúd y atravesarían el cuerpo del niño —continuó Mildred.

—¿Acaso no es cierto?

—Eso pasa pongas donde pongas el ataúd y tú lo sabes. Lo que ocurre es que no te daba la gana de cavar allí arriba debajo del abedul porque hay piedras y mucha raíz. Muy pesado, simplemente. No me entra en la mollera que antepongas tu propia comodidad hasta el punto de que te parezca bien meterles esas imágenes en la cabeza a los padres de la criatura.

En ningún momento ha levantado la voz. El resto de la pandilla tiene la mirada fija en el suelo. Están avergonzados. Y odian a esa pastora que los deja en evidencia.

—Vale, vale, y ¿qué quieres que haga? —le pregunta Mankan Kyro—. Ya hemos cavado una tumba y en un sitio mejor, si te digo la verdad, pero quizá deberíamos obligarles a enterrar a su hijo donde tú digas.

—En absoluto. Ahora ya es demasiado tarde, están más que disuadidos. Sólo quiero que sepas que si vuelve a pasar algo así...

Mankan está casi sonriendo. ¿Le va a amenazar?

—... no tendré consideración —dice para terminar y luego se va.

Lisa la persigue corriendo para no tener que oír los comentarios a su espalda. Ya se los imagina: si el marido de la pastora le diera lo que necesita en la cama, quizá se calmaría un poco.

—Entonces, ¿a quién provocaba? —preguntó Anna-Maria.

Lisa se encogió de hombros y puso en marcha la cafetera eléctrica.

—¿Por dónde empiezo? Al director de la escuela de Jukkasjärvi por exigirle que tomara medidas para acabar con la marginación, a los de servicios sociales por mezclarse en su actividad.

—¿Qué?

—Bueno, la vicaría siempre estaba llena de mujeres con hijos que habían dejado a sus maridos...

—Empezó una especie de fundación por la loba esa dijo Anna-Maria—. Se creó un debate considerable al respecto.

—Hmmm, no tengo ni bollos ni leche, tendrás que tomártelo solo.

Lisa Stóckel puso una taza golpeada en el canto y con un estampado publicitario delante de Anna-Maria.

—El párroco y algunos pastores tampoco la soportaban.

—¿Por qué?

—Bueno, por nosotras, las mujeres del grupo Magdalena, entre otras cosas. Somos casi doscientas personas en la organización y había no pocos que la admiraban sin estar apuntados; muchos hombres, de hecho, aunque alguna gente diga lo contrario. Con ella estudiábamos la Biblia, íbamos a las ceremonias en las que predicaba y hacíamos trabajo práctico.

—¿Como qué?

—Un montón de cosas. El tema de la comida, por ejemplo. Estuvimos pensando

qué se podía hacer de cara a las madres solteras. Les resultaba muy pesado estar siempre aisladas con los niños y todo el tiempo se les iba en cosas prácticas como trabajar, hacer la compra, limpiar, cocinar... y luego sólo les quedaba la tele. Así que ahora tenemos cena comunitaria en el local de lunes a miércoles y aquí en la vicaría jueves y viernes. De vez en cuando toca trabajar, se pagan veinte coronas por los adultos y quince por los niños. Las madres se liberan de tener que hacer la compra y de cocinar unas cuantas veces por semana. A veces hacen de canguro para otros niños a fin de que sus madres puedan ir al gimnasio o simplemente pasear tranquilamente por la ciudad. Mildred siempre pensaba en soluciones prácticas.

Lisa se rió y continuó.

—Era bastante arriesgado decirle que había algo que iba mal en la comunidad. Se lanzaba en picado como un lucio, «¿qué podemos hacer?». Antes de tener la respuesta ya estábamos trabajando. El grupo Magdalena era un puño de hierro. ¿A qué sacerdote no le hubiera gustado tener algo así a su alrededor?

—Así que los demás pastores tenían envidia...

Lisa se encogió de hombros.

—Has dicho que Magdalena era un grupo de hierro. ¿Ya no estáis juntas?

Lisa clavó la mirada en la mesa.

—Claro que sí.

Anna-Maria se quedó unos segundos esperando a que dijera algo más, pero Lisa Stóckel seguía obcecadamente callada.

—¿Quiénes eran sus personas más cercanas? —preguntó Anna-Maria.

—Las del grupo Magdalena, me imagino.

—¿Su marido?

El iris de su ojo hizo un movimiento y Anna-Maria lo captó. Ahí había algo.

«Lisa Stóckel, hay algo que no me estás contando», pensó.

—Obviamente —respondió Lisa Stóckel.

—¿La habían amenazado o tenía miedo de algo?

—Probablemente tenía un tumor o algo apretándole la parte del cerebro donde se encuentra el miedo... No, no le temía a nada. Y amenazada... No más ahora, al final, que antes, siempre había alguien que le pinchaba las ruedas del coche o le rompía los cristales...

Lisa Stóckel le lanzó una mirada airada a Anna-Maria.

—Dejó de ir a la policía a poner denuncias hace mucho tiempo. Una molestia inútil, nunca se puede demostrar nada, por mucho que se sepa quién ha sido.

—Pero quizá podrías darme algunos nombres —dijo Anna-Maria.

Un cuarto de hora más tarde Anna-Maria se sentaba en su Ford Escort y daba por terminada la visita.

«¿Por qué quiere alguien deshacerse de todos sus libros?», pensó.

Lisa Stóckel estaba de pie junto a la ventana de la cocina observando el coche de Anna-Maria mientras desaparecía cuesta abajo tras una nube de aceite quemado. Después se sentó en el sofá al lado del labrador, que seguía durmiendo. Le acarició el cuello y el pecho igual que un perro lame a sus cachorros para tranquilizarlos hasta que el animal se despertó y volvió a dar unos pocos golpes de lealtad con la cola.

—¿Qué te pasa, *Majken*? —preguntó Lisa—. Ya ni siquiera te levantas para saludar a la gente.

Las cuerdas vocales se le trabaron en un nudo de dolor y sintió que se le calentaban los párpados por debajo. Se le estaban acumulando las lágrimas, pero no pensaba dejarlas salir.

«Debe de estar sufriendo como nadie», pensó.

Se incorporó con ímpetu.

«¡Dios mío, Mildred! —pensó—. Perdóname. Por favor, perdóname. Intento... intento hacer lo correcto, pero tengo miedo.»

Necesitaba un poco de aire. De repente había sentido un mareo y salió corriendo a la escalinata a vomitar un poco.

Los perros acudieron al instante. Si ella no lo quería, ya se ocuparían ellos, pero los aparta con el pie.

Esa puta policía. Se le había metido directamente en la cabeza y había empezado a abrirla como un álbum de fotografías en el que Mildred aparecía en todas las páginas. Ya no tenía fuerzas para seguir viendo aquellas imágenes. Como la primera vez, hacía seis años. Recuerda que estaba de pie junto a las jaulas de los conejos. Era la hora de comer. Conejos blancos, grises, negros, con manchas... se apoyaban en las patas traseras y apretaban los hocicos contra la red metálica. Les repartía pienso y trozos arrugados de zanahoria y otras raíces comestibles en platitos de terracota. Sentía cierta lástima al pensar que pronto aquellos conejos estarían cocinándose en una cazuela, abajo en el bar.

De repente la tiene detrás, la pastora que acaba de mudarse a la vicaría. Es la primera vez que se ven y Lisa no la ha oído llegar. Mildred Nilsson es una mujer pequeña de su misma edad, rondando los cincuenta. Tiene la cara pequeña y pálida, y el pelo largo castaño oscuro. Lisa escuchará muchas veces a la gente llamarla insignificante, decir que «no es bonita pero...», y no lo entenderá nunca.

Algo pasa en su interior cuando estrecha aquella delgada mano que se le acerca. Tiene que ordenarle a su propia mano que la suelte. La pastora habla. Incluso la boca es pequeña, los labios finos como un arándano rojo, y mientras aquella pequeña boca sigue modulando palabras, los ojos le cantan una hermosa canción sobre otra cosa, algo que no tiene nada que ver.

Por primera vez en... —bueno, no recuerda desde cuándo— Lisa teme que la verdad le brote hacia el exterior haciéndose visible. Siente que le iría bien un espejo para controlarlo; ella, que lleva guardando secretos toda la vida y que conoce la verdad sobre ser la chica más guapa del pueblo. Se ha hartado de explicar lo que suponía oír

constantemente «mira qué delantera» y cómo se iba inclinando hasta crear una mala postura para la espalda. Pero hay otras cosas, mil secretos ocultos.

Bengt, el primo de su padre, cuando ella tenía trece años. La agarra del pelo y se lo enrolla en la mano. Siente ¡como si le fuera a arrancar toda la cabellera. «Cierra la boca», le dice al oído. La obliga a entrar en el baño. Le aplasta la frente contra los azulejos para que entienda que la cosa va en serio. Con la otra mano le desabrocha los téjanos mientras la familia sigue sentada en el salón.

No abrió la boca. Nunca le dijo nada a nadie. Se cortó el pelo.

O la última vez que probó el alcohol, el solsticio de verano de 1965. Apenas se mantenía consciente y ellos eran tres chicos que venían de la ciudad. Dos siguen viviendo en Kiruna, hace poco que se topó con uno de ellos en el hipermercado ICA Kupolen, pero se ha desprendido del recuerdo de aquella noche como quien tira una piedra a un pozo. Es como si lo hubiera soñado hace mucho tiempo.

Y aquí están los años con Tommy. Aquella vez que había estado empinando el codo con sus primos de Lannavaara a finales de septiembre. Mimmi no debía de tener más de tres o cuatro años. Aún no se había empezado a formar hielo. Le regalaron una fisga vieja, uno de esos arpones que se usan para pescar peces grandes, inservible, pero él no entendía que le estaban tomando el pelo todo el rato. De madrugada la había llamado para pedirle que lo fuera a buscar y ella fue a recogerlo con el coche. Trató de convencerle de que dejara la fisga, pero él se empeñó en meterla en el asiento de atrás. Fueron con la ventanilla bajada y la fisga asomando por un extremo mientras él reía y pegaba gritos a la oscuridad.

Cuando llegaron, apenas dos horas antes de amanecer, él decidió que iban a ir a pescar con la fisga. «Tienes que venir —le dijo—. Para remar y sujetar la linterna.» «La niña está durmiendo» —le dijo ella. «Exacto» —fue la respuesta. Dormiría por lo menos un par de horas más. Lisa intentó que se pusiera el salvavidas, sobre todo teniendo en cuenta que el agua estaba helada, pero no hubo manera.

—Joder, menudo ejemplar te has vuelto —dijo—. Por lo visto me he casado con Annika la perfecta, como el personaje de Elsa Beskow.

Aquello de Annika la perfecta a él le pareció gracioso y una vez en el agua lo fue repitiendo de vez en cuando a media voz para sí mismo: «Annika la perfecta», «Rema un poco hacia el saliente, Annika».

Y entonces se cayó al agua. Se oyó un plop y unos segundos más tarde estaba arañando la borda de la barca en busca de algo a lo que agarrarse. El agua helada y la noche oscura como el carbón. No gritaba ni nada por el estilo. Sólo respiraba resoplando por el esfuerzo.

Oh, aquel segundo, aquel instante en que pensó tan seriamente qué hacer. Bastaba un golpe de remo para alejarse un poco, para dejar que la barca se deslizara justo fuera de su alcance. Con todo aquel alcohol en la sangre, ¿cuánto tardaría? Quizá cinco minutos.

Después lo sacó del agua. No le fue fácil y por poco se cae ella también. Perdieron la fisga, probablemente se hundiera, o quizá se fue flotando en la oscuridad. Fuera como fuese, él estaba mosqueado por ello. Y con ella, cabreado, aunque le

debiera la vida. Lisa pudo notarle las ganas que tenía de darle una bofetada.

Nunca le contó a nadie aquel frío deseo de verle morir, de verle ahogarse como un gatito en una bolsa de plástico.

Y ahora está aquí con la nueva pastora. Se siente de lo más extraña por dentro. Los ojos de la mujer se le han metido en el cuerpo.

Otro secreto para soltar en el pozo. Cae hasta el fondo y se queda allí titilante como una joya entre un montón de basura y desperdicios.

Pronto se cumplirían tres meses desde que su esposa fue hallada muerta. Erik Nilsson bajó de su Skoda delante de la vicaría. Aún hacía calor, a pesar de estar ya a principios de septiembre. El cielo se abría azul y libre de nubes, y la luz cortaba el aire como cuchillos recién afilados.

Volvía de hacer una visita al trabajo y se alegraba de haber pasado un rato con sus compañeros, que eran casi como una segunda familia. Pronto estaría oficialmente de vuelta y tendría otras cosas en las que pensar.

Echó un vistazo a las macetas que estaban alineadas en los escalones que subían al porche. La imagen de las flores secas y colgando por el borde le hizo pensar en que debería meterlas dentro de casa. En menos de lo que canta un gallo el césped del jardín estaría crujiendo por la escarcha y los tiestos se partirían por el frío.

De camino a casa había pasado por la tienda. Abrió con la llave, recogió las bolsas de la compra y empujó la manilla hacia abajo con el codo.

—¡Mildred! —gritó en cuanto cruzó el umbral.

Y se quedó allí de pie. Silencio absoluto. El piso era doscientos ochenta metros cuadrados de puro silencio. Todo el planeta contenía el aliento. La casa estaba flotando como una nave vacía por un universo iluminado. Lo único que se oía era el chirrido de la Tierra rotando lenta-

mente sobre su propio eje. ¿Por qué caprichos de la razón la estaba llamando?

Cuando vivía, él siempre sabía si ella estaba en casa o no. En cuanto ponía un pie al otro lado de la puerta. «Eso no tenía nada de extraño —solía decir—. Los bebés pueden percibir el olor de su madre aunque esté en otra habitación. De adulto no se pierde la capacidad. Simplemente, no queda englobado en nuestra consciencia, por eso se habla de intuición y del sexto sentido.»

A veces cuando llegaba a casa seguía teniendo aquella sensación de que Mildred se encontraba allí. Siempre en la habitación de al lado.

Dejó las bolsas en el suelo y se adentró en el silencio.

«Mildred», gritó en su cabeza.

En ese mismo instante llamaron al timbre de la puerta.

Era una mujer. Llevaba un abrigo largo que se estrechaba un poco en la cintura y botas altas con tacón. No era de por allí, aquél no era su ambiente, y no habría llamado mucho más la atención si se hubiera presentado en ropa interior. Se quitó el guante de la mano derecha y se la alargó para saludar mientras se presentaba como

Rebecka Martinsson.

—Pasa —respondió él, mesándose inconscientemente la barba y el pelo.

—Gracias, pero no hace falta, sólo quería...

—Pasa —dijo otra vez mientras se volvía y entraba primero.

Le dijo que no se quitara los zapatos y la invitó a sentarse en la cocina. Estaba limpia y ordenada. Cuando Mildred estaba con vida, él siempre cocinaba y recogía, así que ¿por qué iba a dejar de hacerlo ahora? ¿Porque ella estaba muerta? De lo único que se abstenía era de tocar sus cosas. La chaquetilla roja todavía estaba hecha una bola encima del sofá de la cocina. Sus papeles y cartas seguían sobre la encimera.

—Bueno, pues... —dijo amablemente.

Sabía ser amable con las mujeres. Con el paso de los años, muchas se habían sentado a esa mesa. Algunas con un niño en el regazo y otro de pie al lado agarrado con fuerza al jersey de la madre. Había otras que no escapaban de ningún hombre sino de ellas mismas. No soportaban la soledad de un piso en Lombolo. Eran esa clase de mujeres que pasaban el tiempo en el porche fumando un cigarrillo tras otro palándose de frío.

—El superior de tu mujer me ha pedido que venga a hablar contigo —dijo Rebecka Martinsson.

Erik Nilsson estaba a punto de sentarse, o quizá de ofrecerle café, pero tras el comentario se quedó de pie. Al ver que no decía nada, Rebecka continuó:

—Son dos cosas: por una parte, quiero las llaves del trabajo de Mildred, y por otra es sobre tu mudanza.

Erik miró por la ventana mientras ella seguía hablando. Ahora la que tenía un tono amable y sosegado era Rebecka. Le explicó que la vicaría era una vivienda para empleados y que la parroquia podría ayudarle a encontrar piso y buscar una empresa de mudanzas.

La respiración de Erik se hizo más pesada. Mantenía los labios apretados y cada vez que tomaba aire resoplaba con la nariz.

La miró con desprecio. Ella dejó caer la mirada sobre la mesa.

—Tiene cojones —dijo—. Tiene cojones la cosa. Es como para ponerse enfermo. ¿Es la esposa de Stefan Wikström, que ya no lo puede aguantar? Nunca soportó que Mildred tuviera la casa más grande.

—Mira, eso no lo sé. Yo...

Erik dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Lo he perdido todo!

Hizo un gesto con el puño en el aire que daba a entender que se estaba intentando calmar para no perder el control de sí mismo.

—Espera —dijo.

Salió de la cocina y Rebecka oyó sus pasos al subir por la escalera y caminar por

el piso superior. Al cabo de un rato volvió y soltó un manajo de llaves sobre la mesa como si fuera una bolsa con excremento de perro.

—¿Algo más?

—La mudanza —respondió Rebecka con cierta inseguridad.

Ahora lo miró a los ojos.

—¿Qué se siente? —preguntó Erik—. ¿Qué se siente debajo de esa ropa tan bonita con el trabajo que tienes?

Rebecka se levantó. Algo cambió en la expresión de su cara, algo fugaz, pero él ya lo había visto muchas otras veces allí en la vicaría: el tormento silencioso. Pudo leer la respuesta en sus ojos. La oyó igual de clara que si la hubiera pronunciado con palabras, como una zorra.

Rebecka recogió sus guantes de la mesa con movimientos rígidos, despacio, como si tuviera que contarlos para poderse los llevar. Uno, dos. Luego agarró el gran manajo de llaves.

Erik Nilsson suspiró profundamente y se pasó la mano por la cara.

—Perdóname —dijo—. Mildred me habría dado una patada en el culo. ¿Qué día es hoy?

Al ver que ella no decía nada continuó:

—Una semana; dentro de una semana me habré ido.

Ella asintió con la cabeza y Erik la acompañó hasta la puerta. Intentó pensar en algo que decir porque ya no le parecía oportuno ofrecerle café.

—Una semana —le dijo él a su espalda mientras salía.

Como si aquello la fuera a animar.

Rebecka salió de la casa tambaleándose. Bueno, era la sensación que tenía. No se tambaleaba en absoluto, las piernas y los pies la alejaban con pasos firmes.

«No soy nada —pensó—. Aquí dentro ya no queda nada. No hay persona, ni criterio, nada. Hago cualquier cosa que me pidan. Evidentemente. Los del bufete son lo único que tengo. Me digo a mí misma que no soporto la idea de volver, pero a la hora de la verdad no acepto quedarme fuera. Hago lo que haga falta, sea lo que sea, con tal de que no me den de lado.»

Miró hacia el buzón sin percatarse del Ford Escort rojo que subía por el camino de grava hasta que aminoró la marcha y entró por entre los postes de la valla.

El coche se detuvo.

Fue como un calambrazo para Rebecka.

La inspectora de policía Anna-Maria Mella bajó del vehículo. Se habían conocido tiempo atrás, cuando Rebecka era la abogada de Sanna Strandgård. Y fueron Anna-Maria Mella y su compañero Sven-Erik Stålnacke los que le salvaron la vida aquella noche.

Por aquel entonces Anna-Maria estaba embarazada, parecía un cubo

geométrico, pero ahora estaba delgada. Aunque se había ensanchado de espaldas. Tenía un aspecto fuerte a pesar de ser tan bajita. Seguía llevando el pelo recogido en una gruesa cola que le caía por la espalda. Los dientes se veían perfilados en su morena cara de caballo. Era una policía poni.

—¡Hola! —exclamó Anna-Maria Mella.

Después se quedó callada. Toda ella era un signo de interrogación.

—Yo... —empezó Rebecka, pero se quedó en blanco y lo intentó de nuevo—. Mi bufete tiene un asunto en marcha con las congregaciones de la Iglesia sueca. Hemos tenido una reunión de negocios y..., bueno, había algunas cositas relacionadas con la vicaría con las que necesitaban ayuda, y como ya estábamos aquí he aprovechado para ir a hablar con...

Terminó la frase señalando la casa con la cabeza.

—Pero no tiene nada que ver con... —preguntó Anna-Maria.

—No, cuando vine ni siquiera sabía que... no. ¿Niño o niña? —preguntó Rebecka mientras intentaba esbozar una mueca lo más parecida a una sonrisa.

—Niño. Justo se me acaba de terminar la baja por maternidad, así que estoy trabajando en el caso del asesinato de Mildred Nilsson.

Rebecka asintió con la cabeza y miró al cielo. Estaba totalmente vacío. El manojito de llaves le pesaba una tonelada en el bolsillo.

«¿Qué me pasa? —pensó—. No estoy enferma. No tengo ninguna enfermedad. Sólo soy una vaga. Vaga y además chiflada. No tengo nada que decir. Es como si el silencio me succionara hacia dentro.»

—Es extraño, el mundo en el que vivimos, ¿no te parece? —comentó Anna-Maria—. Primero Viktor Strandgård y ahora Mildred Nilsson.

Rebecka asintió de nuevo en silencio. Anna-Maria sonrió. No parecía incomodarle en absoluto el silencio de la otra, pero ahora esperó pacientemente a que Rebecka dijera algo.

—¿Tú qué piensas? —soltó Rebecka—. ¿Crees que es alguien que tenía los recortes sobre la muerte de Viktor y que al final decide hacer algo él mismo?

—Quizá.

Anna-Maria miró un abeto. Oyó el correteo de una ardilla subiendo por el tronco pero sin lograr verla. Estaba al otro lado, llegó hasta la copa y empezó a hacer ruido por entre las ramas.

A lo mejor se trataba de algún loco que se había inspirado en la muerte de Viktor Strandgård. O quizá era alguien que la conocía, que sabía que había oficiado la misa en la iglesia, que sabía a qué hora terminaba y que iba a bajar al embarcadero. Ella no se defendió. Y ¿por qué la colgaron? Parecía un acto de la época medieval, cuando se decapitaba a la gente y luego empalaban las cabezas para escarmiento de los demás.

—Y tú ¿cómo estás? —se interesó Anna-Maria.

Rebecka respondió que bien. Sin más. Los meses siguientes habían sido duros,

obviamente, pero había recibido ayuda y apoyo. Anna-Maria respondió que eso era bueno, muy bueno.

Miró a Rebecka. Recordó aquella noche cuando la policía fue hasta la cabaña en Jiekajarvi y la encontraron allí. Ella no había podido ir porque le habían empezado las contracciones, pero después soñó a menudo con eso. En el sueño iba cruzando la noche y la tormenta montada en una moto de nieve. Rebecka iba tumbada en el remolque y sangraba. La nieve le salpicaba la cara. Tenía miedo de chocar contra algo. Luego se quedaba encallada en mitad del frío. La moto rugía impotente. Solía despertarse de un sobresalto. Se quedaba tumbada mirando a Gustav mientras él respiraba profundamente dormido de espaldas entre ella y Robert. Totalmente a salvo, con los brazos doblados en ángulo recto hacia arriba, como hacen los bebés. «Todo va bien — solía pensar—. Todo va bien.»

«Y una mierda iba todo bien», pensó ahora.

—¿Vuelves ya a Estocolmo o qué? —le preguntó.

—No, me he tomado unos días.

—Tenías la casa de tu abuela en Kurravaara, ¿verdad? ¿Estás instalada allí?

—No, yo... no. Estoy aquí, en el pueblo. Los del bar tienen unas cuantas cabañas.

—¿Así que no has ido a Kurravaara?

—No.

Anna-Maria observó a Rebecka.

—Si quieres compañía, podemos ir juntas —dijo.

Rebecka rechazó agradecida la propuesta. Le explicó que, simplemente, no había tenido tiempo. Se despidieron, pero antes de separarse Anna-Maria dijo:

—Salvaste a aquellas niñas.

Rebecka asintió con la cabeza.

«Eso no me sirve de consuelo», pensó.

—¿Qué fue de ellas? —preguntó—. Puse una denuncia en los servicios sociales por posibles abusos.

—Creo que aquel caso se quedó en nada —dijo Anna-Maria—. Después de aquello toda la familia se fue de la ciudad.

Rebecka pensó en las dos niñas, Sara y Lova. Carraspeó y tragó saliva intentando pensar en otra cosa.

—Todo esto le sale caro al Ayuntamiento —dijo Anna-Maria—. Las investigaciones cuestan dinero y llevar un proceso en la Audiencia Provincial también. Desde el punto de vista del niño valdría más que todo ese aparato fuera competencia directa del Estado, pero ahora mismo la mejor solución para el Ayuntamiento es que los problemas se vayan a otro lado. Joder, a veces he tenido que sacar a criaturas de un campo de batalla de cincuenta y dos metros cuadrados y después te enteras de que el

Ayuntamiento les ha dado para la entrada de un piso para toda la familia en Örkeļljunga.

Se quedó callada al darse cuenta de que había puesto la directa sólo porque Rebecka Martinsson parecía estar al límite.

Anna-Maria la siguió con la mirada mientras Rebecka continuaba bajando hacia el bar del pueblo. De pronto le entraron unas ganas enormes de ver a sus hijos. Robert estaba en casa con Gustav y ella quería pegar la nariz contra la suave piel de Gustav, sentir sus fuertes brazos de niño alrededor de su cuello.

Así que respiró hondo e irguió la espalda. Él seguía sobre el verdiblanco césped de otoño. La ardilla seguía en la copa del árbol al otro lado del camino. Le volvió a brotar la sonrisa, aunque en verdad nunca se le iba muy lejos. Ahora le tocaba entrar a hablar con Erik Nilsson, el marido de la pastora, y después ya podría volver a casa con su familia.

Rebecka Martinsson se dirigió al restaurante escuchando al bosque hablarle a la espalda. «Ven aquí —le decía—. Entra bien adentro. No tengo fin.»

Rebecka se podía imaginar el paseo:

Los delgadísimos pinos tienen el color del cobre martilleado. El viento en lo alto de las copas suena como el agua de un arroyo; el sonido de los pasos, el frufrú de las hojas secas, el crujido de las pinas picoteadas por los pájaros carpinteros. A veces parece que estás caminando por una suave alfombra de pinaza a lo largo de un sendero desgastado por el paso de los animales y no se oye nada más que las ramitas que se van partiendo bajo los pies.

Caminas y caminas. Primero los pensamientos que te acuden a la cabeza parecen un ovillo de hilo liado. Las ramas te arañan la cara o te rozan el pelo mientras los hilos van saliendo del ovillo uno tras otro. Se quedan enganchados en los árboles o se van volando con el viento hasta que, al final, la cabeza se vacía. Entonces sientes que empiezas a viajar por el bosque, por encima de un cenagal oloroso y humeante en el que se te hundan los pies entre los montículos de turba y el cuerpo se vuelve pegajoso. Subes por la ladera de un monte mientras te acaricia una ráfaga de viento. Los abedules enanos gatean incandescentes por el suelo. Luego te tumbas, y después cae la nieve.

De pronto se acuerda de cuando era niña. El ansia de adentrarse en aquel mundo infinito como un indio. El águila navega sobre su cabeza. En sus sueños llevaba una mochila cargada a la espalda y dormía al raso. *Jussi*, el perro de la abuela, siempre aparecía. A veces se desplazaba en canoa.

Se recordaba de pie en medio del bosque señalando con el dedo y preguntándole a su padre: «Si voy hacia allí, ¿adónde llegaría?», y él respondía con una nueva poesía en función de hacia dónde apuntara el dedo y de dónde se encontraban: «Tjálme.» «Latteluokta.» «Pasarías el río Rautasalven.» «Cruzarías Vistasvagge y el pico Drakryggen.»

Debe pararse. Tiene la sensación de estar viéndolos. Le resulta difícil recordar la cara real de su padre porque ha visto demasiadas fotografías suyas que han terminado por despojarla de sus propios recuerdos. La camisa sí que la reconoce. De algodón pero

suave como la seda después de tantos lavados. Fondo blanco con rayas negras y rojas formando cuadros. El cuchillo en el cinturón de piel oscura y brillante y el mango hermosamente tallado en hueso. Ella no tenía ni siete años, de eso está segura. Gorro de material sintético de color azul, tejido a máquina, con dibujos de copos de nieve blancos, y en los pies unas buenas botas de invierno. Ella también lleva un cuchillito en el cinto. Es más por presumir que por otra cosa. Claro que lo ha utilizado, pero le gustaría usarlo para tallar algún trozo de madera, una figura, como Emil en Lonnberga, el personaje de Astrid Lindgren, pero es demasiado endeble. Si quiere hacer algo con el cuchillo, tiene que coger el de su padre. Es mucho mejor para hacer astillas o sacarle punta a las ramas para asar comida, o para tallar algo, aunque no le salga nada.

Rebecka desvió la mirada hacia el tacón derecho de sus botas altas de Lagerson.

«*Sorry* —le dijo al bosque—. De un tiempo a esta parte no llevo nunca la ropa adecuada.»

Micke Kiviniemi secaba la barra con la bayeta. Eran pasadas las cuatro de la tarde del martes. Su huésped, Rebecka Martinsson, estaba sentada sola a una de las mesas que tenían ventana, observando el río. Era la única mujer hospedada. Se acababa de tomar un plato de tiras de alce con salsa y puré de patatas con el salteado de setas de Mimmi, y ahora estaba con una copa de vino tinto mojando los labios de vez en cuando, inconsciente de las miradas que le echaban los solteros.

Los jóvenes solían ser los primeros en aparecer por el restaurante. Los sábados llegaban a las tres para cenar pronto, tomarse unas cervezas y matar el tiempo hasta que echaran algo bueno por la tele. Malte Alajärvi ya estaba de cháchara con Mimmi, como de costumbre. Le gustaba discutir con ella. El resto de la tropa llegaría más tarde a beber cerveza y mirar los deportes. Casi todos eran solteros que solían comer en el local de Micke, pero también aparecía alguna que otra pareja. Incluso algunas mujeres de la asociación y, a menudo, el personal de la oficina de turismo de Jukkasjärvi cogían la barca y cruzaba el río para comer algo.

—¿Qué carajo es la cena del día? —se quejaba Malte señalando el menú—. *Gno...*

—*Gnocchi* —dijo Mimmi—. Son como trozos de pasta. *Gnocchi* con salsa de tomate y mozzarella. Y lo puedes pedir con carne asada o con pollo.

Se puso al lado de Malte y sacó el bloc de pedidos del delantal con un gesto demostrativo.

«Como si le hiciera falta —pensó Micke—. Puede tomar los pedidos de un grupo de doce personas de memoria. Increíble.»

Miró a Mimmi. Entre Rebecka Martinsson y Mimmi, Mimmi ganaba con diferencia abrumadora. Su madre, Lisa, también había sido una belleza cuando era joven, los viejos lo sabían bien. Y aún seguía siendo bonita, era difícil ocultarlo a pesar de que siempre fuera sin maquillar, con ropa impresentable y con el pelo cortado por ella misma. «A medianoche y con las tijeras de esquilar», como decía Mimmi. Pero mientras Lisa escondía su belleza tan bien como podía, Mimmi resaltaba la suya: el delantal ceñido a la cintura, el pelo a mechadas que caía ondulante por debajo del

pañuelo que le cubría la cabeza, jerseys ajustados y generosamente escotados y, cuando se inclinaba hacia delante para limpiar las mesas, quien quisiera podía echar un agradable vistazo al canal entre sus pechos, que se mecían suavemente atrapados por un sujetador con encaje. Siempre rojo, negro o lila. Por detrás, cuando se inclinaba, el tejano se le deslizaba hacia abajo de manera que uno podía contemplar el lagarto que asomaba tatuado en la parte superior de la nalga derecha.

Micke recordó cuando se conocieron. Ella había ido allí para ver a su madre y una tarde se ofreció para echar una mano. Había clientes que querían comer y su hermano no había aparecido, como era habitual, a pesar de que todo el tema de montar un bar había sido idea suya, y Micke estaba solo en el bar. Ella se ofreció para hacer algo de comer y servir las mesas. Aquella misma noche se corrió la voz. Los muchachos se habían metido en el baño para llamar a sus amigos por el móvil y avisarles. Todos fueron a ver a la chica nueva.

Y se quedó. «Por un tiempo», decía siempre Mimmi imprecisa cada vez que él intentaba sacar una respuesta en claro de hasta cuándo. Si intentaba explicarle que al negocio le iría bien saberlo para poder planear mejor de cara al futuro, ella cambiaba de tono.

—Pues entonces, no cuentes conmigo.

Más tarde, cuando acabaron en la cama, Micke se atrevió a preguntárselo otra vez. Cuánto tiempo se iba a quedar.

—Hasta que aparezca algo mejor —respondió ella con media sonrisa.

Y no eran pareja, eso Mimmi se lo había dejado bien claro. Por su parte, él ya había tenido varias novias. Incluso había estado viviendo con una de ellas durante una temporada, así que sabía lo que significaban aquellas palabras. Eres una bella persona, pero... no estoy preparada... Si ahora me enamorara de alguien, sería de ti... pero no puedo atarme. Eso simplemente significaba: No te quiero. Me sirves, de momento.

Mimmi lo había cambiado todo de arriba abajo. Empezó por echarle una mano para deshacerse del hermano, que ni trabajaba ni saldaba las deudas. Se dedicaba a aparecer con los amigos y emborracharse sin pagar nada. Una pandilla de *losers* que dejaban que el hermano fuera el rey por una noche siempre y cuando invitara a las copas.

—Las opciones son bien claras —le dijo Mimmi al hermano—. O desmantelas la empresa y te quedas con las deudas, o se la traspasas a Micke.

Y el hermano firmó. Con los ojos rojizos, el olor corporal que atravesaba la camiseta que no se había cambiado desde hacía días y el tono de voz huraño de alcohólico.

—Pero el cartel es mío —proclamó el hermano a la vez que apartaba el contrato con un movimiento brusco—. Tengo un montón de ideas —continuó dándose unos golpecitos en la cabeza.

—Te lo puedes llevar cuando quieras —le dijo Micke.

Pensó: «*That'll be the day.*»

Le vino a la cabeza el día que su hermano encontró el cartel, un tablón norteamericano de segunda mano, «LAST STOP DINER», letras de neón blancas con fondo rojo. En aquel momento sintieron una alegría casi ridícula. ¿Qué le importó más tarde el cartel a Micke? A esas alturas ya tenía otros planes. Mimmi's era un buen nombre para el establecimiento, pero ella lo rechazó. Al final tuvo que ser Bar-Restaurante Micke.

— ¿Por qué tienes que hacer cosas tan raras?

Malte miró el menú con cara de angustia.

— No es raro — dijo Mimmi —. Es como patata rellena pero más pequeño.

— Patata rellena con tomate, ¿puede haber algo más raro? No, sácame algo del frigo, anda. Tráeme una lasaña.

Mimmi se metió en la cocina.

— ¡Y olvídate de la comida para conejos! — gritó Malte —. ¿Me oyes? ¡Nada de ensalada!

Micke se giró hacia Rebecka Martinsson.

— ¿Te quedas esta noche también? — le preguntó.

— Sí.

«¿Adonde quieres que vaya? — pensó—. ¿Dónde me meto? ¿Qué hago? Aquí por lo menos no me conoce nadie.»

— La pastora... — dijo al cabo de un momento—. La que murió.

— Mildred Nilsson.

— ¿Cómo era?

— De puta madre, en mi opinión. Ella y Mimmi son lo mejor que le ha pasado a este pueblo. Y a este sitio. Cuando abrí, aquí sólo venían tíos solteros entre dieciocho y ochenta y tres tacos. Pero desde que Mildred se vino a vivir aquí, las mujeres también aparecieron por el bar. Es como si le diera vida al pueblo.

— ¿La pastora les decía que fueran al bar?

Micke se rió.

— ¡A comer! Ella era así. Consideraba que las mujeres tenían que salir un poco y descansar de la cocina, así que en ocasiones se venían con sus maridos si no tenían ganas de cocinar. Y el ambiente cambió de manera brutal cuando comenzaron a venir las mujeres. Antes no había más que viejos refunfuñando todo el día.

— No es verdad — replicó Malte Alajárvi, que estaba atento a lo que decían.

— Lo hacías entonces y lo sigues haciendo ahora. Te sientas aquí a mirar el río y te quejas de Yngve Bergqvist y Jukkasjärvi y...

— Sí, pero es que el Yngve ese...

— Y te quejas de la comida y del gobierno y de que nunca dan nada bueno por la tele...

— ¡Joder, si no hay más que concursos!

— ¡... y de todo!

— Lo único que he dicho de Yngve Bergqvist es que es un puto embaucador que te intenta vender cualquier cosa en la que ponga «Arctic». Que si perros de arrastre Arctic, que si safari Arctic... y, claro, los japoneses pagan doscientas coronas de más por ir a una auténtica casa Arctic de mierda.

Micke miró a Rebecka.

— Lo que te decía.

Y luego se puso más serio.

— ¿Por qué lo preguntas? ¿No serás periodista?

— No, no, sólo por curiosidad. Como vivía aquí y eso... No, el abogado aquel que vino conmigo ayer, trabajo para él.

— ¿Le llevas el maletín y le reservas los billetes?

— Algo así.

Rebecka Martinsson miró la hora. Temía y casi deseaba que Anna-Maria Mella apareciera cabreada como una mona exigiéndole la llave de la caja de seguridad, pero lo más probable era que el marido de la pastora no le hubiera dicho nada. Quizá ni siquiera supiera de dónde eran las llaves. Todo ese asunto le parecía una mierda. Miró por la ventana. Fuera ya había empezado a oscurecer. Se oyó el ruido de un coche subiendo hasta la explanada de grava delante del restaurante.

Su móvil empezó a vibrar en el bolso. Rebuscó hasta encontrarlo y miró la pantalla: la centralita del bufete de abogados.

«Máns», pensó, y salió corriendo a la escalerita.

Era Maria Taube.

— ¿Cómo te va? —le preguntó.

— No sé —contestó Rebecka.

— He hablado con Torsten y me ha dicho que casi los tenéis en el saco.

— Hmm...

— Y que te has quedado unos días para ocuparte de algunas cosillas.

Rebecka no dijo nada.

— ¿Has estado en...? ¿Cómo se llama el pueblo donde está la casa de tu abuela?

— Kurravaara. No.

— ¿Pasa algo?

— No, nada.

— Y ¿por qué no vas?

— No he tenido la oportunidad, sólo eso —respondió Rebecka. He estado bastante ocupada ayudando a futuros clientes con un montón de mierda.

—No te enfades conmigo, cielo —dijo Maria con dulzura—. Haz el favor de contarme lo que pasa. ¿Qué mierda has tenido que resolver?

Rebecka se lo contó. De golpe se sintió tan cansada que le entraron ganas de sentarse en los escalones.

Maria suspiró al otro lado del teléfono.

—Joder con Torsten —dijo—. Voy a...

—Ni se te ocurra —replicó Rebecka—. Lo peor de todo es la caja de seguridad. Allí están los objetos personales de la pastora muerta. Puede haber cartas y... casi cualquier cosa. Si hay alguien que tiene derecho a tenerlo es su marido. Y la policía. Pueden ser pruebas, quién sabe.

—Supongo que su superior le pasará a la policía el material que sea de interés —aventuró Maria Taube.

—Puede —respondió Rebecka más relajada.

Hubo un momento de silencio. Rebecka daba patadas a la gravilla.

—Pero yo pensaba que habías subido para meterte en la boca del lobo —dijo al final Maria Taube—. Por eso acompañaste a Torsten allí arriba.

—Sí, sí.

—¡Cono, Rebecka, a mí no me vengas con «sí, sí»! Soy tu amiga y te lo tengo que decir. Estás yendo hacia atrás. Si no te atreves a ir a la ciudad ni te atreves a ir a *Kurrkavaara*...

—Kurravaara.

—... y prefieres quedarte escondida en un bar de pueblo al lado del río, ¿dónde acabarás?

—No lo sé.

Maria Taube se quedó callada.

—No es tan sencillo —dijo al final Rebecka.

—¿Te crees que lo considero fácil? Puedo subir a hacerte compañía, si quieres.

—No —la cortó Rebecka.

—Vale, ya lo he dicho. Y me he ofrecido.

—Y yo te lo agradezco, pero...

—No hace falta que me lo agradezcas. Ahora me tengo que poner a trabajar si quiero llegar a casa antes de medianoche. Por cierto, Máns ha preguntado por ti y que cómo estabas. La verdad es que creo que se preocupa. Oye, Rebecka, ¿recuerdas cuando ibas a la piscina con el colé? Si primero saltabas directamente desde el quinto trampolín, los demás ya no daban miedo. Ve a la Iglesia de Cristal a oír misa. Así lo peor ya estará hecho. ¿No me contaste en Navidad que Sanna, su familia y la familia de Thomas Sóderberg se habían ido de Kiruna?

—No se lo explicarás, ¿verdad?

—¿A quién?

—A Máns. Que he... qué sé yo.

—En absoluto. Te llamo, ¿vale?

Erik Nilsson está inmóvil sentado a la mesa de la cocina en la vicaría. Su esposa muerta está sentada al otro lado. No se atreve a decir nada durante un buen rato. Apenas se atreve a respirar. La menor palabra o movimiento y la realidad se resquebrajará y se partirá en mil pedazos.

Y si parpadea, cuando abra los ojos se habrá ido.

Mildred sonrío burlona.

«Mira que eres divertido —le dice—. Eres capaz de creer en el infinito del universo, que el tiempo es relativo, que puede darse la vuelta e ir hacia atrás.»

El reloj de la pared se ha parado. Las ventanas son espejos negros. ¿Cuántas veces ha invocado a su esposa muerta en los últimos tres meses? ¿Cuánto ha deseado que se deslizara por la oscuridad hasta su cama después de haberse acostado? ¿U oír su voz con el susurro del viento cruzando por entre los árboles?

«No te puedes quedar aquí, Erik», le dice.

Él asiente con la cabeza. Es que hay tanto... ¿Qué va a hacer con tantas cosas, libros, muebles? No sabe por dónde empezar. Es una barrera infranqueable. En cuanto piensa en ello le invade tal cansancio que tiene que tumbarse aunque sea en pleno día.

«Pues mándalo todo a paseo —dice ella—. Olvídate de los trastos. ¿Qué me va a importar a mí?»

Él sabe que es verdad. Los muebles son de la casa de sus suegros. Mildred era hija única de un pastor y sus padres murieron mientras ella estudiaba en la universidad. Ella se niega ahora a compadecerse de él. Siempre ha sido así. Eso hace que siga enfadándose con ella en secreto. Ésa era la Mildred mala; no mala en el sentido de malvada, sino la Mildred que hacía daño, la que lo hería. «Si te quieres quedar conmigo, yo me alegro», le decía cuando estaba viva. «Pero eres una persona adulta. Elige tu propia vida.»

«¿Estaba bien aquello?», vuelve a pensar como tantas veces antes. «¿Se puede tener tanta falta de compromiso? Yo vivía su vida al completo. Claro, fue elección mía. Pero en el amor, ¿no hay que intentar encontrarse?»

Ahora Mildred deja caer la mirada sobre la mesa. Erik no puede ponerse a pensar otra vez en tener hijos, porque seguro que desaparece como una sombra a través de la pared. Tiene que animarse. De hecho, siempre ha tenido que animarse. La cocina está casi sumida en una oscuridad total.

Fue ella la que no quiso. Los primeros años hacían el amor por la noche, o de madrugada si él la despertaba, pero siempre con la luz apagada, y aún podía sentir la aversión rígida y oculta de ella si él quería hacer algo más que penetrarla. Al final se acabó por sí solo. Él dejó de acercarse y a ella no le importaba. A veces se abría la herida y acababan discutiendo. Él se quejaba de que no lo amaba y que el trabajo lo absorbía todo. Quería tener hijos y cuando se lo decía ella volvía las palmas hacia

arriba: «¿Qué quieres de mí? Si no eres feliz, debes levantarte y marcharte.» Y él: ¿Adónde? ¿Con quién?» La tormenta siempre terminaba en calma y los días se sucedían con normalidad. Siempre, o casi siempre, eso era suficiente para él.

Mildred tiene su puntiagudo codo apoyado en el borde de la mesa. Con la uña del índice repica pensativa en la superficie lacada. Tiene esa expresión ensimismada y testaruda que se le pone siempre que le viene una idea a la cabeza.

Él está acostumbrado a cocinar para ella. Cuando llega tarde le saca de la nevera el plato cubierto con film de plástico y se lo calienta en el micro. Se encarga de que coma o incluso de que se dé un baño. Le dice que no siga con el hábito de enroscarse el pelo con el dedo si no quiere quedarse calva. Pero ahora no sabe qué debe hacer ni qué decir. Le quiere preguntar cómo está, cómo se siente allí en el otro lado.

«No lo sé — responde ella —. Pero me tira, con fuerza.»

Pues vaya, debería haber cerrado el pico en lugar de preguntar. Ella está aquí porque quiere algo. De repente Erik siente miedo de que desaparezca. Pof, sin más.

«Ayúdame — le dice él —. Ayúdame a salir de aquí.»

Se da cuenta de que él no es capaz de hacerlo por sí mismo. Y también percibe su ira, el odio secreto de la persona dependiente. Pero ahora ya da lo mismo. Se levanta y le pone la mano en la nuca para apretarle la cara contra su pecho.

«Nos largamos», dice ella al cabo de un rato.

El reloj marca las siete y cuarto cuando él, por última vez en su vida, cierra la puerta de la vicaría. Todo lo que se lleva le cabe en un par de bolsas de supermercado. Uno de los vecinos aparta ligeramente una cortina, se apoya en la ventana y observa con curiosidad mientras Erik coloca las bolsas en el asiento de atrás del coche.

Mildred se sienta al lado. Cuando el vehículo se desliza entre los postes de la valla de entrada, él se siente casi alegre, como el verano antes de casarse, cuando hicieron el viaje en coche por Irlanda. Mildred sigue con la media sonrisa en la cara.

Paran un momento delante del establecimiento de Micke. Sólo va a entregarle las llaves de la vicaría a la Rebecka Martinsson aquella.

Para su asombro, se la encuentra en la calle delante del local de Micke con el móvil en la mano pero sin hablar. Está con el brazo caído y cuando ella lo ve parece que le entren ganas de salir corriendo. Erik avanza poco a poco, con cuidado, casi suplicante, como si se estuviera acercando a un perro huraño.

—Venía a darte las llaves de la vicaría — dice —. Así se las puedes dar al pastor junto con las llaves del trabajo de Mildred y decirle que ya me he marchado.

Ella no dice nada. Coge las llaves sin preguntar sobre los muebles ni demás pertenencias. Simplemente, está allí, quieta, con el móvil en una mano y las llaves en la otra. A Erik le gustaría decir algo, quizá pedirle perdón, estrecharla entre sus brazos o acariciarle el pelo.

Pero Mildred se ha bajado del coche y lo llama de pie junto a la carretera.

«¡Vamos! — grita —. No puedes hacer nada por ella. Hay otra persona que la está ayudando.»

Así que se da la vuelta y se aleja pesadamente hasta llegar al coche.

En cuanto se sienta al volante se desvanece la tristeza que Rebecka Martinsson le había contagiado. El camino a la ciudad es oscuro y lleno de aventuras. Cuando aparca delante del Hotel Ferrum, Mildred continúa a su lado.

«Te he perdonado», le dice Erik. Ella se mira las rodillas y niega con la cabeza. «No te he pedido perdón», responde.

Son las dos de la madrugada y Rebecka Martinsson está durmiendo.

La curiosidad penetra por la ventana como una hiedra serpenteante y se arraiga en su corazón. Envía raíces y esquejes como metástasis por su cuerpo, se retuerce entre sus costillas e hila un capullo dentro de su tórax.

Cuando se despierta en mitad de la noche se ha convertido en una obsesión indómita. Por fin han cesado los ruidos del bar que llenaban aquella noche de otoño, pero hay una rama enfurecida dando latigazos al tejado de chapa de la cabaña. La luna está casi llena y su luz cadavérica atraviesa la ventana haciendo brillar el manojó de llaves que hay encima de la mesa.

Se levanta y se viste. No le hace falta encender la lámpara, le basta con la luz de la luna para ver la hora. Se queda pensando en Anna-Maria Mella. Le gusta esa policía. Es una mujer que ha escogido intentar hacer lo correcto.

Sale afuera. El viento sopla fuerte. Los abedules y los serbales se agitan salvajes a su alrededor y se oye como crujen los troncos.

Se sube al coche y se va.

Conduce hasta el cementerio, que no está lejos. Tampoco es muy grande, por lo que no tiene que buscar demasiado hasta encontrar la tumba de la pastora. Muchas flores; rosas y brezo. Mildred Nilsson. Y un espacio en blanco para su marido.

«Nació el mismo año que mamá —piensa Rebecka—. Mamá habría cumplido cincuenta y cinco en noviembre.»

Todo está en silencio pero Rebecka no puede oírlo. El viento sopla tan fuerte que le retumban los oídos.

Se queda allí de pie y observa la lápida durante un rato. Después vuelve al coche, que está aparcado justo delante del muro. En cuanto cierra la puerta se hace el silencio de verdad.

«¿Qué pensabas? —se pregunta a sí misma—. ¿Que la pastora estaría sentada sobre su tumba en presencia etérea y transparente señalando con la mano?»

Sin duda, eso habría facilitado las cosas, pero eso es decisión de ella.

De modo que el párroco quiere la llave de la caja de seguridad de Mildred Nilsson. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Por qué nadie le ha mencionado lo de la caja a la policía? Quieren recuperar la llave de manera discreta. Se supone que es Rebecka quien lo tiene que hacer.

«Lo mismo me da —piensa—. Puedo hacer lo que me dé la gana.»

La inspectora de policía Anna-Maria Mella se despertó de madrugada. Era el

café. Si se lo tomaba demasiado tarde se despertaba y se pasaba una hora dando vueltas en la cama antes de volver a conciliar el sueño. A veces prefería levantarse y le encantaba la sensación de paz y tranquilidad de ese momento. Toda la familia dormía y podía poner la radio en la cocina mientras tomaba una manzanilla o se ponía a doblar ropa o a hacer cualquier otra cosa y sumirse en sus pensamientos.

Bajó al sótano y puso la plancha a calentar mientras reproducía en su cabeza la conversación con el marido de la pastora.

Erik Nilsson: Mejor nos sentamos aquí en la cocina para poder echarle un ojo a tu coche.

Anna-Maria: ¿Y?

Erik Nilsson: Nuestros conocidos suelen aparcar abajo junto al bar, o por lo menos a cierta distancia de aquí. Si no, corres el riesgo de que te pinchen las ruedas o te lo rayen.

Anna-Maria: Vaya.

Erik Nilsson: Bah, no es muy grave pero hace un año... entonces pasaba muy a menudo.

Anna-Maria: ¿Lo habéis denunciado a la policía?

Erik Nilsson: No pueden hacer nada. Aunque sepas quién es, nunca hay pruebas, nunca hay nadie que haya visto nada. Supongo que la gente también tiene miedo. La próxima vez podría ser su cabaña la que arda en llamas.

Anna-Maria: ¿Os incendiaron la cabaña?

Erik Nilsson: Sí, fue un hombre de aquí del pueblo... O por lo menos creemos que fue él. Su mujer lo abandonó y estuvo viviendo aquí en la vicaría por una temporada.

«Qué considerado», pensó Anna-Maria. Erik Nilsson tenía la oportunidad de meterse con ella, pero se abstuvo. Podría haber dejado que la voz se le impregnara de amargura, quejarse de la pasividad de la policía y al final haberles hecho responsables de la muerte de su esposa.

Se puso a planchar una de las camisas de Robert que tenía los puños completamente desgastados. La tela humeaba al paso del metal y emanaba un agradable olor a algodón recién planchado.

Era evidente lo acostumbrado que estaba a hablar con mujeres, se le notaba. A veces Anna-Maria se despistaba y respondía a las preguntas que él le hacía, no para ganarse la confianza de aquel hombre, sino porque él lograba ganarse la de ella. Como cuando le preguntó por sus hijos. Erik sabía bien lo que era típico para sus edades y le preguntó si Gustav ya había aprendido a decir la palabra «no».

Anna-Maria: Depende. Si soy yo quien la dice, no lo entiende. Pero si la dice él...

Erik Nilsson suelta una carcajada, pero enseguida se pone serio otra vez.

Anna-Maria: Una gran casa.

Erik Nilsson (suspira): Sí, pero en realidad nunca ha sido un hogar. Es mitad vicaría, mitad hotel.

Anna-Maria: Pero ahora está vacía.

Erik Nilsson: Sí, el grupo Magdalena pensó que daría pie a mucho chismorreo. Ya sabes, el viudo de la pastora se consuela con las mujeres vulnerables. Supongo que tienen razón.

Anna-Maria: Te lo tengo que preguntar: ¿cómo os iba a ti y a tu esposa?

Erik Nilsson: ¿Es necesario?

Anna-Maria: ...

Erik Nilsson: Bien. Respetaba enormemente a Mildred.

Anna-Maria:...

Erik Nilsson: No era una mujer del montón, ni tampoco una pastora cualquiera. Era tan increíblemente... apasionada en todo lo que hacía. Sentía de verdad que tenía una misión aquí en Kiruna y en el pueblo.

Anna-Maria: ¿De dónde era?

Erik Nilsson: Nació en Uppsalabo. Hija de un párroco. Nos conocimos cuando yo estudiaba física. Ella solía decir que luchaba contra la conformidad. «En cuanto muestras demasiada devoción, la parroquia designa un grupo de crisis.» Hablaba demasiado, demasiado rápido y con demasiados gritos, y casi se obsesionaba cuando se le ocurría una idea. Podía volverte loco. Deseé mil veces que hubiera sido una mujer más convencional, pero... (hace un gesto con la mano)... cuando te arrebatan a una persona así... no es sólo una pérdida para mí.

Se había dado una vuelta por la casa. El lado de Mildred junto a la cama doble estaba vacío. No había libros, ni despertador, ni Biblia.

De pronto sintió a Erik Nilsson de pie detrás de ella.

—Tenía habitación propia —dijo éste.

Era una habitación en la fachada corta de la casa. En la ventana no había flores sino una lámpara y algunos pájaros de cerámica. La cama individual seguía deshecha, tal como debió de dejarla ella, y había una bata roja de tejido nórdico tirada encima. Al lado, en el suelo, había una pila de libros. Anna-Maria había echado un vistazo a los títulos. Arriba del todo, la Biblia, seguida de *Lenguaje para una fe adulta*, *Enciclopedia bíblica* y algunos libros infantiles y juveniles. Anna-Maria conocía *Winnie the Pooh* y *Anne en la Colina Verde*. Debajo del todo, un puñado desordenado de artículos de prensa.

—Aquí no hay nada que ver —dijo Erik Nilsson cansado—. Aquí no os queda nada más que ver.

«Es extraño —pensó Anna-Maria mientras doblaba la ropa de los niños—. Era como si Erik Nilsson mantuviera viva a su mujer. El correo que llegaba a su nombre estaba sin abrir apilado sobre la mesa; en su mesita de noche todavía estaba su vaso de

agua y al lado las gafas de leer. Por lo demás, estaba todo muy limpio y ordenado; simplemente, no era capaz de desprenderse de su esposa. Y era una casa bonita, como sacada de una revista de decoración. Y aun así, él le había dicho que no era un hogar sino "mitad vicaría, mitad hotel". Y también le había dicho que "la respetaba". Curioso.»

Rebecka condujo despacio hasta la ciudad. El asfalto de la carretera y el manto de hojas en descomposición absorbían la pálida y grisácea luz de la luna. Los árboles se inclinaban de un lado a otro al vaivén del viento, dando la impresión de que se estiraban hambrientos en pos de esa luz pobre pero sin llegar a alcanzarla. Seguían desnudos y negros, retorcidos y castigados poco antes del sueño del invierno.

Pasó por delante del local de la congregación. Era un edificio de poca altura construido con ladrillo blanco y madera barnizada de color oscuro. Subió por el camino de grava y aparcó detrás de la antigua tintorería.

Aún estaba a tiempo de echarse atrás. Pero no, no podía hacerlo.

«¿Qué es lo peor que puede pasar? —pensó—. Me pueden detener, ponerme una multa y me pueden echar de un trabajo que ya he perdido.»

A estas alturas le parecía que lo peor sería volver y echarse a dormir. Subirse al avión de vuelta a Estocolmo al día siguiente y seguir cruzando los dedos para que se le fuera ordenando la cabeza hasta poder trabajar de nuevo.

Pensó en su madre. El recuerdo emergió hasta la superficie con fuerza y veracidad, y casi podía verla al otro lado de la ventanilla: bien peinada, con el abrigo verde guisante que ella misma se había cosido, con cinturón ancho en la cintura y cuello de piel. Ese que escandalizaba a las vecinas cuando pasaba por delante. ¿Quién se creía que era? Y con las botas de tacón alto que no se había comprado en Kiruna sino en Luleå.

Es como un golpe de amor en el pecho. De pronto tiene siete años y alarga la mano para cogerse de su madre. Le sienta tan bien el abrigo... Y es tan bonita de cara... Una vez, cuando era aún más pequeña, le dijo: «Pareces una Barbie, mamá», y su madre se rió y la abrazó. Rebecka aprovechó para inspirar todos aquellos buenos aromas que emanaba de cerca. El pelo de su madre olía de una manera, el maquillaje de su cara de otra, y lo mismo el perfume de su cuello. Rebecka le volvió a decir en ocasiones posteriores: «Pareces una Barbie», sólo porque su madre se puso tan contenta aquella vez. Pero nunca volvió a mostrar la misma alegría. Era como si sólo funcionara la primera vez. «Para ya», la rió al final.

Rebecka se quedó pensativa un rato. Había más, si se examinaba de cerca. Lo que las vecinas no veían: que los zapatos eran de baja calidad, que tenía las uñas partidas y mordisqueadas, que la mano que llevaba el cigarrillo a los labios mostraba un ligero temblor característico de las personas que tienen una deficiencia nerviosa.

Las pocas veces que Rebecka pensaba en ella, siempre la recordaba helada, con doble jersey de lana y calcetines gruesos, sentada a la mesa de fórmica que había en la cocina.

O como ahora, con los hombros un poco encogidos y sin espacio para un jersey grueso bajo el bonito abrigo. La mano que no sujeta el cigarrillo se esconde en el

bolsillo. Su mirada busca en el coche y se fija en Rebecka. Tiene los ojos pequeños y analíticos, las comisuras de la boca hacia abajo. ¿Quién es ahora la loca?

«Yo no me he vuelto loca —pensó Rebecka—. Yo no soy como tú.»

Se bajó del coche y fue a paso rápido hasta el local de la congregación, casi corriendo para alejarse del recuerdo de aquella mujer del abrigo verde guisante.

Oportunamente, alguien había destrozado la lámpara que había encima de la puerta trasera del local. Rebecka probó las llaves del manojito. Podía haber una alarma conectada, o bien la variante barata, una alarma que sólo sonaba en la casa para disuadir a los ladrones, o bien una alarma real que estuviera conectada a una empresa de vigilancia.

«No pasa nada —se dijo a sí misma—. Si viene alguien, no serán las fuerzas especiales, sino algún vigilante cansado que aparecerá en coche y se parará delante de la puerta principal. Tiempo de sobra para salir pitando.»

De repente una llave entró en la cerradura. Rebecka la giró y se adentró en la oscuridad. Había silencio. No sonó ninguna alarma ni tampoco se oyó ningún pitido que indicara que tenía sesenta segundos para introducir un código. El local de la congregación era una casa construida respetando el nivel de la tierra, por lo que la puerta de atrás estaba en la planta de arriba y la puerta principal en la planta baja. La secretaría estaba en la planta superior, Rebecka lo sabía. No se preocupó de ir a hurtadillas.

«No hay nadie», se dijo.

Tuvo la sensación de que sus pasos hacían eco mientras se dirigía deprisa hacia la secretaría.

La habitación con las cajas de seguridad estaba dentro de las oficinas. El espacio era reducido y no tenía ventanas. Rebecka se vio obligada a encender la luz del techo.

El pulso se le aceleró un poco y torpemente probó una llave en las distintas cerraduras de las taquillas grises y sin nombre. Si aparecía alguien ahora, no tendría escapatoria. Intentó escuchar algún ruido procedente de la escalera o de la calle. Las llaves resonaban como las campanas de una iglesia.

Al probar la tercera taquilla la llave giró suavemente en la cerradura. Tenía que ser la de Mildred Nilsson. Rebecka la abrió y se quedó mirando. Era una caja de seguridad pequeña y no había gran cosa, pero aun así estaba casi llena. Había unas pocas cajas de cartón y algunas bolsitas de tela con joyas. Collares de perlas, anillos de oro con piedras y también pendientes. Había dos alianzas de boda lisas que parecían antiguas; alguna herencia. Una carpeta azul en la que había un montón de papeles. En la taquilla había también varias cartas. Las direcciones estaban escritas a mano y eran de letras diferentes.

«¿Qué hago ahora?», se preguntó Rebecka.

Intentó deducir qué cosas de la caja sabría identificar el párroco. ¿Echaría algo en falta?

Respiró hondo y después se sentó en el suelo para mirarlo todo y empezó a

clasificarlo a su alrededor. La cabeza ya volvía a funcionarle como de costumbre, trabajaba con agilidad, recababa información y la ordenaba. Media hora más tarde Rebecka encendía la fotocopidora de la secretaría.

Las cartas se las llevó tal como estaban. Quizá tuvieran huellas o partes de ellas, de manera que las guardó en una bolsa de plástico que encontró en un cajón.

Sacó copias de las hojas que había en la carpeta azul y las guardó junto con las cartas en la bolsa. Volvió a colocar la carpeta en la taquilla y la cerró, apagó la luz y se fue. Eran las tres y media de la mañana.

Anna-Maria Mella se despertó porque su hija Jenny le estaba tirando del brazo.

—Mamá, hay alguien que llama a la puerta.

Los niños sabían que estaba prohibido abrir a horas intempestivas. Como inspectora de policía en una ciudad pequeña podía recibir visitas de lo más variopintas y a horas intempestivas. Malhechores sensibleros que buscaban a la única confesora que tenían, o compañeros con cara seria y el motor del coche en marcha. A veces, en contadas ocasiones pero podía ocurrir, alguien que estuviera cabreado o colocado (por lo general, ambas cosas).

Anna-Maria se levantó, le dijo a Jenny que se acurrucara junto a Robert y bajó al recibidor. Llevaba el móvil en el bolsillo de la bata y ya había marcado el número de la central por si tenía que llamar. Primero miró a través de la mirilla y luego abrió la puerta.

Al otro lado estaba Rebecka Martinsson.

Anna-Maria le pidió que entrara y Rebecka se quedó en el umbral sin quitarse la chaqueta. No quiso té ni ninguna otra bebida.

—Estás investigando el asesinato de Mildred Nilsson —dijo—. Esto son cartas y copias de documentos personales suyos.

Le alargó una bolsa de plástico con los papeles y le explicó brevemente de dónde había sacado el material.

—Como comprenderás, no me iría muy bien que saliera a la luz que os he pasado todo este material. Si se te ocurre una explicación alternativa, te estaré más que agradecida. Si no, pues...

Se encogió de hombros.

—... tendré que apechugar —terminó con media sonrisa.

Anna-Maria echó un vistazo al interior de la bolsa.

—¿Una caja de seguridad en la secretaría del párroco? —preguntó.

Rebecka asintió.

—¿Por qué nadie le contó a la policía que...?

Se interrumpió y miró a Rebecka.

—¡Gracias! —le dijo—. No explicaré de dónde lo he sacado.

Rebecka hizo ademán de marcharse.

—Hiciste lo correcto —dijo Anna-Maria—. Lo sabes, ¿verdad?

Era difícil saber si se refería a lo ocurrido hacía dos años en Jiekajarvi o si estaba hablando de las copias y las cartas de la bolsa.

Rebecka hizo un gesto con la cabeza. Podría estar asintiendo, pero también podría tratarse de un gesto de negación.

Al marcharse, Anna-Maria permaneció un rato en el recibidor con un deseo irreprimitible de chillar. «La puta de oros», quería gritar. «¿Cómo cojones han podido dejar de darnos todo esto?»

Rebecka Martinsson está sentada sobre la cama de su cabaña. Puede distinguir perfectamente el contorno del respaldo de la silla delante del rectángulo gris de la ventana dibujado por la luz de la luna.

«Ahora —pensó—. Ahora debería llegar el pánico. Si alguien se entera de esto, estoy acabada. Me condenarán por allanamiento de morada y procedimiento arbitrario, nunca más me darán trabajo.»

Pero el pánico no quería aparecer, ni tampoco sensación alguna de arrepentimiento. Al contrario, se sentía con el corazón relajado.

«Acabaré de vigilante», pensó.

Se tumbó y se quedó mirando el techo. Se sentía animada, una especie de alegría loca.

Podía oír a un ratón en la pared que hurgaba, mordisqueaba y corría de un lado a otro. Rebecka picó con los nudillos y se quedó quieto. Después se puso de nuevo en marcha.

Rebecka sonrió. Y se durmió. Con la ropa puesta y sin haberse cepillado los dientes.

Soñó.

Está sentada en los hombros de su padre. Es la época de los arándanos. Su padre carga a la espalda una especie de mochila hecha de corteza de abedul y, con la bolsa y Rebecka, el peso es considerable.

—No te inclines —le dice cuando Rebecka se estira para coger líquenes de los troncos de los árboles.

Detrás de ellos va su abuela paterna. Chaqueta polar azul y bufanda gris. Cuando camina por el bosque tiene una forma de andar basada en el mínimo esfuerzo. No levanta el pie más de lo necesario. Una suerte de trotecillo ágil de pasos cortos. Llevan dos perros con ellos: *Jussi*, el cazador de alces, va detrás de la abuela; está entrado en años y procura ahorrar energías. Y *Jacki*, el más joven de los dos, un cruce indeterminado de perros spitz, corre de aquí para allá. Su hocico no tiene nunca suficiente, desaparece de la vista de todos y a veces lo oyen ladrar a un kilómetro de distancia.

Bien entrada la tarde está dormida junto al fuego mientras los mayores se han ido más allá a coger arándanos. Tiene la chaqueta Helly Hansen de su padre como almohada. El sol de la tarde calienta, pero las sombras son largas. Las llamas

mantienen alejados a los mosquitos y los perros aparecen de vez en cuando para vigilarla. Le dan unos empujoncitos suaves en la cara para luego salir disparados otra vez antes de que siquiera le dé tiempo a acariciarlos ni pasarles el brazo por el cuello.

PATAS DORADAS

Finales de invierno. El sol se alza por encima de las copas de los árboles y calienta el bosque haciendo que las pesadas capas de nieve se deslicen de las ramas. Es una temporada engorrosa para cazar, puesto que durante el día la gruesa capa blanca se ablanda con el calor. Se hace difícil correr detrás de la presa, pero si la manada caza de noche a la luz de la luna o al alba, la capa de escarcha les hace heridas en las patas.

La hembra alfa entra en celo. Está inquieta e irritable, así que el que se le acerque tendrá que contar con llevarse un mordisco u otro escarmiento. Se detiene cerca de los machos subalternos y hace pis con la pata tan levantada que casi le cuesta mantener el equilibrio. Toda la manada se ve influenciada por su temperamento. Se oyen gruñidos y aullidos y se desatan pequeñas peleas constantemente entre los distintos miembros del grupo. Los lobos más jóvenes se pasean intranquilos por los exteriores de la zona de descanso. Cada dos por tres aparece un lobo adulto para ponerlos en su sitio. A la hora de la comida se respeta la jerarquía a rajatabla.

La loba alfa es hermanastra de *Patás Doradas*. Hace dos años desafió a la cabeza de la manada de entonces en esta misma época del año. La líder iba a entrar en celo y tenía que reafirmar su supremacía frente a las demás hembras. Se giró hacia la hermanastra de *Patás Doradas*, alargó su cabeza rayada, levantó los labios y le enseñó los dientes con un gruñido amenazador. Pero en lugar de retirarse asustada con la cola metida entre las patas, la hermanastra de *Patás Doradas* aceptó el desafío. Miró a la líder directamente a los ojos y erizó el pelo del lomo. La pelea se desató en la fracción de un segundo y terminó en menos de un minuto. La antigua líder salió perdiendo. Una mordedura profunda en el cuello y una oreja desgarrada fueron suficientes para que se retirara entre gemidos. La hermanastra de *Patás Doradas* alejó a la vieja hembra de la manada, y la manada tuvo una nueva hembra alfa.

Patás Doradas nunca se alzó contra la anterior líder, ni tampoco lo hace contra su hermanastra. Aun así, es como si ésta estuviera especialmente irritable con ella. En una ocasión agarra con sus fauces el hocico de *Patás Doradas* y la pasea ante la manada. *Patás Doradas* la obedece humildemente con el lomo encorvado y apartando la mirada. Los lobos más jóvenes se incorporan y comienzan a pasear intranquilos. Después, *Patás Doradas* le lame las comisuras de la boca a su hermanastra. No quiere pelearse ni desafiarla.

El plateado macho alfa es difícil de conquistar. En los tiempos de la antigua líder, la seguía durante semanas antes de que ella se decidiera a aparearse. Él le olfateaba el trasero y ponía en su sitio a los demás machos ante su mirada. Cada dos por tres se acercaba a donde estaba ella. Solía tocarla con la pata delantera como preguntando: «¿Ahora sí?»

El macho alfa se muestra apático y aparentemente sin interés por la

hermanastra de *Patás Doradas*. Tiene siete años y no hay ningún miembro de la manada que muestre el más mínimo signo de intentar quitarle el puesto. En pocos años será mayor y más débil y tendrá que reafirmarse más a menudo, pero ahora puede tumbarse y dejar que el sol le caliente el pelaje mientras se lame las patas delanteras o atrapa un poco de nieve. La hermanastra de *Patás Doradas* lo corteja. Se pone de cuclillas y orina cerca de donde está para despertar su interés. Se le pasea por delante deseosa y con manchas de sangre donde le nace la cola. Finalmente, él se da por vencido y la cubre. Toda la manada suspira aliviada. La tensión en el grupo desaparece al instante.

Los dos cachorros de apenas un año despiertan a *Patás Doradas* con ganas de jugar. Ella se ha tumbado a dormir bajo un abeto un poco alejado, pero ahora los cachorros se le echan encima. Uno se desploma con las patas delanteras sobre la nieve inclinando todo el cuerpo hacia delante de manera juguetona. El otro llega a la carrera y le salta por encima. Ella se incorpora de un brinco y empieza a perseguirlos. Los dos machos arman tanto jaleo que se oye el eco entre los árboles. Una ardilla espantada sale a toda prisa tronco arriba de un árbol como una raya roja. *Patás Doradas* alcanza a uno de los lobeznos y hace una doble voltereta sobre la nieve. Luego luchan un rato y después les toca a ellos perseguirla a ella. Sale rápida como un turón entre los árboles; a veces aminora el paso hasta que están a punto de atraparla y entonces vuelve a acelerar. No la cogen hasta que ella quiere.

JUEVES

7 DE SEPTIEMBRE

A las seis y media de la mañana Mimmi hizo una pausa para desayunar después de trabajar en el bar desde las cinco. Se mezclaban los olores del pan recién hecho y el café con el aroma de la lasaña acabada de hacer y el picadillo de carne con patatas. En la encimera de acero inoxidable había enfriándose cincuenta bandejas de aluminio con comida. Trabajó con la puerta giratoria abierta para que no hiciera tanto calor y porque a ellos les gustaba, a los tíos. Verla moverse por la cocina mientras trabajaba, de un lado a otro o llenando la cafetera, era como si tuvieran compañía. Y podían comer tranquilos, sin ojos escrutadores que controlaran si masticaban con la boca abierta o si se manchaban la camisa con el café.

Antes de sentarse a desayunar dio una vuelta a toda prisa por el comedor con la cafetera en la mano rellenando las tazas de los comensales y mimándolos un poco. Insistía y les alargaba la cesta con pan, y en ese momento les pertenecía a todos, era su esposa, su hija, su madre. Su pelo con mechas aún estaba algo húmedo por la ducha de la mañana y lo llevaba trenzado y cubierto con un pañuelo atado a la cabeza. Ya tenía bastante con las miradas que le echaban. No se le ocurriría nunca pasearse por el bar con el pelo suelto y dejando que las gotas le empaparan el jersey ajustado de H&M como si se tratara de Miss Camiseta Mojada. Dejó la cafetera en el soporte y proclamó:

—Quien quiera más, que coja. Yo me tengo que sentar quince minutos.

—Mimmi, ven y échame un poco —canturreó puñetero uno de los hombres.

Algunos se irían pronto al trabajo. Eran los que se tomaban el café a sorbos muy seguidos para terminárselo deprisa aunque estuviera demasiado caliente, y se zampaban los bocadillos en dos bocados. Los demás alargaban la visita hasta una hora antes de volver a la soledad de sus casas. Intentaban iniciar una conversación y hojeaban sin interés la prensa del día anterior. La del día tardaría un buen rato en llegar. En el pueblo nadie decía que estaba en el paro, de baja o prejubilado. Decían que estaban en casa.

La huésped que se quedaba a dormir, Rebecka Martinsson, estaba sola en una de las mesas que daban al río mirando por la ventana. Se comía el bol con leche acida y cereales sin prisa ninguna mientras, a la vez, bebía café.

Mimmi vivía en un piso de un solo ambiente en la ciudad. Lo había mantenido a pesar de que prácticamente vivía con Micke en una casa cerca del bar. Cuando decidió quedarse en el pueblo por una temporada, su madre le propuso sin demasiado interés que se instalara en su casa si le apetecía. Era evidente que lo había dicho por compromiso, aunque a Mimmi no se le ocurriría nunca aceptar la invitación. Ella y Micke ya llevaban tres años con el bar pero hacía apenas un mes que su madre le dio una llave de reserva de la casa.

—Nunca se sabe —le dijo paseando la mirada por todas partes—. Si pasa algo o vete a saber... Como los perros están dentro...

—Claro —respondió Mimmi cogiendo la llave—. Los perros.

«Siempre los putos perros», pensó.

Lisa se dio cuenta de que Mimmi se había mosqueado y estaba de malhumor, pero no era su estilo demostrarlo ni hablarlo. No, todo lo contrario, era el momento de marcharse. Si no era una reunión del grupo Magdalena, eran los animales de la casa; quizá había que limpiar las jaulas de los conejos o, si no, igual había que llevar a alguno de los perros al veterinario.

Mimmi se sentó en la encimera de madera barnizada con aceite que había al lado de la nevera. Si recogía las piernas, cabía bien entre las especias frescas que crecían en latas de conserva enjuagadas. Era un buen sitio. Se podía ver Jukkasjärvi al otro lado del río. A veces algún barco. La ventana no existía cuando el local era un taller y Micke se la puso como regalo. «Aquí me gustaría tener una ventana», había dicho ella, y él cumplió su deseo.

No es que estuviera enfadada con los perros, ni tampoco que les tuviera envidia, normalmente se refería a ellos como sus hermanos pero, por poner un ejemplo, cuando vivía en Estocolmo, nunca llegó el día en que Lisa fuera a verla. Ni siquiera la llamó. «Claro que te quiere —solía decir Micke—, es tu madre.» No se enteraba de nada.

«Será que tenemos algo genético —pensaba Mimmi—. Yo tampoco puedo querer a nadie.»

Si alguna vez conocía a algún imbécil de los de verdad, no se enamoraba, por supuesto. Esa palabra era demasiado endeble, como la variante de la marca Konsum de ese sentimiento. Pero sí podía volverse psicótica, dependiente y adicta. Y ya le había pasado. Fue una vez durante sus años en Estocolmo. Cuando sales de una relación así, se desgarran parte de tu cuerpo.

Con Micke era diferente. Con él se veía capaz de tener hijos, si se creyese capaz de querer a un hijo. Micke era un hombre bueno.

Por debajo de la ventana había unas pocas gallinas removiendo la hierba de otoño. Justo cuando le hincó el diente al pan recién hecho oyó el ruido de un ciclomotor que se acercaba por la calle. Giró y subió por el camino de grava hasta detenerse en la zona de aparcamiento.

«Nalle», pensó.

Cada dos por tres aparecía por el bar a primera hora de la mañana, siempre y cuando se despertara antes que su padre y consiguiera escaparse sin que él se enterara. Si no, la norma era que tenía que desayunar en casa.

Al cabo de unos instantes estaba de pie junto a la ventana de Mimmi picando en el cristal. Llevaba unos pantalones de tirantes de color amarillo ocre que en algún momento habían pertenecido a un trabajador de la compañía de teléfonos. Las cintas reflectantes de los tobillos se habían desgastado casi por completo por el uso y los lavados, y en la cabeza llevaba un gorro de piel artificial de castor con orejeras largas.

El anorak verde le venía demasiado corto. Le acababa en la cintura.

Nalle le dedicó una de sus divertidísimas y picaras sonrisas que partían su cara en dos. Desviaba la prominente mandíbula a la derecha, entornaba los ojos y subía las cejas. Era imposible no corresponder a aquella sonrisa y no le importó en absoluto no poder comerse el bocadillo tranquilamente.

Mimmi abrió la ventana y al mismo tiempo Nalle se metió las manos en los bolsillos, sacó tres huevos y se la quedó mirando como si le acabara de hacer un truco de magia avanzada. Tenía la costumbre de meterse en el gallinero para recoger huevos y Mimmi siempre se los aceptaba de buen grado.

— ¡Bien! ¡Gracias! Y, bueno, ¿a quién tenemos aquí? ¿A Pepito el picaflor?

De la garganta de Nalle brotó una risa gutural que parecía un motor de arranque intentando encenderse a cámara lenta.

— ¿O es Felipín el friegaplatos?

Contestó con un no de lo más encantador, bien consciente de que le estaba haciendo broma, pero aun así negó enérgicamente con la cabeza, por si acaso. No estaba allí para fregar.

— Tienes hambre, ¿no? —le preguntó Mimmi y Nalle dio media vuelta y desapareció doblando la esquina.

Mimmi se bajó de la encimera, cerró la ventana, le pegó un trago al café y le dio una buena dentellada al bocadillo. Cuando salió al comedor, Nalle se había sentado frente a Rebecka Martinsson. El chico había colgado el anorak en el respaldo de la silla, pero el gorro se lo había dejado puesto. Era una costumbre que tenían: Mimmi se lo quitaba y le removía el tupido pelo que llevaba cortado a cepillo.

— ¿Por qué no te sientas allí? Así puedes ver si pasa algún coche chulo.

Rebecka Martinsson le sonrió a Nalle.

— Por mí, encantada de que se quede aquí.

Mimmi alargó la mano y volvió a hacerle una carantoña al chico. Luego le frotó un poco la espalda.

— ¿Quieres tortitas o leche acida y un bocadillo?

Ya sabía la respuesta pero quería hacerle hablar un poco. Y, sobre todo, que decidiera él mismo. Vio cómo la palabra iba tomando forma en su boca durante unos segundos antes de salir. La mandíbula se le movió de un lado al otro y al final dijo con decisión:

— Tortitas.

Mimmi se metió en la cocina. Sacó quince tortitas de la nevera y las puso a calentar en el microondas.

Lars-Gunnar, el padre de Nalle, y Lisa, la madre de Mimmi, eran primos. El padre de Nalle era policía retirado y desde hacía casi treinta años era el dirigente del grupo de caza, lo cual lo convertía en un hombre poderoso. Físicamente también era grande, igual que Nalle. Un policía que infundía respeto y además era buena persona,

según decía la gente. De vez en cuando iba al entierro de algún viejo delincuente que había muerto. En esas ocasiones, los únicos presentes solían ser Lars-Gunnar y el sacerdote.

Cuando Lars-Gunnar conoció a la madre de Nalle él ya había pasado los cincuenta. Mimmi recordaba el día en que apareció por su casa con Eva por primera vez.

«Yo no debía de tener más de seis años», pensó.

Lars-Gunnar y Eva estaban sentados en el sofá de piel de la sala de estar. Su madre Lisa iba y venía de la cocina con dulces para merendar, leche, más café y Dios sabe qué otras cosas. Era la época en la que se amoldaba a la situación. Más tarde se divorciaría y dejaría por completo de cocinar y de hacer pasteles. Mimmi puede imaginarse a Lisa cenando en su cabaña, de pie, apoyando el trasero en la encimera y engullendo a cucharadas el contenido de alguna lata de conservas, quizá una sopa de carne fría de la casa Bong.

Pero aquella vez... Lars-Gunnar en el sofá pasándole el brazo a Eva por los hombros. Una expresión extrañamente tierna para tratarse de un hombre de este pueblo y quizá más aún tratándose de él. Estaba orgulloso. Eva era quizá no mona, pero sí mucho más joven que él, de la edad de Mimmi ahora, entre veinte y treinta. Mimmi no puede imaginarse dónde conoció a Lars-Gunnar aquella trabajadora social que estaba de vacaciones y hacía turismo por allí. La cuestión es que Eva se despidió de su puesto en... Norrköping, si Mimmi no recuerda mal, encontró trabajo en el municipio y se mudó a la antigua casa de los padres de él, donde Lars-Gunnar todavía seguía viviendo. Al cabo de un año nació Nalle, es decir, pe-luche, aunque entonces se llamó Bjorn, porque era fuerte como un oso. Llamarle oso a aquel bebé le iba que ni pintado, pues parecía una futura promesa de luchador.

«No debió de ser fácil —pensó Mimmi—. Llegar de una gran ciudad y meterse en este pueblo, llevar el carrito del niño de un lado a otro por la carretera durante toda la baja por maternidad y no poder hablar más que con las viejas. ¿Cómo no se volvió loca? Aunque... eso es justo lo que le pasó.»

Sonó la campanilla del micro y Mimmi cortó un par de trozos de helado y les echó una cucharadita de mermelada a las tortitas. Llenó de leche un vaso grande y untó mantequilla en tres rebanadas de pan integral. Cogió tres huevos duros de una cazuela que había en los fogones y una manzana y lo puso todo en una bandeja que le llevó a Nalle.

—Y no hay más tortitas hasta que te hayas comido lo demás —dijo con severidad.

A los tres años Nalle sufrió una encefalitis. Cuando Eva llamó al ambulatorio le dijeron que tenían que esperar un tiempo. Y las cosas fueron como fueron.

En cuanto el niño cumplió cinco años, Eva se marchó. Dejó a Nalle y a Lars-Gunnar y se mudó a Norrköping otra vez.

«O huyó», pensó Mimmi.

En el pueblo se habló mucho de cómo se había alejado de su hijo. «Hay gente

que no sabe asumir sus responsabilidades», decían, y se preguntaban constantemente cómo se podía tener el valor de hacerlo sin más, abandonar a su propio hijo.

Mimmi no lo sabe, pero conoce bien la sensación de asfixiarse en el pueblo y le resulta bastante fácil imaginarse a Eva haciéndose añicos en aquella casa color de rosa hecha de cemento con amianto.

Lars-Gunnar se quedó en el pueblo con Nalle y de mal grado hablaba de Eva.

—¿Qué iba a hacer? —decía siempre—. No podía obligarla.

Cuando Nalle tenía siete años, Eva volvió. O, mejor dicho, Lars-Gunnar la fue a buscar a Norrköping. El vecino de al lado podía relatar cómo la entró en brazos en casa. En poco tiempo el cáncer la había devorado. A los tres meses los abandonó definitivamente.

—¿Qué iba a hacer? —repetía Lars-Gunnar—. Era la madre de mi hijo.

Eva fue enterrada en el cementerio de Poikkijärvi. Al funeral acudieron su madre y una hermana, pero no se quedaron mucho rato. Sólo lo imprescindible para el café del funeral, con un turbio sentimiento de llevar a costas su vergüenza de hija y de hermana. El resto de los invitados no las miraba a los ojos, pero les clavaba la mirada en la espalda.

—Y allí estaba Lars-Gunnar para consolarlas —decía la gente del pueblo—. A ver si no se podrían haber encargado ellas de cuidarla mientras se estaba muriendo. Al final le había tocado a Lars-Gunnar acarrear con todo y se le notaba a simple vista: por lo menos había adelgazado quince kilos y tenía un aspecto gris y consumido.

Mimmi se preguntaba cómo habrían sido las cosas si Mildred hubiese estado presente por aquel entonces. Quizá Eva habría encontrado un lugar entre las mujeres del grupo Magdalena, quizá se hubiese divorciado de Lars-Gunnar pero sin marcharse del pueblo y con fuerzas suficientes para cuidar de Nalle. Quizá incluso podrían haber continuado casados.

La primera vez que Mimmi se cruzó con Mildred, la pastora estaba sentada en el ciclomotor de Nalle. El chico no cumplía los quince hasta al cabo de tres meses, pero a nadie del pueblo le importaba que un chico con discapacidad mental se paseara con un vehículo a motor sin tener edad para ello. Por Dios, si era el chico de Lars-Gunnar, y la vida no les había resultado fácil. Mientras Nalle circulara siempre por la carretera del pueblo...

—Ay, mi culo —ríe Mildred y baja de un salto de la plataforma, recuerda Mimmi.

Mimmi está sentada fuera del bar. Ha sacado una de las sillas, ha buscado un lugar al abrigo del viento y está con un cigarrillo en la mano y la cara apuntando al sol con la esperanza de coger un poco de color. Nalle parece satisfecho y saluda a Mimmi y a Mildred con la mano, da media vuelta y se marcha haciendo derrapar un poco los neumáticos. Hacía dos años que había hecho la confirmación con Mildred.

Mimmi y Mildred se presentan y Mimmi no puede evitar cierta sensación de decepción. No sabría decir qué se esperaba, pero es que ha oído tantas cosas de la pastora. Que es luchadora, que no tiene pelos en la lengua, que es maravillosa, que es

muy inteligente, que no está en sus cabales...

Ahora la tiene enfrente y le parece de lo más normal.

De hecho, triste, para ser sinceros. Quizá Mimmi se esperaba un campo magnético a su alrededor, pero todo lo que ve es una mujer de mediana edad con téjanos pasados de moda y unos prácticos zapatos Ecco.

—¡Es toda una bendición! —dice Mildred señalando el repiqueteo del ciclomotor mientras se aleja por la carretera del pueblo.

Mimmi suspira y murmura algo sobre que a Lars-Gunnar no le había resultado fácil.

Es como un reflejo condicionado. Cuando el pueblo canta su tonadilla sobre Lars-Gunnar, su joven y debilucha mujer y su hijo retrasado el estribillo siempre es el mismo: «pobre... lo que les toca pasar a algunos... lo difícil que ha sido».

A Mildred se le hace una marca severa en el entrecejo y mira algo molesta a Mimmi.

—Nalle es un regalo —dice.

Mimmi no responde nada. No se traga eso de que «todos los niños son un regalo y todo lo que pasa tiene sentido».

—No entiendo cómo la gente puede hablar de Nalle como si fuera una carga. ¿Has pensado alguna vez en el buen humor que se te pone cuando pasas un rato con él?

Es verdad. Mimmi recuerda la mañana anterior. Nalle pesa demasiado, siempre tiene apetito y su padre tiene que vigilarlo constantemente para que no se pase el día comiendo, lo cual es una labor imposible. Las señoras del pueblo no pueden resistirse a los caprichos de Nalle y, a veces, Micke y Mimmi tampoco, como ayer, por ejemplo. Nalle estaba en la cocina del bar con una de las gallinas bajo el brazo, *Anni*, una de raza cochín que no pone demasiados huevos pero es tranquila y no le importa que la acaricien. Pero lo que no quiere es que la aparten de sus compañeras, por eso patalea y cacarea nerviosa atrapada bajo el gran brazo de Nalle.

—*¡Anni!* —le dice Nalle a Micke y Mimmi—. Bocado.

Gira la cabeza hacia la izquierda y tuerce un poco el cuello para mirarlos por debajo del flequillo con una expresión ingeniosa. Resulta imposible decir si es consciente de que no logra engañarlos ni por un segundo.

—Saca la gallina de aquí —le dice Mimmi intentando ponerse seria.

Micke se echa a reír a carcajada limpia.

—¿Que *Anni* quiere un bocado? Claro, entonces será mejor que se lo des.

Al final Nalle sale de la cocina con un bocado en una mano y con la gallina en la otra. Suelta a *Anni* y el bocata desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Oye! —grita Micke desde el porche—. ¿El bocata no era para *Anni*?

Nalle se gira y lo mira con una cara de disculpas de lo más teatral.

—No queda —dice resignado.

La pastora Mildred continúa hablando:

—Ya sé que ha sido un trabajo duro para Lars-Gunnar, pero si Nalle no hubiera tenido esta discapacidad, ¿crees que habría sido la misma alegría para su padre? Yo lo dudo.

Mimmi se la queda mirando. La pastora tiene razón.

Piensa en Lars-Gunnar y sus hermanos. No consigue recordar al padre, el abuelo de Nalle, pero ha oído hablar de él. Isak era un tipo duro que disciplinaba a sus hijos a base de correazos. A veces incluso con métodos más severos. Tenía cinco hijos y dos hijas.

—Joder —dijo Lars-Gunnar en alguna ocasión—.

Le tenía tanto miedo a mi propio padre que a veces me meaba encima. Y estoy hablando de cuando ya iba a la escuela.

Mimmi recuerda el comentario con mucha claridad. Era pequeña cuando lo dijo y no se podía creer que el gigante Lars-Gunnar hubiese tenido miedo jamás o que hubiese sido pequeño. ¡Mira que mearse encima!

Lo que se debían de haber esforzado los hermanos para no salir como su padre pero, aun así, de alguna manera lo llevaban dentro. Aquel desprecio hacia la debilidad era una dureza que se pasaba de padres a hijos. Mimmi piensa en los primos de Nalle, algunos viven en el pueblo, están en el grupo de caza y pasan las tardes en el bar.

Pero Nalle es inmune a todo aquello, a la amargura que se avivaba a veces en Lars-Gunnar proyectada hacia la madre, hacia su propio padre y hacia el mundo en general. La irritación por las carencias de Nalle, la autocompasión y el odio sólo surgen de verdad cuando aquellos hombres beben, pero siempre están bajo la superficie. Nalle puede razonar, aunque sólo unos segundos. Es un niño feliz metido en un cuerpo de hombre adulto. Todo bondad y sinceridad. La rabia y la maldad no hacen mella en él.

Si no hubiese tenido una lesión cerebral, si hubiese sido normal... Mimmi ya se imaginaba qué relación habría habido entre padre e hijo: yerma y pobre, disciplinada a base de ese desprecio hacia la propia debilidad enquistada.

Mildred. No sabe cuánta razón tiene.

Pero Mimmi no se mete a hacer razonamientos, sino que responde encogiéndose de hombros, le dice que está encantada de haberla conocido pero que tiene que volver al trabajo.

Mimmi oyó la voz de Lars-Gunnar en el comedor.

—Joder, Nalle.

No estaba enfadado, sino más bien cansado y rendido.

—Te lo tengo dicho: desayunamos en casa.

Mimmi salió al comedor. Nalle estaba sentado frente a su plato avergonzado con la cabeza baja. Se pasó la lengua por el bigote de leche que se le había quedado con el último trago. Las tortitas habían desaparecido, igual que los huevos y las tostadas.

Sólo la manzana estaba intacta.

—Cuarenta coronas —le dijo Mimmi a Lars-Gunnar una pizca demasiado contenta.

«Seguro que las tiene, el viejo rácano», pensó.

Tenía la nevera repleta de carne que le regalaba el grupo de caza. Las mujeres del pueblo lo ayudaban limpiándole la casa y lavándole la ropa gratis; le llevaban pan recién hecho y lo invitaban a él y a Nalle a cenar.

Cuando Mimmi empezó a trabajar en el bar, Nalle desayunaba allí gratis.

—No le deis nada si viene —les había pedido Lars-Gunnar—. No hace más que engordar.

Y Micke le servía el desayuno, pero como no tenía el consentimiento de Lars-Gunnar no se atrevía a cobrarlo. Pero Mimmi, sí.

—Nalle ha desayunado —le dijo ella a Lars-Gunnar la primera vez que trabajó en el turno de mañana—. Cuarenta cucas.

Lars-Gunnar la miró con asombro y luego paseó la mirada por el local en busca de Micke, que estaba en casa durmiendo.

—No quiero que le deis nada si viene pidiendo —empezó a decir.

—Si no quieres que coma aquí, procura que no venga

—le respondió Mimmi—. Si viene, le damos de comer. Y si come, te toca pagar.

A partir de entonces empezó a pagar, incluso a Micke si era él quien estaba.

Ahora hasta le sonrió a Mimmi y le pidió que le sirviera un café y unas tortitas a él también. Estaba de pie, sin saber dónde sentarse, junto a la mesa de Nalle y Rebecka. Al final optó por la mesa de al lado.

—Ven a sentarte aquí —dijo—. A lo mejor la señorita quiere estar sola.

La señorita no dijo nada y Nalle se quedó donde estaba. Cuando Mimmi llegó con el café y las tortitas, Lars-Gunnar preguntó:

—¿Hoy se puede quedar Nalle aquí?

—Más —dijo Nalle en cuanto vio la montaña de tortitas que le acababa de poner a su padre.

—Primero la manzana —le contestó Mimmi impasible—. No —le respondió después a Lars-Gunnar—. Hoy estoy a tope. Esta tarde vienen las del grupo Magdalena a hacer una reunión y luego se quedan a cenar para celebrar el otoño.

Un halo de descontento lo atravesó como una corriente. De hecho, le pasaba a la mayoría de los hombres en cuanto se mencionaba aquella asociación.

—Sólo un rato —intentó.

—¿Y mi madre? —preguntó ella.

—No quiero preguntárselo a Lisa. Está a tope con la reunión de esta noche.

—Y ¿alguna de las otras señoras? Todas adoran a Nalle.

Vio cómo Lars-Gunnar consideraba las alternativas. Nada en este mundo era gratis. Claro que había señoras a las que se lo podía preguntar, pero era justo eso, el pedir un favor, importunar y tener que agradecerlo, con lo que le costaba a él eso.

Rebecka Martinsson miró a Nalle, que tenía los ojos clavados en su manzana. Era difícil determinar si estaba pensando en que se sentía como un problema o si, simplemente, estaba planteándose como un reto el tener que comerse la fruta para que le dieran más tortitas.

—Nalle se puede quedar conmigo, si quiere —dijo al final.

Lars-Gunnar y Mimmi la miraron con los ojos como platos. Incluso Rebecka parecía contemplarse a sí misma con igual sorpresa.

—Bueno, hoy no pensaba hacer nada en especial —continuó—. Quizá una excursión o algo... Si se quiere venir conmigo, pues... Os doy mi número de móvil.

—Está en una de las cabañas —le aclaró Mimmi a Lars-Gunnar—. Rebecka...

—... Martinsson.

Lars-Gunnar saludó a Rebecka con la cabeza.

—Lars-Gunnar, el padre de Nalle. Si no es molestia...

«Claro que es una molestia, pero te diré que sí igualmente», pensó Mimmi rabiosa.

—No es molestia —aseguró Rebecka.

«He saltado del quinto trampolín —pensó—. Ahora ya puedo hacer lo que quiera.»

La inspectora Anna-Maria Mella se apoyaba en el respaldo de su silla en una sala de la comisaría, tras haber convocado una reunión matutina con motivo de las cartas y demás documentos hallados en la caja de seguridad de Mildred Nilsson.

Además de ella, había dos hombres en la sala, sus compañeros Sven-Erik Stålnacke y Fred Olsson. Sobre la mesa había esparcidas una veintena de cartas, casi todas metidas en sus sobres respectivos, que estaban abiertos.

—Pues vamos a por ello —dijo Anna-Maria.

Ella y Fred se pusieron los guantes de cirujano y empezaron a leer.

Sven-Erik estaba sentado con las manos entrelazadas sobre el borde de la mesa y con la cola de ardilla despuntando por debajo de la nariz como un cepillo. Por la cara que ponía parecía que tuviera ganas de cargarse a alguien, pero al final se puso lentamente los guantes de látex como si fueran guantes de boxeo.

Ojearon las cartas una por una. La mayoría era de miembros de la congregación con problemas: divorcios y defunciones, infidelidades y preocupación por los hijos.

Anna-Maria levantó una carta.

—Imposible —dijo—. Mirad, esto no hay quien lo lea, parece un cable telefónico enredado que se va alargando en cada página.

—Dame —dijo Fred Olsson y alargó la mano.

Primero se puso la carta tan cerca de la cara que casi la tocaba con la nariz. Después se la fue alejando poco a poco hasta que al final tuvo los brazos completamente estirados.

—Es cuestión de técnica —dijo mientras observaba el texto ora con los ojos entornados, ora con los ojos de par en par—. Primero te quedas con las palabras pequeñas, «con», «por», «pues» y las usas como punto de partida. La guardo para luego.

Dejó la carta a un lado y volvió a la que estaba leyendo antes. Le gustaba este tipo de trabajo, revisar bases de datos, confrontar registros, buscar conexiones en diferentes registros, investigar a personas que no tenían dirección fija... «*The truth is out there*», solía decir cuando se conectaba a la red. Tenía buenos soplonos en su agenda y una red de contactos bien grande de gente que sabía cosas sobre esto y lo otro.

—Aquí hay uno que está de lo más cabreado —dijo al cabo de un rato mientras levantaba una carta.

Estaba escrita en un papel rosáceo con unos dibujos de caballos galopando con las crines al viento en la esquina superior derecha.

—«Pronto se te habrá TERMINADO el tiempo, Mildred» —leyó—. «Pronto TODOS conocerán la verdad sobre ti. Predicas MENTIRAS y tu vida es una MENTIRA. SOMOS MUCHOS los que nos hemos cansado de tus MENTIRAS. ..», bla-bla-bla...

—Ponía en un sobre de plástico —le dijo Anna-Maria—. Lo que nos parezca interesante lo mandamos a los de la Científica. *Shit!*

Fred Olsson y Sven-Erik alzaron la vista.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Mirad esto!

Desdobló una hoja y se la enseñó a sus compañeros.

Era un dibujo de una mujer de pelo largo colgando de una soga. La persona que lo había hecho tenía buena mano. No era un profesional, pero sí un buen aficionado, por lo que podía ver Anna-Maria. Alrededor del cuerpo colgado había lenguas de fuego retorciéndose y en el fondo una cruz negra se veía clavada en una tumba.

—¿Qué pone ahí abajo? —preguntó Sven-Erik.

Anna-Maria leyó en voz alta.

----«MILDRED DENTRO DE POCO.»

—Eso... —comenzó Fred Olsson.

—... ¡lo envió a Linkoping ahora mismo! —exclamó Anna-Maria—. Como haya huellas... Tengo que llamarles y decirles que esto es de máxima prioridad.

—Tú vete —la animó Sven-Erik—. Fred y yo continuamos con el resto.

Anna-Maria metió la carta y el sobre en dos fundas de plástico por separado y salió rápidamente de la sala.

Fred Olsson, disciplinado, se inclinó de nuevo sobre el montón de cartas.

—Ésta es bonita —dijo—. Aquí pone que Mildred es una histérica fea que odia a los hombres y que tiene que ir con mucho ojo porque «ya nos hemos hartado de ti, puta zorra, vete con cuidado si sales de noche, vigila tu espalda, tus nietos no te reconocerán la cara». Pero si no tenía hijos, ¿cómo iba a tener nietos?

Sven-Erik seguía sentado con la mirada fija en la puerta por donde había salido Anna-Maria. Todo el verano. Las cartas habían estado allí todo el verano, escondidas en la caja de seguridad mientras él y sus compañeros iban dando palos de ciego.

—Lo único que quiero saber —dijo sin mirar a Fred Olsson— es ¡cómo cojones han podido esos curas callarse que Mildred Nilsson tenía una taquilla privada en la secretaría!

Fred Olsson no contestó.

—Me muero de ganas de coger a esos señores de las orejas y preguntarles qué cono se creen que están haciendo —continuó—. ¡O a ver qué se creen que estamos haciendo nosotros!

—Pero piensa que Anna-Maria le ha prometido a Rebecka Martinsson... —empezó a decir Fred Olsson.

—Sí, pero yo no he prometido nada —rugió Sven-Erik dando un golpe en la mesa con la palma de la mano y haciéndola moverse del sitio.

Se puso en pie e hizo un gesto de impotencia.

—Tranquilo —dijo—. No voy a hacer ninguna estupidez. Sólo tengo que..., no sé..., relajarme un poco.

Con esas palabras abandonó la sala de reuniones dando un portazo al marcharse.

Fred Olsson volvió una vez más a las cartas. En realidad lo prefería así. Le gustaba trabajar solo.

El párroco Bertil Stensson y el pastor Stefan Wikström estaban de pie en la salita de la secretaría parroquial con los ojos clavados en el interior de la taquilla de Mildred Nilsson. Rebecka Martinsson les había entregado tanto la llave de la vicaría en Poikkijarvi como la llave de la caja de seguridad.

—Cálmate —dijo Bertil Stensson—. Piensa en...

Terminó la frase haciendo un gesto con la cabeza hacia la oficina en la que estaban trabajando las administrativas.

Stefan Wikström miró de reojo a su jefe. La boca del párroco se cerró en una mueca de reflexión, estirándose hacia los lados y luego recogiendo, igual que un pequeño hámster. Su cuerpo bajito y rechoncho estaba embutido en una camisa rosa de Shirt Factory recién planchada. Era un color innegablemente atrevido, escogido por sus hijas, las encargadas de su vestimenta. Hacía juego con el moreno de su cara y el gris plateado de su pelo cano y revuelto.

—¿Dónde están las cartas? —preguntó Stefan Wikström.

—A lo mejor las quemó —conjeturó el párroco.

Stefan Wikström subió ligeramente el tono de voz.

—A mí me dijo que las guardaba. ¿Y si las tiene alguien del grupo Magdalena? ¿Qué le diré a mi mujer?

—Pues nada —dijo Bertil Stensson con calma—. Tengo que contactar con su marido. Tengo que darle las alianzas.

Se quedaron callados un momento.

Stefan Wikström miró la caja en el más absoluto silencio. Había pensado que aquello iba a ser un momento de liberación, que podría tener las cartas en sus manos y así deshacerse de Mildred para siempre. Pero ahora... sentía que lo tenía agarrado por el cuello de la misma manera que antes.

«¿Qué quieres de mí, Señor? —pensó—. Está escrito que Tú no pones a prueba a nadie más allá de sus capacidades, pero ahora me has llevado hasta el límite por todo lo que he hecho.»

Se sintió atrapado. Atrapado por Mildred; por su mujer; por su trabajo; por su misión, en la que sólo daba y daba sin jamás recibir nada a cambio. Y tras la muerte de Mildred se sentía atrapado por su jefe, el párroco Bertil Stensson.

Al principio Stefan se alegró de la relación padre-hijo que había surgido entre los dos, pero ahora se percataba del precio que le tocaba pagar por ello. Se sentía bajo el dominio de Bertil. Podía sentir lo que decía de él a sus espaldas por las miradas de las mujeres que trabajaban en la secretaría. Ladeaban la cabeza y los ojos se les impregnaban de una expresión compasiva. Casi le parecía que podía oír a Bertil diciendo: «Stefan está pasando un momento difícil. Es más sensible de lo que aparenta.» Más sensible era igual a más débil. Las ocasiones en que el párroco había entrado y le había quitado las misas sin más, tampoco se habían mantenido fuera de crítica. Todos se habían enterado, al parecer de manera fortuita. Stefan se sentía menospreciado y utilizado.

«Podría desaparecer —pensó de pronto—. Dios cuida del gorrión.»

Mildred había desaparecido en junio. De manera repentina. Pero ahora había vuelto. El grupo Magdalena se había puesto en marcha y exigía de manera agresiva más pastoras en la parroquia. Bertil parecía haberse olvidado ya de cómo era aquella mujer en realidad. Cuando hablaba ahora de ella lo hacía con calidez en la voz. «Tenía un gran corazón», solía decir con un suspiro. «Tenía un don de pastora mucho más grande que el mío», reconocía generoso. Con eso también quería decir que tenía un don mucho mayor que el de Stefan, ya que Bertil era más pastor que él.

«Por lo menos no soy un mentiroso», pensaba Stefan impetuoso. «Era una broncas agresiva que buscaba mujeres destrozadas y les daba fuego en lugar de pomada.» Y aquello era algo que la muerte no iba a cambiar.

La idea de que Mildred había prendido fuego a mujeres destrozadas resultaba comprometedor. Muchos podrían pensar que había hecho lo mismo con él.

«Pero yo no estoy destrozado —pensó—. No es por eso.»

Miró de nuevo la caja de seguridad y le vino a la cabeza el otoño de 1997.

El párroco Bertil Stensson ha convocado a Stefan Wikström y a Mildred Nilsson a una reunión en la que también está presente el deán Mikael Berg en calidad de responsable de cuestiones de personal. Mikael Berg ronda los cincuenta y mantiene una postura rígida en su silla. Los pantalones que lleva puestos tienen unos diez o quince años y en aquella época pesaba diez o quince kilos más. Tiene el pelo fino pegado a la cabeza y de vez en cuando hace una fuerte inhalación para tomar aire. Levanta la mano sin saber adónde llevarla, se la pasa por el pelo y luego la deja caer de nuevo sobre la rodilla.

Justo enfrente está Stefan, que piensa mantener la calma todo lo posible. Se propone permanecer tranquilo durante la conversación que van a mantener. Los demás pueden levantar la voz si quieren, pero él no es así.

Están esperando a Mildred, que llegará directa de unas oraciones en una escuela. Ya ha avisado de que se retrasaría unos minutos.

Bertil Stensson mira por la ventana con el ceño fruncido.

Al final llega Mildred. Cruza la puerta al mismo tiempo que llama. Tiene las mejillas coloradas y el pelo se le ha encrespado ligeramente por la humedad de otoño que hay en el aire.

Tira la chaqueta sobre una silla y se sirve un café del termo.

Bertil Stensson les explica por qué se han reunido: la congregación se está partiendo en dos, dice. Una «sección Mildred y el resto». No dice «y una sección Stefan».

—Me alegro del interés que despiertas a tu alrededor —le dice a Mildred—, pero para mí es una situación insostenible. Empieza a parecer una guerra entre la pastora feminista y el pastor antimujeres.

Stefan se revuelve en la silla.

—Yo no soy antimujeres —protesta, molesto.

—No, pero así es como se están viendo las cosas —replica Bertil Stensson acercándole un ejemplar del lunes del periódico local.

Nadie tiene que mirarlo. Todos han leído el artículo titulado «La pastora da respuestas» en el que aparecen citas del sermón que Mildred hizo la semana anterior y en el que explicaba que la estola en realidad era una prenda de vestir de mujer romana y que se ha utilizado desde el siglo IV cuando empezaron con la vestimenta litúrgica. «Es decir, "la ropa de sacerdote actual es en realidad ropa de mujer", asegura Mildred Nilsson», pone en el artículo. «Aun así puedo aceptar sacerdotes hombres, teniendo en cuenta que lo que se dice es "aquí no hay hombre ni mujer, judío ni griego".»

Stefan Wikström también ha podido expresarse en el artículo. «Stefan Wikström afirma que no se siente personalmente atacado en el sermón. Quiere a las mujeres, sólo que no quiere verlas en el pulpito.»

A Stefan se le encoge el corazón. Se siente engañado. Es cierto que ha dicho lo que está escrito en el artículo, pero en ese contexto queda totalmente fuera de lugar. El periodista le había preguntado:

—Amas a tus hermanos. ¿Qué pasa con las mujeres? ¿Las odias?

Inocentemente le había respondido que en absoluto. Él amaba a las mujeres.

—Pero no quieres verlas en el pulpito.

«No», había sido su respuesta. A rasgos generales era así, pero no había ningún tipo de valoración en lo que acababa de expresar. A sus ojos, la labor de la diaconisa era igual de importante que la del sacerdote.

El párroco les dice que no quiere oír más comentarios de este tipo por parte de Mildred.

—Pero ¿y los comentarios de Stefan? —replica ella con calma—. Él y su familia no van a la iglesia si yo hago el sermón. No podemos hacer la confirmación juntos porque se niega a trabajar conmigo.

—No puedo pasar por alto lo que dice la Biblia —dice Stefan.

Mildred hace un gesto de impaciencia con la cabeza. Bertil se muestra tranquilo. Ya han oído todo aquello antes, apunta Stefan, pero qué le va a hacer, sigue siendo la verdad.

—Jesús escogió a doce hombres como discípulos —argumenta Stefan—. El gran sacerdote siempre era un hombre. ¿Cuánto nos podemos alejar de la Biblia en nuestra adaptación en las valoraciones actuales de la sociedad sin que al final deje de ser cristianismo?

—Y todos los discípulos y grandes sacerdotes eran judíos —responde Mildred—. ¿Qué postura tomas ante ese hecho? Y lee la «Carta a los hebreos», actualmente Jesús es nuestro gran sacerdote.

Bertil levanta las manos en un gesto que significa que no quiere meterse en una discusión que ya han tenido muchas veces antes.

—Os respeto a los dos —dice—. Y he aceptado no meter a ninguna mujer en tu distrito, Stefan. Quiero una vez más subrayar que me ponéis a mí y a la congregación en una situación incómoda. Colocáis el centro de atención en un conflicto y os quiero instar a los dos a que no entréis en polémica, sobre todo no desde el pulpito.

Le cambia la expresión de la cara; de severo a reconciliador. Casi le guiña el ojo a Mildred como señal de entendimiento.

—Podríamos tratar de concentrarnos en nuestra misión común. Me pondría muy contento si no tuviera que oír que palabras como «machismo» y «estructuras de género» son mencionadas en la parroquia. Mildred, tendrás que creer a Stefan cuando dice que no se trata de un juicio de valor si no va a la parroquia cuando tú haces el sermón.

Mildred no mueve ni un músculo de la cara y mira a Stefan directamente a los ojos.

—Lo dice la Biblia —dice él aguantándole la mirada sin problemas—. No puedo pasarlo por alto.

—Los hombres pegan a las mujeres —responde ella, toma aire y continúa—.

Los hombres infravaloran a las mujeres, las dominan, las someten a vejaciones, las matan. O les mutilan los órganos genitales, les quitan la vida a las recién nacidas, las obligan a esconderse tras un velo, las encierran, las violan, las privan de la enseñanza, les pagan sueldos más bajos y les dan menos posibilidades de tener poder. Les niegan la oportunidad de ser sacerdotes. Yo no puedo pasar eso por alto.

Se hace un silencio sepulcral durante tres segundos.

—Pero, Mildred —intenta intervenir Bertil.

—Está mal de la cabeza... —grita Stefan—. Me llamas. .. Me comparas con un maltratador. Esto no es una discusión, es una calumnia y no sé...

—¿Qué? —dice ella.

Y ahora están los dos de pie con las voces de Bertil y Mikael Berg de fondo diciendo: «tranquilos, sentaos».

—¿Qué hay de calumnia en lo que acabo de decir?

—No hay margen —se queja Stefan mirando a Bertil—. No podemos vernos. No tengo por qué estar en... Es imposible que trabajemos juntos, tú mismo puedes entender por qué.

—Nunca has podido —oye que le replica Mildred a la espalda cuando sale como un torbellino de la sala.

El párroco Bertil Stensson estaba en silencio delante de la caja de seguridad. Sabía que su joven compañero esperaba a que le dijera algo tranquilizador. Pero ¿qué le podía decir?

Evidentemente, Mildred no había quemado las cartas ni las había tirado. Si tan sólo las hubiera visto una vez...

Le irritaba mucho que Stefan no le hubiera hablado nunca de su existencia.

—¿Hay algo más que deba saber? —le preguntó.

Stefan Wikström se miró las manos. El voto de silencio podía ser una cruz muy pesada de llevar.

—No —dijo.

Para su asombro, Bertil Stensson descubrió que la echaba de menos. Se quedó consternado cuando la asesinaron, pero en ningún momento pensó que llegaría a echarla en falta. Probablemente, estaba siendo injusto, pero lo que antes le había parecido agradable de Stefan, su disposición y su..., bueno, era una palabra ridícula, admiración hacia su jefe, todo aquello le parecía adulación y le resultaba molesto ahora que Mildred se había ido. Hubieran tenido que equilibrarse entre ellos, sus dos hijos, tal como los había considerado tantas veces, aunque Stefan tuviera más de cuarenta años y Mildred hubiera pasado los cincuenta. Quizá porque los dos eran hijos de párroco.

Oh, ella sí que sabía cómo provocar a la gente, a veces con pequeñas técnicas.

La cena del día de Reyes era un buen ejemplo. Ahora se sentía en cierto modo mezquino por haberse irritado tanto, pero no sabía que iba a ser la última de Mildred.

Stefan y Bertil contemplan como embrujados el avance de Mildred, que está en la misma mesa que ellos. Es la cena de Reyes, una tradición desde hace algunos años. Stefan y Bertil están sentados el uno al lado del otro y enfrente de Mildred. El personal está recogiendo tras el plato principal y Mildred se prepara.

Empezó reclutando soldados para su pequeño ejército. Agarró el salero con una mano y el pimentero con la

otra, los fue aproximando el uno al otro y al final les hizo echarse un baile mientras seguía absorta la conversación, que trataba del período de intensivo trabajo de Navidad que había llegado a su fin y de la última gripe invernal que se estaba expandiendo y cosas por el estilo. También se puso a apretar los cantos de la vela hacia dentro. A esas alturas Bertil ya podía ver que Stefan tenía que sujetarse al borde de la mesa para no arrebatarle el candelabro y gritarle: «¡Deja de tocarlo todo!»

La copa de vino de Mildred seguía en su sitio como una dama de ajedrez que espera su turno.

Cuando luego Mildred se pone a hablar sobre la loba que ha aparecido en la prensa esta semana, empuja distraída el salero y el pimentero hacia el lado de la mesa donde están sentados Bertil y Stefan. La copa de vino también entra en movimiento. Mildred cuenta que la loba ha cruzado la frontera rusa y finlandesa, y la copa vuela de un lado a otro en grandes aspavientos hasta donde le alcanza el brazo, más allá de cualquier otra frontera.

Sigue hablando sin parar, con los mofletes colorados por el vino y cambiando de sitio todas las cosas que hay a su alcance. Stefan y Bertil se sienten avasallados y notablemente molestos por sus avances sobre el mantel.

«Mantente en tu lado», le quieren gritar.

Ella les cuenta que ha pensado en el tema. Propone que debería haber una fundación a cargo de la parroquia para proteger a la loba. La parroquia es propietaria de terrenos, así que, en su opinión, también es responsabilidad suya.

A Bertil le ha cargado un poco la partida de ajedrez en solitario sobre el mantel y le devuelve la pelota.

—Desde mi punto de vista la parroquia debe limitarse a la actividad que le corresponde y al trabajo con la congregación, no a la silvicultura. O sea, de manera prioritaria. En verdad, ni siquiera deberíamos poseer bosque. La administración del capital se la deberíamos dejar a otros.

Mildred no está de acuerdo.

—Nos corresponde administrar la tierra —dice—. Lo que debemos poseer son precisamente tierras y no acciones, y si la parroquia es propietaria de terrenos se pueden administrar de manera correcta. Esta loba se ha metido en suelo sueco y en las tierras de la parroquia y si no se le adjudica una protección especial no podrá vivir por mucho tiempo, tú también lo sabes. Algún cazador o criador de renos la matará de un tiro.

—Y la fundación...

—Lo evitaría, sí. Con dinero y en colaboración con la Dirección Nacional de Protección de la Naturaleza podemos marcar a la loba y controlarla.

—Y de esa forma conseguirías echar de aquí a algunas personas —objeta Bertil—. Todos deben tener lugar en la parroquia, cazadores, samis, amigos de los lobos, todos. Pero entonces la parroquia no puede tomar partido de esa manera.

—Y nuestra obligación de administrar, ¿qué? —apunta Mildred—. Tenemos que cuidar de la naturaleza y eso incluye las especies en peligro de extinción, ¿o no? ¿Y lo de no tomar partido en el ámbito político? Si la Iglesia hubiese tenido esa postura desde siempre aún tendríamos esclavitud.

Ahora no pueden dejar de reírse de ella. Es que siempre tiene que exagerar las cosas...

Bertil Stensson cerró la puerta de la caja de seguridad y dio dos vueltas a la llave, tras lo cual se la guardó en el bolsillo. En febrero Mildred había creado su fundación sin que ni él ni Stefan Wikström hubieran presentado ningún tipo de objeción.

El tema de la fundación siempre le había irritado y ahora, cuando echa la vista atrás, tratando de ser sincero, le indigna la idea de pensar que no se opuso por simple cobardía. Tenía miedo de que consideraran que estaba en contra de los lobos y Dios sabe qué más. Por otro lado, al menos consiguió que Mildred bautizara la fundación con un nombre menos provocativo que Fundación del Norte para la Protección del Lobo. Al final fue Fundación para el Cuidado de la Fauna Salvaje de la Congregación de Jukkasjärvi, y él y Stefan tuvieron que hacer de representantes junto a Mildred.

Más tarde, durante la primavera, cuando la esposa de Stefan se marchó con los niños a casa de su madre en las cercanías de Katrineholm para quedarse durante una larga temporada, Bertil ya casi había dejado de pensar en ello.

Ahora, pasado el tiempo, no cabía duda de que le escocía.

«Pero Stefan debería haber dicho algo», pensó en su propia defensa.

Rebecka aparcó el coche en la explanada de la entrada de la casa de su abuela, en Kurravaara. Nalle se bajó del vehículo y dio una vuelta a la casa corriendo.

«Como un perro contento», pensó Rebecka al verlo desaparecer por detrás de la esquina.

Al instante siguiente tuvo remordimientos de conciencia: no se le podía comparar con un perro.

El sol de septiembre lucía sobre el techo de eternita gris y el viento pasaba a ráfagas tranquilas por la hierba otoñal, crecida, pálida y desnutrida. Había marea baja y en la distancia se oía una lancha a motor. Desde otro lugar llegaba el sonido de una sierra eléctrica. Por lo demás, todo era silencio y calma. Una suave brisa le acariciaba la cara como una delicada mano.

Miró la casa una vez más. Las ventanas estaban de lo más deplorables, habría que desmontarlas, lijarlas, enmasillarlas y pintarlas de nuevo. Con el mismo color verde oscuro de antes, ningún otro. Pensó en la fibra mineral que habían embutido en

el pasillo que bajaba a la bodega para protegerlo contra el aire frío que, de otra manera, se habría colado dentro de la casa creando escarcha en las paredes y manchas grises de humedad. Habría que arrancarla para luego tapar, aislar e instalar un ventilador.

Habría que construir un buen sótano y habría que salvar el agujereado invernal antes de que fuera demasiado tarde.

—Ven, vamos a entrar —le gritó a Nalle, que había bajado corriendo hasta el hórreo de troncos rojos de Larsson e intentaba abrir la puerta.

Nalle cruzó con pasos de oso el huerto de patatas y las suelas de los zapatos se le enfangaron por completo.

—Tú —dijo señalando a Rebecka cuando llegó al pie de la escalinata que subía al porche.

—Rebecka —respondió ella—. Me llamo Rebecka.

Nalle asintió con la cabeza. Pronto se lo volvería a preguntar. Ya lo había hecho varias veces, pero aún no la había llamado por su nombre.

Subieron la escalera y entraron en la cocina de la abuela. Estaba húmeda y daba la sensación de que hacía más frío que en el exterior. Nalle entró primero y una vez dentro empezó a abrir sin pudor todos los armarios y cajones que había en la cocina.

«Bien —pensó Rebecka—. Él que abra y que se vayan volando todos los fantasmas.»

Le dedicó una sonrisa a aquella gigantesca figura que tenía enfrente y a sus picaras sonrisas con la cabeza inclinada que de vez en cuando le mandaba. Le resultaba agradable tenerlo allí con ella.

«Un noble caballero también puede ser así», pensó.

Finalmente le llegó la tranquilidad de sentir que todo estaba como siempre. Le pasó el brazo por los hombros y la llevó a sentarse en el sofá junto a Nalle, que acababa de encontrar una vieja caja de plátanos llena de tebeos. Empezó a seleccionar los que le gustaban, que tenían que ser por fuerza en color. La mayoría de los elegidos era del

Pato Donald. En la caja volvió a dejar los del Agente X9, Fantomas y Buster. Rebecka miró a su alrededor: las sillas azules pegadas a la vieja y raída mesa abatible, la nevera que siempre hacía ruido, las pegatinas de decoración que representaban diferentes especias enganchadas en los azulejos justo encima de la cocina marca Náfveqvarn. Al lado de la cocina de leña estaba la eléctrica con botones de rueda de plástico marrón y naranja. La mano de su abuela estaba por todas partes. En el estante de madera que había encima de los fogones se apretujaban varias plantas secas entre ollas y cucharones de acero inoxidable. Inga-Lili, la mujer del tío Affe, todavía colgaba allí el ramo formado con pie de gato, tanaceto, junco lanudo, francesillas y milenrama. También había algunas rosadas flores de cebollino, compradas, de las que nunca hubo en la época de su abuela. En el suelo estaban sus alfombras tejidas a mano, hasta había una como colcha para el sofá de la cocina. Había mantelitos bordados por todas partes, incluso sobre la máquina de coser de pedal que estaba en el rincón. También había otro mantelito bordado en la bandeja que el abuelo hizo con cerillas en la última etapa de su enfermedad. Los almohadones los había tejido o los había hecho a ganchillo.

«¿Sería yo capaz de vivir aquí?», se preguntó Rebecka.

Miró el prado de abajo. Ya nadie lo cortaba ni lo quemaba, era evidente. Había grandes matas de hierba y la que crecía ahora atravesaba otra capa de hierba podrida del año anterior. Seguro que había miles de agujeros de los campañoles. Desde allí arriba podía ver mejor el aspecto del tejado del establo. La cuestión era si realmente había alguna manera de salvarlo. Al pensar en ello se sintió desanimada. Una casa muere cuando está abandonada. Poco a poco, pero sin remedio. Se va descomponiendo, deja de respirar. Se resquebraja, se cae, se pudre.

«¿Por dónde empezar? —pensó Rebecka—. Sólo las ventanas ya son para dedicarse a jornada completa. Yo no sé arreglar tejados y al balcón ya no se puede salir.»

De pronto un temblor sacudió la casa. En el piso de abajo se acababa de cerrar la puerta de entrada de un golpe. El pequeño carillón que colgaba por dentro de la puerta con el texto «*Jopa virkki puu visainen kielin kantelon kajasi tuota soittoa suloista*», tembló y emitió unas pocas y débiles notas.

La voz de Siwing se oyó por toda la casa, subió con fuerza las escaleras y atravesó la puerta del pasillo.

—¡Hola!

Unos segundos más tarde aparecía por la puerta. Era el vecino de su abuela. Mayor en todos los sentidos. Tenía el pelo blanco y suave como el algodón de una flor de sauce, camiseta militar casi amarilla bajo una chaqueta polar azul. Se le dibujó una gran sonrisa en la cara en cuanto vio a Rebecka, que se levantó al instante.

—Rebecka —fue lo único que dijo.

En dos pasos estuvo junto a ella y la rodeó con sus brazos.

No solían abrazarse, ni siquiera cuando ella era pequeña, pero no quiso ponerse rígida. Todo lo contrario: cerró los ojos los dos segundos que duró el abrazo. Se adentró en un mar de descanso. Sin contar las veces que le había estrechado la mano a alguien, nadie la había tocado desde..., bueno, desde que Erik Rydén le dio la bienvenida en la fiesta de empresa en la isla de Lidó. Y antes que eso, seis meses atrás, cuando le tomaron una muestra de sangre en el ambulatorio.

Dejaron de abrazarse pero Siwing Pjállborg continuó cogiéndola del antebrazo izquierdo con la mano derecha.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien —respondió ella con una sonrisa.

La cara de Siwing se puso más seria. La siguió cogiendo un segundo más antes de soltarla y enseguida le volvió a sonreír.

—Y te has traído a un amigo.

—Pues sí, éste es Nalle.

Nalle estaba totalmente absorto en un tebeo del Pato Donald. Resultaba difícil decir si sabía leer o si sólo miraba los dibujos.

—Bueno, pues tendréis que acompañarme a almorzar algo, porque tengo una cosa en casa que es de lo más bonito que se pueda ver. ¿Qué te parece, Nalle? ¿Zumos y un bollo? ¿O tomas café?

Nalle y Rebecka acompañaron a Siwing pegados a sus talones como si fueran dos terneros.

«Siwing —pensó Rebecka sonriendo—. Todo saldrá bien. Las ventanas hay que hacerlas de una en una.»

La casa de Siwing estaba al otro lado de la calle. Rebecka le explicó que había subido a Kiruna por cuestiones de trabajo y que se estaba tomando unos días de vacaciones. Siwing no le hizo preguntas incómodas, como por ejemplo por qué no había ido a dormir a Kurravaara. Rebecka se percató de que su brazo izquierdo colgaba sin fuerza a lo largo del costado y que arrastraba ligeramente el pie del mismo lado mientras caminaba. No mucho, pero algo. Ella tampoco preguntó nada.

Siwing vivía en el cuarto de la caldera que estaba en el sótano. Así tenía menos para limpiar y la casa no resultaba tan desolada. El resto sólo lo usaba cuando venían de visita sus hijos con los nietos. En cualquier caso, el cuarto de la caldera era acogedor. La vajilla y los enseres que necesitaba a diario le cabían en un estante que había barnizado de color marrón. Tenía montada una cama, una mesita de cocina con ala desplegable, una silla, una cómoda y un hornillo eléctrico.

En la colchoneta que había al lado de la cama estaba *Bella*, la perra vorsteh de Siwing, y pegados al cuerpo tenía cuatro cachorros. *Bella* se incorporó rápidamente y saludó a Nalle y a Rebecka, pero sin darles tiempo a que la acariciaran, sólo para apretar un momento el hocico contra ellos. Luego fue hasta su amo para darle un par de lametones.

—Hola, preciosa —le dijo Siwing—. Bueno, Nalle, ¿qué te parecen? Bonitos, ¿no?

Nalle apenas parecía haberle oído. Estaba sin poder apartar la mirada de los cachorros con una expresión en la cara que lo decía todo.

—Oh —decía—, oh. —Y se puso de cuclillas junto a la camita para coger a uno de los cachorros que estaba dormido.

—No sé si... —empezó Rebecka.

—No, déjalo —dijo Siwing—. *Bella* es una madre mucho más segura de lo que me había imaginado.

Bella se tumbó al lado de los tres cachorros que seguían en la cama, sin perder de vista a Nalle, que había levantado al cuarto y se había sentado con la espalda apoyada en la pared y el perro en el regazo. El animalito se despertó enseguida y empezó a atacar la mano de Nalle y la manga de su jersey todo lo que podía.

—Hay que ver cómo son —se rió Siwing—. Es como si tuvieran un botón de *on-off*. Los ves corriendo de un

lado a otro sin parar y de pronto, plof, se quedan dormidos.

Se tomaron el café en silencio, pero no les importaba. Bastaba con ver a Nalle

tumbado bocarriba con los cachorros subiéndole por las piernas, rasgándole la ropa mientras trataban de llegar a la barriga. *Bella* aprovechó para ir a mendigar un bollo a la mesa. Cuando se sentó junto a Rebecka empezó a caerle baba por los lados de la boca.

—Veo que te han enseñado bien —se rió Rebecka.

—A tu cama —le dijo Siwing a la perra agitando la mano.

—Oye, creo que no oye del todo bien del oído de tu lado —bromeó Rebecka riéndose todavía más.

—Me está bien empleado —se echó la culpa Siwing a sí mismo—. Pero es que ya sabes, cuando estamos solos es fácil darle algo si estoy comiendo. Y luego...

Rebecka asintió con la cabeza.

—Oye una cosa —dijo Siwing alegre—. Ahora que estás aquí con un muchacho fuerte me podríais ayudar a subir el embarcadero. He pensado en arrastrarlo con el tractor, pero me da miedo de que no aguante.

El pequeño embarcadero estaba encharcado y pesaba una tonelada, y además el río no lo quería soltar. Nalle y Siwing estaban en el agua uno a cada lado luchando con todas sus fuerzas. Los últimos insectos del verano aprovechaban para picarles en la nuca. El sol y el esfuerzo hicieron que la ropa que llevaban acabara tirada en la cuesta. Nalle se había puesto las botas de agua de reserva de Siwing y Rebecka había subido a cambiarse de ropa a casa de su abuela. Una de las botas de ella tenía un agujero, así que en pocos minutos tenía completamente mojado el pie derecho. Ahora estaba en la orilla tirando del embarcadero mientras el calcetín le chapoteaba dentro de la bota. Notaba el sudor cayéndole por la espalda y filtrándose por el cuero cabelludo. Húmedo y salado.

—Así te sientes viva —le dijo a Siwing con un resoplido.

—Por lo menos físicamente —respondió él.

Siwing la miró satisfecho, consciente de que el trabajo físico era como una liberación cuando el alma estaba sufriendo. Bien que la pondría a trabajar si volvía algún día.

Después comieron sopa de carne y pan seco en el cuarto de la caldera. Siwing había sacado tres taburetes como por arte de magia y cabían de sobra a la mesa. Rebecka se había podido cambiar de calcetines.

—Bueno, me alegro de que te gustara —le dijo Siwing a Nalle, que estaba engullendo la sopa intercalando bocados enormes de una rebanada de pan seco con una gruesa capa de mantequilla y queso—. Podrías venir a ayudarme más veces.

Nalle asintió con la boca llena de comida. *Bella* estaba tumbada en su cama con los cachorros dormitando junto a su barriga y de vez en cuando movía las orejas. Aunque tuviera los ojos cerrados siempre tenía controlada a la gente.

—Y tú, Rebecka —dijo Siwing—, siempre eres bienvenida.

Asintió con la cabeza y miró por la ventana del sótano.

«Aquí el tiempo pasa más despacio —pensó—. Pero sí que se nota que pasa. Un embarcadero nuevo, nuevo para mí, porque ya tiene unos cuantos años. El gato que desaparece por entre la hierba ya no es *Mirri*, la gata de Larsson. Ésa murió hace años. Ya no sé cómo se llaman los perros que oigo ladrar a lo lejos. Antes reconocía la voz afónica, combativa y pertinaz de *Pilkki*, que podía pasarse horas ladrando. Siwing. Dentro de poco necesitará ayuda para quitar la nieve y hacer la compra. Quizá soportaría vivir aquí.»

Anna-Maria subió su Ford Escort rojo hasta la explanada delante de la casa de Magnus Lindmark. Según Lisa Stóckel y Erik Nilsson, no era un secreto el odio que este hombre sentía hacia Mildred Nilsson. Tampoco que le hubiera pinchado las ruedas del coche y prendido fuego a su cabaña.

Estaba lavando su Volvo y, cuando Anna-Maria se dirigió hacia la casa, cerró el grifo y tiró la manguera al suelo. Rondaba los cuarenta. Era bajito pero se le veía fuerte y mientras ella bajaba del coche él se arremangó hasta los codos, probablemente para enseñar musculatura.

—Menuda locomotora —bromeó él.

Un instante después se dio cuenta de que era policía y la cara le cambió por completo, expresando una mezcla de desprecio y astucia. Anna-Maria pensó que debería haber ido con Sven-Erik.

—Creo que no me apetece responder a ninguna pregunta —dijo Magnus Lindmark antes de darle tiempo a que abriera la boca.

Anna-Maria se presentó e incluso enseñó la placa, cosa que no solía hacer de buenas a primeras.

«¿Qué hago ahora? —pensó—. No hay manera de obligarlo.»

—Aún no sabes de qué se trata —replicó.

—Déjame adivinar —dijo él recomponiendo la expresión de su cara en una forzada mueca de reflexión mientras se frotaba el mentón con el dedo índice—. ¿Un chocho que hacía de pastora y a la que le dieron su merecido? Y ahora déjame ver... No, no me apetece hablar de ello.

«Vaya —pensó Anna-Maria—, esto le gusta de verdad.»

—Vale —respondió ella con una sonrisa indiferente—. Pues me subo a la locomotora y me marcho.

Dio media vuelta y se dirigió al coche.

«Dirá algo», pensó.

—Si dais con el tipo que lo hizo —gritó—, llamadme para que vaya a felicitarle.

Caminó el último tramo hasta el coche y se dio la vuelta para mirarlo con la mano asida a la manilla de la puerta y sin decir nada.

—Era una furcia buscabroncas y le dieron lo que se merecía. ¿No llevas un bloc? Apúntatelo.

Anna-Maria sacó una libretita y un lápiz, y tomó nota. «Furcia buscabroncas».

—Parece haber sacado de quicio a más de uno —dijo como para sí misma.

Magnus Lindmark se acercó hasta ella y se puso amenazadoramente cerca.

—Eso que te quede claro —le dijo.

—¿Por qué estabas tan enfadado con ella?

—Enfadado —escupió—. Me enfado con la puta perra cuando se pone a ladrarle a las ardillas de los árboles. Yo no soy un hipócrita, no tengo problemas en reconocer que la odiaba, y no era el único.

«Sigue hablando», pensó Anna-Maria mientras asentía con la cabeza.

—¿Por qué la odiabas?

—Porque odio mi matrimonio, ¡por eso! ¡Porque mi chaval empezó a mearse en la cama cuando tenía once años! Anki 770 teníamos problemas, pero después de que hablara con Mildred ya no había nada que solucionar. Le dije: «Si quieres ir a un consejero familiar, estoy dispuesto a hacerlo», pero no, esa pastora de mierda le comió la cabeza hasta que me abandonó. Y se llevó a los niños. ¿A que no pensabas que la Iglesia hacía esas cosas?

—No. Perotó...

—Anki y yo discutíamos, no lo niego, pero supongo que tú también discutes con tu marido de vez en cuando.

—A menudo. Pero entonces, te cabreaste tanto que... —Anna-Maria cortó la frase y empezó a pasar hojas en su bloc—... le prendiste fuego a su cabaña, le pinchaste las ruedas y le rompiste los cristales del invernadero.

Magnus Lindmark sonrió de oreja a oreja y dijo con voz suave:

—Pero ése no fui yo.

—Claro. ¿Qué hiciste la víspera del solsticio de verano?

—Ya lo he dicho. Dormí en casa de un amigo.

Anna-Maria leyó en el bloc.

—Fredrik Korpi. ¿Duermes a menudo en casa de tus amigos?

—Cuando estoy tan trompa que no puedo llevar el coche a casa, pues...

—Dices que no eres el único que la odiaba. ¿Quién más?

Magnus hizo un aspaviento con el brazo.

—Todos.

—A mí me han dicho que la apreciaban.

—Sí, una panda de histéricas.

—Y unos cuantos hombres.

—Que también son unas histéricas. Pregúntale a cualquier hombre de verdad, perdona la expresión, y verás lo que te dicen. Incluso se había metido con el grupo de caza. Quería retirarnos las tierras y vete a saber qué más. Pero si piensas que fue

Torbjörn el que se la cargó estás muy pero que muy equivocada, ya te lo digo ahora.

— ¿Torbjörn?

— Torbjörn Ylitalo, el guarda forestal de la parroquia y representante de la asociación de caza. Tuvieron la bronca del siglo esta primavera. A Torbjörn no le faltaban ganas de meterle la escopeta en la boca. Joder, cuando empezó con la fundación aquella para los lobos. Y eso, eso es una cuestión de clase. Para los urbanitas de Estocolmo es muy fácil amar locamente a los lobos, pero el día que bajen a las terrazas de los bares de sus campos de golf y se merienden a sus caniches, ¡entonces hay caza segura!

— Pero Mildred Nilsson no era de Estocolmo, ¿no?

— No, pero de por allí abajo. El primo de Torbjörn Ylitalo tenía un perro elkhound y los lobos se lo mataron cuando bajó a Värmland a casa de sus suegros por Navidad en el noventa y nueve. Era campeón de caza y había sido adiestrado para buscar personas. Nos lo contó en donde Micke y se le caían las lágrimas cuando explicaba cómo había encontrado al perro. O, mejor dicho, cuando encontró lo que quedaba de él, porque lo único que había era el esqueleto y algunas tiras de piel ensangrentada.

Se la quedó mirando y ella permaneció con la cara inexpresiva. ¿Qué se pensaba, que se desmayaría porque le estaba hablando de un esqueleto y tiras de piel?

Al ver que la inspectora Anna-Maria no decía nada Magnus Lindmark giró la cabeza hacia un lado y paseó la mirada por los abetos y por las nubes que cruzaban el cielo azulado de otoño.

— Tuve que ir a un abogado antes de poder ver a mis propios hijos. Joder, joder. Espero que sufriera antes de morir. ¿Fue así?

Cuando Rebecka y Nalle volvieron al establecimiento de Micke, el reloj ya marcaba las cinco de la tarde. Lisa Stockel venía andando por la carretera del pueblo y Nalle corrió a su encuentro.

— ¡Perro! — gritó señalando a *Majken*, la perra de Lisa—. ¡Pequeño!

— Hemos estado con unos cachorros — explicó Rebecka.

— ¡Becka! — gritó Nalle señalando a Rebecka.

— Vaya, te has vuelto popular — le dijo Lisa con una sonrisa.

— Los cachorros me lo han puesto fácil — respondió ella tímida.

— Los perros en general — apuntó Lisa—. Te gustan los perros, ¿verdad, Nalle? Me han dicho que hoy te has hecho cargo de él, te lo agradezco mucho. Te puedo pagar los gastos de la comida o lo que sea.

Se sacó el monedero del bolsillo.

— No, no — se negó Rebecka agitando la mano de tal modo que a Lisa se le cayó el monedero al suelo.

Todas las tarjetas se desparramaron por el suelo, el carné de la biblioteca, la tarjeta de la cooperativa Medmera, la del súper ICA, la Visa y el permiso de conducir.

Y la fotografía de Mildred.

Lisa se agachó rápidamente para recogerlo todo, pero Nalle ya había recogido la foto. La habían hecho en un viaje en autocar que hicieron las del grupo Magdalena en un retiro a Uppsala. Mildred salía mirando a la cámara y riendo sorprendida y esquiva al mismo tiempo. Habían parado un momento a estirar las piernas y Lisa aprovechó para tomar la foto.

—Illred —le dijo Nalle a la imagen y se la pegó a la mejilla.

Le sonrió a Lisa, que estaba esperando impaciente con el brazo alargado y conteniéndose para no arrebatarla de un tirón. Qué suerte que no había nadie más por allí.

—Sí, eran buenos amigos, estos dos —dijo señalando con la barbilla a Nalle, que seguía con la foto en la mejilla.

—Por lo que estoy viendo era una pastora muy especial —dijo Rebecka con gravedad.

—Mucho —respondió Lisa—. Mucho.

Rebecka se agachó para acariciar al perro.

—Es toda una bendición —dijo Lisa—. Cuando estás con él todas tus preocupaciones se desvanecen.

—¿No es una perra? —preguntó Rebecka mirando el vientre del animal.

—No, me refiero a Nalle —aclaró Lisa—. Ésta es *Majken*.

La acarició distraídamente.

—Tengo muchos perros.

—Me gustan los perros —dijo Rebecka rascando a *Majken* entre las orejas.

«Las personas son más difíciles, ¿verdad? —pensó Lisa—. Lo sé. Yo fui igual durante mucho tiempo. Supongo que sigo igual.»

Pero Mildred había conseguido hacerla participar en todo ya desde el principio, como cuando la convenció para que diera charlas de economía privada. Al principio Lisa se mostró contraria, pero Mildred se había puesto... tozuda era una palabra ridícula. A Mildred no se le podía aplicar ese término.

—¿Te dan igual? —le pregunta Mildred—. ¿Las personas te dan igual?

Lisa está sentada en el suelo con *Bruno* tumbado a su lado mientras le corta las uñas.

Majken también está allí, vigilante como una enfermera. Los demás perros están tumbados en el pasillo deseando que nunca llegue su turno. Si se quedan muy quietos y callados, a lo mejor Lisa se olvida de ellos.

Y Mildred está sentada en el sofá de la cocina explicándoselo, como si el problema fuera que Lisa no lo entendiera. El grupo Magdalena quiere ayudar a otras mujeres que están con la moral por los suelos en lo que a economía se refiere. Cobrando el paro desde hace tiempo o la baja por larga enfermedad y con los de

Hacienda tras sus pasos. Con los cajones de la cocina repletos de papeles de empresas de embargo, de las autoridades y Dios sabe de quién más. Y ahora resulta que Mildred se entera de que Lisa trabaja de asesora de deudas y presupuestos en el Ayuntamiento y lo que quiere es que Lisa dé un curso a estas mujeres para que pongan orden en su economía privada.

Lisa le quiere decir que no, que en verdad no le importan las personas, que sólo le preocupan sus perros, gatos, cabras, ovejas, corderos. Y el alce hembra que apareció el invierno pasado delgada como un palo y a la que tuvo que alimentar para que se recuperase.

—No irá nadie —le replica Lisa.

Le corta la última uña a *Bruno*, le da una palmadita

y el perro se va corriendo con el resto de la manada que está en el pasillo al tiempo que Lisa se pone en pie.

—Cuando se lo propongas dirán «sí, sí, qué buena idea» —continúa—, pero a la hora de la verdad no irá nadie.

—Habrá que verlo —dice Mildred y entorna los ojos.

Después su boca de piñón dibuja una gran sonrisa enseñando una hilera de dientecillos como los de un niño.

A Lisa le tiemblan las rodillas, desvía la mirada hacia otro lado y termina soltando un «bueno, iré» sólo para que la pastora se marche y la deje tranquila.

Tres semanas más tarde Lisa habla delante de un grupo de mujeres y hace esquemas en una pizarra blanca, diagramas de quesos en rojo, verde y azul. Observa de reojo a Mildred sin apenas atreverse a mirarla. Para evitarla, procura pasear la mirada por el resto del público. Se han arreglado. ¡Dios nos valga! Blusas baratas, rebecas desmotadas, bisutería dorada. La mayoría escucha respetuosamente, otras miran a Lisa casi con odio, como si ella tuviera la culpa de la situación en la que se encuentran.

Poco a poco se va metiendo por inercia en otros proyectos del grupo de mujeres, incluso acude a las sesiones de interpretación de la Biblia por un tiempo, pero al final la cosa se vuelve insostenible. Llega un punto en el que ya no puede mirar a Mildred porque tiene la sensación de que las demás pueden leerle la cara como si fuera un libro abierto. Pero, a la vez, no consigue quitarle el ojo de encima, lo cual tampoco pasa desapercibido. No sabe dónde meterse, no se entera de lo que hablan, se le cae el bolígrafo al suelo. Por último decide no ir más.

Se mantiene alejada del grupo, pero la inquietud es como una enfermedad incurable. Se despierta a media noche y tiene a la pastora metida en la cabeza las veinticuatro horas del día. Empieza a salir a correr, kilómetros y kilómetros, primero por los caminos asfaltados, después la tierra se empieza a secar y puede correr por el bosque. Se va a Noruega a comprarse otro perro, un springer spaniel, para ocupar más las horas. Enmasilla todas las ventanas de la casa y ya no le pide el motocultor al vecino para arar el patatal, sino que lo hace a mano durante las suaves tardes de mayo. A veces le parece que suena el teléfono dentro de casa, pero nunca contesta.

—Dame la foto, Nalle —le pide Lisa intentando que la voz le salga neutral.

Nalle sujetaba la imagen con las dos manos y continuaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Illred —decía—. Columpio.

Lisa le clava la mirada y al final le quita la fotografía.

—Sí, vale —dijo finalmente.

A Rebecka le dijo, un poco demasiado rápido, aunque ella no parecía darse cuenta:

—Nalle hizo la confirmación con Mildred y aquella preparación era poco... poco convencional. Ella entendía que Nalle era un niño, así que se pasaban mucho tiempo en los columpios del parque, de paseo con la barca y consumiendo pizzas. ¿Verdad, Nalle? Tú y Mildred comíais pizza, ¿a que sí? Cuatro estaciones, ¿no?

—Hoy se ha comido tres platos de sopa con carne —dijo Rebecka.

Nalle se fue de su lado y empezó a caminar hacia el gallinero. Rebecka le gritó adiós, pero no pareció oírla.

Lisa tampoco parecía enterarse demasiado cuando Rebecka se despidió y se fue a su cabaña. Le devolvió el adiós como ausente y sin quitarle el ojo a Nalle.

Lisa le siguió los pasos al chico igual que un zorro persigue a su presa hasta el gallinero, que estaba en la parte de atrás del bar.

Pensaba en lo que había dicho cuando tenía la foto de Mildred en las manos: «Illred, columpio», pero Nalle no se columpiaba. Le habría gustado ver el columpio en el que cupiese aquel gigantón, así que era imposible que hubiesen pasado las horas en un parque columpiándose.

Nalle abrió la puerta del gallinero. Solía recoger los huevos para llevárselos a Mimmi.

—Nalle —le dijo Lisa intentando captar su atención—. Nalle, ¿viste a Mildred montada en un columpio?

Ella señaló con la mano por encima de su cabeza.

—Columpio —fue la respuesta.

Lisa lo siguió hasta dentro de la casita y él ya estaba metiendo la mano debajo de las gallinas para recoger los huevos que estaban incubando. Se reía cuando las aves enfurecidas le picoteaban la mano.

—¿Subía mucho? ¿Era Mildred?

—Illred —dijo Nalle.

Se metió los huevos en los bolsillos y salió.

«Por Dios», pensó Lisa. «¿Qué estoy haciendo? No hace más que repetir lo que le digo.»

—¿Viste la nave espacial? —le preguntó haciendo un gesto de volar con la

mano—. ¡Woschh!

—¡Woschh! —sonrió Nalle sacándose un huevo del bolsillo y meciéndolo en el aire.

En la carretera se detuvo el coche de Lars-Gunnar y pitó un par de veces.

—Tu padre —dijo Lisa.

Alzó la mano para saludarle y pudo sentir lo rígida y tiesa que la tenía. El cuerpo era traidor. Le resultaba imposible mirar a Lars-Gunnar a los ojos o siquiera intercambiar con él una palabra.

Se quedó detrás del bar mientras Nalle fue corriendo hasta el coche.

«No pienses en eso», se instó a sí misma. «Mildred está muerta y no hay nada que pueda cambiarlo.»

Anki Lindmark vivía en un segundo piso en la calle Kyrkogatan, 2 ID. Entreabrió la puerta cuando Anna-Maria Mella llamó al timbre y la observó por encima de la cadenita. Rondaba los treinta, algún año menos. Llevaba el pelo teñido en casa, de color rubio, y se le veían las raíces. Vestía una rebeca larga y falda tejana. Lo que más le chocó a Anna-Maria cuando la vio por la ranura de la puerta fue su estatura, por lo menos le sacaba una cabeza a su ex marido. La inspectora se presentó.

—¿Eres la ex de Magnus Lindmark? —le preguntó luego.

—¿Qué ha hecho? —respondió Anki Lindmark.

Y al instante se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Pasa algo con los niños?

—No —la tranquilizó Anna-Maria—. Sólo quiero hacerte unas preguntas, no tardaré mucho.

Anki Lindmark desenganchó la cadenita, la dejó entrar y luego cerró la puerta con llave.

Fueron a la cocina, que estaba limpia y ordenada. En la encimera había avena, chocolate en polvo y azúcar en un Tupperware. El microondas tenía encima un mantelito y en el alféizar de la ventana había tulipanes de madera en un jarro, un pájaro de cristal y una carretilla en miniatura también de madera. En la puerta de la nevera y del congelador había dibujos de los niños pegados con imanes. Cortinas de verdad, con dobladillo abajo, capa arriba y fruncidas en los lados.

Junto a la mesa había una mujer de unos sesenta años con el pelo de color zanahoria que le echó una mirada de enfado a Anna-Maria cuando entró en la cocina. Con unos golpecitos sacó un cigarrillo mentolado del paquete y lo encendió.

—Mi madre —le informó Anki Lindmark cuando se sentaron.

—¿Dónde están los chicos? —le preguntó Anna-Maria.

—En casa de mi hermana. Hoy es el cumpleaños de su primo.

—Tu ex marido, Magnus Lindmark... —dijo Anna-Maria.

Cuando la madre de Anki Lindmark oyó el nombre de su antiguo yerno

expulsó el humo de la calada con un resoplido.

—... ha dicho públicamente que odiaba a Mildred Nilsson —prosiguió la inspectora.

Anki Lindmark asintió con la cabeza.

—Provocó daños materiales en su propiedad —dijo Anna-Maria.

Al instante sintió que se podría haber cortado la lengua. «Provocó daños materiales en su propiedad.» ¿Qué formalismos de mierda eran aquéllos? Era la fumadora aquella del pelo de zanahoria y ojos pequeños, que la hacía ponerse formal.

«Sven-Erik, ven a ayudarme», pensó.

Él sabía hablar con las mujeres.

Anki Lindmark se encogió de hombros.

—Una cosa, todo lo que hablemos queda entre tú yo—le aclaró Anna-Maria en un intento de acortar distancias—. ¿Le tienes miedo?

—Explícale por qué vives aquí —intervino la madre.

—Sí —reconoció Anki Lindmark—. Al principio de haberlo dejado estuve viviendo en casa de mi madre en Poikkijarvi...

—La vendimos —puntualizó la otra mujer—. Ya no podemos estar allí. Continúa.

—... pero Magnus estuvo dejándome recortes de prensa sensacionalista de incendios y cosas así, de modo que al final no me atreví a quedarme allí.

—Y la policía no puede hacer absolutamente nada —dijo la madre con una sonrisa despojada por completo de alegría.

—No es malo con los niños, no lo es, pero a veces cuando bebe... Bueno, pues puede venir y ponerse a gritar en el rellano y decirme cosas... Zorra y lo que se le ocurra... Darle patadas a la puerta. Así que es mejor vivir así, con vecinos y sin ventanas a pie de calle, Pero antes de que me dieran este piso y me atreviera a vivir sola con los niños, estuve un tiempo en casa de Mildred. Pero, claro, le rompían los cristales y él... Y le pinchaban las ruedas... Y su cabaña apareció envuelta en llamas.

—Y ¿era Magnus?

Anki Lindmark dejó caer la mirada sobre la mesa. Su madre se inclinó hacia Anna-Maria.

—Los únicos que no creen que fuera él, ¿sabes quiénes son? Pues los de la policía —le dijo.

Anna-Maria no se quiso meter en razonamientos sobre la diferencia entre creer algo y tener pruebas que lo demuestren, sino que prefirió asentir con la cabeza pensativa.

—Todo lo que deseo es que conozca a alguien —dijo

Anki Lindmark—. Y a ser posible que tengan hijos. Pero la verdad es que ahora las cosas van un poco mejor, desde que Lars-Gunnar habló con él.

—Lars-Gunnar Vinsa —apuntó la madre—. Es policía, o era. Ahora ya está jubilado. Además, es el que dirige el grupo de caza de la asociación de cazadores. Habló con Magnus, y si hay algo que Magnus no quiere es perder su sitio en el grupo.

Lars-Gunnar Vinsa, claro que Anna-Maria sabía quién era, aunque cuando ella empezó en Kiruna él sólo estuvo un año más y no llegaron a trabajar juntos, por lo que no se atrevía a decir que se conocieran. Sabía que tenía un chaval con discapacidad psíquica y se acordaba bien de cómo se enteró. Lars-Gunnar y un compañero habían recogido a una toxicómana adicta a la heroína que estaba dando problemas en Kupolen. Lars-Gunnar le había preguntado si llevaba jeringuillas en los bolsillos antes de registrarla. Que no, joder, que están en casa. Así que Lars-Gunnar le metió las manos en los bolsillos para ver qué llevaba y se pinchó con una jeringuilla. La chica entró en comisaría con el labio inferior que parecía un balón de fútbol reventado y chorreando sangre por la nariz. Los compañeros no dejaron que Lars-Gunnar se denunciara a sí mismo, según le habían contado a Anna-Maria. Eso fue en 1990. Para obtener una respuesta segura de una prueba de VIH había que esperar seis meses y durante las semanas que siguieron se habló mucho sobre Lars-Gunnar y su chaval de seis años. La madre había abandonado a su hijo y Lars-Gunnar era lo único que tenía.

—¿Así que Lars-Gunnar habló con Magnus después del incendio? —preguntó Anna-Maria.

—No, fue después de lo de la gata.

Anna-Maria esperó en silencio.

—Teníamos una gata —dijo Anki y carraspeó como si se le hubiera quedado algo en la garganta—. *Skrollan*. El día que me largué la estuve llamando, pero llevaba unos días desaparecida. Pensé que ya volvería más tarde a buscarla. Yo estaba muy nerviosa porque no quería encontrarme con Magnus. Él nos hacía llamadas, a veces de madrugada. En cualquier caso, un día llamó a mi trabajo y dijo que había colgado una bolsa con cosas mías en la puerta del piso.

Se quedó callada.

Su madre expulsó una bocanada de humo hacia Anna-Maria que se deshizo en finas nubecillas.

—En la bolsa estaba *Skrollan* —dijo al ver que su hija no continuaba—. Y sus gatitos. Cinco. Les había cortado la cabeza a todos. No había más que sangre y pelo.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, ¿qué iba a hacer? —continuó la madre—. Vosotros no podéis hacer nada, incluso Lars-Gunnar lo dijo. Si denuncias a la policía, tiene que haber un delito. Si hubiesen sufrido, podría haber sido maltrato animal, pero como les cortó la cabeza lo más probable es que no tuvieran tiempo de sufrir. Si hubiesen tenido algún valor económico, podría haber sido un delito de daños y perjuicios, por ejemplo si hubieran sido de pura raza o un perro de caza. Pero éstos eran gatos vulgares y corrientes.

—Sí —asintió Anki Lindmark—. Pero en ningún momento pensé que se los iba a cargar...

—Bueno, y luego ¿qué? —dijo la madre—. ¿Te acuerdas de lo que pasó con

Peter cuando tú viniste a vivir aquí?

La madre apagó la colilla y encendió otro cigarrillo.

—Peter vive en Poikkijarvi, también está separado. Es un chico dulce y encantador. Bueno, él y Anki empezaron a quedar de vez en cuando...

—Como amigos —intervino Anki.

—Una mañana, cuando Peter iba de camino al trabajo, Magnus se le cruzó con el coche por delante. Paró y bajó. Peter no podía continuar porque aquel coche ocupaba todo el camino de grava. Magnus se baja del coche, va hasta el maletero y saca un bate de béisbol y empieza a caminar hacia el coche de Peter. Y Peter dentro del coche pensando que va a morir y con imágenes de sus hijos en la cabeza, intuyendo que acabaría como un bulto. Y Magnus, muerto de risa, se mete en su coche otra vez y se larga a toda prisa haciendo saltar la gravilla. Y ahí acabaron las citas, ¿verdad, Anki?

—Yo no quiero pelearme con él. Es bueno con los chicos.

—Pero si apenas te atreves a ir al súper. Es casi como cuando estabas casada con él. Estoy hasta las narices de todo esto. ¡La policía! No pueden hacer una puta mierda.

—¿Por qué estaba tan enfadado con Mildred? —preguntó Anna-Maria.

—Magnus decía que ella era la que intentaba convencerme para que me separara.

—¿Y era así?

—No, señora —dijo Anki—. Soy una mujer adulta y tomo mis propias decisiones. Ya se lo dije a Magnus.

—Y ¿él qué te dijo?

—«¿Es Mildred la que te ha dicho que me digas eso?»

—¿Sabes qué hizo la noche antes del solsticio de verano?

Anki Lindmark negó con la cabeza.

—¿Te ha pegado alguna vez?

—Nunca a los niños.

Era hora de retirarse.

—Sólo una última cosa —añadió Anna-Maria—. Cuando vivías en casa de Mildred, ¿qué impresión te dio su marido? ¿Cómo les iba?

Anki Lindmark intercambió una mirada con su madre.

«El tema preferido del pueblo», pensó Anna-Maria.

—Ella iba y venía como los gatos —dijo Anki—. Pero él parecía estar a gusto, así que... Bueno, nunca se peleaban ni nada.

Caía la noche. Las gallinas entraban en su caseta y se apretujaban en el palo de

madera. El viento amainaba y se tumbaba a descansar sobre la hierba mientras los detalles se iban borrando del paisaje. La grava, los árboles y las casas se desvanecían con el azul oscuro del cielo nocturno. Los sonidos se fueron acercando, volviéndose más nítidos.

Lisa Stóckel prestaba atención al sonido de sus pasos en la grava a medida que avanzaba por la carretera camino del bar, con su perra *Majken* pegada a los talones. La reunión del grupo Magdalena empezaría dentro de una hora y después tendrían la cena de otoño, todo en el restaurante de Micke.

Procuraría mantenerse sobria y estar tranquila, aguantar el clásico parloteo sobre que todo tiene que continuar aunque Mildred no esté y que Mildred estaba igual de presente que antes. Tendría que morderse el labio inferior, agarrarse a la silla y no levantarse para gritar: «¡Estamos acabadas! ¡Nada puede seguir sin Mildred! ¡No está cerca! ¡Se está pudriendo bajo tierra! ¡En polvo se convertirá! Y vosotras... vosotras volveréis a quedaros en casa todo el día, volveréis a preparar el café, volveréis a ser viejas fibromiálgicas y volveréis al chismorro. A leer el *ICA Kuriren* y el *Hemmets Journal*, y volveréis a servir a vuestros hombres.»

Entró por la puerta y la visión de su hija le interrumpió los pensamientos.

Mimmi. Pasaba una bayeta por las mesas y los alféizares. Llevaba el pelo de colores recogido en dos rosquillas por encima de las orejas y el encaje rosa del sujetador asomaba por el escote del ajustado jersey negro. Tenía las mejillas enrojecidas y acaloradas, probablemente por haber estado en la cocina preparando la cena.

—¿Cuál es el menú? —le preguntó Lisa.

—Me he inspirado un poco en el Mediterráneo. Panecillos de oliva con revoltillos de entrante —respondió Mimmi sin bajar el ritmo con la bayeta; ahora la pasaba por la barra y después la secaba con el paño que llevaba siempre doblado en la cinturilla del delantal.

—Hay tsatsiki, tapenade y humus —continuó—. Y después alubias estofadas. He pensado que lo mejor sería hacerlo vegetariano para todas, como la mitad sois come-flores...

Alzó la vista y le sonrió burlona a Lisa, que justo se estaba quitando la gorra.

—Pero, madre —exclamó—. ¿Qué cono te has hecho en la cabeza? ¿Dejas que los perros te muerdan el pelo cuando lo llevas demasiado largo?

Lisa se pasó la mano por el pelo mal cortado intentando igualarlo y al instante siguiente Mimmi miró el reloj.

—Yo te lo arreglo —dijo—. Coge una silla y siéntate.

Se metió en la cocina batiendo la puerta basculante.

—De postre, helado de mascarpone con moras —gritó desde dentro—. Está... —Terminó la frase con un silbido de admiración.

Lisa sacó una silla, se quitó la chaqueta y se sentó. *Majken* se tumbó inmediatamente a sus pies; aunque el paseo había sido corto o estaba exhausta o tenía dolores, probablemente lo segundo.

Lisa estaba quieta como en la iglesia mientras Mimmi le pasaba los dedos por el pelo y se lo igualaba con las tijeras para dejarle apenas un centímetro.

—¿Cómo crees que van a funcionar las cosas ahora, sin Mildred? —preguntó Mimmi—. Aquí tienes tres remolinos juntos.

—Seguiremos como siempre, supongo.

—¿Con qué?

—Con las cenas para madres con críos pequeños, la braga limpia y la loba.

La braga limpia había empezado como un proyecto de colecta. Lo que ocurría con las ayudas prácticas que los servicios sociales ofrecían a las mujeres alcohólicas era que estaban muy dirigidas al otro sexo. En el kit de ropa había maquinillas de afeitar de usar y tirar y calzoncillos, pero ni bragas ni tampones, sino que las mujeres tenían que contentarse con compresas que parecían pañales y calzoncillos de hombre. El grupo Magdalena se había ofrecido a los servicios sociales para hacer una labor de colaboración que consistía en comprar bragas, tampones y otros productos de higiene, cojino desodorante y suavizante para el pelo. Con el tiempo se habían convertido también en personas de contacto que daban su nombre al casero al que se le había podido convencer para que alquilara un piso a la mujer alcohólica. Si había algún problema, el propietario podía llamar a la persona de contacto directamente.

—¿Qué vais a hacer con la loba?

—Estamos cruzando los dedos para que la Dirección Nacional de Protección de la Naturaleza colabore para vigilarla. Ahora en invierno, cuando se le puede seguir el rastro en moto de nieve, lo tiene crudo si no conseguimos montar vigilancia. Pero hay algo de dinero en la fundación, así que ya veremos.

—Ahora ya no te escapas, lo sabes, ¿verdad? —le dijo Mimmi.

—¿A qué te refieres?

—Tú tienes que ser el motor del grupo Magdalena.

Lisa se sopló unos pelitos que se le habían puesto debajo del ojo.

—Jamás —dijo.

Mimmi se echó a reír.

—¿Crees que tienes elección? La verdad es que me parece bastante gracioso, tú nunca has sido mujer de asociaciones, ¿a que no te lo esperabas? Dios, cuando me enteré de que te habían hecho presidenta... Micke tuvo que hacerme los primeros auxilios.

—Seguro que sí —dijo Lisa un poco seca.

«No —pensó—. Nunca me lo imaginé. Nunca me imaginé muchas cosas de mí misma.»

Los dedos de Mimmi se paseaban por su pelo con el sonido de las hojas de la tijera frotando la una contra la otra.

«Aquella noche a principios de verano...», pensó Lisa.

Estaba sentada en la cocina cosiendo unas nuevas cubiertas para las camas de los perros. Las tijeras emitían su característico sonido, *swisch, swisch, klip, klip*. En el comedor estaba la tele encendida y había dos perros tumbados en el sofá; casi parecía que miraban las noticias. Lisa las escuchaba de lejos mientras hacía las labores y al cabo de un rato se puso con la máquina de coser para hacer más rectas las costuras de los retales. Pisaba el pedal a fondo.

Karelin roncaba en la cama del pasillo creando una de las imágenes más ridículas que pueda haber. Estaba tumbado de espaldas con las patas de atrás arriba y hacia los lados y con una oreja tapándole un ojo como si fuera un parche pirata. *Majken* estaba en la cama del dormitorio con una pata tapándose el hocico. De vez en cuando emitía algún sonido gutural y le daba algún espasmo. El nuevo springer spaniel estaba cómodamente acurrucado a su lado.

De golpe *Karelin* despierta de su sueño y se pone a ladrar como un loco. Los perros del comedor bajan de un salto del sofá para hacerle compañía al mismo tiempo que *Majken* y el springer spaniel aparecen corriendo y por poco tiran al suelo a Lisa, que también se ha puesto en pie.

Karelin entra en la cocina como si fuera imposible no entender y empieza a explicarle a viva voz a Lisa que hay alguien en la escalinata, que tienen visita, que viene alguien.

Es Mildred Nilsson, la pastora. Está fuera en el porche. Los últimos rayos de sol de la tarde transforman su pelo en una corona de oro.

Los perros se le echan encima fuera de sí de alegría por la visita. Ladran, vociferan, gimen —*Bruno* incluso canta unas notas—, y golpean la jamba de la puerta y la baranda del porche con las colas.

Mildred se agacha para saludarlos. Ya va bien. Ella y Lisa no se pueden mirar demasiado rato. En cuanto Lisa la vio allí fuera sintió como si las dos se hubieran metido en una corriente de agua. Con los perros tienen cierto margen para situarse. Se cruzan una mirada, después la apartan. Los perros le lamen la cara a Mildred, hacen que se le corra el rímel de las pestañas y le llenan la ropa de pelos.

La corriente baja con fuerza. Hay que sujetarse bien, así que Lisa se agarra a la manilla de la puerta y les ordena a los perros que se vayan a acostar. En situaciones normales les pega un grito y mete bulla, que es su tono normal de conversación con ellos, aunque no parece importarles demasiado. Pero ahora la orden sale casi como un susurro.

—A la cama —dice haciendo un suave gesto con la mano indicando el interior de la casa.

Los perros la miran desconcertados. ¿Acaso no les va a pegar un berrido? Aun así hacen lo que les pide.

Mildred coge aire y Lisa se da cuenta de que está enfadada. Lisa, que es bastante más alta, estira un poco el cuello.

—¿Dónde has estado? —le pregunta Mildred furiosa.

Lisa arquea las cejas.

—Aquí —le contesta.

Clava la mirada en las marcas de verano en la piel de Mildred. A la pastora le han salido pequitas y el vello de la cara, en el labio superior y la mandíbula, se le ha vuelto rubio.

—Ya sabes a qué me refiero —le reprocha Mildred—. ¿Por qué ya no vienes a las sesiones de interpretación de la Biblia?

—He... —intenta responder removiendo ideas en la cabeza para encontrar una excusa aceptable.

Pero al instante se pone de mal humor. ¿Por qué tiene que dar explicaciones? ¿Acaso no es una persona adulta? Con cincuenta y dos años quizá una ya tiene derecho a hacer lo que quiera.

—Tengo otras cosas que hacer —le responde con un tono de voz un poco más cortante del que había pretendido.

—¿Como qué?

—¡Seguro que lo sabes!

Allí están, como dos renos inflando y desinflando el pecho.

—Sabes bien por qué no voy —dice al final Lisa.

La corriente les llega ya por las axilas. La pastora pierde el equilibrio con la corriente, da un paso hacia Lisa, atónita y enfadada al mismo tiempo. Y con algo más en la mirada. Entrebate la boca y toma aire como cuando estás a punto de desaparecer bajo el agua.

La corriente arrastra a Lisa. Se suelta de la manilla de la puerta, avanza hacia Mildred, le rodea la nuca con la mano, siente su pelo como el de una niña entre sus dedos, lleva a Mildred a su encuentro.

La pastora entre sus brazos. Su piel es tan fina. Entran en el recibidor enroscadas la una con la otra, dejan la puerta abierta golpeando contra la baranda del porche y dos de los perros acaban marchándose corriendo.

Lo único cuerdo que le pasa a Lisa por la cabeza: «Se quedarán en el jardín.»

Se tropiezan con los zapatos y las camas de los perros que hay por el suelo. Lisa va entrando de espaldas con los brazos todavía agarrando a Mildred, uno por la cintura, el otro por la nuca. Mildred está pegada a su cuerpo, la empuja, le desliza las manos por debajo del jersey, le acaricia los pezones con las yemas de los dedos.

Cruzan la cocina a trompicones y se dejan caer sobre la cama del dormitorio, donde está *Majken* con olor a perro mojado. No ha podido resistir pegarse un chapuzón en el río una hora antes.

Mildred bocarriba, ropas fuera, los labios de Lisa pegados a su cara. Dos dedos hasta el fondo de sus entrañas.

Majken levanta la cabeza y les echa una mirada, pero enseguida se vuelve a tumbar tranquilamente con un suspiro y el hocico entre las patas. Ya ha visto aparearse miembros de la misma manada en otras ocasiones. No tiene nada de extraño.

Después hacen café y ponen unos bollos a descongelar. Se zampan un montón cada una. Están muertas de hambre. Mildred aprovecha para darles algunos trozos a los perros y se ríe, hasta que Lisa le dice que pare, que se van a poner enfermos, pero aunque trate de sonar estricta se le escapa la risa.

Están sentadas en la cocina en medio de la clara noche de verano, cada una en una silla y envuelta en una manta. A los perros se les ha contagiado la fiesta y van dando vueltas por la casa.

De vez en cuando las manos se alargan sobre la mesa hasta encontrarse.

El dedo índice de Mildred le pregunta al reverso de la mano de Lisa: «¿Sigues ahí?», y la mano le responde: «¡Sí!» El corazón y el índice de Lisa le preguntan al pulso de Mildred: «¿Culpa? ¿Arrepentimiento?», y la muñeca responde: «¡No!»

Y Lisa se ríe.

—Supongo que será mejor que vuelva a las clases de la Biblia —comenta.

Mildred se echa a reír. Un trozo de bollo de canela se le cae de la boca y rueda por la mesa.

—Sí, por Dios, hay que ver lo que una tiene que hacer para acercar la Biblia a la gente.

Mimmi se colocó delante de Lisa para estudiar su obra con las tijeras en la mano como una espada desenvainada.

—Ya está —concluye—. Ya no sentiré vergüenza ajena.

Le removió el pelo a su madre y después se quitó el paño de cocina del cordón del delantal con el que le sacudió los pelos que se le habían quedado en la nuca y en los hombros.

Lisa se pasó la mano por la cabeza rapada.

—¿No te vas a mirar en el espejo? —le preguntó Mimmi.

—No, seguro que está bien.

Reunión otoñal del grupo Magdalena. Micke Kiviniemi había preparado una mesita con bebida fuera del local, junto a la puerta de la escalera de entrada al bar. Fuera estaba oscuro, casi negro, y hacía más calor de lo que cabía esperar para la época del año. Con velas en tarros de cristal, había marcado el sendero que cruzaba la explanada de grava desde la carretera hasta los escalones, y en la escalinata y sobre la mesita de las bebidas había varias lamparillas hechas en casa.

Y obtuvo su recompensa. Se oían las exclamaciones de admiración desde la carretera. Ya llegaban. Avanzaban a pasitos cortos, a pasos normales o a saltitos por la gravilla. Una treintena de mujeres, la más joven de casi treinta años y la mayor acababa de cumplir setenta y cinco.

—Qué bonito —le decían—. Es como estar en el extranjero.

El les correspondía con una sonrisa, pero sin decir nada. Buscaba resguardo detrás de la mesita con la sensación de estar observando la fauna salvaje desde un escondrijo. No tenían que preocuparse por él, debían actuar de manera natural como si

él no estuviera presente. Micke estaba excitado, como un chaval tumbado espiando entre los árboles sobre las hojas caídas.

La explanada de grava delante del bar semejaba una gran sala oscura llena de sonido. Los pies sobre las piedrecillas, las risitas, el parloteo, la cháchara, el cacareo. Los sonidos fluían, se alzaban hacia el negro firmamento estrellado, atravesaban el río sin pudor hasta tocar las casas de la otra orilla. Después, eran absorbidos por el bosque, por los abetos negros y el musgo sediento. Corrían a lo largo de la carretera y le hacían un recordatorio al pueblo: existimos.

Se habían perfumado y vestido con elegancia para la ocasión. Claro que se notaba que no eran ricachonas: los vestidos se habían quedado anticuados, llevaban chaquetillas largas de algodón y faldas de campana floreadas. Ellas mismas se habían hecho la permanente en casa y calzaban zapatos de los grandes almacenes OBS.

En poco más de media hora ya habían repasado todos los temas de la reunión. La lista de cosas por hacer se llenó en el acto con nombres de voluntarias; había más manos en el aire de las que hacían falta.

Luego, pasaron a la cena. La mayoría no tenía costumbre de beber y, apenas sin darse cuenta, enseguida se pusieron bastante alegres. A Mimmi se le escapaba la risa cuando pasaba entre las mesas. Micke no salía de la cocina.

—Oh, Dios —exclamó una de las mujeres cuando Mimmi apareció con el postre—. No me lo había pasado tan bien desde...

Dejó la frase a medias moviendo su delgado brazo en busca de un final. Le salía del vestido como si fuera una cerilla.

—... desde el funeral de Mildred —gritó alguien.

Hubo unos segundos de silencio. Después estallaron todas en una risa histérica, gritándose entre ellas que era verdad, que el funeral de Mildred había sido..., sí, de muerte, y rompieron a carcajada limpia hasta exprimir el poco jugo que el juego de palabras tenía.

El funeral. Vestidas de negro presenciaron cómo bajaban el ataúd mientras el sol de principios de verano se les clavaba en los ojos. Los abejorros zumbaban alrededor de las coronas de flores, las hojas de abedul tiernas y brillantes parecían enceradas, las copas de los árboles eran iglesias verdes repletas de pájaros deseosos por aparearse y de sus hembras trinando las respuestas. Era la manera de la naturaleza de decir: «No me importa, yo no me detengo nunca, en polvo te convertirás.»

Aquel celestial y hermoso inicio de verano hacía de telón de fondo del horrible hoyo cavado en el suelo y del ataúd barnizado.

Dentro de sus cabezas el aspecto que tendría Mildred. El cráneo como una maceta rota debajo de la piel.

Majvor Kanga, una de las mujeres del grupo, las invitó a casa después del café del funeral.

—¡Veníos! —dijo—. Mi marido se ha ido a la casa del campo y no quiero estar sola.

Así que se fueron a su casa. El abatimiento las mantuvo sentadas en los abultados sofás de piel negra del salón sin gran cosa que decir, siquiera sobre el tiempo.

Pero a Majvor se le despertó algo rebelde en el cuerpo.

—¡Ahora vais a ver! —gritó—. ¡Ayudadme!

Se fue a la cocina a buscar un taburete alto con dos peldaños, se subió y abrió uno de los armarios del altillo del pasillo, de donde sacó unas cuantas botellas: whisky, coñac, licores, calvados. Algunas mujeres la ayudaron a bajarlas.

—Esto es cosa fina, ¿eh? —dijo una al leer la etiqueta—. Malta de doce años.

—Nos las trae nuestra nuera siempre que sale al extranjero —les explicó Majvor—. Pero Tord nunca las abre. Él sólo invita a cubatas de garrafón. Y a mí no es que me tire mucho todo esto, pero hoy...

Terminó la frase con una pausa expresiva. Después, una mujer a cada lado del taburete, la ayudaron a bajar como una reina de su trono sujetándola de las manos.

—¿Qué dirá Tord?

—¿Qué va a decir? —dijo Majvor—. Ni siquiera se dignó sacarlas cuando cumplió sesenta el año pasado.

—¡Deja que se beba él su propio matarratas!

Y luego empezaron a ponerse contentas. Cantaron salmos, se expresaron el cariño, hicieron discursos.

—¡Un brindis por Mildred! —gritó Majvor—. Por la mujer más indómita que jamás he conocido.

—¡Estaba loca!

—¡Ahora nos toca estar locas a nosotras!

Rieron mucho. También lloraron alguna lágrima. Pero, sobre todo, rieron.

Aquél fue el funeral.

Ahora Lisa Stockel las miraba mientras comían el helado de mascarpone y elogiaban a Mimmi cuando pasaba.

«Se las apañarán —pensó—. Lo harán.»

La idea la puso contenta. O quizá no contenta, pero sí se sintió aliviada.

Y al mismo tiempo la soledad la mantenía atrapada en el anzuelo con un gancho en el corazón y recogiendo carrete.

Poco después de medianoche, tras finalizar la reunión otoñal del grupo Magdalena, Lisa se fue caminando a casa en medio de la oscuridad. Dejó atrás el cementerio y subió a la loma que avanzaba paralela al río. Pasó por delante de la casa de Lars-Gunnar, que se podía distinguir bien a la luz de la luna. Las ventanas estaban oscuras.

Pensó en Lars-Gunnar.

«El jefe de la aldea —pensó—. El hombre de poder. El que conseguía que el contratista que se ocupaba de quitar la nieve de la carretera despejara antes el tramo que llevaba a Poikkijarvi que el que bajaba a Jukkasjärvi. El que le echó un cable a Micke cuando tenía problemas con el permiso de venta de bebidas alcohólicas.»

No es que Lars-Gunnar pasara muchas horas en el bar. Ahora bebía en contadas ocasiones, a diferencia de antes. Antes era distinto. Hace años los hombres bebían siempre; viernes, sábado, domingo y como mínimo un día entre semana. Y le daban fuerte. Ahora, como mucho, se tomaban una cerveza al día. Era de esperar: en algún momento había que echar el freno antes de que se fuera todo al garete.

No, Lars-Gunnar se tomaba con calma lo del alcohol. La última vez que Lisa lo vio borracho de verdad fue hacía seis años. Un año antes de que Mildred se fuera a vivir al pueblo.

La verdad es que aquella vez él fue a su casa. Todavía lo recordaba sentado en la cocina. La silla desaparece bajo su cuerpo. Está sentado y apoya el codo en la rodilla sujetándose la frente con la palma de la mano. Su respiración es pesada. Son poco más de las once de la noche.

No es que haya tomado unas cuantas copas. Tiene la botella delante, sobre la mesa. La llevaba en la mano cuando llegó. Como una bandera: he bebido y por mis cojones que seguiré dándole un buen rato más.

Ella ya se había metido en la cama cuando él llegó. No lo oyó llamar a la puerta sino que los perros la avisaron en cuanto Lars-Gunnar puso un pie en la escalinata del porche.

No cabe duda de que es una muestra de confianza que acuda a ella cuando está de aquella manera. Debilitado por el alcohol y los sentimientos. Sólo que Lisa no sabe qué hacer. No está acostumbrada a que la gente se sincere con ella. No es una persona que invite a hacerlo.

Pero ella y Lars-Gunnar son familia y Lisa no dirá nada, él lo sabe.

Está en la cocina con la bata escuchando lo que le cuenta, la canción de su triste vida, el infeliz y traicionero amor... y Nalle.

—Perdóname —murmura Lars-Gunnar con el puño en los labios—. No debería haber venido.

—No pasa nada —asegura Lisa vacilante—. Tú habla tranquilo mientras yo...

No se le ocurre nada, pero algo tiene que hacer para no salir corriendo de la casa.

—... mientras preparo la comida de mañana.

Y de pronto allí están los dos, él hablando y ella, en mitad de la noche, cortando carne y verduras para hacer una sopa. Apio, zanahorias, puerro, colinabo, patatas y Dios sabe qué más, pero a Lars-Gunnar no parece que le resulte extraño. Está ocupado con lo suyo.

—He tenido que salir de casa —confiesa—. Antes de irme... No estoy sobrio, lo reconozco. Antes de irme estaba junto a la cama de Nalle apuntándole a la cabeza con

la escopeta.

Lisa no dice nada. Sigue cortando la zanahoria como si no hubiera oído lo que le acaba de contar.

— Estaba pensando en qué pasará después —suspira—. ¿Quién se encargará de él cuando yo no esté? No tiene a nadie.

«Y es verdad», pensó Lisa.

Llegó a su casita de chocolate en lo alto de la colina. La luna impregnaba de luz plateada la gran cantidad de detalles de ebanistería en el porche de la casa y en los marcos de las ventanas.

Subió la escalinata mientras oía ladrar a los perros y dar vueltas como locos al otro lado de la puerta. Habían reconocido sus pasos y en cuanto abrió salieron volando para hacer el último pis del día al final del jardín.

Entró en la sala de estar y observó lo único que quedaba: la estantería desnuda y el sofá.

«Nalle no tiene a nadie», pensó.

PATAS DORADAS

Llega la primavera. Apenas hay unas placas de nieve bajo los abetos grises y azulados y los rectos pinos. Sopla una cálida brisa del sur y el sol se filtra por entre la red que forman las ramas. Se oyen los sonidos de los animalillos moviéndose por la hierba del año anterior. En el aire flotan cientos de olores como en una cacerola: resina, abedul recién florecido, tierra caliente, agua fresca, aquí una liebre y allí un astuto zorro.

La loba alfa ha cavado una madriguera nueva este año aprovechando una antigua guarida de zorro que había en una pendiente orientada al sur, a unos doscientos metros de una laguna. El suelo es arenoso y fácil de cavar, pero aun así la loba ha hecho una laboriosa tarea ensanchando el túnel para poder pasar sin problemas, vaciándola de los residuos que dejaron los zorros y haciendo la madriguera tres metros más adentro. *Patás Doradas* y otra loba la han ayudado en algún momento, pero la mayor parte la ha hecho sola. Ahora pasa los días cerca de la guarida, se tumba en la entrada a dormir bajo el sol de primavera y el resto de la manada le lleva comida. Cuando el macho se le acerca con algo de comer ella se incorpora y va a su encuentro. Lo lame y gime afectuosa antes de engullir los presentes.

Y una mañana la loba entra en la madriguera y no vuelve a salir en todo el día. A última hora de la tarde pare los cachorros, los lame para limpiarlos, se come las membranas, los cordones umbilicales y la placenta, y luego se los coloca bajo el vientre. No tiene que sacar a ninguno que haya nacido muerto. Los zorros y los cuervos se quedan sin esa cena.

El resto de los miembros de la manada sigue su vida fuera de la madriguera, cazando sobre todo presas pequeñas y sin alejarse demasiado. De vez en cuando les

llega el tenue gemido de alguno de los cachorros porque se ha colocado mal o porque algún hermano lo ha ido apartando a empujoncitos. Sólo el macho alfa tiene permiso para entrar y regurgitar comida para la loba alfa.

A las tres semanas y un día los saca por primera vez al exterior. Son cinco. Los demás animales están fuera de sí de alegría. Los saludan con cuidado, los olfatean y los empujan, siempre con delicadeza, les lamen la redonda barriga y debajo del rabo. Al cabo de un momento la loba los vuelve a meter dentro. Los cachorros están exhaustos por todas aquellas nuevas impresiones. Los dos lobos que han cumplido su primer año hacen una carrera hasta el bosque llenos de alegría y se ponen a perseguirse uno al otro.

La época que empieza ahora es maravillosa para la manada. Todos quieren ayudar con los recién nacidos. No se cansan nunca de jugar y esas ganas se van contagiando entre los demás miembros del grupo. Incluso el macho alfa se puede apuntar a ver quién tira más de la rama. Los cachorros crecen y siempre tienen hambre. Se les alargan los hocicos y las orejas son cada vez más puntiagudas. El tiempo pasa deprisa. La pareja de un año se turna para hacer guardia delante de la guarida mientras los demás van de caza. Cuando regresan, los cachorros saludan agitando la cola, reclaman y gimotean, y le lamen las comisuras de la boca a los lobos grandes, cuya respuesta es vomitarles montones rojos de carne engullida. Si sobra algo, será para los niños.

Patás Doradas ya no se va a dar sus paseos en solitario. Durante esta época se mantiene cerca del resto de la manada y los nuevos miembros. Se tumba de espaldas y hace de presa inevitable de dos de los cachorros que se le echan encima, el uno clavándole los colmillos afilados como alfileres en los belfos y el otro atacándole la cola de la manera más salvaje. Le da un empujoncillo al que tenía colgando de la boca y le coloca su enorme pata encima. El cachorro tiene un arduo trabajo para liberarse, se arrastra y lucha hasta que por fin lo consigue. La rodea dando brincos con sus patitas lanudas, vuelve al ataque, le salta a la cabeza con un rugido de lo más presuntuoso y empieza a morderle con saña las orejas. Y de repente caen en un profundo sueño, uno entre sus patas delanteras, el otro con la cabeza sobre la barriga de su hermano. *Patás Doradas* aprovecha para dormir un poco ella también. Sin demasiado entusiasmo intenta cazar al vuelo una avispa que se le acerca demasiado, falla, termina por sumirse en la adormecedora sinfonía de zumbidos de los insectos que acuden a las flores. El sol de la mañana asoma por encima de las copas de los abetos y los pájaros atraviesan el aire en busca de alimento para regurgitar en los picos abiertos de par en par de sus polluelos.

Jugar con cachorros acaba cansando. La felicidad le recorre el cuerpo como agua de primavera.

VIERNES

8 DE SEPTIEMBRE

El inspector de policía, Sven-Erik Stålnacke, se despertó a las cuatro y media de la madrugada.

«Puto gato», fue lo primero que pensó.

Normalmente, *Manne*, el gato, lo despertaba a esta hora. Se concentraba unos instantes y pegaba un salto desde el suelo hasta la cama, aterrizando siempre en el vientre de Sven-Erik y con una contundencia sorprendente. Si Sven-Erik se limitaba a soltar un gruñido y a girarse de lado, *Manne* solía pasearse por su costado de arriba abajo como un alpinista en la cresta de una montaña. De vez en cuando maullaba con fuerza, lo cual quería decir o bien que quería comida o bien que quería salir afuera, casi siempre ambas cosas. De inmediato.

A veces Sven-Erik se negaba a salir de la cama, murmuraba algo así como «es plena noche, gato cabrón» y se escondía debajo del edredón. Entonces, los paseos por el cuerpo del amo pasaban a hacerse con las uñas cada vez más salidas, hasta que *Manne* se las clavaba directamente en el cuero cabelludo.

Tirar el gato al suelo o sacarlo del dormitorio y cerrar la puerta no solía ayudar demasiado, porque entonces si alguien pregunta qué estábamos haciendo aquí, di que estábamos buscando un perro desaparecido.

Rebecka se la quedó mirando.

—Ésa es buena —dijo despacio—. Dos policías de civil en busca de un perro desaparecido. Va siendo hora de que la Policía Nacional revise la distribución de los recursos.

—Puede ser mi perro —replicó Anna-Maria un tanto forzada.

Se quedaron callados unos segundos. Sven-Erik estaba muerto de incomodidad sentado al borde de la cama.

—Vamos a ver —dijo al final Rebecka alargando la mano para que le pasaran la carpeta.

—Es esto de aquí —dijo Anna-Maria sacando una hoja de la carpeta y señalando con el dedo.

—Son extractos de contabilidad —explicó Rebecka—. Este renglón está subrayado.

Rebecka señaló una cifra en una columna que llevaba por título 1930.

—Diecinueve treinta es una cuenta de ahorros, para cheques. Tiene un crédito de ciento setenta y nueve mil coronas para la cuenta setenta y seis diez. Son diferentes gastos personales. Pero está escrito a mano en bolígrafo aquí al margen

«¿Formación??».

Rebecka se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Y ¿esto de aquí? —preguntó Anna-Maria—. «Ver», ¿qué significa?

—Verificación, de los datos. Puede ser una factura u otra cosa que muestre de qué ha sido el gasto. Me da la impresión de que la mujer estaba intentando saber qué era el gasto este, por eso me lo llevé.

—Y ¿qué empresa es? —le preguntó Anna-Maria.

Manne se ensañaba impetuosamente con los muebles más blandos y con las cortinas.

—Ese puto gato sabe latín —solía decir Sven-Erik—. Sabe que así lo sacaré fuera y eso era lo que quería desde el principio.

Era un hombre que infundía bastante respeto. Tenía unos antebrazos fuertes y las manos anchas. Algo en la cara y en la constitución transmitía sus años de tratar con desgracias humanas y buscabroncas en pleno viaje. Y consideraba que era divertido verse vencido por un gato.

Pero aquella madrugada *Manne* no fue a incordiarlo y aun así se despertó. Por la costumbre. Quizá por añoranza hacia aquel joven caballero a rayas que constantemente lo aterrizzaba con sus deseos y caprichos.

Se sentó apoyando todo el peso en el borde de la cama, consciente de que no podría dormirse otra vez. Hacía cuatro noches que el dichoso gato no pasaba por casa. Alguna vez había desaparecido una noche, a veces dos, lo cual no era preocupante, pero cuatro...

Bajó las escaleras y abrió la puerta de la calle. La noche se le mostraba gris como la lana porque ya se iba a hacer de día. Dio un largo silbido, fue a la cocina, cogió una lata de comida para gatos y salió otra vez al porche golpeándola con una cuchara. El gato no aparecía. Al final Sven-Erik se rindió, iba en calzoncillos y hacía frío.

«Así son las cosas —pensó—. Es lo que implica la libertad: el riesgo de que te atropellen o que te pille el zorro, antes o después.»

Puso café molido en la cafetera.

«Mejor así —pensó—. Mejor esto a que se pusiera enfermo, perdiera la fuerza y tuviera que llevarlo al veterinario. Habría sido un coñazo.»

La cafetera comenzó a emitir su gorgoteo y Sven-Erik subió al dormitorio para vestirse.

Quizá *Manne* se había instalado en casa de alguien, como ya había hecho en otras ocasiones. De pronto volvía a casa tras dos o tres días de ausencia sin ningunas ganas de comer y visiblemente bien alimentado y descansado. Seguro que le habría dado pena a alguna señora que lo había metido en casa, alguna jubilada que no tenía nada mejor que hacer que cocinarle salmón y darle nata líquida.

De golpe Sven-Erik sintió una rabia irracional hacia aquella persona desconocida que había dejado entrar y había cuidado de un gato que no le pertenecía.

¿Acaso no entendía esa persona que había un dueño preocupado preguntándose dónde se habría metido el gato? A *Manne* se le veía que no era callejero, con lo brillante que tenía el pelo y lo cariñoso que era. Debería haberle puesto un collar hacía mucho tiempo, pero es que le daba miedo que se quedara enganchado en algún sitio. Eso era lo que le había echado atrás: la imagen de *Manne* atrapado en la maleza muriéndose de hambre o colgado de un árbol.

Se preparó un desayuno consistente. Los años siguientes de haber roto con Hjordis sólo se tomaba un café y de pie, pero con el tiempo empezó a cuidarse un poco. Se sentó y con cierta apatía se puso a comer a grandes cucharadas un bol de cereales con yogur desnatado. La cafetera se había callado y la cocina olía a café recién preparado.

Se había hecho cargo de *Manne* cuando su hija se mudó a Luleá, pero no lo debería haber hecho. Ahora se daba cuenta. No era más que una molestia, una tremenda molestia.

Anna-Maria Mella estaba sentada a la mesa de la cocina tomándose el café de la mañana. Eran las siete. Jenny, Peter y Marcus seguían en la cama, pero Gustav estaba despierto. Estaba jugando en el dormitorio y andaba a gatas por encima de Robert.

Sobre la mesa tenía una copia del espantoso dibujo de Mildred ahorcada. Rebecka Martinsson también había sacado copias de algunos papeles, pero Anna-Maria no entendía ni jota de lo que ponía. Odiaba los números y las mates y todo eso.

—¡Buenas!

Su hijo Marcus apareció por la cocina. ¡Vestido! Abrió la nevera. Tenía dieciséis años.

—Pero bueno... —dijo Anna-Maria mirando la hora—. ¿Hay fuego arriba o qué?

Marcus sonrió. Cogió el paquete de leche y los cereales y se sentó al lado de su madre.

—Tengo un examen —dijo mientras se metía una cucharada de copos en la boca—. No basta con salir de la cama y pirarse. Hay que cargar las pilas.

—¿Quién eres tú? —dijo Anna-Maria—. ¿Qué has hecho con mi hijo?

«Será Hanna —pensó—. Dios la bendiga.»

Hanna era la novia de Marcus y por lo visto su ambición académica era contagiosa.

—Mola —dijo Marcus acercándose el dibujo de Mildred—. ¿Qué es?

—Nada —contestó Anna-Maria quitándole el dibujo y dándole la vuelta.

—No, en serio. ¡Déjame ver!

Cogió el dibujo otra vez.

—¿Qué significa? —dijo señalando la tumba que se veía detrás del cuerpo colgado.

—Bueno, pues que va a morir y que la van a enterrar, me imagino.

—Ya lo veo, sí, pero ¿qué significa? ¿No lo ves?

Anna-Maria miró el dibujo.

—No.

—Es un símbolo —dijo Marcus.

—Es el montículo de una tumba con una cruz encima.

—¡Pero fíjate! El contorno es el doble de grueso que en el resto del dibujo. Y la cruz se mete en la tierra y termina en forma de garfio.

Anna-Maria echó un vistazo. Tenía razón.

Se levantó y recogió los papeles resistiéndose al impulso de darle un beso a su hijo. Se limitó a removerle el pelo.

—¡Suerte en el examen! —le dijo.

En el coche llamó a Sven-Erik.

—Sí —dijo él en cuanto hubo cogido su copia del dibujo—. Es una cruz que atraviesa un semicírculo y termina en forma de garfio.

—Tenemos que descubrir qué significa. ¿Quién sabe de eso?

—¿Qué te han dicho los de la Científica?

—Supongo que el dibujo les llegará hoy y si hay huellas enteras las tendrán esta tarde, si no, dentro de unos días.

—Debe de haber algún catedrático de religión que sepa de símbolos —dijo Sven-Erik pensativo.

—¡Eres más listo que el hambre! —exclamó Anna-Maria—. Que Fred Olsson busque a alguien y se lo enviemos por fax. Vete vistiendo, que ahora paso a buscarte.

—¿Y eso?

—Tienes que acompañarme a Poikkijarvi, que tengo que hablar con Rebecka Martinsson, si es que todavía está allí.

Anna-Maria giró el volante hasta encarar su Ford Escort rojo hacia Poikkijarvi. Sven-Erik estaba a su lado presionando los pies contra el suelo por acto reflejo y maldiciendo en silencio que su compañera siempre tuviera que conducir como una delincuente juvenil.

—Rebecka Martinsson me pasó también algunas fotocopias —dijo—, pero no entiendo nada de lo que pone. O sea, es algo de economía, ya sabes...

—Y ¿por qué no sé lo preguntamos a los de Finanzas?

—Porque siempre están hasta el culo. Les preguntas algo y no te responden hasta al cabo de un mes. Mejor se lo preguntamos a ella directamente. Además, ya lo ha visto y sabe por qué nos lo dio.

—¿De verdad crees que es una buena idea?

—¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—Pero ¿de verdad quieres que la metamos en esto?

Anna-Maria meneó impaciente la coleta.

—¡Pero si fue ella quien me dio las fotocopias y las cartas! Y no la vamos a meter en nada. ¿Cuánto podemos tardar? Diez minutos de sus vacaciones.

Anna-Maria redujo rápidamente la velocidad y giró a la izquierda por la carretera de Jukkasjärvi, aceleró hasta noventa, volvió a frenar y giró a la derecha hacia Poikkijarvi. Sven-Erik mientras se agarraba a la puerta pensaba, por un lado, que se debería haber tomado una pastilla contra el mareo y, por otro y sin pretenderlo, en el gato, que odiaba ir en coche.

—*Manne* ha desaparecido —comentó mirando los abetos decorados por los rayos de sol que se iban quedando atrás, uno tras otro.

—Vaya —respondió Anna-Maria—. ¿Cuánto tiempo lleva fuera?

—Cuatro días. Nunca había tardado tanto en volver.

—Ya volverá —dijo ella—. Todavía hace calor, es normal que quiera estar fuera.

—No —replicó Sven-Erik con voz determinada—. Lo han atropellado. A ese gato ya no lo veo más.

Le habría gustado que Anna-Maria le contradijera, que protestara y que le asegurara que estaba equivocado. Él insistiría en su convencimiento de que el gato se había ido para siempre; así se desprendería de parte de la preocupación y la tristeza, con la esperanza y el consuelo que ella le diera. Pero Anna-Maria cambió de tema enseguida.

—Dejaremos el coche un poco apartado —dijo—. Supongo que no le apetece llamar tanto la atención.

—Oye, pero ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Sven-Erik.

—No sé.

Anna-Maria estuvo a punto de decir que le parecía que Rebecka no se encontraba demasiado bien, pero se abstuvo porque entonces Sven-Erik seguro que la obligaría a prescindir de la visita. En este tipo de cosas él siempre era más débil que ella. Quizá se debía a que ella tenía críos en casa. Su instinto protector y de consideración los agotaba por completo allí.

Rebecka Martinsson abrió la puerta de la cabaña en la que se hospedaba y en cuanto vio a Anna-Maria y a Sven-Erik se le esbozaron dos hendiduras en el entrecejo.

Anna-Maria iba delante con un destello de entusiasmo en la mirada, como un setter que ha olido algo. Sven-Erik detrás; a él Rebecka no lo había vuelto a ver desde que estuvo en el hospital, haría dos años dentro de poco. El pelo fuerte que le crecía alrededor de las orejas había pasado de color gris oscuro a gris plateado y aún parecía que llevara un roedor muerto debajo de la nariz. Su mirada estaba más cortada, como si comprendiera que no eran bienvenidos.

«Aunque me hayan salvado la vida», pensó Rebecka.

Le empezaron a aparecer recuerdos como pañuelos de seda pasando por las

manos de un mago. Sven-Erik al lado de la camilla en el hospital: «Entramos en su apartamento y comprendimos que teníamos que dar contigo. Las niñas están bien.»

«Recuerdo mejor lo de antes y lo de después —pensó Rebecka—. Antes y después. En realidad debería preguntarle a Sven-Erik qué se encontraron cuando entraron en la cabaña. Él me podría describir la escena de la sangre y los cuerpos.»

«Quieres oírle decir que tenías razón», le dijo una voz interior. «Que fue en defensa propia, que no tenías elección. Pregúntaselo, seguro que te dice lo que quieres oír.»

Entraron y tomaron asiento, Sven-Erik y Anna-Maria en la cama de Rebecka y ella en la única silla que había. En el pequeño radiador había una camiseta colgada, un par de calcetines y unas bragas justo encima de la pegatina de *ei saa peittaa*.

Rebecka le lanzó una mirada furtiva y apesadumbrada a la ropa mojada, pero ¿qué iba a hacer? ¿Una bola y tirarla debajo de la cama? ¿O por la ventana, quizá?

—¿Y bien? —dijo escueta, sin fuerzas para ser amable.

—Se trata de las fotocopias que me pasaste —le explicó Anna-Maria—. Hay unas cuantas que no entiendo.

Rebecka se cogió las rodillas.

«Pero ¿por qué? —pensó—. ¿Por qué hay que recordar las cosas? ¿Por qué hay que revolcarse en los recuerdos y machacarse una misma? ¿Quién puede garantizar que sirve de ayuda? ¿Quién puede asegurar que no te estás ahogando en la oscuridad?»

—Oye... —empezó.

Hablaba en voz baja. Sven-Erik observaba sus delgados dedos por encima de las rótulas.

—... tengo que pedirlos que os vayáis —continuó—. Os di las fotocopias y las cartas. Las conseguí cometiendo un delito y si sale a la luz perderé el empleo. Además, aquí la gente no sabe quién soy. Bueno, saben cómo me llamo, pero no que soy yo la que estuvo metida en lo que pasó en Jiekajarvi.

—Venga —le rogó Anna-Maria sin moverse del sitio, como si tuviera el trasero fundido con la cama, a pesar de que Sven-Erik hiciera ademán de ponerse en pie—. Tengo una mujer asesinada de la que preocuparme.

Rebecka se encogió de hombros y después señaló la esquina superior derecha de la hoja.

—El número de la organización empieza por ochenta y uno, así que es una fundación.

Sven-Erik asintió con la cabeza.

—La Fundación para el Cuidado de la Fauna Salvaje de la Congregación de Jukkasjärvi —dijo Anna-Maria al cabo de unos segundos—. Es una fundación que ella creó.

—No le quedaba claro este gasto de formación —dijo Rebecka.

Volvió a hacerse el silencio. Sven-Erik se espantaba una mosca que quería aterrizar encima de él todo el tiempo.

—Parece que esa mujer sacó de quicio a más de uno —dijo Rebecka.

Anna-Maria sonrió sin alegría.

—Hablé con uno de ellos ayer —le contó—. Odiaba a Mildred Nilsson porque su ex mujer vivió en su casa con los niños cuando lo abandonó.

Le contó a Rebecka lo de los gatos decapitados.

—Y nosotros no podemos hacer nada —dijo para terminar—. Esos gatos de la calle no representan ningún valor económico, así que no es delito de daños. Lo más probable es que ni siquiera tuvieran tiempo de sufrir, así que tampoco es maltrato animal. Hace que te sientas impotente, como si fueras de más provecho en la frutería del súper. No sé, ¿a ti también te pasa?

Rebecka esbozó media sonrisa.

—Yo casi nunca trabajo con delitos —dijo esquiva—. Y cuando lo hago, son delitos económicos. Pero sí, eso de estar del lado de la parte sospechosa... A veces puedo sentir una especie de aversión hacia mí misma. Cuando tengo que representar a una persona que carece por completo de remordimientos. Te dices una y otra vez que «todo el mundo tiene derecho a una defensa» como excusa para ese...

No dijo la palabra «autodesprecio», sino que terminó la frase encogiéndose de hombros.

Anna-Maria se dio cuenta de que Rebecka Martinsson solía repetir mucho ese gesto. Quizá para desprenderse de pensamientos incómodos, como si fuera una manera de cortarles el paso. O quizá era como Marcus. Sus constantes encogimientos de hombros eran una forma de marcar distancia respecto al resto del mundo.

—Y ¿nunca te has planteado cambiar de lado? —le preguntó Sven-Erik—. Casi siempre están buscando ayudantes de fiscal; nadie se acaba quedando aquí arriba.

Rebecka sonrió un tanto forzada.

—Bueno, claro —dijo Sven-Erik y se le notó que se sentía como un idiota—, supongo que cobras tres veces más que un fiscal.

—No es eso —se excusó Rebecka—. Ahora mismo no estoy trabajando, propiamente dicho, así que el futuro es...

Volvió a encogerse de hombros.

—Pero me dijiste que estabas aquí por trabajo —replicó Anna-Maria.

—Bueno, de vez en cuando hago alguna cosita. Y como uno de los socios tenía que subir, le dije que quería acompañarlo.

«Está de baja», comprendió Anna-Maria.

Sven-Erik le lanzó una mirada de menos de un segundo en señal de que él también lo había entendido.

Rebecka se puso en pie para dar a entender que la conversación había llegado a su fin. Se despidieron.

Cuando Sven-Erik y Anna-Maria habían dado unos pocos pasos oyeron la voz de Rebecka Martinsson.

— Amenazas ilícitas — dijo.

Los dos policías se giraron. Rebecka estaba de pie en el porche de la caseta apoyada en uno de los postes que aguantaban el tejado, con el cuerpo un poco inclinado.

«Parece tan joven», pensó Anna-Maria. Dos años atrás tenía el aspecto de una joven promesa que iba a hacer carrera. Delgada, con ropa cara y un peinado de verdad, no con el pelo liso como Anna-Maria. Ahora Rebecka llevaba el pelo más largo y sin ningún peinado en especial, sino que también le caía liso. Vestía vaqueros y camiseta de manga corta, sin maquillaje y con la cadera asomando por la cintura del pantalón. Y esa postura cansada pero erguida apoyada contra el poste hizo que Anna-Maria se pusiera a pensar en esa clase de niños adultos con los que de vez en cuando se topaba en el trabajo. Criaturas que cuidaban de sus padres alcohólicos o mentalmente enfermos, preparaban la comida a sus hermanos, mantenían el tipo todo lo que podían y le mentían a los servicios sociales y a la policía.

— El hombre de los gatitos — continuó Rebecka—. Son amenazas ilícitas. Parece que con su actitud pretendía infundir miedo a su ex mujer. Según la ley no tienen por qué ser amenazas orales. Y ella tuvo miedo. Quizá podría ser un delito de intimidación. En función de qué otras cosas haya hecho, podría ser suficiente como base para una orden de alejamiento.

Cuando Sven-Erik Stålnacke y Anna-Maria Mella se alejaron por la carretera hacia el coche, se cruzaron con un Mercedes de color ocre. Dentro iban Lars-Gunnar y Nalle Vinsa. Lars-Gunnar les miró todo el tiempo que

duró el encuentro y Sven-Erik levantó la mano para saludarlo, pues no hacía tantos años que Lars-Gunnar se había jubilado.

— Es verdad — dijo Sven-Erik siguiendo el Mercedes con la mirada mientras se metía en el aparcamiento del Bar-Restaurante Micke—. Vive aquí en el pueblo. Me pregunto cómo estará el chico.

El párroco Bertil Stensson estaba haciendo la misa de mediodía en la iglesia de Kiruna, como solía hacer cada quince días para que la gente de la ciudad pudiera celebrar la eucaristía durante la pausa de la comida. En total había unas veinte personas reunidas en la pequeña sala.

El vicario Stefan Wikström estaba sentado en la quinta fila al lado del pasillo y arrepintiéndose de haber ido.

Un recuerdo apareció en su memoria: su padre, párroco también, sentado en el sofá de la cocina de casa. Stefan está a su lado, con unos diez años, más o menos. El chico va hablando con algo en la mano, algo que le quiere enseñar, pero ahora no recuerda qué. Su padre sostiene el periódico delante de la cara como el velo del Santuario y, de pronto, el niño se echa a llorar. De fondo, voz suplicante de su madre:

«Podrías hacerle caso un rato, te ha estado esperando todo el día.» Por el rabillo del ojo Stefan ve que su madre lleva puesto el delantal, así que debe de ser casi la hora de la cena. El padre baja el periódico irritado por la interrupción de la lectura, el único momento de descanso del día antes de cenar; también ofendido por las acusaciones.

El padre de Stefan llevaba varios años muerto y su pobre madre también, pero era exactamente así como el

párroco le hacía sentir ahora mismo, como el niño irritante que sólo quiere llamar la atención.

Stefan había intentado librarse de la misa del mediodía. Una voz en su interior le había dicho con decisión: «¡No vayas!», pero aun así acabó yendo. Se había dicho a sí mismo que no iba por la presión del párroco Bertil Stensson, sino porque necesitaba la eucaristía.

Había imaginado que todo sería más fácil a partir de la muerte de Mildred, pero resultó ser lo contrario. El día a día se había hecho más difícil. Mucho más difícil.

«Es como lo del hijo pródigo», pensó.

Él había sido el hijo responsable y concienzudo que vivía en casa. Cuántas veces a lo largo de los años le había echado una mano a Bertil aceptando funerales aburridos, misas pesadas en hospitales y residencias de ancianos, haciéndole el trabajo de papeleo al párroco, ya que Bertil era desastroso en todo lo administrativo. Y abriéndole la iglesia a los jóvenes los viernes por la tarde.

Bertil Stensson era vanidoso. Había acaparado toda la colaboración con la iglesia de hielo en Jukkasjärvi. Las bodas y bautizos en la iglesia de hielo eran suyos y también había logrado hacerse cargo de cualquier evento que tuviera la más mínima posibilidad de salir en la prensa local, como por ejemplo el grupo de crisis tras el accidente de autocar en el que perdieron la vida siete adolescentes que habían ido a esquiar, o servicios religiosos encargados de manera especial para la causa sami. Entre una cita y otra, el párroco gustaba mucho de no hacer nada y era precisamente Stefan el que hacía que todo eso fuera posible, el que cubría los huecos y se ocupaba de todo lo que era necesario.

Mildred Nilsson había sido como el hijo pródigo. O mejor dicho, como el hijo pródigo debía ser mientras vivía en casa, antes de que la inquietud se lo llevara a tierras desconocidas. Desordenado e intranquilo debió de poner de los nervios a su padre, igual que Mildred.

Todo el mundo pensaba que él, Stefan, era el que menos soportaba a Mildred, pero estaban equivocados. Lo que ocurría era que Bertil había sido más hábil en esconder su rechazo.

Con ella en vida las cosas eran distintas. Todo lo que ella tocara implicaba bronca y desavenencias, y Bertil se alegraba y agradecía la presencia de Stefan, el chico de la casa. Stefan recordó cómo Bertil solía entrar en su despacho en el local de la congregación. Tenía una manera especial, un código que decía: eres mi elegido. Se plantaba en el umbral de la puerta como un búho, con su pelo espeso y plateado, su cuerpo rechoncho y con las gafas de leer subidas a la cabeza o en la punta de la nariz. Stefan solía levantar la mirada de los papeles mientras Bertil le miraba casi de manera

imperceptible por encima del hombro, se metía en el despacho y cerraba la puerta tras de sí. Luego se desplomaba en el sillón de visitas que tenía Stefan con un suspiro de liberación. Y sonreía.

Algo hacía clic dentro de Stefan cada vez que aquello ocurría. Normalmente, el párroco no tenía ninguna tarea especial, podía tratarse de consejos para asuntos de poca importancia, pero daba la impresión de que lo que quería era estar tranquilo un rato. Todo el mundo acudía a Bertil y Bertil se escondía donde Stefan.

Pero después de la muerte de Mildred aquello cambió. Ella ya no estaba presente como una molesta costura en el zapato del párroco y de repente parecía que la lealtad de Stefan era la que empezaba a producir rozaduras. Ahora Bertil solía decir: «Tampoco hace falta ser tan formales» y «Seguro que Dios nos deja ser prácticos», palabras que había adoptado de Mildred.

Cuando Bertil hablaba de ella, era con un tono tan exageradamente positivo que Stefan se sentía físicamente mareado por todas las mentiras.

Bertil ya no iba a ver a Stefan a su despacho. El vicario se quedaba allí sentado incapaz de hacer nada, sufriendo y esperando.

A veces, el párroco pasaba por delante de la puerta abierta, pero ahora el código era otro, eran otras señales: pasos rápidos, una mirada furtiva al interior del despacho, un saludo con la cabeza, una sonrisa apresurada. Significaba «voy-justo-de-tiempo-cómo-va-eso», y antes de que Stefan siquiera pudiera corresponder, la sonrisa del párroco ya había desaparecido.

Antes siempre sabía dónde estaba el párroco. Ahora, en cambio, no tenía la menor idea. El personal administrativo le preguntaba a Stefan por Bertil y le miraban de forma rara cuando él, sonriendo forzado, sacudía la cabeza.

Era imposible superar a la difunta Mildred, que en tierra extraña se había convertido en la hija predilecta del padre.

La misa estaba a punto de terminar. Cantaron un salmo final y se marcharon con la bendición de Dios.

Stefan debería haberse ido inmediatamente. Directo a casa. Pero no pudo evitar que sus pies lo acercaran hasta donde estaba Bertil.

Éste hablaba con uno de los asistentes a la misa y le lanzó una mirada a Stefan por el rabillo del ojo sin dejarle entrar en la conversación y haciéndole esperar.

Qué mal se habían puesto las cosas. Si Bertil tan sólo lo hubiera saludado, Stefan podría haberle dado las gracias por la misa y haberse marchado, pero ahora estaba forzado a inventarse algún asunto.

Por fin, el hombre concluyó la conversación y se fue. Stefan se sintió obligado a explicar su presencia en la misa.

—Sentía que necesitaba la eucaristía —le dijo a Bertil, que asintió con la cabeza.

El mayordomo se llevó el vino y las hostias e intercambió una mirada con el párroco. Stefan los siguió hasta la sacristía y participó, sin que se lo propusieran, en la bendición del pan y del vino.

—¿Te han dicho algo los del bufete de abogados? —preguntó al terminar la bendición—. Sobre la fundación para los lobos y eso...

Bertil se quitó el cuello del ritual, la estola y la casulla con cierto engorro.

—No sé —dijo—. Al final quizá no la disolvemos, a pesar de todo. Aún no me he decidido.

El párroco se tomó todo el tiempo del mundo para echar el vino en el canalillo de los líquidos sagrados y poner las hostias en el ciborio. Stefan hace rechinar los dientes.

—Pensaba que estábamos de acuerdo en que la parroquia no puede tener una fundación de ese tipo —dijo en voz baja.

«Y además es una decisión del consejo, no sólo tuya», pensó.

—Sí, sí, pero por el momento está ahí, quieras o no —respondió el párroco con cierta impaciencia que Stefan captó perfectamente en su suave tono de voz—. El tema de si quiero cubrir los gastos para proteger a la loba o invertir el dinero en formación, ya lo tocaremos a mediados de otoño.

—>Y el arriendo de caza?

Bertil dibujó una gran sonrisa.

—Vamos, ¿no nos pondremos tú y yo a discutir sobre esto? Es una decisión que tomará el consejo cuando llegue el momento oportuno.

El párroco le dio unas palmadas en el hombro a Stefan y se marchó.

—¡Saluda a Kristin! —le dijo sin girarse.

A Stefan se le hizo un nudo en la garganta. Se miró las manos y sus dedos largos y rígidos, dedos de verdadero pianista, como solía decir su madre. Los últimos meses, cuando vivía en un apartamento de la residencia de ancianos y solía confundirlo con su padre, la murga de sus dedos de pianista terminaba por sacarle de quicio. Ella le agarraba las manos y le ordenaba al personal que las contemplara: «Mirad sus manos, sin ninguna marca de trabajo. Dedos de pianista, manos de escritorio.»

Saluda a Kristin.

Si se miraban las cosas tal y como eran en realidad, casarse con ella había sido el mayor error de su vida.

Stefan sintió que se endurecía por dentro, contra Bertil y contra su esposa.

«Llevo cargando con ellos demasiado tiempo —pensó—. Ya va siendo hora de que se termine.»

Su madre debió de entender lo de Kristin. Lo que le atrajo de ella fue precisamente el parecido que tenían las dos, el aspecto un tanto de muñeca, las formas agradables, el buen gusto.

Por supuesto que su madre se dio cuenta. «Muy personal», había comentado la madre haciendo referencia a la casa de Kristin el día que conoció a la novia de su hijo,

cuando él estaba estudiando en Uppsala. «Agradable.» «Personal» y «agradable», dos buenas palabras a las que recurrir cuando no se podía decir «bonito y con estilo»

sin mentir. Y recordó la sonrisa casi burlona de su madre cuando Kristin le enseñó sus adornos de siemprevivas y rosas secas.

No, Kristin era una niña que era más o menos buena en imitar y copiar a otros, pero nunca llegó a ser el tipo de esposa de pastor como lo fue su madre. Y menuda sorpresa se llevó la primera vez que fue a casa de la desordenada Mildred, cuando invitó a los compañeros y a sus familias a tomar el ponche navideño. La mezcla de gente, las familias de los pastores, Mildred, su marido paródicamente oprimido con la barba y el delantal y las tres mujeres que por el momento se habían refugiado en la casa rectoral de Poikkijarvi, había sido de lo más interesante. Una de las mujeres tenía dos hijos imposibles de aguantar.

Pero la casa de Mildred era como un cuadro de Cari Larsson. La misma levedad, acogedora pero nunca sobrecargada y con el estilo simple que había reinado en casa de Stefan durante toda su infancia. Stefan no había conseguido encajar aquel ambiente con Mildred. «¿Es ésta su casa?», pensó. Más bien se había esperado un caos bohemio con montones de artículos de revista guardados, estanterías de almacén y cojines y mantas orientales.

Recordó a Kristin tras aquel ponche: «¿Por qué no vivimos en la casa rectoral de Poikkijarvi? —le preguntó—. Es más grande, nos iría mejor a nosotros que tenemos hijos.»

Su madre bien había visto que aquel aire delicado de Kristin que lo atraía no era tan sólo delicado sino también muy desgarrado. Algo roto y afilado con lo que Stefan se haría daño tarde o temprano.

De repente le invadió una enérgica amargura hacia su madre.

«¿Por qué no dijo nada? —pensó—. Me debería haber avisado.»

Y Mildred. Mildred, que utilizaba a Kristin.

Recordó aquel día de principios de mayo que apareció con aquellas cartas en la mano.

Intentó expulsar a Mildred de la memoria, pero era igual de molesta ahora que entonces. Avanzaba a paso pesado, lo mismo que antes.

—Muy bien —dice Mildred y entra como un torbellino en el despacho de Stefan.

Es el 5 de mayo. Antes de dos meses ya estará muerta, pero ahora está más que viva. Tiene las mejillas y la nariz rojas como manzanas recién lustradas. Entra y cierra la puerta con el pie.

—¡No, siéntate! —le dice a Bertil, que intenta levantarse del sillón de invitados con intención de escabullirse—. Quiero dirigirme a los dos.

«Dirigirme», ¿qué se puede decir ante un inicio de ese tipo? Sólo eso ya lo dice todo sobre cómo podía ser aquella mujer.

—He estado pensando en eso de la loba —comienza diciendo.

Bertil se pasa una pierna por encima de la otra y cruza los brazos en el pecho. Stefan se reclina sobre el respaldo de su silla alejándose de ella todo lo posible. Se sienten criticados y sermoneados ya antes de que les haya explicado lo que tiene en mente.

—La parroquia le alquila sus tierras a la asociación de cazadores de Poikkijarvi por mil coronas al año —continúa—. El contrato dura siete años y se prolonga automáticamente si nadie lo rescinde. Así ha funcionado desde mil novecientos cincuenta y siete. El párroco de entonces vivía en la casa del cura y le gustaba cazar.

—¿Pero qué tiene eso que ver con...? —empieza Bertil.

—¡Déjame terminar! En verdad, cualquiera puede entrar en la asociación, pero la junta directiva y el grupo de caza son los que le sacan más provecho al arriendo de las tierras. Y como por reglamento el equipo de caza no puede pasar de veinte miembros, nadie más puede entrar. En la práctica, la junta directiva no acepta a ningún socio nuevo hasta que fallezca uno antiguo. Y todos los de la junta son miembros del grupo de caza, así que son los mismos tíos en un sitio que en otro. En los últimos trece años no ha entrado ningún miembro nuevo.

Interrumpe el discurso y mira fijamente a Stefan.

—Excepto tú, claro. Te eligieron después de que Elis Wiss abandonara el grupo de manera voluntaria, hará seis años, ¿verdad?

Stefan no responde nada y es por la manera en que Mildred ha pronunciado la palabra «voluntaria» que siente que le hierve la sangre por dentro, pero deja que Mildred continúe hablando:

—Según el reglamento, sólo el grupo de caza tiene autorización para cazar con balas, así que al final se han adueñado de toda la caza de alces. Respecto al resto de la caza, ciertos miembros seleccionados pueden sacarse permisos para un día, pero todas las piezas que cazan se reparten entre los miembros activos de la asociación y es, ¡sorpresa!, la junta directiva la que decide cómo hay que hacer la repartición. Pero yo pienso lo siguiente: tanto la empresa LKAB como Yngve Bergqvist están interesados en el arriendo, LKAB por sus empleados e Yngve por el turismo. Así que podríamos aumentar considerablemente la tarifa, y me refiero a una suma realmente grande. Con ese dinero podríamos hacer una explotación forestal razonable porque, hablando en serio, ¿a qué se dedica Torbjörn Ylitalo? ¡Le hace recados al grupo de caza! Es que incluso le estamos poniendo un empleado gratis a ese club de machitos.

Torbjörn Ylitalo es el guarda forestal de la parroquia. También es uno de los veinte miembros del grupo de caza y representante de la asociación de cazadores. Stefan sabe que gran parte de la jornada laboral de Torbjörn consiste en planear la caza con Lars-Gunnar, que es el jefe del grupo, mantener los refugios de caza de la parroquia, las torres de vigía y los puestos de vigilancia.

—Conclusión —dice Mildred para terminar—. Tendríamos dinero para la explotación forestal pero, sobre todo, para la protección de la loba. La parroquia puede donar el arriendo a la fundación. La Dirección Nacional de Protección de la Naturaleza ya la ha marcado, pero hace falta más dinero para vigilarla.

—La verdad es que ni siquiera entiendo por qué sacas este tema a relucir

conmigo y con Stefan —la interrumpe Bertil con voz muy tranquila—. Sea como sea, hacer cambios en el arriendo sería un tema que le toca tratar al consejo parroquial.

—Pues en mi opinión —responde Mildred— es un tema que le toca tratar a la congregación.

Se hace silencio en el despacho. Bertil asiente una vez con la cabeza y Stefan siente un dolor en el hombro izquierdo que le empieza a subir por el cuello.

Los dos entienden perfectamente a qué se refiere. Pueden ver claramente qué tono adoptará la discusión si le proponen el tema a la congregación y, por supuesto, a la prensa. El club de machitos que caza gratis en las tierras de la parroquia e incluso se queda con los animales que capturan otros.

Stefan pertenece al grupo de caza, con lo cual no se libraría.

Pero el párroco también tiene motivos para cubrirle las espaldas al grupo de caza, pues le mantienen llena la nevera. Bertil siempre puede invitar a solomillo de alce o a ave salvaje. Y también le han hecho más favores, como la cabaña de madera, por ejemplo. Se la construyeron los miembros del equipo y se la mantienen como compensación por su aprobación silenciosa al reino que tienen en su poder.

Stefan piensa en su puesto en el equipo. No, lo siente como si fuera una piedra caliente y lisa en su bolsillo. Eso es lo que es: su amuleto secreto de la suerte. Todavía recuerda cuando le dieron el puesto. Bertil le pasaba el brazo por los hombros mientras lo presentaba a Torbjörn Ylitalo, el guarda forestal. «Stefan caza —dijo el párroco—, le parecería divertido tener un sitio en el equipo.» Y Torbjörn, señor feudal en el reino de la parroquia, asintió con la cabeza sin siquiera permitirse una mueca de desacuerdo. Dos meses después Elis Wiss renunció al puesto tras cuarenta y tres años. Stefan fue acogido entre los veinte.

—Es injusto —dice Mildred.

El párroco se levanta del sofá de invitados.

—Discutiré esto contigo cuando no actúes empujada por las emociones —le dice a Mildred.

Y se marcha dejando a Stefan a solas con ella.

—Ya veremos cómo lo hacemos —le comenta Mildred a Stefan—. Sólo de pensar en ello me emociono.

Y esboza una gran sonrisa.

Stefan la mira estupefacto. ¿De qué se ríe? ¿Es que no entiende que acaba de ponerse la etiqueta de imposible? ¿Que acaba de declarar una guerra sin igual? Es como si dentro de esta mujer ciertamente inteligente, porque lo

es, tiene que reconocerlo, haya una idiota subnormal que *i* no deja de decir estupideces. ¿Y ahora qué hace él? No puede irse sin más, es su propio despacho, así que se queda titubeando sentado donde está.

Y de pronto Mildred lo mira con seriedad, abre el bolso, saca tres sobres y se los da. Es la letra de su esposa.

Stefan se levanta y coge las cartas mientras siente una punzada en el diafragma. Kristin. ¡Kristin! Sabe de qué tipo de cartas se trata aun sin haberlas leído. Después se desploma de nuevo sobre la silla.

—Dos tienen un tono bastante desagradable —apunta Mildred.

Sí, ya se lo imagina. No es la primera vez, sino que más bien es la cantilena habitual de Kristin. Aunque presente algunas variaciones, siempre es la misma canción. Ya ha pasado por ello dos veces. Han llegado a un destino nuevo y Kristin dirige unos coros infantiles y participa en la escuela dominical, un pajarito encantador que canta todas las promesas del nuevo hogar en todos los tonos posibles. Pero cuando ha pasado el primer enamoramiento, tiene que llamarlo así, empieza el descontento de Kristin. Injusticias reales e imaginadas que va acumulando en un álbum de recuerdos, un período de jaquecas, visitas al médico y acusaciones que caen sobre Stefan, que no se toma en serio el malestar de su esposa. Después hay algo que chirría entre ella y algún empleado o algún miembro de la congregación y enseguida levanta el hacha de guerra en el pueblo. En el último sitio acabó montando un circo en toda regla, con el sindicato de por medio y uno de los administrativos de la oficina parroquial que quería que le consideraran el colapso psíquico como accidente laboral. Y Kristin, que se sentía acusada de manera injusta. Al final, el inevitable traslado. La primera vez fue con

un crío, la segunda con tres. Ahora el mayor va al instituto, una etapa muy delicada.

—Tengo dos más del mismo estilo —dice Mildred.

Cuando se va, Stefan se queda sentado con las cartas en la mano derecha.

Tiene la sensación de que lo ha cazado como si fuera una perdiz, pero no está seguro de si está pensando en Mildred o en su propia mujer.

Máns Wengren, el jefe de Rebecka Martinsson, estaba sentado en el sillón de su despacho haciéndolo chirriar. No se había dado cuenta hasta ahora de que cuando lo subía o bajaba hacía un ruido de lo más irritante y mientras jugaba así, pensó en Rebecka por unos minutos. Después se le fue de la cabeza.

Tenía montones de cosas que hacer: llamadas de teléfono, correos por contestar y clientes a los que entretener. Sus abogados adjuntos habían empezado a dejarle notas y post-its amarillos con mensajitos en el asiento del sillón para que los viera. Pero sólo faltaba una hora para ir a comer, así que mejor posponerlo todo un poco más.

Solía definirse a sí mismo como inquieto y de fondo casi podía oír a su ex mujer diciendo: «Bueno, suena mejor que temperamental, infiel y con necesidad de huir de sí mismo.» Pero lo de inquieto era de lo más cierto. La intranquilidad se había apoderado de él ya en la cuna. Su madre solía contar cómo se pasaba las noches del primer año berreando hasta el amanecer. «Cuando aprendió a caminar se calmó un poco. Por un tiempo.»

Su hermano, tres años mayor, había contado infinidad de veces la historia de cuando vendían árboles de Navidad. Uno de los arrendatarios de la familia les había propuesto a Máns y a su hermano un trabajito extra como vendedores. Eran buenos chicos. Máns acababa de empezar el colegio, pero ya sabía contar, desde luego que sí, bien lo sabía su hermano. Y especialmente cuando se trataba de dinero.

Así que los dos renacuajos de siete y diez años se pusieron a vender árboles de Navidad. «Y Más se sacaba un pastón, mucho más que el resto de nosotros», contaba su hermano. «No entendíamos cómo lo hacía porque por cada árbol se llevaba cuatro coronas de comisión, igual que los demás. Pero mientras nosotros estábamos allí quietos pelándonos de frío esperando a que se hicieran las cinco, Más iba de un lado a otro y hablaba con los vejetes y las señoras que miraban lo que había por allí. Y si a alguien le parecía que el árbol era demasiado largo, él se ofrecía para cortarlo allí mismo, y nadie se le resistía a un chavalín con una sierra que era igual de grande que él. Y ahora viene lo mejor: a los pedazos de tronco serrados, les cortaba también las ramas, con las cuales hacía grandes ramos que luego vendía por cinco coronas y que iban directamente a su bolsillo. El arrendatario, ¿cómo cono se llamaba?, ¿era Mártensson?, se ponía negro. Pero ¿qué le iba a hacer?»

Aquí el hermano hacía un alto en la historia y levantaba las cejas, lo cual lo decía todo sobre la impotencia del arrendatario frente a la astucia del hijo del propietario de las tierras. «Hombre de negocios —terminaba diciendo—, al fin y al cabo, hombre de negocios.»

Más se había defendido contra esa etiqueta hasta llegado a la edad madura. «La abogacía no es lo mismo que un negocio» —decía siempre.

«Y una leche que no lo es —le replicaba su hermano—. Claro que lo es.»

Por su parte, su hermano se había pasado los primeros años de su vida adulta en el extranjero haciendo Dios sabe qué y otras cosas hasta que volvió a Suecia y asentó la cabeza y se licenció como trabajador social. Ahora era jefe de los servicios sociales en la ciudad de Kalmar.

Con el paso del tiempo, Más había dejado de defenderse ante su hermano. ¿Por qué había que poner siempre excusas por el éxito alcanzado?

Ahora ya respondía con un «Por supuesto, negocios y pasta en el banco», y luego solía hablar del último éxito profesional que había conseguido, el último coche que se había comprado o, simplemente, el último teléfono móvil.

Más podía captar el odio de su hermano a través de los ojos de su cuñada, aunque no lo entendía. Su hermano había llevado adelante su matrimonio. Sus hijos iban a verlo.

«Se acabó, voy a hacerlo», pensó y se levantó de la silla musical.

Maria Taube canturreó un adiós y colgó el teléfono. Malditos clientes que llamaban y empezaban a vomitar preguntas tan imprecisas que era imposible responderlas. Tardabas media hora sólo para intentar enterarte del motivo de la llamada.

Picaron a la puerta y antes de que pudiera responder, Más ya asomaba la cabeza.

«¿De verdad no aprendiste nada en el internado de Lundsberg? —pensó irritada—. Como por ejemplo esperar a oír un "adelante".»

Como si Más le hubiera leído el pensamiento, tras la sonrisa, preguntó:

—¿Tienes un minuto?

«¿Cuándo le respondieron por última vez con un no

a esa pregunta?», pensó Maria invitándole con un gesto a sentarse en la silla de visitas y luego apretó el botón de restricción de llamadas entrantes.

Máns cerró la puerta, lo cual era una mala señal. La cabeza de Maria empezó a hurgar en la memoria en busca de algo que se le hubiera pasado por alto o que se le hubiera olvidado, algún cliente que tuviera motivos para estar descontento, pero no se le ocurrió nada. Eso era lo peor de este trabajo. Podía aguantar el estrés, la jerarquía y las horas extra, pero ese abismo de oscuridad que a veces se le abría bajo los pies... Como el fallo que había cometido Rebecka. Tan fácil echar a perder un puñado de millones.

Máns tomó asiento y paseó la mirada por el despacho mientras se repiqueteaba el muslo con los dedos.

—Bonito paisaje —sonrió burlón.

Al otro lado de la ventana se alzaba la fachada amarronada y sucia del edificio vecino. Maria se rió, pero no dijo nada.

«Suéltalo de una vez», pensó.

—¿Cómo va con...?

Máns terminó la pregunta con un gesto hacia los montones de papel que había sobre la mesa.

—Bien —respondió Maria deteniéndose antes de ponerse a hablar sobre algo en lo que estuviera trabajando.

«No lo quiere saber», pensó para disuadirse a sí misma.

—Oye..., ¿sabes algo de Rebecka? —le preguntó Máns.

Los hombros de Maria Taube cayeron un centímetro.

—Sí.

—Torsten me dijo que se quedaba unos días más allí arriba.

—Sí.

—¿Qué está haciendo?

Maria dudó.

—No lo sé muy bien.

—Vamos, Taube, no seas tan difícil. Sé que fuiste tú quien le propuso que subiera. Y, sinceramente, no me parece que fuera una idea demasiado brillante. Así que ahora quiero que me digas cómo está.

Hizo una pausa.

—Es que su puesto de trabajo está aquí.

—Pregúntaselo directamente a ella —le dijo Maria.

—No es tan fácil. La última vez que lo intenté montó todo un numerito, no sé si te acuerdas.

Maria recordó la imagen de Rebecka remando con fuerza para alejarse de la fiesta de la empresa. Estaba loca.

—No puedo hablar de Rebecka contigo. Ya los sabes. Se pondría furiosa.

—Y yo, ¿qué? —preguntó Máns.

Maria Taube sonrió dulcemente.

—Tú siempre estás mosqueado —dijo.

Máns esbozó media sonrisa, animado por aquella pequeña falta de respeto.

—Recuerdo cuando empezaste a trabajar para mí —comentó—. Buena y encantadora. Hacías lo que se te pedía.

—Lo sé —respondió Maria—. Hay que ver lo que este bufete hace con la gente...

Rebecka Martinsson y Nalle aparecieron delante de la puerta de Siwing Fjállborg como dos jornaleros. Éste los recibió como si los estuviera esperando y les invitó a bajar al cuarto de la caldera. *Bella* estaba durmiendo en una caja de madera preparada con mantas, con los cachorros amontonados junto a su vientre. Cuando los invitados entraron, se limitó a abrir un ojo y a golpear el suelo con la cola a modo de saludo.

Hacia la una del mediodía Rebecka había ido a buscar a Nalle a su casa. Su padre, Lars-Gunnar, le abrió y, al lado de su inmensa estatura que se erguía en el umbral de la puerta, Rebecka se había sentido como una chiquilla de cinco años que le pregunta al padre de su amiga si la dejan salir a jugar con ella.

Siwing preparó la cafetera y puso sobre la mesa tazas con dibujos de flores amarillas, de color naranja y marrón. Sirvió también unas tortas de pan en una cestita y sacó del frigorífico sacó mantequilla salada y un paquete de salami.

En el sótano se estaba fresco. El olor a perro y café recién hecho se mezclaban con el suave aroma de la tierra y el cemento. Los rayos del sol entraban por la estrecha ventanilla que había junto al techo.

Siwing miró a Rebecka y pensó que debía de haber ido a buscar ropa al ropero de su abuela porque reconocía aquel anorak negro con copos blancos. Se preguntó si ella sabría que una vez perteneció a su madre. Probablemente no.

Y tampoco nadie le habría comentado jamás lo mucho que se parecía a ella. Tenía el mismo pelo, oscuro y largo, las mismas cejas marcadas, aquella forma de ojos un poco cuadrada, el iris de un color arena claro difícil de determinar y con el borde oscuro.

Los cachorros se despertaron. Grandes patas y orejas, colas como pequeñas hélices golpeaban y armaban ruido y alboroto contra el lateral de la caja de madera. Rebecka y Nalle se sentaron en el suelo y compartieron con ellos parte de sus bocadillos mientras Siwing recogía la mesa.

—No hay nada que huelga tan bien —afirmó Rebecka apretando su nariz en la oreja de uno de los cachorros.

—Pues justo ése no está apalabrado —dijo Siwing—. ¿Te animas?

El cachorro mordisqueaba la mano de Rebecka con sus dientes afilados. Tenía el pelo de color chocolate y tan corto y suave que parecía piel de bebé. Las patas de atrás eran blancas de mitad para abajo.

Lo dejó en el cajón y se puso en pie.

—No puedo. Os espero fuera.

Había estado a punto de decir que trabajaba demasiado para tener perro.

Rebecka y Siwing cogían las patatas. Siwing iba por delante y estiraba los tallos con la mano sana y Rebecka le seguía con la azada.

—Remover y cavar —dijo Siwing— me resulta imposible. Si no, había pensado pedirselo a Lena, que sube este fin de semana con los niños.

Lena era su hija.

—Lo hago encantada —respondió Rebecka.

La azada entraba bien en la tierra arenosa y Rebecka podía recoger las patatas que se soltaban del tallo y quedaban enterradas.

Nalle correteaba por el césped con una pluma de urogallo que llevaba atada a un cordón y jugaba con los cachorros. De vez en cuando Rebecka y Siwing se incorporaban y echaban un vistazo hacia allí. Era imposible no sonreír. Nalle iba con el cordón en la mano tan por encima de la cabeza como le llegaba el brazo, pegando berridos. Corría levantando las rodillas mientras los perros lo seguían como una jauría con un desenfundado espíritu de caza. *Bella* se había tumbado a un lado a calentarse con el sol del otoño y de vez en cuando levantaba la cabeza para atrapar algún tábano pesado o para echarle un ojo a los pequeñuelos.

«Es evidente que yo no soy normal —pensó Rebecka—. No consigo relacionarme con mis compañeros de trabajo, que son de mi misma edad, pero con un viejo y con un retrasado, entonces sí, siento que puedo ser yo misma.»

—Me acuerdo de cuando era pequeña —dijo—. Después de que los mayores recogierais las patatas, siempre hacíais fuego por la tarde y los niños podíamos asar las patatas que habían quedado enterradas.

—Carbonizadas por fuera, medio hechas por debajo de la piel y crudas por dentro. Ya me acuerdo, ya. Y de vosotros, cuando entrabais, llenos de hollín y de tierra de pies a cabeza.

Rebecka sonrió al recordarlo. Los críos habían aprendido a tenerle respeto al fuego porque no les dejaban tocarlo, pero la tarde después de la recogida de la patata era una excepción. Entonces el fuego era suyo. Eran ella, sus

primos y Lena y Mats, los hijos de Siwing. Se sentaban a mirar las llamas rodeados por la oscuridad del otoño, removían un poco con palos y se sentían como indios en un libro de aventuras.

No volvían a casa de la abuela hasta las diez o las once, que ya era casi noche cerrada, felices y sucios. A esas horas los mayores ya habían tomado una sauna hacía rato y estaban haciendo la sobremesa. La abuela, Inga-Lili, la esposa de Affe, y Maj-Lis, la mujer de Siwing, tomaban té mientras que Siwing y el tío Affe estaban cada uno con su cerveza Tuborg. Rebecka aún se acordaba de los hombres que salían' en la etiqueta. «Hvergang».

Ella y los demás niños eran lo bastante prudentes como para quedarse en el recibidor y no entrar en la cocina con medio campo de patatas encima.

—Ya llegan los cafres —decía Siwing riendo—. No puedo decir cuántos son porque el recibidor está más oscuro que una mina y tienen la piel negra como el carbón. Echaos a reír para que podamos contar las filas de dientes.

Y se reían. La abuela les sacaba toallas y luego bajaban corriendo a la sauna junto al río y aprovechaban el último calor que quedaba.

Cuando Anna-Maria Mella llegó, el representante de la asociación de cazadores de Poikkijarvi, Torbjörn Ylitalo, cortaba leña en el jardín de espaldas a ella y con cascos para protegerse los oídos, por lo que no se enteró de que tenía visita. Anna-Maria aprovechó la ocasión para echar un vistazo a su alrededor con más detalle.

Las ventanas tenían cortinas a cuadros pequeños y detrás había geranios bien cuidados, por lo que probablemente estaría casado. Los arriates estaban limpios de malas hierbas y no había ni una sola hoja caída en el césped. La valla de madera estaba pintada de rojo y las puntas de las tablillas eran blancas.

Anna-Maria pensó en la valla de su casa, llena de manchas verdes, y en la pintura plástica que estaba saltando en la fachada sur.

«El verano que viene tenemos que pintar», pensó.

Pero ¿no fue justo eso lo que pensó el otoño pasado?

La sierra circular de Torbjörn Ylitalo cortaba la leña con un berrido agudo y penetrante. Cuando tiró el último trozo a un lado y se agachó para coger otro tronco de un metro de largo, Anna-Maria aprovechó para pegar un grito.

El hombre se giró, se bajó los cascos protectores hasta el cuello y apagó la sierra. Torbjörn Ylitalo rondaba los

sesenta. Era un poco gordo pero al mismo tiempo se le veía en forma. El poco pelo que le quedaba en la cabeza era igual de gris que la barba y estaba bien cortado. Después de quitarse las gafas protectoras, se abrió la chaqueta; de trabajo azul claro, se sacó unas gafas de sol Svennis flexibles y sin montura y se las pinzó en su prominente nariz. Estaba quemado por el sol y curtido por el viento! de cuello para arriba. Sus lóbulos eran grandes aletas de carne, pero Anna-Maria observó que la máquina de afeitar también había pasado por ellas.

«No como Sven-Erik», pensó.

De sus orejas había veces que brotaban puras escobas.

Se sentaron en la cocina. Anna-Maria aceptó el café después de que Torbjörn Ylitalo dijera que él de todas formas se iba a tomar uno.

Echó la cantidad justa en la cafetera y empezó a buscar algo torpemente dentro de la nevera. Pareció relajarse cuando Anna-Maria le dijo que no quería nada para comer.

—¿Tienes vacaciones ahora de cara a la cacería del alce? —le preguntó Anna-Maria.

—No, pero tengo un horario bastante relajado, eso sí.

—Hmmm, eres el guarda forestal de la parroquia.

—Sí.

—Y representante de la asociación de cazadores, miembro del grupo de caza.

Asintió con la cabeza.

Hablaron un rato sobre caza y derivaron a la recolección de bayas.

Anna-Maria se sacó un bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta, que no se había quitado, y los dejó sobre la mesa.

—Como te he dicho fuera, se trata de Mildred Nilsson. Por lo que tengo entendido, tú y ella no congeniabais.

Torbjörn Ylitalo se la quedó mirando. No sonreía ni lo había hecho hasta el momento. Sin prisa le dio un trago al café, dejó la taza en la mesa y preguntó:

—¿Quién ha dicho eso?

—¿Era así?

—Qué puedo decir..., no me gusta hablar mal de los muertos, pero la verdad es que esa mujer sembraba discordia e irritación en todo el pueblo.

—¿En qué sentido?

—Lo diré tal cual: ella odiaba a los hombres. Pienso francamente que quería que todas las mujeres del pueblo se separaran de sus maridos. Y en una situación así no se puede hacer gran cosa.

—¿Estás casado?

—¡Afirmativo!

—¿Hizo Mildred algún intento para que ella te dejara?

—Con ella no. Pero con otras, sí.

—Entonces, ¿exactamente en qué diferíais Mildred y tú?

—Bueno, eso de fijar cupos en el equipo de caza era otra idea brillante de las tuyas. ¿Más café?

Anna-Maria negó con la cabeza.

—O sea, un tercio mujeres. Ella decía que sería una condición para que nos alargaran el arrendamiento de las tierras.

—Y a ti te parecía una mala idea.

Hubo ahora un énfasis en su manera de hablar, que hasta el momento había

sido bastante relajada.

— Es que la única a la que le parecía buena idea era a ella. Y yo no soy misógino, pero igual que hay que competir para obtener un puesto en una junta directiva de

una empresa o un parlamento, para estar en nuestro grupo de caza hay que cumplir las mismas condiciones. Sería de lo más discriminatorio que pudieras entrar en el equipo sólo porque eres mujer. Y ¿cómo conseguirías que te respetaran? Y además, ¿qué problema hay en que los hombres se ocupen de la caza? A veces pienso que la caza es el último reducto de la civilización. Al menos que ése no nos lo toquen. Que yo no me puse a insistir como un loco para que me dejaran participar en su grupo femenino que leía la Biblia.

— Así que Mildred y tú estabais peleados por eso.

— Tanto como peleados... Ella sabía cuál era mi opinión.

— Magnus Lindmark asegura que habrías estado encantado de ponerle la escopeta en la boca.

Anna-Maria pensó unos segundos en si debería haber compartido aquel comentario pero, por otro lado, se lo tenía bien merecido, aquel desgraciado que se dedicaba a decapitar gatitos.

Torbjörn Ylitalo no pareció alterarse; incluso esbozó una mínima sonrisa por primera vez en toda la conversación. Una sonrisa cansada y casi imperceptible.

— Eso me suena más bien a sus propios deseos —dijo—. Pero Magnus no la mató. Ni yo tampoco.

Anna-Maria permaneció en silencio.

— Si la hubiese matado yo, le habría disparado y la habría enterrado bien en alguna ciénaga.

— ¿Sabías que quería anular vuestro arriendo?

— Sí, pero en la junta de la parroquia no había nadie de su lado, así que daba igual lo que quisiera.

Torbjörn Ylitalo se puso en pie.

— Oye, si no tienes más preguntas, tengo que seguir con la leña.

Anna-Maria también se levantó mientras Torbjörn retiraba las tazas.

Después cogió la cafetera y la metió en la nevera con el café aún caliente.

Anna-Maria se abstuvo de hacer comentarios y se despidieron en el jardín completamente tranquilos.

Anna-Maria Mella se marchó de la casa de Torbjörn Ylitalo y pensaba volver a casa de Erik Nilsson para preguntarle si sabía quién le había enviado el dibujo a su esposa.

Aparcó el coche junto a los postes de entrada de la valla de la casa rectoral. El buzón estaba con la tapa completamente levantada y rebosante de revistas y correo acumulado. En breve llegarían las lluvias y las facturas, la propaganda y las revistas se

convertirían en un enorme amasijo de papel-maché. Anna-Maria ya había visto buzones llenos en otras ocasiones. Lllaman los vecinos, el buzón tiene ese mismo aspecto, la policía acude al lugar y dentro encuentran la muerte, de una manera u otra.

Tomó aire. Primero tantearía la puerta, pues si el marido de la pastora estaba dentro, lo más probable es que no estuviera cerrada con llave. Si lo estaba, echaría un vistazo a través de las ventanas de la planta baja.

Subió al porche, que estaba moderadamente decorado con trabajos de ebanistería, pintado de color blanco, sillas de caña también blancas y grandes tiestos vidriados de color azul cuyo interior se había secado hasta hacerse una masa dura como el cemento, con restos marrones y crujientes de flores de verano.

En el mismo instante en que tocó la manilla de la puerta, ésta bajó y la puerta se abrió desde dentro. Anna-Maria no gritó; probablemente, no se movió ni un milímetro, pero por dentro dio un respingo y se le encogió el estómago.

Una mujer apareció en el umbral de la puerta y a punto estuvo de casi chocar con Anna-Maria a la vez que soltaba un grito de terror.

Rondaba los cuarenta y tenía unos ojos grandes y marrones decorados con unas cejas largas y tupidas. No era mucho más alta que Anna-Maria, es decir, era bajita, pero más delicada y fina de cuerpo. La mano que se llevó al pecho tenía los dedos largos y la muñeca delgada.

—Vaya —sonrió.

Anna-Maria se presentó.

—Estoy buscando a Erik Nilsson.

—Ah, ya —respondió la mujer—. No..., no está aquí.

Su voz pareció desvanecerse.

—Se ha mudado —dijo—. Como la casa rectoral pertenece a la parroquia... No es que nadie lo haya obligado a irse, pero... Perdón, me llamo Kristin Wikström.

Le alargó su delicada mano a Anna-Maria y después pareció algo cortada y como con la necesidad de explicar qué estaba haciendo allí.

—Mi marido Stefan Wikström se va a instalar aquí en la casa rectoral ahora que Mildred... Bueno, no sólo él, claro, yo y los niños también.

Se rió un poco.

—Erik Nilsson no se ha llevado los muebles ni pertenencias y no sabemos dónde está y..., bueno, he venido a echar un vistazo para saber cuánto hay que hacer.

—¿Así que no sabéis dónde está Erik Nilsson?

Kristin Wikström negó con la cabeza.

—Y ¿tu marido? —le preguntó Anna-Maria.

—Él tampoco lo sabe.

—Ya, pero él dónde está.

A Kristin Wikström se le formaron unas cuantas arruguitas por encima del labio superior.

—¿Qué quieres de él?

—Sólo hacerle algunas preguntas.

Kristin Wikström negó despacio con la cabeza.

—Me encantaría que lo dejaran tranquilo de una vez —dijo—. Ha pasado un verano muy duro, sin vacaciones, con la policía preguntando cada dos por tres. Igual que los periodistas; incluso llaman por la noche, ¿sabes?, y no nos atrevemos a desconectar el teléfono porque mi madre es muy mayor y está enferma. ¿Y si es ella la que llama? Aparte del miedo que tenemos todos de que haya un loco que... No nos atrevemos ni a dejar que los niños salgan solos. Me paso el día preocupada por Stefan.

«Pero no menciona la tristeza de haber perdido a una compañera», constató fríamente Anna-Maria.

—¿Está en casa? —le preguntó sin pudor alguno.

Kristin Wikström suspiró cansada y miró a Anna-Maria como si fuera una niña a la que se acaba de decepcionar.

—La verdad es que no lo sé —contestó—. No soy ese tipo de mujer que tiene un control total sobre su marido todo el tiempo.

—Entonces probaré en la casa del cura de Jukkasjarvi y si no lo encuentro allí me acercaré a la ciudad —dijo Anna-Maria Mella esforzándose para no poner cara de impaciencia.

Kristin Wikström se queda de pie en el porche de la casa rectoral de Poikkijarvi mirando el Ford Escort rojo mientras se marcha. No le ha gustado esa mujer policía. De hecho, no le gusta nadie. Bueno, sí, le gusta Stefan. Le quiere. Y también a los niños. Ama a su familia.

Tiene un proyector metido en la cabeza que no le parece muy normal porque a veces sólo proyecta locuras, pero ahora siente que quiere cerrar los ojos para ver unas imágenes que le encantan. El sol de otoño le calienta la cara; aún están a finales de verano y por la temperatura que hace nadie diría que están en Kiruna. Ahora ese calorcito va que ni pintado, porque las imágenes de la película son de la primavera pasada.

Los rayos del sol entran por la ventana y le calientan la piel. Los colores son tan suaves y tenues que parece que le brille una aureola alrededor del pelo. Está sentada en una silla en la cocina y Stefan está en otra a su lado. Se ha inclinado hacia delante y está con la cabeza sumergida en el regazo de su mujer. Ella le pasa las manos por el pelo y lo tranquiliza: «schh». Stefan llora. «Mildred —dice—. Ya casi no puedo más.» Lo único que quiere es vivir tranquilo. Tener paz en el trabajo y paz en el hogar, pero con Mildred inyectando su veneno en la congregación... Kristin le acaricia la cabeza y disfruta de ese momento sagrado. Stefan es tan fuerte. Nunca busca consuelo en su mujer, por lo que ahora ella disfruta de ser ese apoyo para él.

Algo le hace levantar la mirada. En la puerta está Benjamín, su hijo mayor.

Dios, qué pinta tiene con ese pelo largo y los téjanos negros, ajustados y rotos. Él se queda mirando a sus padres con ojos salvajes pero sin decir nada. Su madre frunce el ceño para indicarle que se vaya. Sabe que Stefan no quiere que sus hijos lo vean así.

La película termina y Kristin se agarra a la barandilla. Ésta será su nueva casa. Si el marido de Mildred se cree que puede dejar sin más todos los muebles y que nadie se atreva a sacarlos, está muy equivocado.

Mientras se dirige al coche vuelve a reproducir las imágenes en su cabeza. Esta vez elimina la presencia de su hijo Benjamín.

Anna-Maria aparcó el coche en la explanada de la casa rectoral de Poikkijarvi y llamó a la puerta, pero no abrió nadie.

Cuando se dio la vuelta vio a un muchacho que se acercaba hasta allí. Tendría la edad de Marcus, quizá quince. Llevaba el pelo hasta los hombros y lo tenía negro, a juego con las líneas de los ojos, marcadas del mismo color. Llevaba una chaqueta de cuero también negra y pantalones ajustados con unos agujeros enormes en las rodillas.

—¡Hola! —gritó Anna-Maria—. ¿Vives aquí? Estoy buscando a Stefan Wikström, ¿sabes si...?

No pudo decir más. Primero el chico se la quedó mirando y al cabo de un instante dio media vuelta y salió corriendo por el camino. Por un momento Anna-Maria pensó en ir tras él y cogerlo, pero enseguida cambió de opinión. ¿Para qué?

Se subió al coche otra vez y puso rumbo a la ciudad. Cuando cruzó el pueblo fue fijándose en si veía al chico de la ropa negra, pero no lo vio por ninguna parte.

¿Sería uno de los hijos de la familia del pastor? ¿O quizá alguien que se quería meter en la casa y que se sorprendió al encontrarse con otra persona?

También había otra cosa a la que le estaba dando vueltas.

La esposa de Stefan Wikström. Se llamaba Kristin Wikström.

Kristin. Le sonaba el nombre.

Y entonces cayó en la cuenta. Se salió al arcén de la carretera y paró el coche. Luego se estiró para coger el montón de cartas dirigidas a Mildred que Fred Olsson había separado y que le parecían interesantes.

Dos de ellas estaban firmadas «Kristin».

Anna-Maria las leyó. Una llevaba fecha de marzo y estaba escrita a mano con letra esmerada:

«Déjanos en paz. Queremos vivir tranquilos. Mi marido necesita paz para trabajar. ¿Quieres que me ponga de rodillas? Lo hago. Y te lo ruego: déjanos en paz.»

La otra llevaba fecha de un mes más tarde. Se veía que la había escrito la misma persona, pero la letra era más ampulosa, los garfios de la g eran largos y algunas palabras estaban tachadas con descuido:

«A lo mejor te crees que no lo SABEMOS. Pero todo el mundo sabe que no buscaste trabajo en Kiruna simplemente por casualidad sólo un año después de que mi marido empezara aquí en la ciudad. Pero te lo ASEGURO, lo SABEMOS. Trabajas y colaboras con

grupos y organizaciones cuyo ÚNICO objetivo es ir contra él. Contaminas pozos con tu ODIOS. ¡Y ese ODIOS será tu propia medicina!»

«¿Qué hago ahora? —se preguntó Anna-Maria—. ¿Vuelvo y la presiono contra la pared?» Llamó a Sven-Erik por el móvil.

—Mejor vamos a hablar con su marido —le propuso él—. A mí me va bien, ya que iba de camino al local de la congregación para que me dieran el libro de contabilidad de la fundación para la loba esa.

Stefan Wikström, sentado en su silla al otro lado del escritorio, suspiró profundamente. Sven-Erik Stålnacke se había adueñado del sillón de invitados y Anna-Maria estaba apoyada contra la puerta con los brazos cruzados.

«A veces es tan... poco pedagógica», pensó Sven-Erik mirando a su compañera.

En verdad debería haberse encargado de aquel tipo él solo, habría sido mucho mejor. A Anna-Maria no le gustaba el pastor y no se molestaba en disimularlo. Claro que Sven-Erik también había leído los informes sobre las peleas entre Stefan Wikström y Mildred, pero ahora estaban trabajando.

—Sí, reconozco las cartas —afirmó el pastor.

Tenía el codo izquierdo clavado en la mesa y se apoyaba la frente contra las puntas de los dedos y el pulgar.

—Mi mujer... a veces... a veces se pone mal. No es que esté enferma de la cabeza, pero es de lo más inestable. En realidad ésta no es ella.

Sven-Erik y Anna-Maria permanecieron callados.

—A veces ve fantasmas a plena luz del día. Ella nunca... ¿No creeréis que... ?

Se soltó la frente y dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—Si es así, es de lo más absurdo. Santo cielo, Mildred tenía docenas de enemigos.

—¿Entre ellos tú? —le preguntó Anna-Maria.

—¡En absoluto! ¿Yo también soy sospechoso? Mildred y yo discrepábamos en cuestiones básicas, eso es cierto, pero de ahí a que yo o la pobre Kristin tengamos algo que ver con su asesinato...

—Tampoco lo hemos insinuado —le subrayó Sven-Erik.

Frunció el ceño de una manera que Anna-Maria interpretó como una petición de que callara y escuchara.

—¿Qué dijo Mildred de estas cartas? —preguntó Sven-Erik.

—Me informó de que las había recibido.

—¿Por qué crees que las guardaba?

—No lo sé, yo guardo hasta las felicitaciones de Navidad que me mandan.

—¿Alguien más está al corriente de esto?

—No, y estaría bien si pudiera seguir siendo así.

—O sea que Mildred no se lo contó a nadie.

—No, que yo sepa.

—¿Le estabas agradecido?

Stefan Wikström pestañeó con fuerza.

—¿Qué?

Casi parecía que se fuera a echar a reír. Agradecérselo. ¿Le podría agradecer algo a Mildred? ¡Sonaba ridículo! Pero ¿qué podía decir? Él no podía contar nada. Mildred todavía lo tenía atrapado en una jaula. Había puesto a su mujer como candado y había esperado que le mostrase su agradecimiento.

A mediados de mayo había cedido a la humillación y había ido a ver a Mildred para pedirle las cartas. La acompañó de paseo por la calle Skolgatan hacia el hospital, donde iba a visitar a alguien. Fue la peor época del año. No en su casa en Lund, evidentemente, sino en Kiruna.

Las calles estaban llenas de gravilla y todo tipo de porquería que había surgido al derretirse la nieve. Ni una brizna verde, sólo suciedad y aquellos restos de gravilla.

Stefan había hablado por teléfono con su mujer, que estaba en Katrineholm en casa de su madre con los niños más pequeños. Por la voz se la oía más animada.

Stefan mira a Mildred, quien también parece contenta. Gira la cara hacia el sol y de vez en cuando respira hondo y con deleite para tomar aire. Debe de ser una bendición el hecho de no tener sentido de la belleza: la gravilla y la suciedad no te cambian el humor.

«Es bastante raro —piensa, y no sin cierta amargura—, que Kristin se ponga más contenta y recupere fuerzas alejándose de él un tiempo. Ésa no es la idea que él tiene del matrimonio, más bien piensa que ambos deben darse fuerzas y apoyo recíprocamente. De otra parte, ya hace tiempo que ha aceptado que Kristin no es el apoyo que le gustaría que fuera, pero ahora empieza a tener la sensación de que ella siente que él tampoco es suficiente.» «No sé, unos cuantos días más», le responde imprecisa a la pregunta de Stefan de cuándo volverá.

Mildred no le quiere dar las cartas.

—Puedes destrozarme la vida en cualquier momento —le dice él con una falsa sonrisa.

Ella se lo queda mirando.

—Entonces tendrás que acostumbrarte a confiar en mí —responde.

Stefan la mira y piensa que cuando caminan así, uno al lado del otro, se hace patente lo pequeña que es. Sus dientes delanteros son anormalmente delgados. Se la mire como se la mire, parece un campanol.

—Voy a sacar el tema del arriendo de la asociación

de cazadores de Poikkijarvi en el consejo parroquial. El arriendo vence esta Navidad. Si se lo arrendamos a alguien que pueda pagar...

Stefan Wikström no da crédito a lo que está oyendo.

—Así que la cosa va por ahí —dice y se extraña de lo tranquilo que suena—. ¡Me estás amenazando! Si voto a favor de que la asociación siga con el arriendo, les contarás lo de Kristin. Eso es caer bajo, Mildred. Ahora sí que estás sacando tu verdadero yo.

Siente que la boca adopta vida propia en su cara. Se retuerce en una mueca casi de lágrimas.

Mientras Kristin descanse un poco ya se sentirá equilibrada otra vez, pero si esto de las cartas sale a la luz... Stefan sabe que no lo podría soportar. Ya la oye acusando a la gente de hablar a sus espaldas. Así sólo conseguirá ponerse a la gente en contra y dentro de poco tendrá guerra en diferentes frentes al mismo tiempo y terminará por sucumbir.

—No —dice Mildred—. No te estoy a amenazando. No diré nada, pase lo que pase. Lo único que quiero es que tú...

—¿Que te esté agradecido?

—... me complacieras en una única cosa —dice cansada.

—¿Que fuera en contra de mi propia conciencia?

Es ahora cuando Mildred se enciende y muestra su yo más interior.

—¡Venga, vamos! Como si se tratara de eso. Una cuestión de conciencia.

Sven-Erik Stålnacke repitió la pregunta que le había hecho:

—¿Le estabas agradecido? Teniendo en cuenta que

no erais muy buenos amigos, fue muy generoso por su parte no explicarle a nadie lo de las cartas.

—Sí —terminó por responder Stefan al cabo de un momento.

Sven-Erik asintió con un sonido gutural y Anna-Maria se separó de la puerta.

—Una cosa más —dijo Sven-Erik—. El libro de cuentas de la fundación para la loba, ¿lo tenéis aquí en el local de la congregación?

Los iris de Stefan Wikstrom se movieron intranquilos por el blanco de los ojos como peces de acuario en un cuenco.

—¿Cómo?

—El libro de cuentas de la fundación, ¿está aquí?

—Sí.

—Nos gustaría verlo.

—¿No necesitáis una especie de permiso del juez?

Anna-Maria y Sven-Erik intercambiaron una mirada y Sven-Erik se levantó.

—Disculpadme —dijo—. Necesito ir al baño, ¿por dónde...?

—A la izquierda, cruzas la puerta de la secretaría y la primera a la izquierda

otra vez.

Sven-Erik desapareció en un segundo.

Anna-Maria sacó la copia del dibujo del cuerpo de Mildred ahorcado.

—Alguien le mandó esto a Mildred Nilsson, ¿lo habías visto antes?

Stefan Wikström cogió la hoja sin que le temblara la mano.

—No —afirmó.

Le devolvió el dibujo a la inspectora.

—¿Tú no has recibido nada por el estilo?

—No.

—Y no tienes ni idea de quién se lo pudo haber enviado. ¿Nunca te dijo que lo había recibido?

—Mildred y yo no nos contábamos confidencias.

—Quizá podrías hacerme una lista de personas que se te ocurran con las que Mildred hablaba. Me refiero a gente de aquí de la parroquia o del local de la congregación.

Anna-Maria Mella lo miraba mientras iba apuntando nombres. Cruzaba los dedos para que Sven-Erik hiciera lo que tenía que hacer allí fuera lo más rápido posible.

—¿Tienes hijos? —le preguntó.

—Sí, tres chicos.

—¿Cuántos años tiene el mayor?

—Quince.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Se parece a ti?

De pronto la voz de Stefan Wikström se volvió un tanto lenta.

—Eso es muy difícil de decir. No se sabe qué cara tiene, debajo de todo ese pelo teñido y el maquillaje. Está en una... fase.

Levantó la mirada y sonrió. Anna-Maria comprendió que esa sonrisa de padre, esa pausa discursiva y la palabra «fase» eran recursos que usaba de manera rutinaria siempre que hablaba de su hijo.

De pronto la sonrisa de Stefan Wikström se desvaneció.

—¿Por qué me preguntas por Benjamín?

Anna-Maria le cogió la lista de las manos.

—Gracias por la ayuda —le dijo antes de salir.

Sven-Erik Stålnacke salió del despacho de Stefan Wikström y se metió directo en la secretaría, donde trabajaban tres mujeres. Una de ellas estaba regando las flores de las ventanas y las otras dos estaban sentadas delante de sus ordenadores. Sven-Erik se acercó a una de ellas y se presentó. La mujer era más o menos de su edad, no llegaba

a los sesenta. Le brillaba la punta de la nariz y tenía ojos bondadosos.

—Nos gustaría echar un vistazo al libro de cuentas de la fundación esa para la loba —dijo.

—Vale.

La mujer se fue hasta una estantería y volvió con una carpeta que estaba prácticamente vacía. Sven-Erik miró pensativo las pocas hojas que había dentro. Normalmente, a un registro de cuentas le corresponde un montón de papeles, recibos, columnas y facturas.

—¿Esto es todo? —le preguntó incrédulo a la mujer.

—Sí. Apenas hay transacciones, son casi todo ingresos.

—¿Me lo prestas un rato?

Ella sonrió.

—Quédatelo, sólo son copias impresas. Lo puedo imprimir todo de nuevo desde el ordenador.

—Oye —le dijo Sven-Erik bajando la voz—. Necesito preguntarte algo, ¿podemos...?

Hizo un gesto hacia la escalera.

La mujer lo acompañó.

—Hay un recibo de gastos de formación —dijo Sven-Erik—. Una cantidad bastante considerable...

—Sí —respondió la mujer—. Ya sé a cuál te refieres.

Se quedó pensando unos segundos, como si estuviera cogiendo carrerilla.

—Aquello no estuvo bien —dijo al final—. Mildred se enfadó muchísimo. Stefan y su familia se fueron de vacaciones a Estados Unidos a finales de mayo. Con dinero de la fundación.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Él, Mildred y Bertil eran administradores de la fundación indistintamente. Así que no había problema. Supongo que pensó que nadie se daría cuenta, o igual lo hizo para provocarla, vete a saber.

—¿Qué pasó?

La mujer se lo quedó mirando unos segundos.

—Nada —le respondió—. Supongo que hicieron un punto y aparte. Mildred dijo que Stefan había ido a visitar el parque de Yellowstone porque estaban llevando a cabo un proyecto con lobos, así que, bueno, por lo que yo sé no hubo bronca.

Sven-Erik le dio las gracias y mientras la mujer volvía a su puesto delante del ordenador, él se preguntaba si debía volver al despacho de Stefan para preguntarle sobre el viaje. Pero, bien mirado, no había prisa, ya hablarían de ello al día siguiente. Instintivamente sentía que necesitaba sopesar las cosas un poco y hasta entonces no

había motivo para ir asustando a la gente.

—Ni se inmutó —le dijo Anna-Maria a Sven-Erik en el coche—. Cuando le enseñé el dibujo a Stefan Wikstrom se quedó como si nada. O no tiene ningún tipo de sentimientos o estaba procurando ocultarlos al cien por cien. Ya sabes de qué va, estás tan preocupado en aparentar que estás relajado que te olvidas incluso de que debes reaccionar de vez en cuando.

Sven-Erik asintió.

—Por lo menos se debería haber interesado un poco —continuó Anna-Maria—. Como mínimo mirarlo un poco. Yo habría reaccionado así. Me habría afectado si se hubiese tratado de alguien que me importaba. Y aunque no la conociera o no me gustara esa persona, habría sentido cierto cosquilleo. Me habría quedado mirando el dibujo un rato.

«Lo cierto es que no me ha respondido a lo último —pensó después—. Cuando le he preguntado si tenía idea de quién se lo podría haber enviado. Lo único que ha dicho es que Mildred y él no se hacían confianzas.»

Stefan Wikström se dirigió hacia la secretaría con una ligera sensación de mareo en el cuerpo. Debería irse a casa y cenar algo.

Las administrativas lo miraban con curiosidad.

—Han venido a hacer unas preguntas rutinarias sobre Mildred —les dijo.

Las tres asintieron con la cabeza, pero Stefan pudo ver que seguían con la curiosidad. Menuda frase. «Preguntas rutinarias.»

—¿Han hablado con vosotras?

La mujer que había hablado con Sven-Erik respondió.

—Sí, el hombre ese tan grande me ha pedido el libro de cuentas.

Stefan se quedó petrificado.

—No se lo habrás dado, ¿verdad? No tienen derecho a...

—¡Claro que se lo he dado! Allí no hay ningún secreto, ¿o sí?

La mujer se lo quedó mirando con dureza y Stefan sintió también las miradas de las demás mujeres. Al final dio media vuelta y volvió a su despacho con pasos apresurados.

El párroco podía decir lo que le diera la gana. Ahora Stefan tenía que hablar con él, así que llamó a Bertil al móvil.

El párroco estaba en el coche y a veces se cortaba el sonido.

Stefan le contó que la policía había ido a verle y que se habían llevado las cuentas de la fundación.

Bertil no parecía demasiado alterado. Stefan le dijo que como los dos estaban en la dirección de la fundación, formalmente no se había cometido ningún delito, pero aun así.

—Si sale en las noticias, ya sabemos cómo lo van a presentar. Nos etiquetarán

de malversadores.

—Seguro que sale bien —dijo el párroco con calma—. Oye, voy a aparcar, hablamos luego.

Por su tranquilidad, Stefan comprendió que el párroco no le apoyaría si se hiciera público el viaje a Estados Unidos y nunca reconocería que se habían puesto de acuerdo al respecto. «En la fundación hay mucho dinero que en este momento no se está aprovechando», había salido una vez de la boca de Bertil, y después empezaron a hablar sobre algún viaje para mejorar la competencia. Eran los administradores de una fundación para el cuidado de la fauna salvaje, pero no tenían ni idea de lobos, así que decidieron que Stefan iría a Yellowstone y por algún motivo terminaron yendo también Kristin y los niños. Así fue como los sacó de Katrineholm.

Se daba por hecho que nadie le diría ni una palabra a Mildred de que el dinero venía de la fundación pero, evidentemente, alguien de la secretaría se fue de la lengua.

Mildred se le había encarado a la vuelta del viaje. Stefan intentó explicarle con sensatez lo necesario que era que algunos de los dirigentes de la fundación tuvieran conocimientos reales del tema. Además, como cazador y hombre de bosque, él era el más indicado. Podía ganarse un respeto y una comprensión que Mildred no lograría ni en mil años por mucho que se lo propusiera.

Stefan se esperaba un ataque de ira, incluso una pequeña parte de él lo estaba deseando, pues le gustaba el contraste de la manifestación enrojecida de la pérdida de control contra el azul profundo de su propia calma y reflexión.

Pero, en vez de enfadarse, Mildred se había inclinado por encima de la mesa de Stefan con tanta gravedad que por un momento el pastor pensó que quizá estaba secretamente enferma de los riñones o del corazón. Volvió la cara en la que, debajo de la quemazón del sol de primavera, le asomaba la piel blanca en contraste con las dos esferas negras de los ojos. Era como un peluche ridículo con botones en los ojos que había tomado vida y que de pronto resultaba de lo más aterrador.

—Cuando hable sobre el arriendo en el consejo parroquial de cara a fin de año quiero que te quedes calladito, ¿te enteras? —le dijo—. Si no, la policía será la que decida si lo que has hecho está bien o mal.

Stefan intentó decirle que estaba siendo ridícula.

—Tú eliges —le contestó—. No pienso ser condescendiente contigo hasta la eternidad.

El pastor se la quedó mirando estupefacto. ¿Cuándo había sido condescendiente con él?

Stefan pensó en el párroco, luego pensó en su mujer, después en Mildred y por último en las miradas de las administrativas. De pronto tuvo la sensación de estar perdiendo el control de su propio aliento y empezó a jadear como un perro encerrado en un coche. Tenía que tranquilizarse.

«Puedo salir de ésta —pensó—. ¿Qué me está pasando?»

Ya de pequeño se había buscado amigos que lo presionaban y se aprovechaban

de él. Primero sólo le hacían hacer recados y darles las golosinas, pero después le obligaban a pinchar ruedas y a tirar piedras para demostrar que el hijo del pastor no era un cagón. Y ahora de adulto parece que siempre busca a personas y situaciones en las que lo acaban tratando como porquería. Cogió el teléfono. Sólo una llamada.

Lisa Stockel está sentada en las escaleras de su casita de chocolate, «el examen final del pastelero drogadicto», como la suele llamar Mimmi. En breve se acercará hasta el bar. Últimamente cena allí cada día y a su hija no parece que le resulte extraño. En la cocina de Lisa sólo hay un plato hondo, una cuchara y un abrelatas para la comida de perro. Los perros mueven la cola en el borde del jardín mientras olfatean o mean en los groselleros. Tiene la impresión de que la miran extrañados al ver que no les pega ningún grito.

«Mead donde os dé la gana», piensa con media sonrisa en la cara.

La dureza del corazón del ser humano es algo curioso. Se parece a las plantas de los pies en verano. Puedes correr pisando pinas y grava, pero si se te hace una herida en el talón, es profunda.

La dureza siempre ha sido su fuerza motora. Sin embargo, ahora es su debilidad. Intenta encontrar las palabras adecuadas para hablar con Mimmi, pero es una tarea en vano. Todo lo que le tiene que decir se lo debería haber dicho hace tiempo y ahora ya es demasiado tarde.

Y ¿qué le habría dicho entonces? ¿La verdad? Poco probable. Se acuerda de cuando Mimmi tenía dieciséis años. Ella y Tommy ya llevaban separados muchos años. Él se pasaba los fines de semana empujando el codo, pero por fortuna era un buen estucador y cuando estaba con trabajo se limitaba a la cerveza, de lunes a jueves. Mimmi estaba preocupada, evidentemente, y era de la opinión de que Lisa debía hablar con él. Una vez le preguntó: «¿No te importa papá?», a lo que Lisa respondió con un sí, pero era mentira. Ella, que había decidido que las mentiras se habían terminado. A pesar de todo, Mimmi era Mimmi y sabía que Tommy no le importaba una mierda a Lisa. «¿Por qué diantre te casaste con papá?», le preguntó en otra ocasión, a lo que Lisa le dio a entender que no tenía la menor idea. Fue casi un descubrimiento aturdidor. No logró acordarse de lo que había pensado ni sentido cuando empezaron a quedar, se fueron a la cama, se prometieron y él le puso su sello de propiedad alrededor del dedo. Después llegó Mimmi. De pequeña fue una criatura adorable y, a la vez, las cadenas con las que Lisa se ató para siempre a Tommy. Al principio dudó de sus sentimientos de madre. ¿Qué tenía que sentir una madre por su hija? No lo sabía. «Daría mi vida por ella», pensó alguna vez mirando a Mimmi mientras dormía, pero eso no quería decir nada. Era como prometer viajes al extranjero si le tocaba el gordo de la lotería. Le era más fácil morir por su hija en la teoría que sentarse a leerle algo durante un cuarto de hora. La Mimmi dormida la llenaba de añoranza y de remordimientos de conciencia. La Mimmi despierta, con sus manirás recorriéndole la cara y metiéndose en sus mangas en busca de piel y proximidad, le daba escalofríos.

Siempre le había parecido imposible liberarse del matrimonio pero luego, una vez roto, se sorprendía de lo fácil que le había resultado. Era tan sencillo como hacer las maletas y mudarse. Las lágrimas y los gritos eran como aceite en el agua.

Con los perros nunca se complican las cosas. A ellos no les importa que su ama

sea rara; son totalmente sinceros y siempre están contentos.

Como Nalle. Lisa no puede evitar sonreír cuando piensa en él. Lo puede ver en su nueva amiga, la Rebecka Martinsson esa. Cuando Lisa la vio por primera vez el martes por la tarde llevaba aquel abrigo largo y un chal brillante, seguramente de seda auténtica. Sería secretaria de algún gerifalte, o algo así. Y había algo, quizá una demora de un microsegundo, como si siempre se lo pensara antes de contestar, gesticular o sonreír. A Nalle no le importan esas cosas. Él se mete en el corazón de la gente sin pedir permiso. Sólo un día con Nalle, y ya Rebecka Martinsson aparecía con un anorak de los años setenta y el pelo recogido con una goma marrón, de esas que se llevan la mitad de la cabellera cuando te la quitas.

Y él no sabe mentir. Cada dos jueves Mimmi sirve té inglés en el bar y ya se ha convertido en una de esas cosas por las que las mujeres de la ciudad van hasta Poikkijarvi. También hay panecillos suecos recién hechos, con mermelada, y siete clases de galletas. El último jueves Mimmi soltó un grito con voz severa: «¿Quién le ha pegado un bocado a esta galleta?» Nalle, que estaba merendando tostadas y leche, levantó la mano con la velocidad de un relámpago y confesó directamente: «¡Yo!»

«Bendito Nalle», piensa Lisa.

Justo las mismas palabras que Mildred pronunció mil veces.

Mildred. Cuando la dureza de Lisa se agrietó, Mildred se coló por ella contaminándola entera.

Sólo han pasado tres meses desde aquella vez que estaban en el sofá cama de la cocina, como solían hacer bastante a menudo porque los perros ocupaban la cama y Mildred siempre decía: «No los echéis, ¿no ves lo a gusto que están?»

En aquella época, a principios de junio, Mildred en realidad está hasta el cuello de trabajo. Terminan las escuelas, hay confirmaciones, fin de curso de grupos de niños, fin de curso de otros más mayores, fin de curso de los jóvenes y un montón de bodas. Lisa está tumbada de lado sobre el costado izquierdo apoyándose en el codo, y en la mano derecha sujeta un cigarrillo. Mildred está dormida, o quizá despierta; probablemente en un estado intermedio. Tiene la espalda cubierta de pelo, una capa de finísimo vello que le crece hacia abajo a lo largo de la columna. Para Lisa es una bendición extra que, tan loca como está por los perros, encuentre a una amada que tiene la espalda igual que la barriga de un cachorro. Quizá de lobo.

—¿Qué tienes con esa loba? —le pregunta Lisa.

Mildred ha pasado una primavera de lobos en toda regla. Ha salido noventa segundos en el telediario hablando de la loba, el grupo Mil Tonos presentó un concierto para recaudar fondos para la fundación y ella incluso ha hecho sermones con el animal como tema.

Mildred se pone boca arriba y le coge el cigarrillo a Lisa, que empieza a dibujarle símbolos en la barriga.

—Vaya —exclama y se le nota que tiene que hacer un esfuerzo para responder a la pregunta—. Pues hay algo entre los lobos y las mujeres. Nos parecemos. Miro a esa loba y me hace pensar en para qué hemos sido creados. Los lobos son tremendamente

resistentes. Piensa que habitan tanto zonas polares, con un frío de cincuenta grados bajo cero, como desiertos a cincuenta grados de calor. Son territoriales, marcan sus límites con dureza y deambulan libres y hasta donde quieren. Se ayudan entre ellos dentro de la manada, son leales, aman a sus crías por encima de todo. Son como nosotras.

—Tú no tienes crías —dice Lisa arrepiñéndose de inmediato, pero Mildred no se ofende.

—Os tengo a vosotros —se ríe—. Se atreven a irse cuando hace falta —dice Mildred continuando con su discurso—, se pelean y muerden si es necesario. Y están tan... vivos. Y son felices.

Saca el humo de una calada tratando de hacer anillos mientras piensa.

—Tiene que ver con mi fe —dice—. La Biblia está repleta de hombres "que tienen esa gran misión que es más importante que todo lo demás, esposa e hijos y..., bueno, todo. Abraham y Jesús y... Mi padre seguía sus huellas en su labor de sacerdote, ¿sabes? Mi madre se tenía que hacer responsable de la casa, de las visitas al médico y de las felicitaciones de Navidad. Pero, para mí, Jesús es el que permite que las mujeres empiecen a pensar, que se opongan si es necesario, que sean como una loba. Y cuando me amargo tanto que me pondría a llorar, él me dice: «Vamos, es mejor que estés alegre.»

Lisa continúa dibujando sobre la barriga de Mildred y con el dedo índice le recorre los pechos y la cadera.

—Sabes que la odian, ¿no?

—¿Quiénes? —pregunta Mildred.

—Los hombres del pueblo —responde Lisa—. Los del equipo de caza. Torbjörn Ylitalo. A principios de los ochenta lo juzgaron por caza ilegal. Le disparó a un lobo en la provincia de Dalarna. Su mujer es de allí.

Mildred se incorpora en el sofá cama.

—¡Estás de broma!

—No, no bromeo. En realidad le tenían que haber retirado la licencia, pero ya sabes, Lars-Gunnar era policía, y es la policía la que decide esas cosas. Él tiró de contactos y al final... ¿Adónde vas?

Mildred se ha puesto en pie de un salto. Los perros aparecen corriendo pensando que van a salir pero Mildred no les hace el menor caso y se viste a toda prisa.

—¿Adónde vas? —vuelve a preguntar Lisa.

—Mierda de club de machos —gruñe Mildred—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo es que sabiendo esto no me has dicho nada antes?

Lisa se incorpora. Siempre lo ha sabido. Estaba casada con Tommy y él era amigo de Torbjörn Ylitalo. Se queda mirando a Mildred, que fracasa en el intento de ponerse el reloj de muñeca y se lo acaba metiendo en el bolsillo.

—Cazan gratis —resopla Mildred—. La parroquia se lo proporciona todo, no

dejan pasar a nadie, mucho menos si es una mujer. Pero las mujeres trabajan, se encargan del resto y tienen que esperar su recompensa en el cielo. Estoy hasta el cono de que siempre sea así. Es una señal clarísima de cómo ve la Iglesia a los hombres y a las mujeres. ¡Pero que se jodan, hasta aquí hemos llegado!

—¡Por Dios, qué manera de hablar!

Mildred se vuelve hacia Lisa.

—¡Tú también deberías hablar así!

Magnus Lindmark estaba de pie junto a la ventana de la cocina a la caída del sol. Todavía no había encendido ninguna luz, por lo que los contornos y los objetos, tanto de dentro como de fuera, se habían vuelto ligeramente borrosos y empezaban a desvanecerse en la oscuridad cada vez más.

Aun así pudo distinguir claramente a Lars-Gunnar Vinsa, el jefe del grupo de caza, y a Torbjörn Ylitalo, el representante de la asociación de cazadores, cuando se acercaban por la carretera en dirección a su casa. Magnus se mantuvo oculto tras la cortina preguntándose qué cono querrían y por qué carajo no iban en coche. ¿Habrían aparcado lejos para hacer el último trozo caminando? ¿Por qué razón? Sintió que el cuerpo se le llenaba de incomodidad.

Fuera cual fuera el motivo de su visita, les diría que ahora no tenía tiempo. A diferencia de ellos, él sí que tenía un trabajo con el que cumplir. Sí, claro, Torbjörn Ylitalo era guarda forestal, pero no daba un palo al agua, nadie lo podía negar.

Desde que Anki se largó con los niños, no era habitual que Magnus Lindmark tuviera visitas. Por aquel entonces siempre le parecía un coñazo tener que estar con la familia de su esposa y los amigos de sus hijos. Él no

era de fingir y sonreírle a la gente, así que al final sus cuñadas y los amigos de su mujer se marchaban en cuanto él llegaba a casa, lo cual le iba como anillo al dedo. No le entraba en la cabeza que la gente pudiera quedarse charlando de aquella manera durante horas. ¿Acaso no tenían nada que hacer?

Ya habían llegado al porche y llamaban a la puerta. El coche de Magnus estaba aparcado fuera, así que no podía hacer como si no estuviera en casa.

Torbjörn Ylitalo y Lars-Gunnar Vinsa entraron sin esperar a que Magnus les abriera y fueron directos a la cocina.

Lars-Gunnar miró a su alrededor y de pronto Magnus vio también el aspecto de su cocina.

—Está un poco... He estado muy ocupado —se excusó.

La pila rebosaba de fregaza mohosa y viejos cartones vacíos de leche. Detrás de la puerta había dos bolsas de papel llenas de latas, por el suelo se veía ropa que había tirado antes de meterse en la ducha y que debería haber llevado al lavadero, y la mesa estaba repleta de propaganda, correo, periódicos viejos y un plato con restos de leche acida, seca y agrietada. En la encimera, al lado del microondas, había un motor de barco desmontado que algún día iba a arreglar.

Magnus les ofreció café, pero ninguno de los dos quería. Ni siquiera una

cerveza. Magnus cogió una Pilsner, la quinta de la tarde.

Torbjörn fue directo al grano.

—¿Qué le andas diciendo a la policía? —le preguntó.

—¿A qué cono te refieres?

Torbjörn Ylitalo entornó los ojos y Lars-Gunnar cambió a una actitud mucho más agresiva.

—No te hagas el tonto, tío —le advirtió Torbjörn—. Que me habría gustado pegarle un tiro a la cura esa.

—Bah, ¡chorradas! La poli esa es una bocazas, tiene...

No pudo decir más. Lars-Gunnar había dado un paso al frente y le soltó una bofetada que, bueno, era como el sopapo de un oso.

—¡Estás muy jodido si crees que nos puedes mentir en la cara!

Magnus parpadeó y se llevó la mano a la mejilla ardiente.

—Qué cojones... —gimoteó.

—He dado la cara por ti —dijo Lars-Gunnar—. Eres un puto perdedor, siempre me lo has parecido, pero por no hacerle el feo a tu padre te metimos en el equipo Y dejamos que te quedaras a pesar de tus gilipolleces.

Un atisbo de desafío brilló en los ojos de Magnus.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tú eres mejor persona? ¿Eres más bueno que yo o qué?

Ahora fue Torbjörn el que le dio un empujón en el pecho. Magnus se balanceó hacia atrás y se dio un golpe en el muslo contra la encimera.

—¡Calla y escucha, chaval!

—He tenido mucha paciencia contigo —continuó Lars-Gunnar—, cuando saliste con tus amigos a disparar a las señales de tráfico para probar la escopeta nueva y aquella puta pelea en el puesto de caza hace dos años. No sabes beber y aun así bebes y acabas haciendo las sandeces más gordas que se te pasan por la cabeza.

—¿Qué pelea? Joder, si fue el primo de Jimmy que...

Torbjörn le volvió a dar otro empujón en el pecho. A Magnus se le cayó la botella de cerveza, que se quedó derramando líquido por el suelo.

Lars-Gunnar se quitó el sudor de la frente con la mano. Le caían las gotas por los ojos y las mejillas.

—Y los putos gatos...

—Sí, tiene cojones —asintió Torbjörn.

Magnus soltó una especie de risita tonta de borracho.

—Joder, si no eran más que unos gatos...

Lars-Gunnar le golpeó la cara con el puño cerrado, justo por encima de la nariz. Magnus sintió como si se le abriera toda la cara. La sangre caliente le empezó a correr

por la boca.

—¡Vamos! —rugió Lars-Gunnar—. ¡Aquí, aquí!

Se señalaba la barbilla.

—¡Venga! ¡Aquí! Ahora tienes la oportunidad de pelearte con un hombre de verdad. Cobarde maltratador de mierda. Eres una vergüenza. ¡Venga!

Puso los brazos como si fueran ganchos y animaba a Magnus al ataque mientras le enseñaba el mentón como anzuelo.

Magnus se tapaba la nariz ensangrentada con la mano derecha. La sangre le corría por dentro del puño de la camisa. Con la izquierda hacía gestos al aire en señal evasiva.

De pronto Lars-Gunnar se apoyó en la mesa de la cocina y se inclinó pesado sobre ella.

—Me voy fuera —le dijo a Torbjörn Ylitalo—. Antes de provocar una desgracia.

Al llegar cerca de la puerta se volvió hacia atrás.

—Puedes denunciarme si quieres —dijo—. Me da igual. Es justo lo que me espero de ti.

—Pero no lo harás —le advirtió Torbjörn cuando Lars-Gunnar hubo salido—. Y a partir de ahora mantén la boca cerrada, ni una palabra sobre mí, ni sobre el equipo de caza, ¿te queda claro?

Magnus asintió con la cabeza.

—Si me entero de que has abierto otra vez el pico, me encargaré personalmente de que te arrepientas. ¿Te enteras?

Magnus asintió de nuevo. Mantenía la cara erguida para que dejara de sangrarle la nariz y en esa postura le bajaba por la garganta dejándole un sabor a hierro.

—El arriendo de caza se renueva a fin de año —siguió Torbjörn—. Si hay más peleas o estupideces..., quién sabe. No hay nada seguro en este mundo. Tienes tu sitio en el equipo, pero tendrás que comportarte.

Se quedaron callados unos segundos.

—Ala, procura ponerte un poco de hielo —dijo al final Torbjörn.

Después salió él también.

Lars-Gunnar estaba en el porche con las manos en la cabeza.

—Larguémonos —le dijo Torbjörn Ylitalo.

—Joder —dijo Lars-Gunnar Vinsa—. Mi padre pegaba a mi madre, ¿sabes? Me pongo como loco... Tendría que habérmelo cargado... A mi padre, quiero decir. ¿Sabes? Cuando terminé la academia de policía y me vine aquí otra vez intenté convencerla para que se divorciara de él, pero en los sesenta estabas obligado a hablar primero con el cura, y aquel cabrón la convenció para que se quedara con el viejo.

Torbjörn Ylitalo miró hacia el tupido prado que colindaba con el jardín de Magnus Lindmark.

—Vámonos —dijo.

Lars-Gunnar Vinsa se puso en pie con esfuerzo.

Pensaba en aquel cura, en su cabeza calva reluciente y en su cuello que parecía un montón de salchichas enroscadas. Joder. Su madre llevaba puesto el abrigo de vestir y tenía el bolso en el regazo. Lars-Gunnar estaba a su lado haciéndole compañía. El cura tenía todo el tiempo una

media sonrisa, como si se tratara de una maldita broma. «Pobre vieja», le había dicho el cura, aunque ella acababa de cumplir los cincuenta e iba a vivir treinta años más. «¿No es mejor que se reconcilie con su marido?» Después de la visita su madre estuvo muy callada. «Ya está hecho», le dijo Lars-Gunnar, «ya has hablado con el cura, así que ya te puedes divorciar». Pero su madre negó con la cabeza. «Es más fácil ahora que tú y tus hermanos os habéis ido de casa», le respondió. «¿Cómo se las iba a arreglar él solo?»

Magnus Lindmark vio desaparecer a los dos hombres por la carretera. Abrió el congelador y rebuscó hasta encontrar una bolsa con carne picada, se tumbó en el sofá del comedor con otra cerveza y con la bolsa de carne sobre la nariz y encendió el televisor. Estaban dando un documental sobre enanos. Pobres desgraciados.

Rebecka Martinsson le compra un envase de comida a Mimmi. Va de camino a Kurravaara, donde quizá acabe pasando la noche. Con Nalle no le ha resultado desagradable ir allí y ahora quiere probarlo sola. Sabe perfectamente las sensaciones que tendrá cuando se tome la sauna y se bañe en el río. El agua fría y las piedras afiladas bajo los pies, la respiración acelerada de los primeros segundos, las rápidas brazadas hacia lo hondo y la inexplicable sensación de fundirse con todas sus edades anteriores. Se ha bañado en ese río y ha nadado en él con seis años, diez, trece, hasta que cambió de ciudad. Son las mismas grandes piedras, la misma orilla, el mismo vientecillo del atardecer de otoño que fluye como un río de aire sobre el río de agua. Es como una muñeca rusa que por fin reúne todas las piezas y puede juntar la de arriba con la de abajo en un giro, con la certeza de que incluso la más pequeña está resguardada en el centro.

Después cenará a solas en la cocina con el televisor encendido. Si le apetece, pondrá la radio mientras friega los platos. Quizá Siwing asome la cabeza cuando vea que hay luz.

—¿Así que hoy has salido de aventura con Nalle?

Es Micke el que habla, el dueño del bar. Tiene ojos de buena persona, lo cual no acaba de encajar con los tatuajes de sus musculosos brazos, la barba y el aro en la oreja.

—Sí —le responde Rebecka.

—Genial. Mildred y él se iban a menudo juntos de excursión.

—Ah —asiente ella y piensa: «He hecho algo por ella.»

Mimmi aparece con el envase de comida para Rebecka.

—Mañana por la tarde —le comenta Micke—, ¿te gustaría trabajar aquí un rato? Es sábado, todo el mundo vuelve de vacaciones, han empezado las escuelas, habrá mucha gente. Cincuenta coronas la hora, entre ocho y una, más las propinas.

Rebecka se lo queda mirando asombrada.

—Hecho —dice tapando esa expresión relajada de su cara—. ¿Por qué no?

Y se marcha llena de alegría traviesa.

PATAS DORADAS

Noviembre. La luz del alba asoma gris y perezosa. Ha nevado durante la noche y todavía hay algunos copos de nieve planeando por el bosque silencioso. A lo lejos se oye el graznido de un cuervo.

Toda la manada está durmiendo cubierta de nieve en una pequeña hondonada sin que siquiera se les vean las orejas. Los cachorros, excepto uno, han sobrevivido al verano. Ahora ya son once miembros.

Patas Doradas se incorpora, se sacude la nieve y olfatea el aire. La nieve se ha posado como una manta sobre los viejos rastros de olor, ha barrido el aire y ha limpiado la tierra. Agudiza los sentidos. El ojo avizor. El oído despierto. Y hasta allí le llega el sonido de un alce levantándose de su acomodo nocturno y sacudiéndose también la nieve del cuerpo. Está a un kilómetro de distancia. El hambre se hace patente en forma de punzada en el estómago de la loba, que despierta al resto de la manada y les comunica con señales el hallazgo. Ahora son muchos y pueden cazar presas grandes.

El alce es un objetivo peligroso. Tienes las patas traseras muy fuertes y las pezuñas afiladas. De una coz puede romperle fácilmente la mandíbula como si fuera una rama, pero *Patas Doradas* es una cazadora hábil. Y atrevida.

La manada se pone en marcha y trota en dirección al alce. Enseguida encuentran el rastro. Con ladridos y mordiscos les ordenan a los cachorros, que ya tienen siete meses, que permanezcan detrás de la manada. Ya han empezado a cazar presas pequeñas, pero en esta cacería sólo podrán participar como espectadores. Saben que pasa algo grande y están temblando por la excitación contenida. Los mayores ahorran fuerzas. Lo único que dice que no se trata de un desplazamiento normal, sino el inicio de una ardua cacería, son los hocicos que de vez en cuando husmean el aire. Es más probable que fracasen a que salgan victoriosos, pero *Patas Doradas* avanza con pasos decididos. Tiene hambre. Últimamente está trabajando duro para la manada y no se atreve a dejarla para hacer sus excursiones como antes. Siente que en breve la expulsarán del grupo y quizá si un día se va, ya no la dejen volver. Su hermanastra, la hembra alfa, la mantiene a raya. *Patas Doradas* se acerca constantemente a la pareja dominante con las patas de atrás dobladas y la espalda curvada para mostrar su sometimiento. Camina con el culo pegado al suelo. Se arrastra y les lame las comisuras. Es la cazadora más diestra de la manada, pero eso ya no le sirve de mucho. Se las apañan sin ella y todos saben que tiene los días contados.

Físicamente, *Patas Doradas* es la superior. Es rápida y tiene las patas largas. Es la

hembra de más tamaño de toda la manada, pero no tiene cabeza para el liderazgo. Le gusta apartarse de la manada y hacer excursiones por su propia cuenta. No le gustan los enfrentamientos y evita peleas y riñas agitando la cola e invitando a jugar en lugar de combatir. En cambio, su hermanastra se levanta tras el descanso y estira el cuerpo al mismo tiempo que pasea una mirada dura que dice: «¿Y bien? ¿Alguien tiene intención de plantarme cara hoy?» No tiene compromiso ni miedo ninguno. O te adaptas o te largas, y sus crías pronto lo aprenderán. No dudaría jamás en matar si se desatara una pelea. Con ella en la pareja líder, las manadas rivales tienen que andarse con mucho cuidado de entrar en su territorio. Su desasosiego hace que toda la manada se ponga en marcha para cazar o para desplazarse con el objetivo de ampliar el dominio.

El alce ya ha captado el olor de la manada. Es un macho joven. Los lobos oyen el crujido de las ramas que se parten cuando el animal acelera el paso por el bosque. *Patas Doradas* arranca a galope. La nieve que ha caído no es profunda, por lo que el riesgo de que el alce se distancie es grande. *Patas Doradas* se separa de los demás y hace un semicírculo para atajar.

Al cabo de dos kilómetros la manada alcanza al alce. *Patas Doradas* lo ha hecho detenerse y lanza pequeños ataques, pero siempre guardándose de la cornamenta y de las pezuñas. Los demás se agrupan alrededor del gran animal. El alce gira sobre sí mismo, dispuesto a defenderse del primero que se atreva a atacar de verdad. Al final es uno de los machos. Se le agarra con un mordisco a la pata trasera, pero el alce logra desprenderse de él. La herida es grande, se le desgarran músculos y tendones, mas el lobo no se retira lo bastante rápido y el alce le asesta una coz haciéndole rodar por la nieve. Cuando se incorpora cojea un poco. Se le han partido dos costillas. Los demás lobos retroceden algunos pasos y el alce sale corriendo. Desaparece entre la maleza con la pata sangrando.

Todavía le queda mucha energía, así que es mejor dejar que corra para que pierda sangre y se canse. Los lobos empiezan a perseguir a su presa, esta vez al trote, pues no hay prisa. Pronto alcanzarán otra vez al gran animal. El lobo herido les sigue el paso renqueando. Las próximas semanas su supervivencia dependerá por completo del éxito de los demás cuando vayan a cazar. Si la presa es demasiado pequeña, no habrá más que huesos cuando le llegue el turno de comer. Si tienen que desplazarse demasiado durante la cacería, no tendrá fuerzas para seguirles. Cuando la capa de nieve sea más profunda le costará avanzar por ella.

Al cabo de cinco kilómetros la manada ataca de nuevo. Ahora es *Patas Doradas* la que hace el trabajo duro. Se pone en cabeza en el galope mientras la distancia entre la manada y el alce se reduce rápidamente. Los demás la siguen tan de cerca que les roza las cabezas con las patas de atrás. Lo único que existe en ese momento es el gran animal. La sangre salpica en el hocico de la loba hasta que por fin le da alcance. Se cuelga de la pata trasera del alce. Es el momento más peligroso, pero no lo suelta y al instante siguiente hay otro lobo agarrado a la pata derecha. Otro miembro le coge rápidamente el puesto a *Patas Doradas* en cuanto ella suelta. Pega una corrida rápida hacia delante y atrapa al alce por la garganta. El gran animal cae de rodillas en la nieve, *Patas Doradas* le tira del cuello y el alce trata de reunir fuerzas para ponerse en pie otra vez. Levanta la cabeza al cielo. El macho dominante le clava los dientes en el morro y le baja la cabeza hasta el suelo. *Patas Doradas* consigue darle otro mordisco y finalmente le

arranca la garganta.

La vida abandona rápidamente al alce y la sangre pinta la nieve de rojo. Los cachorros reciben la señal. Vía libre. Aparecen corriendo y se abalanzan sobre el animal

moribundo. Por fin pueden compartir el triunfo de la caza y sacuden las patas y el hocico. Los lobos adultos abren al alce por la mitad con sus fuertes mandíbulas. El cuerpo inerte humea en el frío de la mañana.

En los árboles de encima se posan unos pájaros negros.

SÁBADO

Anna-Maria Mella miraba a través de la ventana de su cocina. La vecina de enfrente limpiaba los alféizares por fuera. ¡Otra vez! Lo hacía una vez a la semana. Anna-Maria nunca había entrado en aquella casa pero se imaginaba que lo tendrían todo recogido, sin una mota de polvo y, además, todo decorado.

Qué diligencia la de los vecinos con la casa y el jardín. La eterna postura de cuclillas para recoger dientes de león, la minuciosa labor de quitar la nieve y ponerla en montones perfectos, la limpieza de los alféizares, los cambios de cortina... A veces llenaban a Anna-Maria de una incomprensible irritación, a veces de lástima y ahora de una especie de envidia. Tener toda la casa limpia y ordenada, eso sí que sería algo grande.

—Ya está limpiando los alféizares otra vez —le dijo a Robert.

Su marido respondió con un sonido gutural desde el fondo de las páginas de la sección deportiva y la taza de café. Gustav estaba sentado delante del armario de las cazuelas y sacaba todo lo que había dentro.

Anna-Maria sintió que le empezaba a invadir una ola de malestar. Hoy les tocaba hacer limpieza general, pero siempre era ella la que debía tomar la iniciativa, arremangarse y animar a los demás a ponerse en marcha. Marcus se había quedado a dormir en casa de Hanna, el muy listo. Anna-Maria debería estar contenta de que su hijo tuviera novia y amigos. Su peor pesadilla era que los críos les salieran raros y se quedaran aislados. ¡Pero aquella habitación suya!

—Hoy te toca a ti decirle a Marcus que tiene que ordenar su cuarto —le dijo a Robert—. Yo no tengo fuerzas para insistir.

—¡Hola! —dijo al cabo de un momento—. ¿Existo o qué?

Robert levantó los ojos de la prensa.

—Por lo menos podrías responder. ¡Así sabría si me escuchas o no!

—Sí, se lo diré —respondió Robert—. ¿Por qué te pones así?

Anna-Maria dio un respingo.

—Perdona —se lamentó—. Es sólo que... Joder, la habitación de Marcus. Me da miedo. Te digo en serio que me parece peligroso entrar allí. Me he metido en habitaciones de toxicómanos que parecían sacadas de la revista *Hogar Confortable* comparadas con la de él.

Robert asintió serio con la cabeza.

—Restos peludos de manzana que hablan... —dijo.

—¡Me dan miedo!

—... bailan colocados por los vapores de una piel de plátano fermentada.

Tendremos que comprar unas jaulas de hámster para nuestros nuevos amigos.

Mejor aprovechar ahora...

—Si tú haces la cocina, yo empiezo arriba —propuso Anna-Maria.

Sería lo mejor. En la planta de arriba reinaba el caos. El suelo de su dormitorio estaba cubierto de ropa sucia, bolsas y maletas a medio deshacer de las últimas vacaciones que hicieron en coche. Los alféizares estaban llenos de insectos muertos y de pétalos de flores. El lavabo daba asco. Y las habitaciones de los críos...

Anna-Maria suspiró. Ordenar y limpiar no era el punto fuerte de Robert. Tardaría toda la vida en hacerlo. Mejor que se pusiera él a limpiar los fogones, poner el lavavajillas y aspirar la planta baja.

Todo aquello le causaba una profunda pena. Habían hablado mil veces de hacer la limpieza de la casa los jueves por la tarde en lugar del sábado. Así ya tendrían la casa limpia el viernes por la tarde de cara al fin de semana. El viernes podrían cenar algo rico y los días de descanso serían más largos. Así, podrían dedicar el sábado a algo más agradable y estarían todos juntos y serían tremendamente felices en una casa limpia.

Pero nunca lo hacían. El jueves estaban tan derrotados que eliminaban la limpieza de la lista. El viernes se hacían los ciegos ante todo el desorden, alquilaban una peli con la que Anna-Maria siempre terminaba durmiéndose y dedicaban el sábado a limpiar. Medio fin de semana al carajo. A veces no encontraban el momento hasta el domingo y entonces la limpieza solía empezar con uno de sus estallidos de rabia.

Por otro lado, todas aquellas cosas que no se acababan nunca, como los montones de ropa del lavadero... Era imposible, nunca daba abasto. O los repulsivos armarios; la última vez que metió la cabeza en el de Marcus para ayudarle a encontrar Dios sabe qué, levantó un montón de jerseys de lana y otros trapos y de pronto apareció un bicho alargado que se escabulló hacia las capas inferiores—... Prefería no pensar en ello. ¿Cuándo fue la última vez que apartó el lateral de la bañera? Los malditos cajones de la cocina llenos de trastos. ¿De dónde sacaban tiempo los demás? ¿Y las fuerzas?

Escuchó la melodía de su teléfono de trabajo en el recibidor. En la pantalla aparecía un número que no conocía y que empezaba por cero ocho, el prefijo de Estocolmo.

Era un hombre que se presentó como Christer Elsner, catedrático de historia de la religión. Se trataba del símbolo por el que le había preguntado la policía de Kiruna.

—¿Sí? —dijo Anna-Maria.

—Lo siento, pero no he podido encontrar ese símbolo. Se parece al símbolo alquímico de experimento o prueba, pero es ese garfio que continúa hacia abajo atravesando el semicírculo lo que lo diferencia. A menudo el semicírculo representa lo imperfecto o a veces lo humano.

—Así que no existe —preguntó Anna-Maria decepcionada.

—Bueno, ahí ya pasamos a las cuestiones difíciles —dijo el catedrático—. ¿Qué existe? ¿Qué no existe? ¿Existe el Pato Donald?

—No —dijo Anna-Maria—. Sólo existe en la fantasía.

—¿En tu cabeza?

—Sí. Y en la de otros, pero no en la realidad.

—Hmmm. Y ¿qué pasa con el amor?

Anna-Maria soltó una carcajada de sorpresa. Sentía como si algo agradable la empujara por dentro, animada por tener que pensar algo diferente por una vez.

—Eso ya es más complicado —dijo.

—No he conseguido encontrar el símbolo, pero, claro, estoy buscando en la Historia. Los símbolos aparecen en algún momento. Podría tratarse de uno nuevo. También hay muchos símbolos en ciertos géneros musicales, igual que algunas literaturas, como de fantasía y por el estilo.

—Y ¿quién sabe de eso?

—Los compositores de música. Respecto a los libros, hay una librería bien surtida de ciencia ficción y fantasía y esas cosas en Estocolmo. En la zona de Gamla Stan.

Terminaron la conversación, lo cual desanimó un tanto a Anna-Maria. Le habría gustado hablar un rato más pero, bien mirado, ¿qué le podría decir? Le habría gustado poderse convertir en su perro para que la sacara a pasear por el bosque y le hablara de sus últimas ideas y reflexiones. Muchos lo hacían con sus perros. Y Anna-Maria, convertida momentáneamente en perro, podría escucharlo todo sin sentirse presionada por tener que intervenir con respuestas inteligentes.

Volvió a la cocina. Robert no se había movido del sitio.

—Tengo que ir al trabajo —le dijo—. Vuelvo en una hora.

Por un instante pensó en si debía pedirle que empezara con la limpieza, pero al final se abstuvo. De todos modos él no lo haría; y si se lo pedía, cuando volviera a casa ella se enfadaría y se sentiría de lo más decepcionada al encontrárselo en la misma postura que cuando se había marchado.

Se despidió con un beso. Era mejor ser amigos.

Diez minutos más tarde Anna-Maria estaba en el trabajo. En su buzón había un fax del laboratorio en el que le comunicaban que habían encontrado un montón de huellas de Mildred Nilsson. Iban a continuar examinando el documento, lo cual les llevaría algunos días.

Llamó a información de números de teléfono y pidió el número de una tienda de ciencia ficción que había en algún sitio de Gamla Stan. El hombre que le atendía lo encontró de inmediato y le pasó la llamada.

Le contó a la mujer que contestó lo que estaba buscando y le hizo una descripción del símbolo.

—*Sorry* —dijo la dependienta—. Ahora mismo no me viene nada a la cabeza, pero si me mandas un dibujo por fax se lo preguntaré a alguno de mis clientes.

Anna-Maria le prometió que lo haría, le agradeció la ayuda y colgó.

En cuanto soltó el auricular, el teléfono empezó a sonar. Descolgó de nuevo. Era Sven-Erik Stålnacke.

—Tienes que venir —le dijo—. Se trata del pastor Stefan Wikström.

—¿Sí?

—Ha desaparecido.

Kristin Wikström lloraba sin parar en la cocina de la casa rectoral en Jukkasjärvi.

—¡Toma! —le gritó a Sven-Erik Stålnacke—. Aquí tienes el pasaporte de Stefan. ¿Cómo podéis pedírmelo? Os estoy diciendo que no se ha ido. ¿Iba a dejar a su familia? Si es la persona más buena... Os digo que le ha pasado algo.

Tiró el pasaporte al suelo.

—Lo comprendo —dijo Sven-Erik, pero aun así tenemos que seguir cierto orden. ¿Por qué no te sientas?

Era como si Kristin no oyera nada. Seguía yendo desesperada de un lado a otro de la cocina chocando contra los muebles y haciéndose daño. En el sofá había dos niños de cinco y diez años que construían algo con piezas de Lego sobre una base verde. No parecían demasiado preocupados por la alteración de su madre ni la presencia de Sven-Erik y Anna-Maria.

«Niños —pensó Anna-Maria—. Aguantan lo que sea.»

De repente tuvo la sensación de que sus problemas con Robert eran insignificantemente pequeños.

«¿Qué más da que yo limpie más que él?», pensó.

—¿Qué voy a hacer? —gritó Kristin—. ¿Cómo voy a salir adelante?

—O sea que esta noche no ha dormido en casa —dijo Sven-Erik—. ¿Estás completamente segura?

—No ha usado la cama —gimoteó—. Siempre cambio las sábanas el viernes y su lado estaba intacto.

—A lo mejor llegó tarde y se quedó a dormir en el sofá —intentó Sven-Erik.

—¡Estamos casados! ¿Por qué no iba a dormir conmigo?

Sven-Erik Stålnacke había bajado a la casa rectoral de Jukkasjärvi para preguntarle a Stefan Wikström acerca del viaje al extranjero que la familia Wikström se había costado con dinero de la fundación y se había topado con los ojos abiertos de par en par de la esposa. «Estaba a punto de llamar a la policía», le había dicho.

Lo primero que hizo fue tomar prestada la llave de la iglesia y se fue corriendo hasta allí. Por fortuna no había ningún pastor colgando del coro y tal fue el alivio de Sven-Erik que casi tuvo que sentarse en uno de los bancos. Después, llamó a la jefatura

para ordenar que otros agentes comprobaran las demás iglesias de la ciudad y luego llamó a Anna-Maria.

—Necesitamos los números de cuenta de tu marido, ¿los tienes?

—Pero ¿qué os pasa a vosotros? ¡Es que no me oís! Tenéis que salir a buscarlo. ¡Le ha pasado algo! Él nunca... A lo mejor está...

Se quedó callada mirando a sus dos hijos y después salió a toda prisa al jardín. Sven-Erik la siguió y Anna-Maria aprovechó la oportunidad para echar un vistazo por la casa.

Abrió rápidamente los cajones de la cocina, pero no halló ninguna cartera. Tampoco en los bolsillos de las chaquetas del recibidor, así que subió al piso de arriba.

Era tal y como había dicho Kristin: nadie había dormido esa noche en uno de los lados de la cama de matrimonio.

Desde el dormitorio se podía ver el embarcadero donde Mildred Nilsson tenía su barca. El sitio donde la asesinaron.

«Y había luz —pensó Anna-Maria—. Dos noches antes del solsticio de verano.»

Tampoco vio ningún reloj de pulsera sobre su mesita de noche.

Todo apuntaba a que se había llevado la cartera y el reloj.

Volvió abajo y se metió en lo que parecía ser el despacho de trabajo de Stefan. Intentó abrir los cajones del escritorio, pero estaban cerrados. Tras un momento de búsqueda encontró la llave detrás de unos libros de la estantería y pudo abrir. En los cajones no había gran cosa. Algunas cartas que ojeó un poco por encima, pero ninguna parecía tener nada que ver con él o con Mildred, ni tampoco eran de ninguna amante esporádica. Miró por la ventana y vio a Sven-Erik y Kristin hablando en el jardín. Bien.

En una situación normal, lo que habrían hecho habría sido esperar unos días, teniendo en cuenta que con frecuencia se trataba de desapariciones voluntarias.

«Un asesino en serie —pensó Anna-Maria—. Si lo encontramos muerto, eso será lo que tengamos ante nosotros. Entonces lo sabremos.»

Kristin Wikström se había sentado en un sofá del jardín mientras Sven-Erik le sonsacaba información de diversa índole: a quién podían llamar para que se ocupara de los niños; nombres de amigos y familiares de Stefan Wikström, quizá alguien sabía más que la esposa; si tenían segunda residencia; si sólo tenían el coche que estaba aparcado en el jardín...

—No —lloriqueó Kristin—. Su coche no está.

Tommy Rantakyro llamó para informar de que habían mirado en todas las iglesias y capillas. En ninguna había ningún pastor muerto.

Un gran gato apareció paseándose seguro de sí mismo por el camino de grava que llevaba a la casa. Apenas le dedicó una mirada al extraño que había en el jardín y continuó sin cambiar de rumbo metiéndose por entre la alta hierba. Es posible que al caminar se agachara un poco y bajara la cola. Era de color gris oscuro. El pelo era largo y suave, y recordaba a un plumón. A Sven-Erik no le inspiraba ninguna confianza.

Cabeza chafada y ojos amarillos. Si *Marine* se hubiera topado con un gatazo de ese calibre, no habría tenido la menor posibilidad.

Sven-Erik se imaginó por un momento a *Marine* recogiéndose como hacen los gatos, quizá en una cuneta o debajo de una casa, herido y debilitado. Al final sería presa fácil para un zorro o un perro de caza. Bastaba con partirle la columna, cric-crac.

Anna-Maria le tocó el hombro y se apartaron unos pasos. Kristin Wikström se quedó mirando al frente con el puño derecho pegado a la boca y mordiéndose el dedo índice.

—¿Qué opinas?

—Demos la orden de búsqueda —dijo Sven-Erik mirando a Kristin Wikström—. Tengo un presentimiento muy malo. Por ahora, en territorio nacional y en la aduana. Miremos los vuelos, sus cuentas y su teléfono. Y hablaremos con sus compañeros de trabajo, amigos y familiares.

Anna-Maria asintió con la cabeza.

—Horas extra.

—Sí, pero ¿qué cono dirá el fiscal? Cuando la prensa se entere de esto, entonces...

Sven-Erik levantó las manos en un gesto de demanda de ayuda.

—Tenemos que preguntarle por las cartas —observó Anna-Maria—. Las que le escribió a Mildred.

—Pero no ahora —dijo Sven-Erik con decisión—. Cuando haya venido alguien a llevarse a los chicos.

Micke Kiviniemi paseó la mirada por el local desde su situación estratégica al otro lado de la barra. Rey en su reino, en su desordenado y ruidoso reino con olor a comida, humo, cerveza, *aftershave* y un ligero fondo de sudor. Sacaba cervezas una tras otra, intercalando de vez en cuando una copa de tinto o incluso blanco o una copa de whisky. Mimmi correteaba como un ratón de circo entre las mesas y reñía con cariño mientras pasaba la bayeta y anotaba los pedidos. Micke oía todos sus «cazuela de pollo o lasaña, es lo que hay».

La televisión estaba encendida en la esquina y detrás de la barra sonaba el equipo de música. Rebecka Martinsson estaba sudando en la cocina. Plato dentro, plato fuera del microondas sin parar, salía a la barra a recoger columnas de vasos sucios y los cambiaba por limpios. Era como estar en una buena película. Sentía los elementos fastidiosos muy lejos: hacienda, el banco, los lunes por la mañana cuando se despertaba con la sensación de estar cansada hasta los huesos y oía cómo las ratas revolvían en la basura.

Sólo con que Mimmi se hubiera puesto un poco celosa de que le hubiese dado trabajo a Rebecka Martinsson, habría sido perfecto. Pero le pareció bien, sin más. Micke se abstuvo de decir que estando Rebecka Martinsson los

tíos del bar tendrían algo nuevo que mirar. Mimmi no habría dicho nada al respecto, pero daba la impresión de tener una cajita escondida en la que iba guardando

los errores y excesos que él cometía, y que el día que estuviera llena haría las maletas y se largaría. Sin previo aviso. Sólo las chicas que se preocupaban avisaban.

Pero ahora su reino estaba lleno de vida como un hormiguero en primavera.

«Éste es un trabajo que puedo hacer», pensó Rebecka Martinsson dándole caña al chorro para enjuagar los platos antes de meter la cesta en el lavavajillas.

No había que pensar ni concentrarse en nada. Sólo debía cargar, cansarse y correr. Siempre a buen ritmo. No era consciente de la gran sonrisa que reinaba en su cara cada vez que salía con una torre de vasos limpios para dejárselos a Micke.

— ¿Todo bien? —le preguntaba él con otra sonrisa.

Notó que le estaba vibrando el teléfono en el bolsillo del delantal y lo sacó. Ni en broma podía ser Maria Taube. Cierto que trabajaba siempre, pero no un sábado por la noche. A esa hora estaba por ahí dejándose invitar a una copa.

El número de Máns aparecía en la pantalla y el corazón le dio un vuelco.

—Rebecka —gritó al contestar tapándose la otra oreja con la mano para poder oír algo.

—Máns —soltó Máns Wenngren al otro lado.

—Espera un momento —gritó—. Un segundo, que aquí hay mucho barullo.

Cruzó el bar con el teléfono levantado hacia Micke mientras le mostraba los dedos de la mano derecha y le decía en silencio, pero moviendo los labios con claridad,

«cinco minutos». Micke aprobó asintiendo con la cabeza i y Rebecka salió al patio de fuera. El aire fresco le puso de punta el vello de los brazos.

Ahora se dio cuenta de que al otro lado también había un bullicio considerable. Máns estaba en el bar, lo cual relajaba las cosas.

—Ya está, ya puedo hablar —dijo Rebecka.

—Yo también. ¿Dónde estás? —preguntó Máns.

—Delante del Bar-Restaurante Micke, en Poikkijarvi, un pueblo en las afueras de Kiruna. Y ¿tú?

—Delante del Spyan, un bar de pueblo en las afueras de la plaza de Stufeplan.

Rebecka se rió. Máns parecía contento y no tan negativo como de costumbre. Estaba borracho, pero Rebecka no le dio importancia. No habían hablado desde que se marchó remando de la fiesta en Lido.

— ¿Estás de fiesta? —preguntó Máns.

— En realidad, no, estoy trabajando en negro.

«Ahora se pondrá como una moto —pensó—. O quizá no, había que probar.»

Y Máns soltó una risotada.

— ¿Ah, sí? ¿Haciendo qué?

—Me han dado un puesto de friegaplatos —dijo con un entusiasmo exagerado

—. Me pagan cincuenta la hora, hoy me sacaré doscientas cincuenta. Y me han dicho que me puedo quedar con las propinas, pero no sé, los que entran en la cocina para echarle una moneda al friegaplatos no son muchos, así que creo que me han engañado un poco.

Máns se rió al otro lado. Un jo, jo con resoplido acabado con un ju, ju casi suplicante. Rebecka sabía que ese ju, ju era lo que acompañaba a su gesto de cuando se secaba los ojos.

—Joder, Martinsson —moqueó.

Mimmi asomó la cabeza por la puerta y miró a Re-becka con ojos que indicaban crisis.

—Oye, tengo que colgar —dijo Rebecka—. Si no, me rebajarán el sueldo.

—En ese caso aún les deberás dinero. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé.

—Tendré que subir a buscarte —dijo Máns—. No estás en tus cabales.

«Hazlo», pensó Rebecka.

A las once y media llegó Lars-Gunnar al bar. Nalle no iba con él. Se quedó de pie un instante y paseó la mirada por el local como el viento por la hierba. Su presencia impresionaba a todo el mundo. Algunas manos y cabezas se alzaron ligeramente a modo de saludo; algunas conversaciones pararon, frenaban para luego arrancar de nuevo; algunas caras se volvieron para mirar. Su presencia quedó registrada y luego se inclinó sobre la barra y le dijo a Micke:

—La Rebecka Martinsson ésa, ¿se ha largado?

—No —respondió Micke—. Esta noche está currando aquí.

Algo en Lars-Gunnar le hizo seguir hablando.

—Sólo por hoy. Hay mucha gente esta noche y aun así Mimmi está hasta el cuello.

Lars-Gunnar pasó su brazo de oso por encima de la barra y se llevó a Micke hacia la cocina.

—Ven, quiero hablar con ella y quiero que estés presente.

Mimmi y Micke tuvieron tiempo de intercambiar una mirada antes de que los dos hombres desaparecieran tras las puertas batientes.

«¿Qué pasa?», preguntaban los ojos de Mimmi.

«Yo qué sé», respondían los de Micke.

Viento sobre la hierba una vez más.

Rebecka Martinsson estaba en la cocina enjuagando platos.

—Vaya, Rebecka Martinsson —dijo Lars-Gunnar—. Acompáñanos a Micke y a mí a la parte de atrás para hablar un momento.

Salieron por la puerta trasera. La luna se reflejaba como escamas en el agua del

río. De fondo se oía el ruido apagado del bar. El viento siseaba en las copas de los abetos.

—Quiero que le cuentes a Micke quién eres —dijo Lars-Gunnar Vinsa tranquilo.

—¿Qué quieres saber? —dijo Rebecka—. Me llamo Rebecka Martinsson.

—Quizá deberías explicar qué haces aquí.

Rebecka miró a Lars-Gunnar. Si algo había aprendido en el trabajo era no empezar nunca a hablar así sin más.

—Creo que tienes algo en mente —dijo—. Habla tú.

—Eres de aquí. Bueno, no de aquí, sino de Kurravaara. Trabajas de abogada y fuiste tú la que se cargó a los tres pastores de Jiekajarvi hace dos años.

«Dos pastores y un chico enfermo», pensó ella.

Pero no lo corrigió, sino que permaneció callada.

—Creía que eras secretaria —intervino Micke.

—Como comprenderás, los que vivimos en el pueblo sentimos curiosidad —continuó Lars-Gunnar—. ¿Por qué una abogada se mete a trabajar en la cocina de un bar con una bandera falsa? Lo que ganes esta noche será lo que te cuesta normalmente una comida en la capital. Nos preguntamos por qué te cueles aquí..., por qué metes las narices. ¿Sabes? A mí en realidad me da igual. Por mí, la gente es libre de hacer lo que quiera, pero me parecía que Micke tenía derecho a saberlo. Y además...

Apartó la vista y miró al río mientras expulsaba el aire. La seriedad invadió su cuerpo.

—... que utilizaras a Nalle, que tiene la cabeza de un niño. Y que tuvieras estómago para meterte escudándote en él.

Mimmi apareció en la puerta y Micke le lanzó una mirada que hizo que ella también saliera cerrando la puerta tras de sí.

—Me pareció reconocer tu nombre —prosiguió Lars-Gunnar—. Soy un antiguo policía, ¿sabes?, así que conozco muy bien esa historia de Jiekajarvi. Pero de pronto se me encendió la luz. Mataste a aquellas personas. Por lo menos a Vesa Larsson. Quizá al fiscal le pareció que no era como para dictar un auto de procesamiento, pero debes saber que para los policías eso no significa una mierda. El noventa por ciento de los casos en los que se sabe que hay un culpable, acaba en que ni siquiera se dictamina procedimiento. Puedes estar contenta. Librarte con un asesinato a la espalda, eso sí que tiene mérito. Y no sé qué estás haciendo aquí. Si le cogiste el gusto al tema con el asunto de Viktor Strandgárd y estás jugando a detective privado por tu propia cuenta o si puede que estés trabajando para un periódico. En cualquier caso, se acabó la farsa.

Rebecka los miró.

«Obviamente, debería soltar un discurso», pensó. «Defenderme.»

¿Y decir qué? Que había tenido otras cosas en que pensar más que en ponerse una soga al cuello. Que ya no podía con el trabajo de abogada. Que pertenecía a este río. Que ella les salvó la vida a las hijas de Sanna Strandgárd.

Se desató el delantal, se lo pasó a Micke y se dio la vuelta sin decir nada. No atravesó el bar sino que cruzó por delante del gallinero y la carretera hasta llegar a su cabaña.

«¡No corras!», se decía a sí misma pudiendo sentir sus miradas en la nuca.

Nadie la siguió para pedir explicaciones. Metió todas sus cosas en la maleta y el neceser, los tiró dentro del maletero del coche de alquiler y se marchó.

No derramó ni una lágrima.

«¿Qué más da? —pensó—. Son completamente insignificantes. Todo el mundo es insignificante. Nadie importa nada.»

PATAS DORADAS

Febrero con un frío que tira para atrás. Los días son cada vez más largos, pero el frío es como el puño duro de Dios. Todavía implacable. El sol no es más que un esbozo en el cielo y el aire como una placa de cristal. Bajo un grueso manto blanco, los ratones y campañoles encuentran sus caminitos. Los rumiantes van comiendo la corteza helada de los árboles. Adelgazan mientras esperan que llegue la primavera.

Pero ni el frío de cuarenta grados bajo cero, ni las tormentas de nieve que arrastran consigo todo el paisaje en una lenta ola blanca de exterminio, preocupan a la manada de lobos. Al contrario. Es la mejor época, el mejor clima. Hacen picnic con actividades bajo la nieve que cae. Hay comida de sobra, tienen un buen territorio y un buen grupo de caza. Ni calor aplastante ni insectos chupasangre.

A *Patás Doradas* se le ha acabado el tiempo. Los colmillos brillantes de la hembra alfa avisan de que es la hora. Pronto. Pronto. Ya. *Patás Doradas* lo ha intentado todo. Se ha arrastrado hasta las rodillas pidiendo que la dejaran quedarse, pero esta mañana de febrero es el día señalado. No la dejan acercarse a la familia. La hembra alfa muestra hostilidad. Sus fauces cortan el aire.

Patás Doradas no se marcha directamente y las horas pasan mientras ella se mantiene algo apartada de la manada. Espera una señal de que la dejan volver. Pero la loba alfa es inamovible y una y otra vez se levanta para echarla.

Uno de los machos, el hermano de *Patás Doradas*, le aparta la mirada. Ella siente el deseo de hurgar con el hocico en su pelo y de dormirse a su lado.

Los lobos jóvenes miran a *Patás Doradas* con la cola caída. Las patas amarillas de ella quieren salir de caza entre los antiguos abetos tras ellos, voltearse jugando, incorporarse de nuevo y dejarse cazar en la nieve.

Los lobeznos que pronto cumplirán un año, intrépidos, temerarios, todavía son cachorros. Comprenden lo suficiente de lo que está pasando como para mantenerse tranquilos y en su sitio. Gimotean inseguros. A *Patás Doradas* le gustaría dejarles una liebre herida entre las patas y mirar cómo la persiguen en una caza salvaje y, en su empeño, cómo se tropiezan unos con otros.

Hace un último intento y da un paso interrogante, pero esta vez la hembra alfa la ahuyenta hasta el linde del bosque, bajo los matojos desnudos y grises de los viejos

abetos. Se queda allí debajo observando la manada y a la hembra alfa, que regresa tranquilamente junto a los demás.

Dormirá sola. Hasta hoy descansaba entre los sonidos de la manada, los ladridos y las cacerías en sus sueños, los rugidos, los suspiros, los pedos. En cambio ahora, sus oídos tendrán que seguir alerta mientras ella cae en un intranquilo sueño.

A partir de ahora nuevos olores le llenarán el hocico apartando los de los demás, los de sus hermanas y hermanos, parientes y familiares, cachorros y viejos.

Se pone en marcha en un lento trote. Los pasos van en una dirección, la añoranza hacia otra. Aquí ha vivido. Allí sobrevivirá.

DOMINGO

Es domingo por la tarde. Rebecka Martinsson está sentada en el suelo de la habitación en la casa de su abuela de Kurravaara, delante de la estufa de leña con una manta en los hombros y abrazándose las rodillas. De vez en cuando se estira para coger un trozo de leña de la caja de madera de la Empresa Azucarera Sueca. Tiene la mirada fija en el fuego y siente el cansancio en los músculos de su cuerpo. Durante el día de hoy ha sacado alfombras, mantas, edredones, colchones y almohadas para sacudirles el polvo y luego los ha dejado tendidos al aire libre. Ha fregado el suelo con lejía y ha limpiado las ventanas, ha lavado toda la loza y ha hecho un repaso a los armarios de la cocina. La planta de abajo la limpiará en otro momento pero ha dejado todas las ventanas abiertas de par en par para airear la casa entera. Ahora tiene encendido tanto el fuego de la cocina como la estufa de la habitación para eliminar los últimos resquicios de humedad. Con esto ha consagrado de sobra el día del Señor y ha podido descansar la cabeza. Ahora la mente reposa ante el fuego de un modo ancestral.

10 DE SEPTIEMBRE

El inspector de policía Sven-Erik Stålnacke está sentado en la sala de estar con la tele encendida pero sin sonido, por si de pronto aparece un gato maullando fuera. No le importa, esta película ya la ha visto. Sale Tom Hanks, que se enamora de una sirena.

Desde que el gato se fue, la casa está vacía. Sven-Erik ha recorrido todas las cunetas posibles llamándolo suavemente por su nombre y está muy cansado. No por las caminatas, sino por haber agudizado tanto el oído y por insistir tanto, aun a sabiendas de que no valía la pena.

Y el pastor desaparecido sigue sin dar señales de vida. El sábado ya se había filtrado la noticia a los dos periódicos de la tarde y ambos dedicaban las páginas centrales a la desaparición. Había algún comentario del equipo de la Criminal de la Policía Nacional, pero ni una palabra de la psiquiatra que les había ayudado a elaborar un posible perfil. Uno de los periódicos había dado con un antiguo caso de los setenta en el que un loco de Florida asesinó a dos predicadores. A su vez, el homicida acabó asesinado por otro preso mientras limpiaba los lavabos, pero durante su estancia en la cárcel había presumido de haber cometido más crímenes por los que no había sido condenado. Gran imagen de Stefan Wikström con las palabras «pastor», «padre de cuatro hijos» y «esposa desesperada» a pie de foto. Por fortuna no decían nada de una posible malversación de fondos. Sven-Erik también observó que en ningún momento se mencionaba que Stefan Wikström estuviera en contra de las mujeres pastoras.

Evidentemente, no había recursos para vigilar a curas y pastores en general pero el ánimo de los compañeros decayó cuando leyeron en uno de los periódicos: «La policía: ¡No podemos protegerlos!» El diario sensacionalista *Expressen* daba consejos para quien se sintiera amenazado: «Busca compañía, rompe con tus hábitos, vuelve a casa por otro camino, cierra la puerta con llave, no aparques al lado de una furgoneta.»

Se trataba de un loco, por supuesto. Uno de esos que continuaría hasta que

tuviese mala suerte.

Sven-Erik pensó en *Marine*. En cierto modo, las desapariciones eran peor que la muerte porque no se podía guardar luto por ellas, tenías que limitarte a sufrir la incertidumbre. La cabeza se convertía en un pozo de escombros lleno de suposiciones atroces sobre lo que podía haber ocurrido.

Por Dios, *Marine* no dejaba de ser un gato. ¿Y si se hubiera tratado de su hija? Esa idea era demasiado grave como para sentirla de verdad.

El párroco Bertil Stensson está sentado en el sofá del salón con una copa de coñac en el alféizar que hay detrás de su cabeza. El brazo derecho descansa sobre el respaldo por detrás de la nuca de su mujer y con la mano izquierda le acaricia el pecho. Ella no aparta los ojos de la tele, donde están dando una vieja película de Tom Hanks, pero las comisuras de la boca se elevan en señal de aprobación. Bertil acaricia un pecho y, una cicatriz. Recuerda el nerviosismo de su esposa cuatro años antes cuando se lo extirparon. «Me gustaría ser atractiva a pesar de haber cumplido los sesenta», decía. Pero Bertil ha llegado a amar esa cicatriz más que al pecho que la precedía, como un recuerdo de que la vida es corta. Uno no se da cuenta de que el tiempo pasa tan deprisa y aquella cicatriz le otorga a las cosas sus proporciones pertinentes, le ayuda a mantener el equilibrio entre el trabajo y el tiempo libre, entre el deber y el amor. A veces ha pensado que le gustaría hacer sermones sobre la cicatriz pero, obviamente, no puede ser. Además tendría una inexplicable sensación de pasarse de la raya. Si gastaba aire y palabras en ella, perdería la fuerza que tenía en su vida. Es la cicatriz la que le hace el sermón a Bertil. Él no tiene ningún derecho a ser dueño de ese sermón y compartirlo con otros.

Era Mildred con quien hablaba cuatro años atrás, no con Stefan. Tampoco con el obispo, aunque fueran amigos desde hacía mucho tiempo. Quiere recordar que estaba llorando, que Mildred sabía escuchar, que sentía que podía confiar en ella.

Mildred lo volvió loco, pero ahora, sentado con la cicatriz de su esposa bajo el dedo índice, no es capaz de decir qué era lo que tanto lo provocaba. Qué más daba que fuera una rojilla y que no estuviera demasiado de acuerdo con algunas actividades que realizaba la parroquia.

Lo descalificaba como jefe y eso le molestaba. Nunca pedía permiso, nunca pedía consejo. Tenía serias dificultades para seguir el rebaño.

Casi da un respingo por la elección de sus propias palabras, «seguir el rebaño». Él no es esa clase de jefe, más bien se jacta de darles libertad y responsabilidad a sus empleados. Pero aun así, es el jefe.

A veces tuvo que hacérselo ver a Mildred, como en aquel funeral. Había un hombre que había dejado la iglesia, pero iba a las misas de Mildred los años previos a la enfermedad. Al final murió habiendo comunicado que quería que Mildred oficiara los funerales y ella hizo una ceremonia civil. Sin duda, Bertil podría haber pasado por alto aquella pequeña infracción, pero la denunció al sínodo diocesano y Mildred tuvo que ir a hablar con el obispo. En aquel momento a Bertil le había parecido lo más correcto. ¿Para qué tener normas si no se cumplían?

Cuando Mildred regresó al trabajo actuó con total normalidad y sin hacer

referencia alguna a la conversación con el obispo, lo cual infundía a Bertil una tímida sensación de que quizá el obispo se había puesto de parte de la pastora, que le había terminado diciendo algo como que se había sentido obligado a hablar con ella y hacerle una observación porque Bertil le había insistido. Que en silencio hubieran considerado de acuerdo mutuo que Bertil se ofendía a las primeras de cambio, que temía por su liderazgo e incluso que quizá tenía un poco de envidia porque no le habían pedido a él que oficiara aquella misa.

No es habitual que la gente se ponga en serio a auto-valorarse, pero ante la cicatriz Bertil se siente como si se estuviera confesando.

Era cierto. Sí que había tenido envidia y había sentido cierta rabia por todo ese amor sin matices que recibía de tanta gente.

—La echo de menos —le dice Bertil a su esposa.

La echo de menos y llorará su pérdida durante mucho tiempo.

Su esposa no le pregunta de quién está hablando. Abandona la película y baja el volumen.

—Fui de muy poco apoyo el tiempo que estuvo trabajando aquí—continúa.

—En absoluto —discrepa su mujer—. Le diste libertad para que trabajara a su manera. Lograste mantenerla a ella y a Stefan dentro de la congregación al mismo tiempo y eso es toda una hazaña.

Los pastores peleones.

Bertil niega con la cabeza.

—Pues dale apoyo ahora —dice su mujer—. Ha dejado mucho a sus espaldas. Antes se podía ocupar sola de todo, pero a lo mejor ahora necesita tu ayuda más que nunca.

—¿Cómo? —se ríe—. La mayoría de las mujeres del grupo Magdalena me ven como el enemigo.

Su esposa le sonrío.

—Pues quizá te toque apoyar y respaldar sin recibir amor a cambio, ni siquiera las gracias. El amor ya te lo doy yo, si quieres.

—Quizá deberíamos ir a la cama —propone el párroco.

«La loba», piensa cuando se sienta a hacer pis. Así lo habría querido Mildred, que destinara el dinero de la fundación a costear su vigilancia durante el invierno.

En cuanto se le ocurre la idea, el cuarto de baño parece electrificarse. Su mujer ya está en la cama y lo llama.

—Voy enseguida —responde Bertil sin atreverse a alzar demasiado la voz. La presencia es tan evidente y al mismo tiempo tan efímera.

«¿Qué quieres?», pregunta y Mildred se le acerca.

Típico de ella, justo ahora que está en el baño con los pantalones bajados.

«Me paso el día en la iglesia —dice—. Me podrías haber ido a ver allí.»

Y en ese instante lo entiende. El dinero de la fundación no alcanza, pero si vuelven a negociar el arriendo de caza... O si la asociación de cazadores lo empieza a pagar a precio de mercado o buscan a otro arrendatario y que el dinero vaya todo a la fundación.

Puede sentir la sonrisa de Mildred, que sabe lo que le está pidiendo. Todos los hombres se le tirarán encima, habrá broncas y saldrá en la prensa.

Pero ella sabe que lo puede hacer porque puede convencer al consejo parroquial.

«Lo haré —le dice Bertil—. No porque me parezca lo correcto. Lo hago por ti.»

Lisa Stóckel ha encendido una hoguera en el jardín de su casa. Los perros están dentro durmiendo en sus camas.

«Demonio de gángsteres», piensa con amor.

Ahora tiene cuatro. Lo máximo que ha tenido son cinco.

Está *Bruno*, un macho vorsteh marrón al que todos se refieren con el apodo de *el Alemán* por su estilo comedido y su sobriedad un tanto militar. Cuando Lisa saca la mochila y los perros entienden que van a salir de excursión, suele armarse un alboroto tremendo en el recibidor. Empiezan a dar vueltas como una peonza ladrando, bailando, gimoteando y dando alaridos de alegría. Le dan unos empujones que casi la tiran al suelo, pisotean la bolsa y la miran con ojos como diciendo: «¿Podemos ir contigo? Seguro que sí. No te largarás sin nosotros, ¿verdad?»

Todos excepto *el Alemán*. Él se queda quieto como una estatua, aparentemente indiferente, pero si te agachas y miras con atención se le puede ver una ligera tiritona bajo la piel. Un temblor casi imperceptible de emoción contenida y si al final le resulta demasiado, si necesita una fuga de escape para sus emociones para no explotar, acaba dando unos golpecitos en el suelo con la pata, dos veces. Ésa es la señal de que está a tope.

Después está *Majken*, claro, su vieja labrador. Pero con ella ya no hace gran cosa. El pelo del hocico se le ha puesto gris y está cansada. *Majken* adora a los cachorros y los ha criado a todos. Los nuevos miembros de la manada han dormido junto a su vientre y ella les ha hecho de nueva madre. Y si no había ningún cachorrito al que cuidar, tenía preñez psicológica. Hasta hacía tan sólo dos años Lisa podía llegar a casa y encontrarse la cama totalmente deshecha. Entre las mantas y las almohadas solía aparecer *Majken* con sus cachorros imaginarios: una pelota de tenis, un zapato o, como una vez que la perra tuvo suerte, un peluche que había encontrado en el bosque.

Luego estaba *Karelin*, la gran perra cruce entre pastor alemán y terranova. Lisa la adoptó cuando tenía tres años, después de que el veterinario de Kiruna la llamara para preguntarle si la quería. La iban a sacrificar, pero el dueño le había dicho que prefería que le encontrasen un nuevo hogar. No podían tenerla en la ciudad. «Y yo me lo creo —le dijo el veterinario a Lisa—. Tendrías que haber visto cómo arrastraba la perra al amo.»

Y también *Spy-Morris*, un springer spaniel noruego y suyo tras el campeonato de perros de caza. Aquí fuera, con los otros bandidos y con Lisa que ni siquiera caza,

su talento se echó a perder. Le gusta sentarse al lado de su ama para que le acaricie el pecho y suele ponerle la patita en la rodilla para que se acuerde de que existe. Un caballero amable y dulce con pelo de seda y rizado en las orejas como una doncella. Se marea mucho cuando va en coche.

Pero ahora están los cuatro dentro de casa mientras Lisa echa de todo en el fuego. Colchones y viejas mantas para los perros, libros y algunos muebles. Papeles, más papeles, cartas, fotos de antaño. La hoguera acaba creciendo. Lisa pierde la mirada entre las llamas.

Al final se hizo tan pesado amar a Mildred, ocultarse, no decir nada. Discutían. Montaban escenas al más puro estilo de Norén.

Se están peleando en la cocina de Lisa. Mildred cierra las ventanas.

«Eso es lo más importante — piensa Lisa —. Que nadie nos oiga.»

Lisa empieza a sacar todo lo que tiene dentro. Está harta de que las palabras sean siempre las mismas. Que si Mildred no la quiere, que si está cansada de ser su pasatiempo, de tanta hipocresía.

Lisa está de pie en medio de la cocina con ganas de empezar a tirar cosas. La desesperación le hace gritar y moverse de manera ampulosa. Nunca se había puesto así.

Y Mildred se agacha en el sofá con *Spy-Morris* al lado, que también permanece agachado. Mildred lo acaricia como quien consuela a un niño pequeño.

—Y ¿la congregación, qué? —pregunta—. ¿Y el grupo Magdalena? Si hiciéramos pública nuestra relación, se acabaría todo. Sería la prueba final de que no soy más que una loca que odia a los hombres. No puedo poner a prueba la paciencia de la gente por encima de sus límites.

—Así que prefieres sacrificarme a mí.

—No, ¿por qué tengo que sacrificar nada? Soy feliz. Te quiero, te lo puedo decir mil veces pero siempre estás como pidiendo pruebas que te lo demuestren.

—No se trata de pruebas, se trata de poder respirar. El amor verdadero se quiere dejar ver, pero ahí está el problema. Tú no quieres. No me amas. El grupo Magdalena no es más que tu puta excusa para marcar la distancia. A lo mejor a Erik le parece bien, pero a mí no. Búscate a otra amante, seguro que hay muchas que están dispuestas.

Mildred empieza a llorar. La boca intenta no doblarse. Esconde la cara contra el perro y se seca las lágrimas con el reverso de la mano.

Lisa ha querido llevarla hasta allí. Le habría gustado pegarle, quería ver sus lágrimas y su dolor, pero aún no está satisfecha. Su propio dolor sigue hambriento.

—Deja de lloriquear —le dice con dureza—. No significa nada para mí.

—Ya pararé —promete Mildred como si fuera una niña. Tiene la voz quebrada y sigue secándose las lágrimas.

Y Lisa, que siempre se ha reprochado a sí misma su incapacidad de amar, la

juzga:

—Te das pena a ti misma, eso es todo. Creo que hay algo mal en ti, te falta algo ahí dentro. Dices que amas, pero ¿quién puede abrir a otra persona y ver lo que eso significa? Yo lo podría abandonar todo, aguantarlo todo. Quiero casarme contigo. Pero tú... tú no puedes sentir amor. No puedes sentir dolor.

En ese momento Mildred levanta la mirada y observa una vela encendida en un candelabro de latón que hay en la mesa de la cocina. Pasa la mano por encima y la llama le empieza a quemar la carne de la palma.

—No sé cómo demostrar que te quiero —dice—. Pero te voy a demostrar que sí siento el dolor.

Cierra la boca en una mueca de sufrimiento. Los ojos le lloran. Un olor execrable llena la cocina.

Al final, después de lo que a Mildred le ha parecido una eternidad, Lisa le agarra la muñeca, le aparta la mano de la vela y ve con horror la quemadura chamuscada y carnosa que se ha provocado.

—Tienes que ir al hospital —dice.

Pero Mildred niega con la cabeza.

—No me dejes —le ruega.

Ahora Lisa también llora. Acompaña a Mildred hasta el coche, le pone el cinturón como si fuera una niña que no sabe hacerlo sola y vuelve a la cocina a buscar un paquete de espinacas congeladas.

Pasan semanas hasta que vuelven a discutir. A veces Mildred expone la parte interior de la mano vendada para que Lisa la vea, como por casualidad, para pasarse el pelo por detrás de la oreja o algo por el estilo. Es una muestra secreta de amor.

Ya ha oscurecido. Lisa deja de pensar en Mildred y se va al gallinero, donde las gallinas duermen sobre los palos, acurrucadas unas contra otras. Las saca de una en una. Levanta a la gallina del palo y la lleva hasta el final del jardín. La sujeta contra su cuerpo y el animal se siente seguro, sólo cloquea un poco, quedamente. Allí hay un tocón que servirá de tajo.

Rápidamente la agarra por las patas y la voltea contra el tocón para darle un golpe ensordecedor. Después coge el hacha justo por donde el mango entra en el cabezal de hierro, da un solo golpe, seco, lo bastante fuerte, justo en el blanco. Sujeta las patas mientras la gallina aletea las últimas veces y cierra los ojos para que no se le metan plumas ni porquería. En total son diez gallinas y un gallo. No los entierra porque los perros los desenterrarían de inmediato, así que los acaba tirando al contenedor de la basura.

Lars-Gunnar Vinsa vuelve al pueblo en la oscuridad de la noche con Nalle durmiendo en el asiento de al lado. Han pasado el día en el bosque de arándanos rojos. Los pensamientos le llenan la cabeza, vuelan por ella mezclándose con viejos recuerdos.

De pronto ve a Eva, la madre de Nalle, delante de él. Acaba de volver del

trabajo después del turno de noche y fuera está todo oscuro, pero Eva no ha encendido las lámparas. Permanece inmóvil en las sombras pegada a la pared del recibidor.

Es un comportamiento tan extraño que Lars-Gunnar se ve obligado a preguntar:

—¿Cómo estás?

Y ella responde:

—Aquí me muero, Lars-Gunnar. Lo siento, pero aquí me muero.

¿Qué debería haber hecho? Como si él no estuviera también muerto de cansancio. En el trabajo se pasaba las horas solucionando todo tipo de miserias día sí, día también, y volvía a casa para ocuparse de Nalle. Aun hoy no sabe a qué dedicaba ella los días. Las camas nunca estaban hechas y rarísima vez preparaba la cena. Una noche Lars-Gunnar se fue a dormir y le pidió que subiera con él, pero ella no quiso. A la mañana siguiente se había marchado. Sólo cogió el bolso. Ni siquiera le dejó una mísera carta. Lars-Gunnar tuvo que eliminar sus huellas de la casa, empaquetó sus trastos en cajas de cartón y las subió al desván.

A los seis meses lo llamó. Quería hablar con Nalle, pero él le dijo que no podía ser. Lo único que hubiera conseguido habría sido alterarlo. Le explicó que al principio Nalle la había estado buscando, había preguntado por ella y llorado su ausencia, pero ahora ya estaba mejor. Le contó cómo estaba el chico y le mandó dibujos por correo. Lars-Gunnar podía ver en la cara de la gente del pueblo que pensaban que era demasiado bueno, demasiado indulgente. Pero es que no le deseaba nada malo a Eva. ¿De qué serviría?

Y las señoras de los servicios sociales no paraban de insistir en que Nalle tenía que ir a vivir a una comunidad.

—Podría pasar algunas temporadas, así te descargas un poco.

Lars-Gunnar fue a ver una de aquellas dichosas comunidades, pero en cuanto uno cruzaba la puerta se deprimía. Por todo. Por aquella fealdad, por las señales de «institución» y «almacén para tarados, retrasados y lisiados»

que manaban de cada trasto que había, por los objetos de decoración que habían hecho los internos, figuras de yeso y tablillas con perlas de plástico y cuadros horribles en marcos baratos. Y por el parloteo del personal y sus batas de algodón a rayas. Recuerda a una de ellas que no debía de medir más de metro cincuenta. Al verla pensó:

«¿Eres tú la que intercede si hay pelea?»

Nalle era grande, sin duda, pero no sabía defenderse.

—Jamás —les dijo Lars-Gunnar a las señoras de los servicios sociales.

Pero insistieron.

—Necesitas descansar un poco —le decían—. Tienes que pensar en ti mismo.

—No —respondía él—. ¿Por qué? ¿Por qué tengo que pensar en mí mismo? Yo pienso en mi hijo. Su madre pensaba en sí misma, así que decidme qué es lo bueno que

hemos sacado de eso.

Ya están en casa. Lars-Gunnar aminora la marcha a medida que se acerca a la explanada de entrada. Echa un vistazo por el jardín aprovechando la claridad que ofrece la luna. En el maletero tiene la escopeta de caza. Está cargada. Si hay un coche patrulla en la explanada, pasará de largo; y si lo descubren, aún tendrá un minuto de tiempo antes de que arranquen el coche y salgan a la calzada. Bueno, mínimo treinta segundos. De sobra.

Pero en la explanada no hay nadie. En el resplandor de la luna se ve un buho haciendo un vuelo de reconocimiento a lo largo de la orilla. Lars-Gunnar aparca el coche e inclina su asiento hacia atrás todo lo que puede. No quiere despertar a Nalle, Seguro que se despierta en pocas horas y entonces ya entrarán en casa. Prefiere descansar un rato él también.

PATAS DORADAS

Patás Doradas abandona al trote su territorio. No se puede quedar en el límite del dominio de otra manada. Ni siquiera puede pasar por allí. Es extraordinariamente peligroso. Es una zona bien señalizada. Las marcas de olor recién hechas son como alambre de espinos entre los troncos de los árboles. A través de la hierba que aparece por debajo de la nieve hay un muro de olores. Han salpicado y han removido el suelo con las patas de atrás. Pero ella tiene que pasar, tiene que dirigirse hacia el norte.

La primera etapa del día va bien. Corre con el estómago vacío. Orina muy agachada, apretándose contra el suelo para que el olor no se extienda. Igual lo supera. Tiene el viento por detrás y eso es bueno.

A la mañana siguiente la detectan. A dos kilómetros detrás de ella hay cinco lobos hurgando en las huellas que ha dejado a su paso. Empieza la persecución. Se turnan para ir en cabeza y al cabo de poco rato establecen contacto visual.

Patás Doradas siente su aire. Ha cruzado un río y cuando se gira los ve al otro lado, apenas a un kilómetro corriente abajo.

Echa a galopar para salvar la vida. A los intrusos los matan inmediatamente. Lleva la boca abierta y la lengua, colgando, le va de un lado a otro. Sus largas patas la llevan a través de la nieve pero el camino que toma no está aplastado.

Las patas encuentran unas huellas de scooter que van en dirección correcta. Los lobos acortan distancia, pero no demasiado rápido.

De pronto, cuando apenas sólo quedan trescientos metros hasta ella, se paran. La han perseguido hasta fuera de su territorio y un poco más.

Se ha salvado.

Un kilómetro más y después se tumba. Come algo de nieve.

El hambre le roe el estómago como si fuera un campañaol.

Continúa el viaje hacia el norte. Después, donde el mar Blanco separa la península de Cola de Carelia, tuerce hacia el noroeste.

El principio de la primavera es su séquito y se hace pesado correr.

Bosque. De cien años o más. Los árboles de hoja perenne a medio camino hasta el cielo, árboles desnudos y ásperos casi hasta arriba del todo y allí en la copa sus crujientes brazos forman un techo balanceante y verde. El sol apenas puede pasar a través de ellos y no tiene capacidad aún para deshacer la nieve. Sólo se ven unas manchas de luz y el goteo de la nieve que se deshace en la copa de los árboles. Es un goteo tintineante, un cascabeleo. Todo huele a primavera y a verano. Ahora se pueden hacer más cosas que simplemente sobrevivir. El ruido de los grandes pájaros del bosque, el zorro que abandona su madriguera más a menudo, los campañoles y los ratones que corren sobre la corteza que se ha formado por la noche. Y el repentino silencio cuando todo el bosque se queda quieto, desprende sus olores y se queda escuchando a la loba cuando pasa. Sólo el pico-negro continúa con su obstinado picoteo en un tronco. El goteo tampoco se para. La primavera no le tiene miedo al lobo.

Una larga ciénaga. El final del invierno es una corriente de agua debajo de un manto de nieve medio deshecha que al mínimo contacto se convierte en un charco de agua gris. Las patas se le hunden a cada paso. La loba puede continuar avanzando de noche gracias al aguante de la capa dura de nieve. Acampa de día en una hondonada o debajo de un abeto, siempre alerta, aun durmiendo.

La caza es diferente sin la manada. Coge liebres y otras presas menores, pero no es gran cosa para un lobo que camina todo el día.

La relación con los otros animales también es distinta. A los zorros y a los cuervos les gusta estar con la manada de lobos. El zorro come los restos de la manada. El lobo se mete en la madriguera del zorro y la hace suya. El cuervo limpia la mesa del lobo. El cuervo grita desde los árboles: «¡Aquí está el botín! ¡Aquí hay un ciervo en celo! ¡Está ocupado restregando los cuernos contra el tronco! ¡Cógelo, cógelo!» Un cuervo aburrido puede caer con un ruido sordo delante de un lobo dormido, picarle en la cabeza y apartarse hacia atrás dando saltitos. El lobo se percata de las formas ridículas y torpes del volador, ataca y el pájaro emprende el vuelo en el último segundo. Así se entretienen el uno al otro un buen rato, el negro y el gris.

Pero un lobo solitario no es un compañero de juegos.

No desprecia bocado alguno, no le apetece jugar con pájaros y no comparte nada voluntariamente.

Una mañana sorprende a una zorra junto a la madriguera. En una ladera hay cavados varios agujeros, uno de los cuales está escondido debajo de una raíz que sale hacia afuera. Sólo las huellas y un poco de tierra descubren su situación. Por allí aparece la zorra. La loba ha notado el fuerte olor y ha desviado ligeramente su camino. Tiene el viento en contra en la parte inferior de la ladera y ve a la zorra asomar la cabeza y su delgado cuerpo. La loba se para, se queda como congelada allí donde está. La zorra tiene que salir un poco más pero en cuanto vuelva la cabeza hacia allí la descubrirá.

Da un salto como si fuera un felino y se oye un estrépito a través de los matojos y las ramas de la madera joven de un pino. Agarra a la zorra por la espalda, le rompe la columna. Se la come avariciosa, manteniendo el cuerpo aplastado contra el suelo con

una pata mientras desgarra lo poco que ya queda.

Inmediatamente aparecen dos cornejas y cooperan entre sí para conseguir parte del botín. Una pone en juego su vida peligrosamente cerca para hacer que la persiga de manera que la compañera pueda robar un trozo a toda prisa. Intenta morderlas cuando vuelan por encima de su cabeza pero la pata no abandona el cuerpo de la zorra. Lo engulle todo, trota luego entre los diferentes hoyos y olfatea. Si la zorra ha tenido cachorros y no están demasiado lejos, los podría sacar, pero allí no hay nada.

Vuelve a su camino. Las patas de la loba solitaria se alejan sin parar.

LUNES

11 DE SEPTIEMBRE

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Anna-Maria Mella miró a sus compañeros. Estaban haciendo un repaso matinal con el fiscal y acababan de constatar que no tenían el menor rastro de Stefan Wikstróm, el pastor desaparecido.

Se hizo un silencio absoluto que duró seis segundos. El inspector Fred Olsson, el fiscal Alf Björnfot, Sven-Erik Stålnacke y el inspector Tommy Rantakyro estaban desolados. Era lo peor que podía pasar, que la tierra se lo hubiera tragado. Enterrado en alguna parte.

Sven-Erik parecía afectado. Era el último que había llegado a la reunión con el fiscal, algo inusual en él. Llevaba una pequeña tirita en la barbilla, que tenía un color amarronado de sangre. La señal masculina de una mala mañana. Con las prisas, los pelos de la barba del cuello de debajo de la nuez se libraron de la hoja de afeitar y ahora sobresalían de la piel como troncos grises. Debajo de una de las comisuras de los labios había restos de espuma de afeitar seca, como si fuera masilla blanca.

—Bueno, de momento sólo es una desaparición —dijo el fiscal—. Era un servidor de la Iglesia y se enteró

de que íbamos detrás de él por el asunto del viaje que hizo con su familia con dinero de la fundación para la loba. El miedo a que se pusiera su nombre en entredicho puede ser razón suficiente para desaparecer del mapa. Quizá vuelva a aparecer como el conejo del mago.

Estaban sentados alrededor de la mesa. Alf Björnfot los miró a todos. El grupo que tenía delante era difícil de motivar. Parecía que esperaran que apareciera el cuerpo del pastor junto con huellas y pruebas para que la investigación se pusiera de nuevo en marcha.

—¿Qué sabemos respecto a la hora en que desapareció? —preguntó.

—Llamó a su mujer desde el móvil a las siete menos cinco el viernes por la tarde —respondió Fred Olsson—. Después tenía que estar en la iglesia con los jóvenes, les abrió el local y celebró la misa a las ocho y media. Desapareció de allí poco después de las diez y luego ya no lo vio nadie más.

—Y ¿el coche? —preguntó el fiscal.

—Está aparcado detrás del local de reuniones de la parroquia.

«Es una distancia muy corta —pensó Anna-Maria—. Del local de la iglesia para los jóvenes hasta la parte posterior de la casa de la congregación hay quizá cien metros.»

Recordó a una mujer desaparecida hacía unos cuantos años, madre de dos niños. Había salido afuera para dar de comer a los perros de la casa y desapareció. La frenética desesperación del marido y la seguridad con la que los demás afirmaban que

no podía haber abandonado a sus hijos voluntariamente, hizo que la policía diera prioridad a aquella desaparición. La encontraron enterrada en el bosque detrás de la casa. El marido la había matado a golpes.

Y Anna-Maria había pensado lo mismo entonces. Tan poca distancia. Tan poca.

—El control de las conversaciones telefónicas, los e-mails y la cuenta corriente, ¿qué han dado? —preguntó el fiscal.

—Nada en especial —respondió Tommy Rantakyro—. La llamada a su mujer fue la última que hizo. Por lo demás, había algunas llamadas de trabajo a algunos miembros de la congregación, al párroco, al jefe del grupo de caza sobre la cacería del alce, la hermana de la mujer... Aquí tengo una lista de las llamadas y también hemos anotado de qué trataban las conversaciones.

—Bien —exclamó Alf Bjornfot alentador.

—¿De qué hablaron la hermana y el párroco? —preguntó Anna-Maria.

—Con la hermana habló de que estaba intranquilo por su mujer. De que volviera a caer enferma.

—Ella fue la que le escribió aquella carta a Mildred Nilsson —aclaró Fred Olsson—. Parece que había sido el peor conflicto entre el matrimonio Wikström y Mildred Nilsson.

—Y ¿de qué hablaron Stefan Wikström y el párroco? —inquirió Anna-Maria.

—Pues la verdad es que se molestó cuando se lo pregunté —respondió Tommy Rantakyro—. Pero me explicó que Stefan estaba preocupado porque nos habíamos llevado los libros de contabilidad de la fundación de la loba.

Una arruga apenas perceptible apareció en la frente del fiscal, pero no mencionó que el haber confiscado algo sin permiso era prevaricación. Por el contrario dijo:

—Lo que podría indicar que ha desaparecido voluntariamente. Que se ha alejado porque tiene miedo al escándalo. Esconder la cabeza en la arena es la reacción más habitual en estos casos, créeme. Uno se dice a sí mismo:

«No entienden que lo que hacen es peor.» Normalmente han dejado de lado el sentido común.

—¿Por qué no cogió el coche? —preguntó Anna-Maria. ¿Se ha ido andando por estas tierras despobladas? A esa hora no pasaba ningún tren. Ni ningún avión tampoco.

—Y ¿en taxi? —preguntó el fiscal.

—No hubo ningún servicio —respondió Fred Olsson.

Anna-Maria miraba impresionada a Fred Olsson.

«Eres tozudo como un terrier», pensó.

—Bueno —dijo el fiscal—. Tommy, quiero que tú...

—Llame a las puertas de alrededor de la casa de la congregación y pregunte si

alguien ha visto algo —le interrumpió Tommy resignado.

—Exacto —respondió el fiscal—. Y...

—... y que hable otra vez con los chicos de los Jóvenes de la Iglesia.

—¡Bien! Fred Olsson te acompañará.

—Sven-Erik—continuó el fiscal—. Tú quizá podrías llamar a los que están elaborando el perfil del autor de los hechos, a ver qué dicen.

Sven-Erik asintió con la cabeza.

—¿Cómo ha ido lo del dibujo? —preguntó el fiscal.

—Los del Laboratorio están en ello todavía —informó Anna-Maria—. Todavía no tienen nada.

—¡Bien! Reunión mañana por la mañana si no surge nada antes —resumió el fiscal mientras cerraba de golpe las patillas de sus gafas y se las metía en el bolsillo del pecho.

Y con ello se acabó la reunión.

Antes de entrar en su despacho, Sven-Erik pasó a ver a Sonja, de la centralita.

—Oye, si alguien llama diciendo que ha encontrado un gato gris a rayas, dímelo —le dijo a la mujer.

—¿Es *Manné*?

Sven-Erik asintió con la cabeza.

—Ya hace una semana —añadió—. Nunca ha estado fuera tanto tiempo.

—Tendremos los ojos abiertos —prometió Sonja—. Ya verás como vuelve. Aún hace calor. Seguro que está por ahí flirteando.

—Está castrado —respondió Sven-Erik sombrío.

—Bueno, se lo diré a las chicas —le aseguró ella.

La mujer que trabajaba en el grupo de la Policía Nacional que elaboraba perfiles contestó diciendo su propio número de teléfono. Parecía contenta cuando Sven-Erik se presentó. Demasiado joven para tener que ocuparse de aquella mierda.

—Supongo que has leído la prensa —dijo Sven-Erik.

—Sí. ¿Lo habéis encontrado?

—No, sigue desaparecido. Bueno, ¿qué crees?

—Pues... —respondió ella—. ¿Qué quieres decir?

Sven-Erik intentó poner sus pensamientos en claro.

—Quiero decir —precisó él— si admitimos lo que toda la prensa indica.

—Que Stefan Wikström ha sido asesinado y que se trata de un asesino en serie —añadió ella.

—Exacto. Aunque de todas formas es bastante raro.

Ella se quedó callada esperando a que Sven-Erik acabara de expresar su idea.

—Me refiero —continuó él— a que es raro que desaparezca. Si el asesino colgó a Mildred del órgano, ¿por qué no hizo lo mismo con Stefan Wikström?

—Quizá tenga que lavarlo. En Mildred Nilsson encontraron el pelo de un perro, ¿verdad? O que lo quiera tener un tiempo para sí mismo.

La mujer se quedó callada y parecía que estuviera pensando.

—Lo siento —dijo finalmente—. Cuando aparezca el cuerpo, si es que aparece, porque puede ser que haya desaparecido voluntariamente, hablaremos de nuevo. Miraremos a ver si se cumple algún patrón.

—De acuerdo —respondió Sven-Erik—. Puede ser voluntario. No era trigo limpio en lo referente a la fundación que tenía la parroquia. Y se dio cuenta de que íbamos detrás de esa historia un poco sucia.

—«¿Historia un poco sucia?»

—Sí, eran unas cien mil coronas. Y es bastante improbable que hubiera sido suficiente para una demanda judicial. Era un viaje de estudios que en realidad fue más un viaje privado de vacaciones.

—Así que ¿crees que no tenía motivos para huir por eso?

—En realidad, no.

—A ver si fue el acercamiento de la policía lo que lo asustó.

—¿Qué quieres decir?

Ella se echó a reír y respondió con énfasis:

—¡Nada!

Después volvió a adoptar una voz formal.

—Deseo que te vaya bien. Llámame si sale algo.

En cuanto colgó, Sven-Erik entendió lo que ella había querido decir. Si Stefan asesinó a Mildred...

Su cerebro se puso a protestar de inmediato.

«Imaginemos que fuera así —persistió Sven-Erik para sí mismo—. En ese caso la policía, cuando se le acercó, lo asustó y lo hizo huir. Quisiéramos lo que quisiéramos, aunque sólo fuera para pedir la hora.»

El teléfono de Anna-Maria empezó a sonar. Era la mujer de la librería de ciencia ficción.

—Tengo noticias sobre el dibujo —dijo sin más.

—¿Sí?

—Uno de mis clientes lo conocía. Estaba en la portada de un libro que se llama *The Gate*. Está escrito por Michelle Moan, que es un seudónimo. El libro no está traducido al sueco. Yo no lo tengo pero puedo reservar un ejemplar para ti. ¿Quieres?

—¡Sí! ¿De qué va?

—De la muerte. Es un libro sobre la muerte. Muy caro. Cincuenta y dos libras. Y además el envío. La verdad es que llamé a la editorial en Inglaterra.

—¿Sí?

—Pregunté si habían tenido más pedidos desde Suecia. Algunos. Y uno en Kiruna.

Anna-Maria aguantó la respiración. Vivan los detectives aficionados.

—¿Te dijeron algún nombre?

—Sí. Benjamín Wikström. También me dieron la dirección.

—No es necesario —gritó Anna-Maria en el auricular—. Gracias. Te llamaré.

Sven-Erik Stålnacke estaba al lado de Sonja en la centralita. No había podido evitar ir hasta ella a preguntarle.

—¿Qué han dicho las chicas? ¿Alguna ha sabido algo del gato?

Ella negó con la cabeza.

De repente Tommy Rantakyro apareció detrás de Sven-Erik.

—¿Se te ha perdido el gato? —preguntó.

Sven-Erik respondió con un gruñido.

—Seguro que se ha ido a vivir con otro amo —aclaró Tommy desenfadado—. Tienes que saber que los gatos no se apegan a nadie, no son más que nuestras propias... proyec... Que guardan sus propios sentimientos, vaya. No pueden sentir afecto, está demostrado científicamente.

—¿De qué cono estás hablando? —gruñó de nuevo Sven-Erik.

—Pues de la verdad —respondió Tommy sin hacer caso de las miradas de advertencia que le echaba Sonja—. Eso que hacen de restregarse contra las piernas y de retorcerse como hacen los gatos, pues lo hacen para marcarte con su olor porque eres una especie de comida, un lugar donde descansar que les pertenece. No son animales de manada.

—Bueno, ¿y qué? —respondió Sven-Erik—. De todas formas se sube a mi cama y se queda dormido como un crío.

—Porque allí está caliente. Para el gato tú no significas más que lo que significaría una esterilla eléctrica.

—Es que a ti te gustan los perros —intercedió Sonja para calmar el ambiente—. No puedes hablar de gatos para nada.

A Sven-Erik le dijo:

—A mí también me gustan los gatos.

En ese momento se abrió la puerta de cristal. Era Anna-Maria que llegaba corriendo. Agarró a Sven-Erik y se lo llevó hasta la recepción.

—Nos vamos a la casa parroquial de Jukkasjärvi —dijo a secas.

Kristin Wikström abrió la puerta en albornoz y zapatillas. Tenía un poco de

maquillaje corrido debajo de los ojos. Llevaba el pelo rubio echado hacia atrás y por detrás se le veía despeinado y aplastado.

—Buscamos a Benjamín —dijo Anna-Maria—. Quisiéramos hablar un rato con él. ¿Está en casa?

—¿Qué queréis?

—Hablar con él —respondió Anna-Maria—. ¿Está en casa?

El tono de voz de Kristin Wikström se hizo algo más alto.

—¿Qué queréis de él? ¿De qué vais a hablar con él?

—Su padre ha desaparecido —respondió Sven-Erik pacientemente—. Tenemos que hacerle unas preguntas.

—No está en casa.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Anna-Maria.

—No. Deberíais buscar a Stefan. Es lo que los dos deberíais estar haciendo en este momento.

—¿Podemos ver su habitación? —preguntó Anna-Maria.

La madre parpadeó cansada.

—No, ni hablar.

—Entonces pedimos disculpas por haberte molestado —añadió Sven-Erik amablemente mientras se llevaba a Anna-Maria hasta el coche.

Salieron de la explanada de la casa.

—¡Joder! —exclamó Anna-Maria cuando pasaron entre los postes de la verja—. ¿Cómo puedo ser tan imbécil que vengo sin un permiso de registro?

—Para un poco más lejos y déjame bajar —dijo Sven-Erik—. Después te vas cagando leches a buscar el permiso de registro domiciliario y vuelves. Quiero controlarla a ver qué hace.

Anna-Maria paró el coche y Sven-Erik se bajó.

—Y date prisa —añadió.

Sven-Erik volvió a la casa de la congregación medio corriendo y se puso detrás de uno de los postes de la verja oculto tras un arbusto de serbal, desde donde podía ver la puerta de entrada y la chimenea.

«Si vuelve a salir humo, entro», pensó.

Al cabo de un cuarto de hora Kristin Wikström salió de la casa. Había cambiado el albornoz por téjanos y jersey. En la mano llevaba una bolsa y se dirigió hacia el contenedor de basura. En el mismo momento que levantaba la tapa volvió la cabeza y vio a Sven-Erik.

No había nada que hacer. Sven-Erik fue hacia ella rápidamente y alargó la mano.

—Muy bien —dijo—. Ahora dame eso.

Ella le dio la bolsa sin decir ni una palabra. Él se dio cuenta de que se había pasado un cepillo por el pelo y que se había puesto un poco de carmín en los labios. Empezaron a caerle las lágrimas. Nada de ademanes, apenas un cambio en la cara, sólo las lágrimas. Como si estuviera pelando cebollas.

Sven-Erik desató la bolsa. Dentro había recortes sobre Mildred Nilsson.

—Tranquila —le dijo atrayéndola hacia sí—. Tranquila y dime ahora donde está.

—En la escuela, dónde va estar —respondió ella.

Dejó que la abrazara y lloró en silencio contra su hombro.

—Pero, ¿qué quieres decir? —inquirió Sven-Erik cuando, con Anna-Maria, aparcaron el coche delante de la escuela de H6galid—. ¿Que podría haber matado a Mildred y a su padre?

—No quiero decir nada en absoluto. Pero tiene un libro con el mismo símbolo que había en el dibujo en el que se amenaza a Mildred. Probablemente lo haya dibujado él y, además, tenía un montón de recortes de prensa sobre su muerte.

La directora de la escuela de Hogalid era una mujer encantadora de unos cincuenta años. Estaba rellenita, llevaba falda hasta las rodillas, americana azul oscuro y alrededor del cuello, a modo de adorno, lucía un pañuelo de colores alegres. Sven-Erik se puso contento de verla. Le gustaban las mujeres como aquella, enérgicas.

Anna-Maria le explicó que querían que, con discreción, fueran a buscar a Benjamín Wikström. La directora cogió un horario de clases y después llamó al maestro que en aquel momento tenía la clase de Benjamín.

Mientras esperaban, la directora les preguntó qué ocurría.

—Creemos que quizá amenazara a Mildred Nilsson, la pastora que fue asesinada este verano, así que debemos hacerle unas cuantas preguntas.

La directora negó con la cabeza.

—Perdonad —dijo—, pero me cuesta creerlo. Benjamín y sus amigos parecen de lo más tranquilos. Pelo negro y cara blanca, ojos tiznados con maquillaje y, a veces, hay que ver que jerseys se ponen. El semestre pasado uno de los amigos de Benjamin llevaba un jersey con un esqueleto que comía recién nacidos.

Se echó a reír y se encogió de hombros como si le hubiera dado un escalofrío. Se puso serio cuando vio que Anna-Maria no sonreía en absoluto.

—De verdad que son buenos críos —continuó—. Benjamin lo pasó mal el año pasado cuando iba a octavo pero yo lo hubiera dejado cuidando a mis hijos. Si yo tuviera niños pequeños, quiero decir.

—¿En qué sentido lo pasó mal el año pasado? —preguntó Sven-Erik.

—Le iba mal en la escuela y se volvió muy... Ellos quieren diferenciarse de los demás en su forma de vestir y esas cosas. A veces pienso que llevan por fuera su sentimiento de estar apartados del grupo. Es una decisión que toman ellos mismos,

pero no se sentía bien. Tenía un montón de pequeñas heridas en los brazos y siempre estaba quitándose las costras. Era como una zona que no se curaba nunca pero después de Navidad se arreglaron las cosas. Además, empezó a salir con una chica y empezó a tocar en un grupo de música.

Sonrió.

—¡Qué grupo, Dios mío! Tocaron una vez esta primavera aquí en la escuela. No sé cómo, se hicieron con la cabeza de un cerdo, la pusieron en el escenario y le fueron dando hachazos. Estaban de lo más felices.

—¿Es bueno dibujando? —preguntó Sven-Erik.

—Sí —respondió la directora—. La verdad es que sí.

Llamaron a la puerta y entró Benjamín Wikström.

Anna-Maria y Sven-Erik se presentaron.

—Te queremos hacer unas cuantas preguntas —le informó Sven-Erik.

—Yo no hablo con vosotros —respondió Benjamín Wikström.

Anna-Maria Mella suspiró.

—En ese caso tengo que detenerte como sospechoso de amenaza ilegal. Tendrás que venir a la comisaría.

Bajó la vista y el pelo despeinado le cayó sobre la cara.

—Vale.

—Bueno —dijo Anna-Maria a Sven-Erik—. ¿Vamos a hablar con él?

Benjamín Wikström se encontraba en la sala de interrogatorios número uno. No había pronunciado ni una sola palabra desde que se lo llevaron. Sven-Erik y Anna-Maria fueron a buscarse café y una Coca-Cola para Benjamín Wikström.

El fiscal jefe, Alf Björnfot, fue corriendo hacia ellos por el pasillo.

—¿A quién habéis detenido? —jadeó.

Le explicaron la detención.

—Quince —exclamó el fiscal—. La patria potestad debe estar presente. ¿Está aquí la madre?

Sven-Erik y Anna-Maria intercambiaron una rápida mirada.

—Haced que venga —añadió el fiscal—. Si quiere, dadle al chico algo de comer y poneos en contacto con Asuntos Sociales para que también manden a un representante. Luego me llamáis —ordenó el fiscal mientras desaparecía.

—¡Yo no quiero ir! —suspiró Anna-Maria.

—La iré a buscar yo —respondió Sven-Erik Stålnacke.

Al cabo de una hora estaban todos en la sala de interrogatorios. A un lado de la mesa se sentaban Sven-Erik Stålnacke y Anna-Maria Mella. Al otro lado, Benjamín Wikström. Un trabajador social a su izquierda y a su derecha Kristin Wikström. Ésta

tenía los ojos enrojecidos.

—¿Le enviaste tú este dibujo a Mildred Nilsson? —preguntó Sven-Erik—. Dentro de un rato nos darán el resultado de las huellas dactilares. Así que si lo has enviado tú, es mejor que lo digas.

Benjamín Wikström, terco, seguía callado.

—¡Dios mío! —exclamó Kristin—. Pero ¿qué es esto, Benjamín? ¿Cómo eres capaz de hacer algo así? ¡Es una barbaridad!

Las mejillas de Benjamín se endurecieron. Tenía la mirada baja, clavada en la mesa, y los brazos apretados contra el cuerpo.

—Quizá deberíamos hacer una pausa —intercedió el trabajador social rodeando con un brazo los hombros de Kristin.

Sven-Erik asintió con un gesto y apagó el magnetófono. Kristin Wikström, la trabajadora social y Sven-Erik salieron fuera.

—¿Por qué no quieres hablar con nosotros? —preguntó Anna-Maria.

—Porque no entendéis nada —respondió Benjamín Wikström—. No entendéis nada de nada.

—Eso es lo que me dice constantemente mi hijo. Tiene tu misma edad. ¿Conocías a Mildred?

—No es la del dibujo. ¿Es que no lo entendéis? Es un autorretrato.

Anna-Maria miró el dibujo. Ella partía de la base de que era Mildred, aunque él también tenía el pelo oscuro y largo.

—¡Eras amigo suyo! —exclamó Anna-Maria—. Por eso tenías los recortes.

—Ella sí que entendía las cosas. Ella sí.

Tras el velo de cabellos, cayeron unas lágrimas sobre la mesa.

Mildred y Benjamín están en el despacho de la casa de la congregación. Ella ha preparado té de Reina de los Prados con miel. Se lo ha regalado una de las mujeres del grupo Magdalena después de recogerlo y secarlo ella misma. Se ríen porque sabe a mierda.

Mildred le dio la confirmación a uno de los amigos de Benjamín y a través de ese amigo se conocieron.

The Gate está sobre la mesa de Mildred. Lo ha acabado de leer.

—¿Qué te ha parecido?

El libro es gordo, mucho texto en inglés y también muchas imágenes en color.

Es sobre *The Gate on the unbuilt house, to the world you create*. La puerta de la casa sin construir, al mundo que tú creas. Te anima a que con ritos mentales crees el mundo en el que quieras vivir toda la eternidad. Es sobre el camino hacia allí. El suicidio. Colectivo o particular. La editorial inglesa ha sido denunciada por un grupo de padres de cuatro jóvenes que se quitaron la vida juntos la primavera de 1998.

—Me gusta la idea de crear tu propio cielo —dice ella.

Después Mildred le escucha. Le alcanza pañuelos cuando él llora y él llora cuando habla con Mildred. Es ese sentimiento de que ella se preocupaba lo que le provoca el llanto.

Habla de su padre. Seguro que en ello también hay un poco de revancha. Hablar con Mildred de él cuando sabe que él la aborrece.

—Me odia —exclama—. Y me es igual. Si me cortara el pelo y fuera por ahí con camisa y pantalones sin rotos, me portara bien en la escuela y fuera delegado de clase, seguro que tampoco estaría satisfecho. Lo sé.

Llaman a la puerta. Mildred frunce el cejo irritada. Cuando la lámpara roja está encendida...

Se abre la puerta y entra Stefan Wikström. Ciertamente, es su día libre.

—Así que estás aquí —le dice a Benjamín—. Coge tu chaqueta y vete inmediatamente al coche.

A Mildred le dice:

—Y tú, deja de meterte en los asuntos de mi familia. Se porta mal en la escuela. Se viste que a uno le entran ganas de vomitar. Avergüenza a la familia todo lo que puede, naturalmente respaldado por ti, que lo invitas a tomar el té cuando debería estar en la escuela. ¿Has oído lo que te he dicho? La chaqueta y al coche.

Le da unos golpecitos a su reloj de muñeca.

—En estos momentos tienes clase de sueco, te voy a llevar.

Benjamín sigue sentado donde está.

—Tu madre está en casa llorando. La tutora de tu clase nos llamó para saber dónde estabas. Estás acabando con la salud de tu madre. ¿Es eso lo que quieres?

—Benjamín quiere hablar —intercede Mildred—. A veces...

—¡Se habla con la familia! —grita Stefan.

—¡Vaya! —exclama Benjamín—. Pero si eres tú el que no contesta. Como ayer, cuando pregunté si podía ir con la familia de Kevin hasta la frontera y dijiste: «Cuando te cortes el pelo y te vistas como una persona normal, entonces te hablaré como a una persona normal.»

Benjamín se levanta y coge su chaqueta.

—Me voy a la escuela en bici. No hace falta que me lleves —añade dirigiéndose violentamente hacia la puerta.

—Esto es culpa tuya —dice Stefan señalando con el dedo a Mildred, que sigue con la taza de té en la mano.

—Das pena, Stefan —le responde ella—. Debes de sentirte muy solo.

—Lo vamos a soltar —le dice Anna-Maria al fiscal y a sus compañeros. Fue hasta la sala del café y le pidió a la trabajadora social que acompañara al chico y a su madre a casa.

Después se metió en su despacho.

Se sentía cansada y desanimada.

Sven-Erik pasó por allí y le preguntó si quería salir a comer con él.

—Pero si son las tres —respondió ella.

—¿Es que ya has comido?

—No.

—Coge la chaqueta. Yo conduzco.

Ella sonrió.

—¿Por qué vas a conducir tú?

Tommy Rantakyro apareció por detrás de Sven-Erik.

—Tenéis que venir —les dijo.

Sven-Erik lo miró ceñudo.

—Contigo no hablo —respondió.

—¿Por lo del gato? Estaba haciendo broma pero tenéis que venir a escuchar una cosa.

Siguieron a Tommy Rantakyro a la sala de interrogatorios número dos. Allí estaban sentados una mujer y un hombre. Los dos con ropa de trabajo de monte.

El hombre era bastante grande y apretaba en un puño una gorra verde de los almacenes de restos del ejército. La mujer era extremadamente delgada. Tenía profundos surcos sobre el labio y en la cara, como consecuencia de haber fumado durante muchos años. En la cabeza llevaba un pañuelo atado y en los téjanos se veían manchas de bayas. Los dos olían a humo y a repelente de mosquitos.

—¿Podrían darme un vaso de agua? —pidió el hombre cuando entraron los tres policías.

—¡Vale ya! —exclamó la mujer en un tono que indicaba que nada de lo que dijera o hiciera el hombre estaría bien.

—¿Podéis repetir otra vez lo que me habéis dicho antes? —les pidió Tommy Rantakyro.

—¡Anda, explícaselo tú! —le dijo irritada la mujer a su marido mientras miraba estresada y esquiva a los policías, uno tras otro.

—Pues, estábamos al norte de Nedre Vuolusjarvi cogiendo bayas —explicó el hombre—. Mi cuñado tiene una cabaña allí arriba. Son unas tierras increíbles cuando es el tiempo de los camemoros, pero ahora había arándano rojo...

Miró hacia Tommy Rantakyro, que estaba girando la mano para que el hombre fuera al grano.

—Bueno, por la noche oímos un ruido —dijo el hombre.

—Fue un grito —determinó la esposa.

—Sí, sí. A lo que iba. Y luego oímos un tiro.

—Y después otro tiro, añadió la mujer.

—¡Pues explícalo tú! —gritó el hombre irritado.

—Ni hablar. Ya te lo he dicho antes. Habla tú con la policía.

La mujer cerró la boca.

—Pues no es nada más que eso —resumió el hombre.

Sven-Erik parecía impresionado.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó.

—La noche del viernes —respondió el hombre.

—Y hoy es lunes —recapituló Sven-Erik despacio—. ¿Por qué no habéis venido antes?

—Ya te dije que... —insistió la mujer.

—Sí, sí, pero cierra el pico —la interrumpió el marido.

—Le dije que teníamos que venir enseguida —le dijo la mujer a Sven-Erik¹-. Oh, Dios, cuando vi a aquel pastor en los periódicos. ¿Creéis que puede ser él?

—¿Visteis algo? —continuó Sven-Erik.

—No. Ya nos habíamos acostado —respondió el hombre—. Oímos exactamente lo que os he explicado. Bueno, también oímos un coche, pero fue mucho más tarde. Hay una carretera que lleva a Laxforsen.

—¿No pensasteis que podía ser algo serio? —preguntó Sven-Erik suavemente.

—Yo qué sé —dijo el hombre malhumorado—. Es época de caza de alces, así que no es nada raro que la gente dispare en el bosque.

La voz de Sven-Erik era paciente en exceso.

—Era en plena noche. En época de caza no se puede disparar a partir de una hora antes de que se ponga el sol. ¿Y quién fue quien gritó? ¿Era un alce?

—Ya dije que... —intentó explicar la mujer.

—Oye tú, los ruidos suenan jodidamente raros en el bosque —respondió el hombre, que parecía confuso—. Podría haber sido un zorro. O el ladrido de un corzo macho en celo. ¿No lo has oído nunca? Bueno, ya os lo hemos explicado. Así que igual nos podemos ir a casa.

Sven-Erik miró fijamente al hombre como si estuviera completamente loco.

—¡Iros a casa! —gritó—. ¿Iros a casa? ¡Os vais a quedar aquí! Vamos a buscar un mapa y a inspeccionar la zona. Nos diréis de dónde venía el tiro. Vamos a ver si se trata de una bala o de un cartucho. Pensad qué tipo de grito era, si pudisteis distinguir alguna palabra. Y vamos a hablar también del ruido del coche. De dónde, a qué distancia, todo. Queremos saber exactamente a la hora que ocurrió. Y vamos a repasar todo esto muy cuidadosamente. Muchas veces. ¿Entendido?

La mujer miró suplicante a Sven-Erik:

—Le dije que debíamos ir a la policía de inmediato, pero una vez se pone a coger bayas, ya sabes.

—Sí, y mira lo que ha pasado. En el coche llevo arándanos rojos por un valor de tres mil billetes. De cualquier forma, tengo que llamar al chico para que venga a buscarlo. Joder, no puedo dejar que las bayas se echen a perder.

El pecho de Sven-Erik subía y bajaba.

—El coche era de gasoil —informó el hombre.

—¿Me estás tomando el pelo? —le preguntó Sven-Erik.

—No, joder, uno sabe distinguirlos. La cabaña está un poco alejada de la carretera, pero aun así. Bueno, como ya he dicho, fue un rato después. No necesariamente tiene que ver con el disparo.

A las cuatro y cuarto, Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke salieron en helicóptero hacia el norte. Debajo de ellos serpenteaba el río Torneälven como una cinta de plata. Algunas nubes echaban su sombra por las laderas de las montañas y, aparte de eso, el sol lucía amarillo sobre el dorado del terreno.

—Se puede entender que quisieran seguir recogiendo bayas y no volver y estropear sus vacaciones —razonó Anna-Maria.

Sven-Erik asintió riéndose.

—¿Qué le pasa a la gente?

Estudiaron el mapa.

—Si la cabaña está aquí, en la parte norte del lago, y el tiro vino desde la parte sur... —dijo Anna-Maria señalando.

—Él dijo que se oyó bastante cerca.

—Sí, y más abajo hay unas cuantas cabañas al lado de la costa. Además oyeron un coche. No pueden ser más de uno o dos kilómetros como máximo desde su casa.

Habían circundado una zona en el mapa. Al día siguiente la policía rastrearía el territorio junto a la milicia local.

El helicóptero iba perdiendo altura mientras volaba sobre el alargado lago Nedre Vuolusjarvi hacia el norte. Al rato, localizaron la cabaña donde había dormido la pareja que recogía bayas.

—Baja un poco más, a ver qué podemos ver —le gritó Anna-Maria al piloto.

Sven-Erik miraba con los prismáticos, pero Anna-Maria prefería no utilizarlos; Había muchos abedules y terreno pantanoso. El camino que seguía la orilla del lago llegaba casi a la parte norte del mismo. Vieron algún que otro reno que les miraba con cara de tonto y un alce hembra con cría que galopaban a través de la maleza.

A pesar de ello, Anna-Maria pensaba, miraba atentamente e intentaba ver algo más entre tanto abedul y demás vegetación. «Enterrar algo aquí no se hace en un abrir y cerrar de ojos, con tanta raíz y con tanta mierda.»

— Espera. Mira allí — dijo de pronto agarrando a Sven-Erik.

— ¿Lo ves? Allí hay una barca, en la parte de debajo del cercado de renos. Vamos a mirar.

El lago tenía más de seis kilómetros de largo. Del bosque bajaba un camino hasta él y en el último tramo había una pasarela. La barca era blanca, de fibra. Estaba en tierra, bien arriba y boca abajo para que no se llenara de agua.

Entre los dos le dieron la vuelta a la barca.

— Completamente limpia — informó Sven-Erik.

— Demasiado limpia — respondió Anna-Maria.

Se inclinó más para mirar detenidamente el suelo de la barca. Levantó la vista hacia Sven-Erik y asintió, y éste se inclinó a su lado.

— Pues sí, esto es sangre — confirmó él.

Miraron hacia el lago, que estaba reluciente y tranquilo con la superficie algo ensortijada. Un colimbo volaba a ras del agua.

«Ahí abajo. Está en el lago», pensó Anna-Maria.

— Volvamos. Será mejor que no pisemos demasiado, que luego los de la Científica se enfadan. Que vengan Krister, Eriksson y *Tintín*. Si encuentran algo, haremos que venga un buzo. Evitemos el camino, podría haber huellas o algo más.

Anna-Maria miró el reloj.

— Tenemos tiempo antes de que se haga oscuro — dijo.

Eran más de las cuatro y media de la tarde cuando Anna-Maria Mella, Sven-Erik Stålnacke, Tommy Rantakyro y Fred Olsson se reunieron en el lago. Esperaban a Krister Eriksson y a *Tintín*.

— Si está cerca, lo encontrará *Tintín* — dijo Fred Olsson.

— Aunque no es tan buena como *Zack* — replicó Tommy.

Tintín era una hembra negra de pastor alemán y era propiedad del inspector Krister Eriksson. Cuando éste se fue a vivir a Kiruna hacía cinco años, tenía a *Zack*, un macho de la misma raza con el pelo grueso beige y marrón, casi negro. Tenía la cabeza ancha, así que no era un perro de concurso y era perro de un solo amo. Sólo le hacía caso a Krister. Si alguien intentaba saludarlo o acariciarlo, giraba la cabeza indiferente.

— Es un honor trabajar con él — había comentado el mismo Krister hablando sobre el perro.

Una vez, el personal de salvamento de alta montaña le cantó a coro una canción de homenaje. *Zack* era el mejor perro que se había visto nunca en caso de alud y también era bueno buscando en otras situaciones. La única ocasión que se vio a Krister Eriksson en la sala de la comisaría donde se tomaba café, fue una vez en la que *Zack* invitó a tarta. O mejor dicho, cuando algún pariente agradecido o alguien a quien le había salvado la vida, invitó a tarta. De lo contrario, Krister Eriksson aprovechaba las pausas del café para pasear con el perro o para entrenarlo.

No era muy sociable. Quizá se debía a su aspecto. Según había oído Anna-Maria, cuando Krister era un adolescente un incendio le provocó las heridas que tenía. Ella nunca se lo preguntó. No era de ese tipo de gente.

Tenía la cara como un pergamino de color gris y rosa. Las orejas eran dos agujeros directamente en la cabeza y no tenía pelo, ni cejas ni pestañas. Nada.

De la nariz tampoco le quedaba mucho. Dos largas curvas directas al cráneo. Anna-Maria sabía que los compañeros le llamaban Michael Jackson.

Cuando *Zack* vivía, habían hecho bromas con el amo y el perro, como que se sentaban juntos a tomar cerveza por la noche mientras miraban los deportes y que *Zack* era el que acertaba más resultados en las quinielas.

Desde que Krister tenía a *Tintín*, Anna-Maria no había oído nada. Probablemente continuaban las bromas como antes, pero dado que *Tintín* era una hembra, seguro que eran bromas demasiado fuertes para gastarlas cuando ella pudiera oírlas. «Será buena —solía decir Krister sobre *Tintín*— Aún es un poco impaciente. Demasiado joven, pero cambiará.»

Krister Eriksson llegó al lugar diez minutos después que los otros. *Tintín* iba sentada en el asiento de delante, sujeta con un cinturón para perros. La soltó.

—¿Han traído la barca? —preguntó.

Los demás asintieron con la cabeza. Un helicóptero la había puesto sobre el lago en la parte norte. Era de color naranja y con poca quilla, equipada con focos y ecosonda.

Krister Eriksson le puso a *Tintín* el chaleco salvavidas. La perra sabía exactamente lo que aquello significaba. Trabajo. Trabajo divertido. Se agitaba impaciente entre las piernas del amo, con la boca, abierta y expectante, y moviendo el hocico hacía todos lados.

Bajaron hasta la barca. Krister Eriksson hizo sentar a *Tintín* sobre la pequeña plataforma y de una patada se adentró en el agua. Los compañeros se quedaron mirando cómo se alejaban. Krister puso en marcha el motor y buscó el viento de proa. Al principio, *Tintín*, excitada, iba de un lado a otro, gimiendo y balanceándose hasta que al final se fue a sentar en la proa. Parecía como si estuviera pensando en otra cosa.

Pasaron cuarenta minutos. Tommy Rantakyro se rascaba la cabeza. *Tintín* se había tumbado. La barca iba de un lado a otro sobre el lago. Trabajaba en dirección sur y los otros compañeros iban siguiéndole por la orilla.

—Joder, lo que tardan —se quejó Tommy Rantakyro.

—Esos hombres con sus perros. En realidad esto debería ser cosa tuya —le dijo Sven-Erik a Anna-Maria.

—Vale ya —respondió Anna-Maria con un gruñido de aviso—. Además, el perro no era suyo.

—¿De qué habláis? —se interesó Fred Olsson.

—De nada —contestó Anna-Maria.

—Ni hablar. Lo que se empieza, se acaba —exigió Tommy Rantakyro.

—Ha empezado Sven-Erik —aclaró Anna-Maria—. Así que explícaselo tú. Arrástrame bien por el lodo.

—Bueno, pero pasó cuando tú vivías en Estocolmo —inició la historia Sven-Erik.

—Cuando iba a la escuela de policías.

—Pues nada, que Anna-Maria se fue a vivir con un tío tras una relación bastante corta.

—Habíamos vivido juntos dos meses y, en realidad, no llevábamos saliendo mucho más.

—Ahora corrígeme si me equivoco. Un día cuando ella llegó a casa vio en el suelo del dormitorio unos calzoncillos negros tipo tanga de piel.

—Y llevaban cierre porno —aclaró Anna-Maria—. Además tenían un agujero en la parte de delante. No hace falta pensar mucho rato en lo que tenía que salir por aquel agujero.

Hizo una pausa y observó a Fred Olsson y a Tommy Rantakyro. No los había visto nunca tan divertidos y tan expectantes.

—Además, en el suelo había también una compresa.

—¡Venga ya! —exclamó Tommy Rantakyro.

—Yo estaba impactada —continuó Anna-Maria—. Quiero decir que, en realidad, ¿qué es lo que se sabe de una persona? Así que cuando Max volvió a casa y saludó desde el recibidor yo seguí sentada en el dormitorio. Dijo: «¿Qué pasa?» Señalé los *gayumbos* de piel y respondí: «Tenemos que hablar. De eso.» Y él apenas reaccionó. «Vale», me dijo, así con total indiferencia. «Se deben de haber caído del armario.» Y puso los *gayumbos* y la compresa encima del armario. Estaba impasible.

Anna-Maria se echó a reír.

—Eran unas bragas para perra. Su madre tenía un bóxer hembra que él solía cuidar y cuando estaba en celo le ponían aquellas pequeñas bragas con el agujero para el rabo y la compresa. Así de sencillo.

Las carcajadas de los tres hombres se fueron rodando por el lago y continuaron riéndose bastante rato después.

—Vaya historia —dijo apenas sin voz Tommy Rantakyro mientras se secaba las lágrimas.

En ese momento *Tintín* se sentó en la barca.

—Mirad —les ordenó Sven-Erik Stålnacke.

—Como si alguno de nosotros tuviera ganas de dejar de mirar ahora —respondió Tommy Rantakyro alargando el cuello.

Tintín se había levantado. Tenía el cuerpo tenso. El hocico señalaba hacia el interior del lago como si fuera una brújula. Krister Eriksson aminoró la marcha a la

velocidad mínima que el timón exigía para dirigir la barca y la llevó hacia el lugar que señalaba el hocico de *Tintín*. La perra empezó a gemir y a ladrar, pisando la plataforma y rascando con las patas. El ladrido era cada vez más intenso y al final se asomó hacia el agua con la parte delantera del cuerpo. Cuando Krister Eriksson sacó la boya con el ancla de plomo para señalar el lugar, *Tintín* no pudo aguantarse y se lanzó al agua nadando alrededor de la boya, a la vez que ladraba y estornudaba agua.

Krister Eriksson la llamó y la cogió por el chaleco salvavidas. Por un momento pareció que él mismo iba a caerse al agua. En la barca, *Tintín* continuó gimiendo y aullando de alegría. Los policías oyeron la voz de Krister Eriksson a través del ruido del motor y los ladridos del perro.

—Muy bien, bonita. Bieeen.

Tintín saltó a tierra chorreando y se sacudió todo lo que pudo, con lo que los policías acabaron bien duchados.

Krister Eriksson le dijo unas palabras de elogio a la vez que le acariciaba la cabeza. Sólo se quedó quieta un segundo, después salió corriendo a dar una vuelta en el bosque y ladró para resaltar lo buena que era en su trabajo. Sus ladridos se oyeron desde distintos lugares.

—¿Tenías intención de que saltara al agua? —preguntó Tommy Rantakyro.

Krister Eriksson negó con la cabeza.

—Es que estaba con muchas ganas y lo ha conseguido. Ha encontrado lo que quería y eso tiene que ser una sensación muy positiva para ella, así que no se la puede regañar por haberse tirado al agua, pero...

Miró en la dirección de donde venían los ladridos de la perra con una mezcla de enorme orgullo y reflexión.

—Es muy buena —exclamó Tommy impresionado.

Los demás asintieron. La última vez que habían visto a *Tintín* había localizado en el bosque a una mujer demente senil de setenta y seis años, en las afueras de Kaalasjärvi. Era una zona muy grande para la búsqueda y Krister Eriksson iba en un cuatro por cuatro a poca ve-

locidad por viejos caminos de tierra. Sobre el capó, había sujetado una alfombra de baño para que *Tintín* no se resbalara. La perra había ido sentada como una esfinge sobre el capó con el hocico al viento. Un espectáculo impresionante.

Pocas veces se tenía una conversación tan larga como aquella con Krister Eriksson. *Tintín* volvió de su vuelta de alardeo y hasta ella se sintió a gusto con aquel compañerismo que había surgido en el grupo. Incluso se dio una vuelta entre los policías y hasta le olió los pantalones a Sven-Erik.

Aquel momento pasó.

—Bueno, pues ya estamos listos —dijo Krister casi huraño. Luego llamó a la perra y le quitó el chaleco.

Está oscureciendo.

—Vamos a llamar a los de la Científica y a los buzos —informó Sven-Erik—. Que vengan en cuanto amanezca mañana.

Se sentía a la vez contento y triste. Lo peor había ocurrido. Un pastor de la parroquia había sido asesinado, se podía dar por hecho. Pero, de otra parte, allí abajo había un cuerpo. Había huellas en la barca y seguro que también en el camino. Sabía que había sido un coche de gasoil y ahora tenían algo con lo que trabajar de nuevo.

Miró a sus compañeros y notó que aquella electricidad estaba en todos ellos.

—Que vengan esta noche —ordenó Anna-Maria—. Por lo menos que lo intenten en la oscuridad. Quiero sacarlo ya.

Máns Wenngren estaba en el club Grodan mirando el móvil. Se había estado diciendo todo el día que no llamaría a Rebecka Martinsson, pero ya no recordaba por qué no debía hacerlo.

La llamaría y le preguntaría, sin darle importancia, cómo le iba con el trabajo negro.

Tenía los mismos pensamientos que cuando era un quinceañero. Qué aspecto tendría su cara en el momento en que la penetrara.

«¡Joder, tío!», se dijo a sí mismo mientras marcaba el número.

Contestó a la tercera señal. Parecía cansada. Le preguntó como sin darle importancia por el nuevo trabajo, según lo que había pensado hacer.

—No muy bien —respondió ella.

Y le contó toda la historia sobre cómo había sido acusada de fisgonear por el padre de Nalle.

—Ha sido bastante agradable no tener que ser «la mujer que mató a tres hombres» —dijo—. No lo mantuve en secreto pero tampoco había motivo para explicarlo. Lo peor es que me fui sin pagar la cuenta.

—Seguro que se puede hacer un giro o algo así— dijo Máns.

Rebecka se echó a reír.

—No lo creo.

—¿Quieres que me encargue yo?

—No.

«No, claro. Yo sé hacerlo sola», pensó él.

—Pues ve allí a pagar y ya está —le dijo.

—Sí.

—No has hecho nada malo. No tienes por qué arrodillarte.

—No.

—Aunque se haya hecho algo mal no hay por qué arrodillarse —continuó Máns.

Se quedó callada un momento.

—Es difícil hablar contigo, Martinsson —le dijo Máns.

«Modérate —se dijo Rebecka a sí misma—. Deja de comportarte como una psicótica.»

—Perdona.

—Deja todo eso de lado de momento —dijo Máns—. Mañana por la mañana te llamo y te animo. Ir a pagar una cuenta a un chiringuito no te va a ser difícil. ¿Te acuerdas de aquella vez que tú sola te tuviste que hacer cargo de Axling Import?

—Hmmm.

—Te llamo mañana.

«Seguro que no llama. ¿Por qué iba a hacerlo?», pensó al colgar.

Los buzos de los servicios de rescate encontraron el cuerpo de Stefan Wikström en el lago a las diez y cinco de la noche. Lo sacaron del agua con una camilla hecha de red, pero era pesado. Una cadena de hierro le envolvía el cuerpo. Tenía la piel completamente blanca y porosa, como puesto a remojo y lavado varias veces. Tenía un par de agujeros de un centímetro cada uno en la frente y en el pecho.

PATAS DORADAS

Principios de mayo. Las hojas que han estado debajo de la nieve han sido prensadas hasta convertirse en una corteza marrón sobre el suelo. Aquí y allá asoma tímidamente algo verde. El aire cálido viene del sur y se ven bandadas de pájaros constantemente.

La loba aún está en movimiento. A veces se ve dominada por una gran soledad. Entonces, levanta el cuello hacia el cielo y deja que salga todo.

A cincuenta kilómetros de Sodankyla hay un pueblo con el contenedor de basura destapado. Se pasea por allí un rato, encuentra algunos restos y desentierra alguna que otra rata gorda aterrada. Se llena el estómago hasta arriba.

En las afueras del pueblo hay un perro de Karelia, un macho para la caza del oso, atado a una cadena. Cuando la loba sale del linde del bosque y se le acerca, no se pone a ladrar como un poseso ni tampoco le entra miedo ni intenta esconderse. Se queda callado esperándola.

Es cierto que el olor de la gente la asusta, pero hace tiempo que está sola y aquel perro sin miedo le sirve. Vuelve a verlo tres días seguidos al anochecer. Se atreve

hasta llegar a rozarlo. Huele y se deja oler. Se cortejan uno al otro y luego vuelve a la linde del bosque. Se queda quieta y mira al macho. Espera a que él la siga.

Y el perro tira de la cadena. Durante el día ha dejado de comer.

Cuando la loba vuelve por cuarta noche consecutiva ya no está. Ella se queda quieta en la linde un rato. Después se mete trotando en el bosque y continúa su camino.

La nieve ha desaparecido por completo. Sale vapor de la tierra y tiembla de deseos de vida. Todo resucita, chirría, chasquea y suena por doquier. Las hojas estallan en los doloridos árboles. El verano llega de fuera como una invencible ola verde.

Continúa veinte kilómetros hacia el norte por la orilla del río Torneälven y pasa por el puente para personas que hay en Muonio.

Poco después, otra persona se arrodilla ante su vista por segunda vez en la vida. Ella está en el bosque de abedules con la lengua colgando. No se siente las patas. Los árboles que tiene por encima forman una borrosa niebla.

La persona arrodillada es una investigadora de lobos de la Dirección Nacional de Protección de la Naturaleza.

—Eres tan bonita —le dice la investigadora y le acaricia el cuerpo, sus largas patas doradas.

—Sí que es bonita —conviene el veterinario.

Le da una inyección de vitaminas, le controla los dientes y le dobla con cuidado las articulaciones.

—Tres años, quizá cuatro —adivina—. Alta jerarquía, nada de roña, nada.

—Una auténtica princesa —dice la investigadora y le pone en el cuello un emisor de radio, una extraña joya para una realeza.

El helicóptero sigue en marcha. El suelo tiene tanta agua que el piloto no se ha atrevido a apagar el motor por si se hunde y no puede levantar el vuelo.

El veterinario le da a la loba otra inyección antes de dejarla marchar.

Los científicos se levantan sintiéndola aún entre sus manos. La piel gruesa y sana. La lana pegada al cuerpo y después el grueso y largo pelo en la parte exterior. Las pesadas patas.

Cuando han emprendido el vuelo ven cómo se pone en pie un poco tambaleante.

La investigadora envía un pensamiento al poder, una oración para que la protejan.

MARTES

12 DE SEPTIEMBRE

Sale todo en la prensa matutina y también hablan de ello en la radio. El pastor desaparecido ha sido encontrado en un lago con cadenas rodeándole el cuerpo. Tiene dos disparos: uno en el pecho y otro en la frente. Una ejecución en toda regla, según fuentes de la policía, que opina que ha sido más suerte que pericia haber encontrado el cuerpo.

Lisa está sentada a la mesa de la cocina. Ha cerrado el periódico, ha apagado la radio e intenta estarse quieta en la silla. En cuanto se mueve, algo como una ola se pone en marcha en su interior, una ola que pasa a través del cuerpo, que la pone en pie, que la hace ir de un lado a otro en su casa vacía, entrar en la sala de estar con sus librerías como si tuvieran la boca abierta y los alféizares vacíos de las ventanas. La hace volver a la cocina. No hay nada que fregar y los armarios están limpios, los cajones vacíos y no hay ningún papel, ni facturas por pagar. La hace entrar en el dormitorio. Esta noche ha dormido sin sábanas, simplemente se cubrió con un edredón y se quedó dormida, para su sorpresa. El edredón todavía está doblado a los pies de la cama con las almohadas encima. Su ropa no está.

Si se queda completamente quieta sentada, logra dominar su añoranza. Añoranza de llorar y de gritar. O de dolor. Añoranza de poner la mano sobre la plancha de la cocina cuando está al rojo vivo. Pronto será hora de irse. Se ha duchado y se ha puesto ropa limpia. El sujetador le roza por la falta de costumbre debajo de las axilas.

A los perros no se les engaña fácilmente. Van hacia ella moviendo la cola y se oye el ruido de sus uñas sobre el suelo, clicketi-clicketi-click. No se preocupan del rechazo de su tenso cuerpo. Aprietan el hocico contra su vientre. Lo presionan entre sus piernas, meten la cabeza debajo de sus manos exigiéndole que los acaricie. Y lo hace. Es un esfuerzo monstruoso desconectar lo máximo posible para acariciarlos, sentir el pelo suave y, debajo, el calor de la circulación de su sangre.

—A dormir —les ordena con voz extraña.

Y se tumban en su sitio. Enseguida vuelven y hacen ruido con las uñas.

A las siete y media se levanta. Enjuaga la taza de café y la pone en el escurridor de platos. Tiene un aspecto raro, como abandonada.

En la explanada los perros se obcecan con algo. Normalmente, saltan directamente al coche porque saben que significa un largo día en el bosque, pero ahora arman jaleo allí mismo. *Karelin* se va y mea sobre los arbustos de grosellas. *El Alemán* se sienta y la mira fijamente mientras ella les señala con la mano extendida la puerta del portaequipajes. *Majken* es la primera que se rinde. Va corriendo agazapada a través de la explanada con el rabo metido entre las patas. *Karelin* y *el Alemán* saltan después de ella.

A *Spy-Morris* nunca le apetece ir en coche y hoy menos que nunca. Lisa tiene

que perseguirlo, maldice y da

voces hasta que se para. Tiene que llevarlo al coche a rastras.

—Salta de una vez, joder —le chilla y le da una azotaina en el lomo.

Entonces salta dentro. Lo ha entendido. Todos lo entienden y la miran a través de la ventanilla. Ella se sienta en el parachoques completamente extenuada. Lo último que quiere hacer es pelearse con ellos, eso no lo tenía previsto.

Va al cementerio. Mientras, los perros se quedan dentro del coche. Baja hasta la tumba de Mildred que, como es habitual, está llena de flores, tarjetas, hasta fotografías que se han arrugado y cada vez son más gruesas por la humedad.

Las mujeres la cuidan.

Es cierto, debería haber llevado algo para ponerlo sobre la tumba. Pero ¿qué?

Intenta pensar en algo que decir. Un pensamiento. Mira fijamente el nombre de Mildred sobre la piedra gris mojada. Mildred, Mildred, Mildred. Introduce el nombre dentro de sí como si fuera un cuchillo.

«Mi Mildred —piensa después—. A ti que te tuve en mis brazos.»

Erik Nilsson ve a Lisa desde lejos. Está quieta, pasiva, como si pudiera ver a través de la piedra. Las otras mujeres siempre están de rodillas, mueven la tierra, arreglan, limpian y hablan con las otras visitas.

Va a bajar hasta la tumba pero se arrepiente por un momento. Suele ir allí entre semana por la mañana. Para tener su momento de paz. No tiene nada en contra del grupo Magdalena, pero ocupan la tumba de Mildred. No le queda sitio entre tantos desconsolados. Abarrotan el lugar con flores y velas, colocan piedras pequeñas en la lápida de la cabecera y lo que él le lleva desaparece entre todo lo que hay. Para los demás estará bien así, pertenecer al colectivo de desconsolados. Es un bálsamo para ellos ver que son tantos los que la echan de menos. Pero él... Es un pensamiento infantil, lo sabe, querer que la gente lo señale y diga: «Era su marido, es el que da más pena.»

Mildred le pasa por detrás.

—¿Me acerco? —pregunta.

Pero ella no le responde. Mira fijamente a Lisa.

Erik Nilsson va directamente hacia ella. Carraspea de lejos para no asustarla. Parece muy ensimismada.

—Hola —la saluda suavemente.

No se habían vuelto a ver desde el funeral.

Ella lo saluda con la cabeza e intenta sonreír.

Él está a punto de decir: «Así que también tienes una reunión por la mañana aquí», o algo igual de absurdo que rompa el hielo entre ellos, pero se arrepiente y por el contrario dice muy serio:

—Sólo la teníamos de prestado. Es bien jodido no haberme dado cuenta cuando

la tenía cerca de mí. A menudo me enfadaba con ella por lo que no me daba. Ahora desearía haber..., no sé..., haber aceptado lo que recibía con alegría en lugar de martirizarme por lo que no recibía.

La mira. Ella le devuelve la mirada sin expresar nada.

—No hago más que hablar —dice para cambiar de conversación.

Ella niega con la cabeza.

—No, no —consigue decir—. Sólo es que... no puedo...

—Siempre estaba tan ocupada. Siempre trabajando.

Ahora que está muerta es cuando parece que tengamos tiempo el uno para el otro. Es como si se hubiera jubilado.

Mira a Mildred. Ella se ha agachado y lee las tarjetas que hay sobre la tumba. A veces sonríe abiertamente. Coge las pequeñas piedras que están sobre la lápida de la cabecera y las aprieta dentro de la mano. Una tras otra.

Él se queda callado. Espera a que Lisa quizá pregunte cómo le va, cómo se las arregla.

—Tengo que irme —dice ella—. Tengo a los perros en el coche.

Erik Nilsson la sigue con la mirada hasta que desaparece. Cuando se agacha para cambiar las flores del florero que está incrustado en la tierra, Mildred ya no está.

Lisa se sienta en el coche.

—Tumbaos —les dice a los perros que van detrás.

«Yo también me debería haber tumbado —piensa—. En lugar de estar dando vueltas por la casa sin parar esperando a Mildred. Aquella noche antes del solsticio.»

Es la víspera del solsticio de verano por la noche. Mildred ya está muerta. Lisa no lo sabe y va de un lado a otro sin parar. Toma café aunque no debería hacerlo siendo tan tarde.

Lisa sabe que Mildred ha celebrado una misa nocturna en Jukkasjärvi. Todo el tiempo ha estado pensando que después Mildred iría a verla, pero se está haciendo demasiado tarde. O Mildred se ha ido a casa a acostarse. A casa de su Erik. Lisa siente cómo se le encoge el estómago.

El amor es como una planta o un animal. Vive y se desarrolla. Nace, crece, envejece y muere. Dispara algunos extraños tiros. Hace un momento el amor hacia Mildred era una alegría vibrante. Los dedos pensaban en la piel de Mildred. La lengua pensaba en sus pezones. Ahora es igual de grande que antes, igual de fuerte pero en la oscuridad ha palidecido y es absorbente. Atrae todo lo que hay en Lisa. El amor hacia Mildred la agota y la entristece. Tal vez esté tan cansada por pensar en Mildred constantemente. En su cabeza no hay lugar para nada más. Mildred y otra vez Mildred. Dónde está, qué hace, qué ha dicho, a qué se ha referido con esto o con lo otro. La puede echar de menos un día entero sólo para pelearse con ella cuando por fin aparece. La herida en la mano de Mildred hace tiempo que ha cicatrizado. Es como si no la hubiera tenido nunca.

Lisa mira el reloj. Hace mucho rato que dieron las doce. Le pone la correa a *Majken* y baja hasta la carretera. Piensa acercarse al embarcadero para ver si la barca de Mildred está allí.

De camino pasa por delante de la casa de Lars-Gunnar y Nalle, y se da cuenta de que el coche no está en el jardín.

Después, cada día que pasa piensa en ello. Todo el tiempo. Que el coche de Lars-Gunnar no estaba aparcado en el jardín. Que Lars-Gunnar es lo único que Nalle tiene. Que nada puede hacer que Mildred vuelva a la vida.

Máns Wenngren llama por teléfono a Rebecka Martinsson y la despierta. Su voz es cálida y un poco ronca.

—¡Arriba! —le ordena—. Tómate un café y un bocata. Dúchate y arréglate. Te vuelvo a llamar dentro de veinte minutos. Para entonces debes estar lista.

Esto ya ha pasado antes. Cuando estaba casado con Madelene y todavía le aguantaba sus periódicas agorafobias y sus pánicos y Dios sabe qué más, entonces la convencía habiéndole de la visita al dentista, comidas familiares o de ir a comprar zapatos a los almacenes NK. No hay mal que... Ahora por lo menos se sabe la técnica.

Máns vuelve a llamar al cabo de veinte minutos. Rebecka responde como un obediente *boyscout*. Ahora se sentará en el coche, irá a la ciudad y sacará dinero suficiente para pagar el alquiler de la cabaña de Poikkijärvi.

Cuando él la llama de nuevo le dice que vaya a Poikkijärvi, aparque delante del local de Micke y que lo llame desde allí.

—Muy bien —le dice Máns cuando ella lo llama—. Ahora falta un minuto y medio y después ya habrá pasado. Entra y paga. No necesitas decir ni una palabra si no quieres. Simplemente entrega el dinero. Cuando lo hayas hecho te sientas en el coche y me llamas otra vez, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde Rebecka como un niño. Está sentada dentro del coche mirando el restaurante. Allí está, blanco y desgastado a la luz clara del otoño. Se pregunta quién estará dentro. ¿Micke o Mimmi?

Lars-Gunnar abre los ojos. Stefan Wikström lo despierta siempre que sueña. Son sus gritos lastimosos, sus gemidos y sus lamentos mientras se hinca de rodillas allí, junto al lago, consciente de lo que va a ocurrir.

Ha dormido en el sillón de la sala de estar. Tiene la escopeta sobre las rodillas. Se levanta fatigado, con la espalda y los hombros entumecidos. Sube hasta la habitación de Nalle, que aún duerme profundamente.

Está bien claro que no se debería haber casado con Eva pero era un simple norteño, una presa fácil para una persona como ella.

Siempre ha sido de grandes dimensiones. Ya de niño era gordo. En aquellos tiempos los niños eran delgaduchos y volaban tras los balones de fútbol. Eran ligeros y rápidos y les tiraban bolas de nieve a los niños gordos, que se iban corriendo a sus casas todo lo deprisa que podían. A casa de su padre, que les pegaba con el cinturón si es que estaba de ese humor.

«Yo nunca le he levantado la mano a Nalle —piensa—. Nunca lo haría.»

Pero el joven gordito Lars-Gunnar creció y superó bastante bien la escuela a pesar de los hostigamientos. Estudió para policía y volvió a su tierra siendo otro hombre. No es fácil volver al pueblo de tu infancia y no caer en los mismos patrones que había antes, pero Lars-Gunnar había cambiado aquel año que pasó en la escuela de policías. Y con un policía no se juega. También había hecho nuevos amigos en la ciudad. Compañeros. Consiguió que le dejaran entrar en el grupo de caza y como no le molestaba trabajar y tenía capacidad para la planificación, enseguida se convirtió en jefe de grupo. Su intención era que fuera un puesto rotativo, pero nunca llegó a ser así. Lars-Gunnar piensa que seguramente era cómodo para los demás tener a alguien que planificara y organizara. En un rincón del alma es consciente de que nadie hubiera cuestionado su derecho a continuar como jefe de grupo. Aquello estaba bien, era bueno que te tuvieran respeto. Él se había ganado aquel respeto y no se había aprovechado de ello como muchos otros habrían hecho.

No, el problema era que había sido demasiado bueno. Había confiado en los demás, en Eva.

Es difícil no acusarse a sí mismo, pero había cumplido los cincuenta cuando la conoció. Había vivido solo durante todos aquellos años porque las mujeres no se le daban muy bien. Con ellas todavía era un poco torpe, consciente de su cuerpo demasiado grande. Y conoció a Eva, que inclinó la cabeza sobre su pecho. Su cabeza desapareció casi en su mano cuando él la atrajo hacia sí. «Mi señorita», solía decirle.

Después, cuando ya no le apetecía, se marchó, abandonándolo a él y al niño.

Apenas recuerda el paso de los meses desde que ella se fue. Eran como la oscuridad. Le parecía que en el pueblo todo el mundo lo miraba y se preguntaba qué dirían a sus espaldas.

Nalle se da la vuelta en sueños y la cama cruje debajo de él.

«Tengo que...», piensa Lars-Gunnar y se olvida de lo que estaba pensando.

Es difícil concentrarse. Pero el día a día, eso tiene que continuar. Ésa es la intención. El día a día de él y de Nalle. La vida que Lars-Gunnar ha creado para los dos.

«Tengo que ir a comprar —piensa—. Leche, pan y algo para los bocadillos. Se está acabando todo.»

Baja las escaleras y llama por teléfono a Mimmi.

—Voy a ir a la ciudad —le dice—. Nalle está durmiendo y no lo quiero despertar. Si va al bar, dale de desayunar, ¿vale?

—¿Está ahí?

Anna-Maria Mella había llamado a los de la forense de Luleá. Era la asistente en autopsias Anna Granlund quien respondió pero Anna-Maria quería hablar con el médico jefe, Lars Pohjanen. Anna Granlund lo protegía como una madre cuida a su hijo enfermo. Mantenía la sala de autopsias en perfecto estado, le abría los cuerpos, sacaba los órganos, los volvía a poner en su sitio cuando él había acabado, los cosía y

también escribía la mayor parte de los informes.

—No puede dejar de trabajar —le había dicho en alguna ocasión a Anna-Maria—. Esto al final es como un matrimonio, me he acostumbrado a él y no quiero a ningún otro.

Y Lars Pohjanen seguía adelante como podía. Respiraba como si fuera a través de una pajita. Sólo con hablar se quedaba sin aliento pues hacía unos años lo habían operado de cáncer de pulmón.

Anna-Maria se lo podía imaginar. Probablemente estuviera durmiendo en el sofá desgastado de los años setenta de la sala de personal. Con el cenicero en el suelo al lado de los viejos zuecos y la bata verde de operaciones a modo de manta.

—Sí, está aquí —respondió Anna Granlund—. Un momento.

La voz de Pohjanen afónica y oxidada al otro lado de la línea.

—Explícame —le exigió Anna-Maria Mella—. Sabes lo malísima que soy leyendo.

—No hay mucho que decir. Hmmm. Le han disparado en el pecho por delante. Después, desde muy cerca, en la frente. Tiene un efecto explosión en el agujero de salida en la cabeza.

Respiración larga y el sonido de la pajita.

—... la piel arrugada de tanta agua, pero no hinchada... aunque sabíais cuándo desapareció...

—La noche del viernes.

—Imagino que ha estado allí desde entonces. Tiene unas pocas heridas en las partes de la piel que no está cubierta por la ropa, en las manos y en la cara. Son los peces que han estado mordisqueando. No mucho más. ¿Habéis encontrado las balas?

—Todavía las están buscando. ¿No hubo pelea? ¿No hay otras heridas?

—No.

—¿Por lo demás?

A Pohjanen le cambió la voz a un tono más irritado.

—Nada más, ya te lo he dicho. Deberías pedirle a alguien. .. que te lean el informe en voz alta.

—Me refería a ti.

—Ah, joder —respondió con un tono más suave—. Una mierda, como siempre.

Sven-Erik Stålnacke hablaba con la psiquiatra de la fiscalía sentado dentro del coche en el aparcamiento. Le gusta su voz. Desde el principio se había asido a aquella calidez. Y que hablaba despacio. La mayor parte de las mujeres de Kiruna hablaban jodidamente deprisa. Y bastante alto. Eran como metrallas. Uno no tenía ninguna posibilidad. Podía oír a Anna-Maria en su interior: «¿Ninguna posibilidad? Somos nosotras las que no tenemos posibilidad. Ninguna posibilidad de que nos deis una respuesta razonable en un tiempo prudencial. Una pregunta: "¿Cómo fue?" Y se hace el

silencio. Y después del silencio y una deliberación interior llega el "Bien". Después, apáñatelas para sacar algo más, por lo menos de Robert. O sea que tenemos que hablar por dos. Así que no tenéis posibilidad, ¿eh? Anda ya.»

Estaba escuchando la voz de la psiquiatra de la fiscalía y percibió un tono de humor a pesar de que la conversación era seria. Si hubiera tenido unos años menos...

—No —dijo ella—. No creo que sea una repetición. Mildred Nilsson estaba expuesta para que la vieran y el cuerpo de Stefan Wikström no estaba previsto que lo encontraran. Tampoco hubo una pelea que lo desencadenara todo. Es otro modo completamente distinto. También puede ser otra persona que no tenga nada que ver. Así que la respuesta a tu pregunta es no. Es muy improbable que a Stefan Wikström lo matara un asesino en serie con problemas psíquicos y que la muerte haya ocurrido por una reacción emocional y haya sido inspirada por Viktor Strandgård. O es alguien completamente distinto, o Mildred Nilsson y Stefan Wikström fueron asesinados porque había un motivo real.

—¿Ah, sí?

—Sí, es decir, la muerte de Mildred es muy... emocional. Mientras que la de Stefan es más una...

—... ejecución.

—¡Exacto! Es un poco como un crimen pasional, y estoy especulando, quiero que lo tengas en cuenta. Sólo intento comunicar la imagen emocional que tengo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Es decir, como un crimen pasional. El marido mata a su mujer en un ataque de ira y después mata a su amante a sangre fría.

—Pero no eran pareja —aclara Sven-Erik.

«Que sepamos», piensa.

—No quiero decir en absoluto que sea el marido. Sólo que...

Se queda callada.

—... no sé lo que quiero decir —añade—. Puede haber una relación. Puede que sea el mismo autor. Un psicópata. Claro que sí. Quizá. Pero no necesariamente. Y no en ese sentido de que tu interpretación de la realidad haya perdido todo enraizamiento con la misma.

Era el momento de colgar y eso fue lo que hizo Sven-Erik con una punzada de añoranza. Y *Manne* seguía sin aparecer.

Rebecka Martinsson entra en el local de Micke. Sólo hay tres personas desayunando. Hombres mayores que le echan una mirada como de tasación. Viva la hermosura. Siempre es bienvenida. Micke está fregando el suelo.

—Hola —saluda a Rebecka mientras recoge la mopa y el cubo—. Ven.

Rebecka lo acompaña hasta la cocina.

—Debes perdonarme —le dice él—. El sábado todo fue mal pero es que me quedé de piedra cuando Lars-Gunnar me explicó... ¿Fuiste tú la que mató a aquellos pastores de Jiekajarvi?

—Sí, aunque eran dos pastores y un...

—Ya lo sé. Un loco, ¿no? Escribieron sobre el asunto, aunque no dijeron cómo te llamabas. Tampoco escribieron los nombres de Thomas Söderberg ni de Vesa Larsson, pero aquí todos sabíamos quienes eran los pastores. Tiene que haber sido muy jodido.

Ella asiente con la cabeza. Tiene que haberlo sido.

—El sábado pensé que quizá era verdad lo que Lars-Gunnar dijo. Que estabas aquí para fisgonear. Te pregunté si eras periodista y me dijiste que no. Entonces pensé que quizás no fueras periodista pero que trabajabas para algún periódico de todas maneras. Pero no es así, ¿verdad?

—No. Primero llegué aquí por casualidad porque Torsten Karlsson y yo queríamos comer en algún sitio.

—¿El tío que iba contigo la primera vez?

—Sí. Y además no son cosas que suelo explicarle a la gente. Todo aquello..., lo que pasó entonces. Bueno, y me quedé para estar tranquila y porque no me atrevía del todo a ir hasta Kurravaara. Tengo la casa de mi abuela allí y... pero luego fui allí con Nalle de todas formas. Es mi héroe.

Lo último lo dice con una sonrisa.

—He vuelto para pagar la cabaña —explica luego y saca el dinero.

Micke lo coge y le devuelve el cambio.

—Te he descontado lo de tu sueldo. ¿Qué dice tu otro jefe de que trabajes en negro en el restaurante?

Rebecka se echa a reír.

—Ah, ahí me tienes pillada.

—Deberías despedirte de Nalle... Pasarás por delante de su casa cuando salgas de aquí. Si coges a la derecha hacia la capilla...

—Ya sé, pero es una idea bastante mala. Su padre...

—Lars-Gunnar está en la ciudad y Nalle está solo en casa.

«En la vida —piensa Rebecka—. Hasta ahí podríamos llegar.»

—Salúdalo de mi parte —responde.

En el coche llama a Máns.

—Ya está hecho —le informa.

—¡Ésa es mi chica!

De inmediato añade:

—Está bien, Martinsson. Ahora voy a una reunión. Nos llamamos.

Rebecka se queda sentada con el móvil en la mano.

«Máns Wenngren —piensa—. Es como las montañas. Llueve y es horrible. El viento sopla fuerte. Estás cansada con los zapatos mojados y no sabes ubicarte del todo. El mapa no quiere coincidir con la realidad. Y de pronto se abren las nubes. La ropa se seca con el viento y te sientas en las montañas mirando hacia abajo a un valle cubierto de sol. Vale la pena. »

Intenta llamar a Maria Taube pero no le responde y le envía un mensaje: «Todo bien. Llama.»

Se va por la carretera y sintoniza una emisora de la radio donde dan noticias de famosos.

En la salida hacia la capilla se encuentra con Nalle. Una punzada de añoranza y culpa la atraviesa de arriba abajo. Levanta la mano como saludo. En el espejo retrovisor ve cómo él responde al saludo con energía y de golpe echa a correr detrás del coche. No va deprisa pero no se rinde. De pronto ella ve que se cae. Y parece peligroso. Se ha caído en la cuneta.

Rebecka para el coche junto al arcén. Mira por el retrovisor. No ve que se levante. Entonces le entran las prisas. Sale del coche y va hasta allí corriendo.

—Nalle —grita—. ¡Nalle!

¿Y si se ha roto la cabeza contra una piedra?

Desde la cuneta le sonrío. Como un escarabajo patas arriba.

—¡Becka! —la llama cuando aparece por encima de él.

«Claro que tengo que despedirme —piensa—. ¿Qué clase de persona soy?»

Él se levanta y ella lo limpia.

—Adiós, Nalle —le dice luego—. Ha sido muy divertido...

—Conmigo —la interrumpe mientras le tira del brazo como un niño—. ¡Conmigo!

Se da la vuelta y se va andando pesadamente por la carretera. Va hacia su casa.

—No, quiero decir, yo... —intenta explicarse ella.

Pero Nalle continúa su camino. Sin darse la vuelta. Confía en que ella lo siga.

Rebecka mira el coche. Está bien apartado en el arcén. Los otros transeúntes lo pueden ver bien. Puede acompañarlo un trozo. Va detrás de él.

—Espérame —le grita.

Lisa para el coche delante del consultorio veterinario. Los perros saben perfectamente dónde están. No es un sitio que les agrada. Se levantan todos y miran a través de las ventanillas. Tienen la boca abierta y respiran jadeando, con la lengua muy afuera. A *el Alemán* le empieza a salir caspa, como siempre que está nervioso. Una capa blanca aparece a través de la piel y se posa sobre el pelo marrón como si fuera nieve. Todos tienen el rabo pegado al vientre.

Lisa entra pero deja los perros dentro del coche.

«¿No vamos contigo? —preguntan con la mirada—. ¿Así que nos libramos de las inyecciones, la auscultación, los olores que nos asustan y los humillantes embudos blancos de plástico alrededor de la cabeza?»

Anette, la veterinaria, la recibe. Arreglan lo del pago, Anette se encarga del tema. Están las dos solas, no hay nadie más, tampoco en la sala de espera. Lisa se emociona por la consideración.

Lo único que pregunta Anette es:

—¿Te los llevarás contigo?

Lisa niega con la cabeza. Lo cierto es que aún no ha pensado en ello. Apenas la idea la ha podido llevar hasta allí. Y aquí está. Habrá restos. Se quita el pensamiento de la cabeza de lo indigno que es aquello. Les debe algo más que eso.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Lisa—. ¿Los voy metiendo de uno en uno?

Anette la mira.

—Será demasiado para ti, creo yo. Los metemos todos a la vez y primero les damos algo para calmarlos.

Lisa se tambalea.

—¡Quietos! —les ordena cuando abre la puerta de atrás del coche.

Les pone la correa para evitar que alguno se vaya corriendo.

Entra en la consulta del veterinario con los perros alrededor de las piernas. Pasa por la sala de espera y luego por el rincón por delante de la oficina y el consultorio.

Anette abre la puerta del quirófano.

Oye el jadeo y el ruido de sus pezuñas que estresadas repiquetean y resbalan en el suelo. Se lían las correas de uno y otro. Lisa estira e intenta deshacer el lío a la vez que sigue andando hacia aquella sala. «Venga, adentro.»

Por fin han llegado a la horrible sala con su horrible suelo de plástico de color rojo y las paredes marrones jaspeadas. Lisa se da un golpe en el muslo con la mesa negra de operaciones. Todas las pezuñas que han dejado el suelo arañado hacen que la suciedad se introduzca en el linóleo de manera que ya no se puede dejar limpio. Se ha creado como un sendero de color granate desde la puerta y alrededor de la mesa. En uno de los armarios de la pared hay pegado un cartel horrible con una niña en un mar de flores sujetando a un tierno cachorro en los brazos. El reloj de pared tiene un texto que se sale de la esfera entre las diez y las dos: «Ha llegado el momento.»

La puerta se cierra detrás de Anette.

Lisa les quita las correas.

—Empezaremos con *Bruno* —dice Lisa—. Como es el más tozudo será el último en acostarse. Ya lo sabes.

Anette asiente con la cabeza. Mientras Lisa acaricia a *Bruno* sobre las orejas y el pecho, Anette le pone una inyección con calmante en el músculo de la pata derecha delantera.

—¿Eres mi niño bonito? —pregunta Lisa.

El perro la mira. Directamente a los ojos aunque no es natural en los perros. Después aparta rápidamente la mirada. *Bruno* es un perro que mantiene las formas. Al jefe de la manada no se le mira directamente a los ojos.

—Éste es un señor paciente —comenta Anette y le da una palmada cuando ha acabado.

Al cabo de poco rato Lisa está sentada allí. En el suelo debajo de la ventana. El radiador le arde en la espalda. *Spy-Morris*, *Bruno*, *Karelin* y *Majken* están medio dormidos en el suelo a su alrededor. Tiene la cabeza de *Majken* sobre uno de los muslos, *Spy-Morris* sobre el otro. Anette empuja a *Bruno* y a *Karelin* para acercarlos a Lisa de manera que llegue a todos.

No hay palabras. Sólo un desagradable dolor en la garganta. Sus cuerpos calientes entre sus manos.

«Cómo me habéis podido querer», piensa.

Ella que es tan desesperadamente dura por dentro. Pero el amor de los perros es sencillo. Corren por el bosque, están contentos, se tumban junto a ella y se dan calor unos a otros. Se tiran pedos y están a gusto.

Anette hace ruido con la afeitadora y les pone unas cánulas permanentes en las patas delanteras.

Pasa todo muy rápido. Demasiado rápido. Anette ya está preparada. Sólo queda lo último. ¿Dónde están los pensamientos de despedida? El dolor de garganta aumenta hasta un insoportable suplicio. Le duele todo. Lisa tiembla como si tuviera fiebre.

—Voy a ponérsela —informa Anette.

Y les pone la inyección letal.

Tarda medio minuto. Se quedan tumbados como antes. Las cabezas en su regazo. La espalda de *Bruno* contra el final de su espalda. La lengua de *Majken* se ha salido de la boca de una manera diferente a cuando duerme.

Lisa piensa en levantarse pero no puede.

El llanto está debajo de la piel de la cara y la cara intenta controlarlo. Es como una lucha. Los músculos pelean en contra. La boca y las cejas quieren volver a su posición natural, pero el llanto se retuerce hasta lograr salir. Al final explota con un gesto grotesco y sollozante. Salen lágrimas y mocos. Qué dolor tan insoportable. Las lágrimas han estado escondidas tras los ojos y es como haberle puesto la tapa a una cazuela y ahora cae el calor sobre la cara. Y sobre *Spy-Morris*.

De la garganta le sale un lamentoso gemido. Es tan feo. Es un uhu, uhu. Ella misma oye aquel grito horrible y reseco de vieja. Se pone a cuatro patas. Abraza a los perros. Sus movimientos son bruscos y poco delicados. Se arrastra entre ellos y mete los brazos debajo de sus cuerpos lánguidos. Les acaricia los párpados, los hocicos, las orejas y los vientres. Aprieta su cara contra sus cabezas.

El llanto es como una tormenta. Le corta y le desgasta el cuerpo. Se sorbe los

mocos e intenta tragar. Pero es difícil tragar estando a cuatro patas con la cara hacia abajo. Al final le salen los mocos por la boca y se los aparta con la mano.

A la vez allí hay una voz. Otra Lisa que observa. Que dice: «¿Qué clase de persona eres? ¿Y Mimmi?»

Y el llanto cesa. Justo cuando pensaba que nunca se iba a detener.

Es extraño. Todo el verano ha sido una larga lista de cosas para hacer. Una tras otra las ha marcado como hechas. El llanto no estaba en la lista. Se apuntó allí él mismo. Ella no quería. Le tenía miedo. Miedo de ahogarse en él.

Y ahora, cuando ha llegado, primero era monstruoso, un tormento y una oscuridad insoportables. Pero después, después el llanto se ha convertido en un refugio, una habitación donde descansar, una sala de espera ante la siguiente cosa de la lista. Entonces, de pronto, una parte de ella quiere permanecer allí en el llanto y retrasar lo otro que tiene que ocurrir. Y entonces el llanto la abandona. Le dice: se ha acabado. Y simplemente se detiene.

Se levanta. Hay un lavabo. Se coge del canto y se ayuda a ponerse en pie. Por lo visto Anette ha abandonado la sala.

Tiene los ojos hinchados. Los siente como si fueran medias pelotas de tenis. Presiona sus dedos fríos sobre los párpados. Abre el grifo y se enjuaga la cara. Hay toallitas de papel en un portarrollos al lado del lavabo. Se seca y se suena pero evita mirarse en el espejo. El papel le rasca la nariz.

Mira hacia abajo, hacia los perros. Está tan cansada y ha llorado tanto que el sentimiento ya no es tan fuerte. La tristeza más profunda ya es sólo un recuerdo. Se agacha y los acaricia a todos de forma tranquila.

Después sale fuera. Anette está ocupada delante del ordenador en el despacho. Lisa se despide con un saludo ronco.

Sale al sol de septiembre, que pica e importuna. Las sombras están muy definidas. Alguna nube que pasa le da sombra a los ojos por unos segundos. Se sienta en el coche y baja la visera, arranca y atraviesa la ciudad antes de salir a la carretera de Noruega.

Durante el viaje no piensa en nada en absoluto, sólo en cómo transcurre la carretera, en los cambios de paisaje. El cielo azul intenso, trozos de nubes que se deshilachan en su rápido viaje sobre las cordilleras, aludes ásperos y definidos. Aparece el pantano Tornetrásk, largo como una piedra blanca y opaca bordeado de un canto dorado.

Aparece cuándo pasa Katterjakk. Un gran camión. Lisa mantiene la velocidad alta. Se quita el cinturón.

Rebecka Martinsson acompañó a Nalle hasta el sótano de la casa. Bajaron por una escalera de piedra pintada de color verde que giraba y se metía por debajo de la casa. Abrió una puerta. En el interior había una habitación que se utilizaba como despensa, taller y trastero. Había muchas cosas por todas partes y humedad. El color blanco tenía algunas manchas negras y aquí y allá se había saltado la pintura. Había unos sencillos estantes con botes de mermelada, cajas con clavos y tornillos y todo tipo

de chismes, botes de pintura, botes de aguarrás evaporado y pinceles que se habían secado, papel de lija, cubos, herramientas de electricidad y cables enredados. En las paredes que estaban libres había herramientas colgadas.

Nalle le pidió silencio cruzándose el dedo sobre la boca. La cogió de la mano y la llevó hacia una silla donde ella se sentó. Él se puso de rodillas en el suelo del sótano y repicó con las uñas.

Rebecka esperaba completamente en silencio.

Del bolsillo del pecho de la chaqueta sacó un paquete casi vacío de galletas María. Lo desarrugó, lo abrió y sacó una galleta a la que le rompió un trozo.

Y entonces apareció por el suelo un ratoncillo corriendo. Corría hacia Nalle formando una ese, se paró delante de sus rodillas y levantó las patas de delante. Era gris amarronado y no medía más de cuatro o cinco centímetros. Nalle le acercó el trozo de galleta. El ratón intentó llevárselo pero dado que Nalle no lo soltaba se quedó donde estaba y empezó a comer. Todo lo que se oía era unos pequeños ruidos al roer.

Nalle se volvió hacia Rebecka.

—El ratón —dijo en voz alta—. Pequeño.

Rebecka creía que se asustaría al oírlo hablar tan alto, pero el animalito siguió allí comiendo. Ella lo señaló con la cabeza y sonrió. Era una imagen extraña. Nalle tan grandote y el diminuto ratoncillo. Se preguntó cómo habría ocurrido. ¿Cómo pudo él sobreponerse a su miedo? ¿Pudo ser tan valiente como para quedarse sentado esperándolo? Quizá.

«Eres un chico muy especial», pensó.

Nalle alargó el dedo índice e intentó acariciar al ratón en el lomo, pero la inquietud superó al hambre y salió corriendo como una línea gris. Desapareció entre los trastos que había apoyados contra la pared.

Rebecka lo siguió con la mirada.

Tenía que irse. No podía dejar el coche allí parado demasiado tiempo.

Nalle dijo algo.

Lo miró.

—Ratón —dijo—. ¡Pequeño!

Se puso triste. Allí estaba ella, en un viejo sótano con un chaval con disminución psíquica. Se percató de que no se sentía tan cerca de una persona desde hacía una eternidad.

«¿Por qué no puedo? —se preguntó—. Que me guste la gente. Confiar en las personas. Pero en Nalle se puede confiar. Él mismo no se lo puede ni imaginar.»

—Adiós, Nalle —se despidió.

—Adiós —respondió él sin el menor rastro de tristeza en la voz.

Se levantó y subió la escalera de piedra de color verde. No oyó el coche que se paraba fuera. No oyó los pasos en el porche. En el mismo momento en que ella abría la

puerta al recibidor, se abrió la de la calle. La enorme figura de Lars-Gunnar llenaba el hueco de la puerta impidiéndole el paso como una montaña. Ella lo miró directamente a los ojos y él le respondió a la mirada.

—¡Qué cojones...! —dijo simplemente.

Los investigadores del lugar del crimen encontraron una bala de fusil a las nueve y media de la mañana. La desenterraron del suelo junto a la costa. Calibre 30-06.

A las diez y cuarto la policía había contrastado el registro de armas con el registro de automóviles. Todas las personas que eran propietarias de un vehículo privado de diesel y disponían de un arma de fuego.

Anna-Maria Mella estaba inclinada hacia atrás en su sillón de trabajo. Realmente era una cosa superlujosa. El respaldo se podía echar para atrás de tal manera que casi se quedaba tumbado como una cama. Como un sillón de dentista pero sin dentista.

El resultado fueron 473 personas. Le echó una ojeada a los nombres.

Y su vista recaía una y otra vez en uno que reconocía. Lars-Gunnar Vinsa.

Tenía un Mercedes diesel. Miró en el registro y vio que tenía a su nombre tres armas, dos de balas y una de perdigones. Una de las de balas era una Tikka. Calibre 30-06.

«Bueno, deberíamos hacer que vinieran todos los que tienen un arma del mismo calibre para hacer una prueba de disparo, pero quizá se podría hablar con el primero.»

Aunque no era muy agradable cuando se trataba de un antiguo compañero.

Miró el reloj. Las diez y media. Después de comer podría ir hasta allí con Sven-Erik.

Lars-Gunnar Vinsa mira a Rebecka Martinsson. A medio camino de la ciudad se percató de que se había dejado la cartera y dio la vuelta.

¿Qué jodida conspiración era todo aquello? Le había dicho a Mimmi que se iba fuera. ¿Y si había hablado con la abogada? No lo creía. Pero seguro que así era. Y se vino corriendo a fisgonear.

El móvil suena en las manos de la mujer. No contesta. Él mira sereno el teléfono que suena. Se quedan allí quietos. El teléfono suena una y otra vez.

Rebecka piensa que debe responder. Seguro que es Maria Taube. Pero no puede. Y como no contesta, de pronto lo ve escrito en la mirada del hombre. Lo sabe. Y él sabe que ella lo sabe.

La parálisis se pasa. El móvil cae al suelo. ¿Se lo ha apartado él de un manotazo? ¿Es ella quien lo ha tirado?

Él sigue en medio. Rebecka no puede salir. Siente en su interior un miedo demencial.

Se da la vuelta y sube las escaleras corriendo hasta el piso de arriba. Es estrecha y empinada. El papel de la pared está sucio de lo viejo que es. Con dibujo de flores. La

pintura de los escalones es como un grueso vidrio. Sube los escalones a toda velocidad y a cuatro patas, como un cangrejo. No resbales ahora.

Oye a Lars-Gunnar tras de sí. Pesado.

Es como correr hacia una trampa. ¿Adónde va?

Tiene la puerta del baño justo enfrente y se mete dentro.

De alguna manera cierra la puerta y consigue que los dedos den la vuelta a la cerradura.

La manilla se mueve hacia abajo porque alguien la baja desde fuera.

Hay una ventana pero no le queda nada dentro que la haga intentar huir. Todo lo que le queda es miedo. Apenas puede aguantarse en pie. Se sienta descorazonada sobre la tapa del váter y empieza a temblar. El cuerpo es todo un calambre tembloroso. Se presiona el vientre con los codos y con las manos se sujeta la cara. Le tiemblan tan violentamente que involuntariamente se golpea a sí misma en la boca, la nariz, la barbilla. Los dedos están doblados como garras.

Al otro lado de la puerta se oye un ruido sordo y pesado, un estruendo. Aprieta los ojos. Las lágrimas empiezan a brotar. Quiere apretarse las manos contra las orejas pero no le responden, no hacen más que temblar y temblar.

—¡Mamá! —grita cuando salta la puerta tras un fuerte golpe. Le cae en las rodillas. Siente dolor. Alguien la levanta por la ropa. No se atreve a abrir los ojos.

La coge por el cuello de la ropa. Ella gime.

—¡Mamá, mamá!

Lars-Gunnar se oye gemir a sí mismo. ¡Áiti, áiti! Hace más de sesenta años desde que su padre estaba volteando a su madre en la cocina como si fuera un guante. Ha encerrado a Lars-Gunnar y a sus hermanos en la habitación. Él es el mayor. Las niñas pequeñas están sentadas en el sofá, pálidas y calladas. Él está junto a los hermanos medianos dando golpes en la puerta. Oyen el llanto y las oraciones de su madre, cosas que caen en el suelo, el padre que quiere la llave. La tiene enseguida. Dentro de poco Lars-Gunnar y sus hermanos recibirán una paliza y sus hermanas lo verán. La madre se quedará encerrada en la habitación. La correa se pondrá en marcha. Por alguna razón. Él no recuerda cuál. Había tantos motivos.

Le golpea la cabeza contra el lavabo. Ella se queda callada. El llanto infantil y la súplica de la madre: «¡Alá lyo! ¡Alá lyo!» también se callan en su cabeza. La suelta y ella se desploma en el suelo.

Cuando le da la vuelta lo mira con ojos grandes y mudos. Le cae sangre de la frente. Es como cuando se cayó en aquella acequia camino de Gállivare. Los ojos desorbitados. Y los temblores.

La coge por los pies y la arrastra hasta el pequeño distribuidor.

Nalle está en la escalera. Ve a Rebecka.

—¿Qué? —pregunta gritando.

Es un grito alto e inquieto. Como de págalo rabero.

-¿Qué?

—¡No pasa nada, Nalle! —le grita Lars-Gunnar—. Vete de aquí.

Pero Nalle está asustado. No escucha. Sube unos peldaños. Mira a Rebecka allí tumbada. Grita: «¿Qué?»

—¿Es que no oyes lo que te digo? —ruge Lars-Gunnar—. Vete de aquí.

Le suelta los pies a Rebecka y hace gestos con las manos para ahuyentarlo. Al final baja la escalera y saca a Nalle en volandas hasta el jardín. Cierra la puerta con llave.

Nalle se queda fuera. Oye como repite: «¿Qué, qué?»

Con miedo y confusión en la voz. En su cabeza se lo puede imaginar andando por el porche completamente desconcertado.

Siente una ira inmensa contra la mujer que está en el piso de arriba. Es culpa suya. Los debería haber dejado en paz.

Sube la escalera de tres zancadas. Es como Mildred Nilsson. Los debería haber dejado en paz. A él y a Nalle y a todo el pueblo.

Lars-Gunnar está en el jardín tendiendo la ropa. Es a finales de mayo. Aún no hay hojas pero han empezado a salir algunos brotes en los parterres. Hace un día soleado y ventoso. Nalle cumplirá trece años en otoño. Hace seis que murió Eva.

Nalle corre de un lado a otro por el jardín. Siempre se entretiene él mismo. Pero uno no puede estar nunca solo. Lars-Gunnar echa en falta eso, poder estar tranquilo de vez en cuando.

El viento primaveral mueve y desgasta la colada de ropa blanca. Dentro de poco las sábanas y la ropa interior estarán como una fila de banderas ondulantes entre los abedules del jardín.

Detrás de Lars-Gunnar está la nueva pastora, Mildred Nilsson. Lo que habla. Por lo visto no va a acabar nunca. Lars-Gunnar duda cuando va a coger los calzoncillos que están un poco rotos. Tampoco quedan blancos del todo aunque estén limpios.

Y entonces piensa: «¿Qué cojones? ¿Por qué me voy a avergonzar delante de ella?»

Quiere que Nalle haga la confirmación en la iglesia.

—Oye —le responde él—. Hace un par de años vinieron unos cuantos de esos aleluyas aquí y querían rezar por él para que sanara. Los cogí de las orejas y los eché de mi casa. Yo no soy un hombre de iglesia.

—¡Eso no lo haría nunca! —le responde ella con énfasis—. Bueno, quiero decir, seguro que rezaré por él pero te prometo que lo haré en casa y en silencio en mi propia habitación. Nunca rezaría por él de otra manera. De verdad que has sido bendecido con un crío bueno de verdad. No podría ser mejor.

Rebecka encoge las piernas. Las empuja hacia delante. Vuelve a encogerlas. Vuelve a empujar. Se arrastra de nuevo hacia el baño. No tiene fuerzas para levantarse. Se recoge tanto como puede en un rincón, lo más lejos posible. Lo oye que vuelve a

subir la escalera.

«Para Mildred era la hostia de fácil decir que Nalle era una bendición», piensa Lars-Gunnar. Ella no necesitaba cuidarlo constantemente. Y no era ella quien tenía tras de sí un frustrado matrimonio por culpa del hijo que tuvieron. Tampoco tenía que preocuparse por su futuro. ¿Cómo se las arreglaría Nalle? Ni tendría que preocuparse por la pubertad de Nalle ni por su sexualidad. Y allí estaba él con las sábanas planchadas pensando en qué cojones podía hacer. No habría chica que lo quisiera. Tenía un montón de miedos metidos en la cabeza por si pudiera ser peligroso con aquellas apetencias que tenía.

Después de la visita de la pastora vinieron corriendo las mujeres. «Deja que el niño se confirme», dijeron. Y se ofrecieron para montar el banquete. Sería divertido para Nalle y si no era así no había más que poner fin a la fiesta. Incluso la prima de Lars-Gunnar, Lisa, vino a hablarle. Dijo que se encargaría del traje y así no tendría que gastarse el dinero.

Entonces fue cuando Lars-Gunnar se enfadó. Como si tuvieran algo que ver el traje o los regalos.

—¡No es por el dinero! —rugió—. Siempre he pagado lo que le hiciera falta. Si hubiera querido ahorrarme el dinero, lo hubiera internado en algún sitio hace mucho tiempo. ¡Pues que se confirme!

Y pagó un traje y un reloj. Si hubiera que elegir dos cosas que fueran lo último que Nalle podía aprovechar en su vida, eran justo un traje y un reloj. Pero Lars-Gunnar no dijo nada al respecto. No le iban a llamar tacaño a sus espaldas.

Después hubo como un cambio. Fue como si la amistad de Mildred con el chico le quitara algo a Lars-Gunnar. La gente olvidó todo lo que él había hecho por su hijo. No es que pensara que había hecho cosas exageradas, pero la vida no le había resultado fácil. La brutalidad de su padre contra la familia, la traición de Eva, el peso de estar solo como padre de un niño deficiente mental. Podría haber hecho otra elección. Otra elección más fácil, pero estudió y volvió al pueblo. Se hizo alguien.

Eva lo echó al pozo cuando lo abandonó. Estaba en casa con Nalle con el sentimiento de que nadie lo quería. Con la vergüenza de sobrar.

Sin embargo, cuidó de Eva cuando estaba a punto de morir. Dejó que Nalle siguiera en casa y lo cuidó él mismo. Si se escuchaba hablar a Mildred Nilsson, parecía que él fuera uno de esos tipos con suerte que había tenido un chico tan bueno. «Claro, pero también es una responsabilidad muy grande. Mucha intranquilidad», le había dicho alguna de las mujeres. Y la contestación que recibió fue: «Los padres siempre sienten intranquilidad por sus hijos. Y él no tendrá que separarse de Nalle como tienen que hacerlo otros padres cuando los hijos crecen y los dejan.»

Un montón de mierda, eso es lo que era. De gente que no sabe para nada de lo que está hablando. Pero después no dijo nada más. ¿Cómo iba a hacerlos entender?

Fue lo mismo que le pasó a Eva. Desde que Mildred se fue a vivir allí y sacaba el tema de Eva, la gente decía: «Pobre», ¡refiriéndose a su mujer! A veces le entraban ganas de preguntar qué querían decir con aquello. Si creían que era tan jodido vivir con él que hasta había abandonado a su propio hijo.

Tuvo la sensación de que hablaban a sus espaldas.

Ya entonces se arrepintió de haber dejado que Nalle se confirmara, pero era demasiado tarde. No le podía prohibir que fuera a la iglesia con Mildred porque entonces quedaría como si tuviera celos de ella. Y a Nalle le gustaba aquello porque era incapaz de ver a través de Mildred.

Así que Lars-Gunnar consintió. Nalle tuvo una vida paralela a la que tenía con él. Pero ¿quién le lavaba la ropa, quién sentía la responsabilidad y la inquietud?

Y Mildred Nilsson. Lars-Gunnar piensa ahora que durante todo el tiempo él había sido su objetivo y Nalle sólo había sido un medio.

Ella se fue a vivir a la casa rectoral y organizó su mafia de mujeres. Hizo que se sintieran importantes y ellas permitieron ser lideradas como ocas parlanchinas.

Claro que le hizo un rincón para él. Le tenía envidia. Se podía decir que él tenía cierta posición en el pueblo. El jefe del grupo de caza. Y además había sido policía. Sabía escuchar a la gente y anteponeía a los demás a sí mismo. Aquello le había aportado respeto y autoridad, pero aquello ella no lo podía permitir. Era como si se le hubiera metido dentro que le tenía que arrebatarse todo cuanto él tuviera.

Entre ellos se había desatado una guerra que sólo ellos podían ver. Ella intentaba desacreditarlo y él se defendía cuanto podía pero nunca estuvo a gusto con aquel tipo de juego.

La mujer se ha arrastrado de nuevo hasta el baño. Está arrinconada entre la taza del váter y el lavabo, y tiene las manos sobre la cara como para protegerse. Él la coge por los pies y baja la escalera con ella a rastras. La cabeza golpea rítmicamente cada escalón. Dunc, dunc, dunc. Y fuera se oye el grito de Nalle: «¿Qué? ¿Qué?» El hombre no puede dejar de oírlo. Aquello tiene que acabar. Tiene que acabar de una vez por todas.

Recuerda el viaje a Mallorca. Fue una de las ocurrencias de Mildred. De pronto los Jóvenes de la Iglesia iban a salir de viaje al extranjero y Mildred quiso que Nalle los acompañara. Lars-Gunnar se había opuesto rotundamente y Mildred dijo que la parroquia iba a enviar personal extra para cuidar de Nalle. La congregación lo pagaría. «Y piensa lo que cuestan los jóvenes de esta edad en situación normal. Que si equipo de esquí, que si viajes, juegos de ordenador, cosas caras, ropa cara...», le había dicho ella. Y Lars-Gunnar lo entendió. «No se trata de dinero», le había respondido Lars-Gunnar, pero se dio cuenta de que a los ojos de la gente del pueblo parecería que sí se trataba de eso. Que no se lo permitía a Nalle, que Nalle tenía que pasar sin nada, que justo ahora que Nalle tenía la oportunidad de hacer algo divertido... Así que Lars-Gunnar tuvo que rendirse. Era cuestión de sacar la cartera y ya está. Y todos le dijeron que qué bien que Mildred miraba tanto por Nalle. Qué bien para el chico que ella hubiera ido a vivir allí.

Pero lo que quería Mildred era ver cómo se hundía.

Cuando le rompieron los cristales de las ventanas o cuando aquel loco de Magnus Lindmark prendió fuego a su cabaña, no lo denunció. Y entonces la gente habló. Justo como ella había previsto. La policía no puede hacer nada. Cuando realmente hacen falta, se quedan con los brazos caídos. Todas aquellas habladurías

perjudicaban a Lars-Gunnar. Fue él el que tuvo que soportar la vergüenza de la duda.

Y después ella se marcó el objetivo de su posición en el grupo de caza.

Según los papeles podía ser que fueran tierras de la parroquia, pero el bosque es de él. Es él quien lo conoce. Ciertamente que el arriendo del coto ha sido bajo pero, en realidad, para ser justos, el grupo de caza debería cobrar por matar a los animales. Los alces ocasionan grandes estragos en los bosques.

La caza de alces en otoño, la planificación con los otros hombres, el plan del día al despuntar el alba. El sol aún no ha salido. Los perros están atados y tiran de las correas. Olfatean hacia la oscuridad gris del bosque. Allí, en alguna parte, está la presa. La caza durante el día, el aire otoñal y el ladrido de los perros a lo lejos, la hermandad cuando se recoge la caza, el esfuerzo cuando se descuartiza al animal en el matadero, la charla por la noche junto al fuego de la cabaña.

Le escribió una carta. No se atrevió a decírselo a la cara. Escribió que sabía que Torbjörn había sido condenado por caza ilegal y que no le había sido retirada la licencia de armas. Que fue Lars-Gunnar quien lo había arreglado todo. Que a él y a Torbjörn no se les podía permitir seguir cazando en tierras de la parroquia. «No sería sólo inoportuno sino sorprendente, teniendo en cuenta que la parroquia considera que se debe proteger a la loba», le escribió.

Nota la presión en el pecho cuando piensa en aquello. Iba a conseguir aislarlo de todo, eso era lo que quería. Hacer de él un jodido perdedor. Como Malte Aljarvi. Sin trabajo ni caza.

Había hablado con Torbjörn Ylitalo. «¿Qué cojones se puede hacer? —preguntó Torbjörn—. Puedo estar contento si no me echan del trabajo.» Lars-Gunnar se sintió como si se hubiera hundido en un hormiguero. Se podía ver a sí mismo dentro de unos años, envejeciendo en casa junto a Nalle. Sentados como dos tontos mirando la lotería de la tele.

No era justo. ¡Y lo dé la licencia de armas! ¡Hacía ya casi veinte años! Era la excusa para hacerle daño.

«¿Por qué? —le había preguntado a Torbjörn—. ¿Qué quiere ella de mí?» Y Torbjörn se había encogido de hombros.

Después pasó una semana sin hablar con nadie. Una prueba de lo que iba a ser su vida de ahí en adelante. Por la noche bebía para poder dormir.

La noche antes del solsticio de verano estaba en la cocina celebrándolo. Bueno, «celebrando» no era la palabra adecuada. Más bien estaba cuidando de sí mismo, hablaba consigo mismo y bebía sin más compañía que él mismo. Al final se fue a acostar e intentó dormir. Era como si algo le diera golpes en el pecho. Algo que no sentía desde que era pequeño.

Después se sentó en el coche e intentó centrarse. Recuerda de alguna manera que se había ido a la cuneta cuando salía del jardín. Y entonces salió Nalle corriendo y en calzoncillos. Lars-Gunnar creía que hacía rato que dormía. Le llamó haciendo gestos con los brazos y Lars-Gunnar tuvo que parar el motor. «Puedes acompañarme —le dijo—. Pero tienes que ponerte algo.» «No, no —le respondió Nalle sin dejar la manija de la

puerta del coche—. Que no me voy. Ve a vestirte.»

Siente como una nube en la cabeza cuando intenta recordar. Iba a hablar con ella. Por sus cojones que lo iba a escuchar. Nalle se quedó dormido en el asiento de al lado.

Recuerda cómo daba los golpes. Que pensaba: «Ya basta. Ya basta.»

Ella no dejaba de hablar. Por mucho que él la golpeará. Resollaba y gemía. Respiraba. Le quitó los zapatos y los calcetines. Le metió los calcetines en la boca.

Seguía furioso cuando la llevó en brazos hasta la iglesia. La colgó de los tubos del órgano con una gruesa cadena. Mientras estaba allí en el coro pensó que no importaba nada en absoluto si aparecía alguien, si alguien lo veía.

Y entró Nalle. Se había despertado y entró con las botas en la iglesia. De pronto estaba allí en la entrada mirando a Lars-Gunnar y a Mildred con los ojos muy abiertos. No dijo nada.

Lars-Gunnar se sintió sobrio de golpe. Se enfadó con Nalle y de repente tuvo mucho miedo. Lo recuerda muy bien. Recuerda cómo se llevó a Nalle de allí hasta el coche. Se fueron y se quedaron en silencio. Nalle no dijo nada.

Lars-Gunnar esperaba cada día que vinieran. Pero no vino nadie. Bueno, sí, claro que vinieron a preguntar si había visto algo. O si sabía algo. Le preguntaban a él lo mismo que les preguntaron a los demás.

Pensó que se había puesto los guantes de trabajo. Estaban en el portaequipajes. La verdad es que no había pensado en lo de las huellas y esas cosas. Fue algo automático. Si se coge una herramienta como la palanqueta, uno se pone los guantes. Pura suerte. Pura suerte.

Y después todo siguió como siempre. Nalle no parecía recordar nada. Estaba como siempre. Lars-Gunnar también estaba como siempre y dormía por las noches.

«Dormía como un lirón», piensa ahora con aquella mujer a sus pies. Como un animal que se acuesta en un agujero y que sólo es cuestión de tiempo hasta que aparezca el cazador.

Cuando Stefan Wikström llamó, se lo notó en la voz. Que lo sabía. Sólo el hecho de llamar a Lars-Gunnar. ¿Por qué lo hizo? Se veían cuando cazaban pero él no tenía nada que ver con aquel miserable pastor. Y ahora lo llamaba. Le explicó que el párroco parecía dudar en cuanto al futuro de la caza. Quizá Bertil Stensson le podría proponer al párroco acabar con el arriendo del coto. Y hablaba de la caza del alce de una manera como... como si él tuviera algo que ver con aquel asunto.

Y cuando Stefan llamó se disolvió la niebla en la memoria de Lars-Gunnar. Recordó cuando estaba en el embarcadero esperando a Mildred. Tenía el pulso acelerado al máximo. Miró hacia la parroquia. Había alguien en el primer piso. No lo recordó hasta que Stefan Wikström lo llamó.

«¿Qué quería de mí?», pensaba ahora. «Quería poder sobre mí. Como Mildred.»

Lars-Gunnar y Stefan Wikström están en el coche de camino al lago. Lars-Gunnar ha dicho que quería sacar la barca antes de que llegara el frío y atar los remos

con una cadena.

Stefan Wikström se queja como un crío de Bertil Stensson. Lars-Gunnar lo escucha sólo a medias. Es por lo del arriendo del coto de caza y que Bertil no valora el trabajo que hace Stefan en la parroquia. Y Lars-Gunnar tiene que seguir oyendo su insoportable e infantil conversación sobre la caza. Como si supiera de lo que habla. El chico al que le han hecho sitio en el grupo gracias al párroco.

Lars-Gunnar también se siente confuso con toda aquella cháchara. ¿Qué es lo que quiere el cura? Como un niño muestra su brazo arañado, así presentaba Stefan al párroco Bertil ante los ojos de Lars-Gunnar. Sopla y se te pasará el dolor.

No piensa dejar que aquel tipo lo aplaste. Está dispuesto a pagar por sus actos, pero no a Stefan Wikström. Nunca.

Stefan Wikström tiene fija la mirada en la parte de la carretera que se ve con las luces largas del coche. Se marea fácilmente. Tiene que mirar hacia delante.

Es un miedo que empieza a aparecer por dentro. Nota cómo se retuerce en el estómago como una delgada serpiente.

Hablan de todo. No de Mildred, pero se nota que ella está presente. Es casi como si fuera en el asiento de atrás.

Piensa en la noche antes del solsticio, cuando estaba en la ventana del dormitorio. Vio a alguien junto a la barca de Mildred. De pronto aquella persona dio unos pasos y desapareció detrás de una pequeña cabaña de madera que estaba en un terreno propiedad del municipio. No vio nada más. Claro que después estuvo pensando que había sido Lars-Gunnar y que llevaba algo en la mano.

Ni siquiera ahora piensa que estuvo mal no decir nada a la policía. Lars-Gunnar y él forman parte de los dieciocho hombres del grupo de caza. De esa forma él se convierte en el pastor de Lars-Gunnar. Lars-Gunnar pertenece a su manada. Un cura obedece otras leyes que los demás ciudadanos. Como sacerdote no puede levantar un dedo para acusar a Lars-Gunnar. Como sacerdote tiene que encontrar el momento adecuado en el que Lars-Gunnar esté preparado para hablar. Aquello todavía era un peso que llevaba encima. Y cedía. Lo dejaba en las manos de Dios. Rezaba: «Hágase tu voluntad.» Y añadía: «No siento que lo aceptes con agrado, ni que tu peso sea ligero de llevar.»

Han llegado y salen del coche. Le toca llevar la cadena. Lars-Gunnar le dice que vaya delante.

Empieza a andar por el sendero. Hay luz de luna.

Mildred va detrás de él. Lo nota. Ha llegado junto al lago. Deja caer la cadena en el suelo. La mira.

Mildred sube hasta su oreja.

«¡Corre! —le dice—. ¡Corre!»

Pero no puede correr. Se queda allí parado esperando. Oye que llega Lars-Gunnar. Espacio toma forma a la luz de la luna. Y sí, lleva un arma.

Lars-Gunnar mira a Rebecka Martinsson. Después de bajar la escalera ha dejado

de temblar. Está consciente y lo mira directamente a los ojos.

Rebecka Martinsson mira hacia arriba, al hombre. Aquella imagen ya la ha visto antes. El hombre que es un eclipse de sol. La cara está en la sombra. El sol entra por la ventana de la cocina. Tiene como una aureola alrededor de la cabeza. Es el pastor Thomas Soderberg. Le dice: «Te amaba tanto como a mi propia hija.» Dentro de poco le aplastará la cabeza.

Cuando el hombre se agacha ella lo agarra. Agarrarlo es mucho decir, con el dedo corazón e índice de la mano derecha le busca la costura del cuello del jersey. Con el propio peso de la mano lo acerca a ella.

—¿Cómo puedes vivir con ello?

Él se deshace de sus dedos con suavidad.

«¿Vivir con qué? —piensa—. ¿Stefan Wikström?» Sentía más pena por aquella vez que mató a una hembra alce allá en Paksuniemi. Y de aquello hacía más de veinte años. En el momento que caía en el suelo aparecieron dos crías en la linde del bosque. Después desaparecieron entre los árboles otra vez. Durante mucho tiempo pensó en su error. Primero la hembra y después por no haber reaccionado a tiempo y haber matado a las crías también. Deberían haber sufrido una muerte dolorosa.

Abre la trampilla que hay en el suelo de la cocina y que va a un sótano cavado en la tierra. La agarra y la arrastra a través del agujero.

Nalle llama con la mano en la ventana de la cocina. Tiene su mirada incrédula entre los geranios de plástico.

En ese momento la mujer vuelve a la vida. Cuando ve el agujero en el suelo. Empieza a desasirse de él. Con la mano se coge de la pata de la mesa de la cocina y arrastra la mesa entera.

—Suéltame —le dice y le coge las manos con fuerza.

Ella lo araña en la cara. Se retuerce y hace fuerza. Una lucha muda y desesperada.

Él la levanta por los aires. Sus pies apenas rozan el suelo. De ella no sale ni una sola palabra. El grito está en sus ojos: «¡No! ¡No!»

La tira como si fuera una bolsa de basura y ella cae de espaldas. Ruidos y más ruidos, y luego todo queda en silencio. Él deja que la trampilla vuelva a caer en su sitio. Después, con las dos manos, agarra el aparador que está contra la pared sur y lo arrastra hasta ponerlo sobre la trampilla. Es pesado de cojones pero él tiene fuerza.

Abre los ojos. Le cuesta un momento darse cuenta de que había perdido el conocimiento pero no puede haber estado así mucho tiempo. Unos segundos. Oye cómo Lars-Gunnar arrastra algo pesado hasta la trampilla.

Abre los ojos como platos pero no ve nada. La oscuridad es total. Oye los pasos y el arrastre de cosas arriba. Se pone de rodillas. El brazo derecho le cuelga sin fuerza. De forma instintiva con la mano izquierda lo agarra a la altura del hombro y lo pone en su sitio. Se oye un ruido y un rayo de dolor sale del hombro, pasa por el brazo y llega hasta la espalda. Le duele todo menos la cara. Allí no siente nada. Intenta notarla con la

mano. Está como dormida y algo le cuelga con sangre. ¿Es el labio? Cuando traga nota el sabor a hierro.

Se pone a cuatro patas y palpa el suelo de tierra bajo sus manos. La humedad le atraviesa los téjanos a la altura de las rodillas. Huele a cagada de ratas.

Y si muere allí, se la comerán las ratas.

Anda a gatas. Con la mano por delante está buscando la escalera. Por todas partes hay telarañas pegajosas que se le adhieren a la mano mientras va palpando. Algo hace ruido en la esquina. Es la escalera. Está de rodillas con las manos en un escalón un poco más arriba, como un perro manteniéndose en las patas de atrás. Escucha y espera.

Lars-Gunnar ha puesto el aparador encima de la trampilla. Se seca la frente con el dorso de la mano.

Nalle se ha callado con su «¿Qué?». Lars-Gunnar mira a través de la ventana. Nalle anda haciendo círculos en la explanada. Lars-Gunnar reconoce aquella forma de andar. Cuando Nalle tiene miedo o está triste puede ponerse a andar así. Puede tardar hasta media hora en tranquilizarlo. Es como si dejara de oír. La primera vez que lo hizo, Lars-Gunnar se sintió tan frustrado e impotente que al final le pegó. Aquel golpe todavía le hierve por dentro. Recuerda que se miró la mano con la que le había pegado y pensó en su propio padre. Y Nalle no mejoró, al contrario, empeoró. Ahora sabe que tiene que tener paciencia. Y tiempo.

Si hubiera habido tiempo.

Sale a la explanada. Lo intenta aunque sabe que no podrá ser:

— ¡Nalle!

Pero Nalle no oye nada. Sigue andando en círculos.

Lars-Gunnar ha pensado en aquel momento mil veces. Pero en su pensamiento Nalle dormía apaciblemente. Lars-Gunnar y él han tenido un buen día. Quizá habían estado en el bosque. O habían ido en la motocicleta por al lado del río. Lars-Gunnar ha estado sentado un rato en la cama de Nalle. Nalle se ha quedado dormido y después...

Esto es demasiado. Mucho más jodido no podía haber sido. Se pasa la mano por la mejilla. Parece como si llorara.

Y ve a Mildred delante de él. Desde que pasó aquello ha ido acercándose hasta este momento. Se da cuenta ahora. El primer golpe. Entonces estaba lleno de ira contra ella. Pero después... después fue su propia vida la que golpeó y rompió totalmente. La colgó para que la pudieran ver todos.

Al coche. Allí está el fusil de caza. Está cargado. Ha estado así todo el verano. Le quita el seguro.

—Nalle —dice con voz ronca.

Se quiere despedir. Le gustaría hacerlo.

—Nalle —le dice a su niño ya mayor.

Ahora. Antes de que no pueda sujetar el arma. No puede estar allí cuando

vengan. Y dejar que se lleven a Nalle.

Apoya el arma levantada contra el hombro. Apunta. Dispara. La primera bala le da en la espalda. El segundo disparo, en la cabeza.

Y entra en casa.

Le gustaría abrir la trampilla y matarla. ¿Qué es ella? Nada.

Pero tal y como está ahora no tiene fuerzas para quitar el aparador que ha puesto encima.

Se sienta pesadamente en el sofá.

Se levanta. Abre el reloj de pared y para el péndulo con la mano.

Se vuelve a sentar.

Se pone el cañón en la boca. Toda su vida ha sido un sufrimiento hasta donde alcanza su memoria. Será una liberación. Por fin habrá pasado.

Abajo en la oscuridad oye el disparo. Viene de fuera. Dos veces. Después se oye la puerta de la calle. Oye los pasos sobre el suelo de la cocina. Después el último disparo.

Algo antiguo despierta dentro de ella. Algo de antes.

Sube a gatas las escaleras para poder salir. Se da en la cabeza con la trampilla. Cae casi hasta abajo del todo pero vuelve.

Es imposible abrir la trampilla. La golpea con los puños. Le empieza a salir sangre de los nudillos. Se rompe las uñas.

Anna-Maria Mella entra en la explanada de Lars-Gunnar Vinsa a las tres y media de la tarde. Sven-Erik va sentado en el coche a su lado. Han ido callados todo el camino hasta Poikkijarvi. Les resulta desagradable decirle a un antiguo compañero que tienen que confiscarle el arma para hacer una prueba de disparo.

Anna-Maria conduce un poco demasiado deprisa, como siempre, y a punto está de pasar por encima del cuerpo que está tirado sobre la gravilla.

Sven-Erik maldice. Anna-Maria frena en seco y salen disparados del coche. Sven-Erik ya está de rodillas comprobando el pulso en uno de los lados del cuello. Un enjambre de moscas pesadas sale volando de la parte posterior de la cabeza ensangrentada. Niega con la cabeza y en silencio como respuesta a la pregunta muda de Anna-Maria.

—Es el chico de Lars-Gunnar —le dice.

Anna-Maria mira hacia la casa. No lleva arma. Joder.

—No hagas ninguna tontería —la advierte Sven-Erik—. Métete en el coche y pedimos refuerzos.

Los compañeros tardan una eternidad en aparecer, opina Anna-Maria.

—Trece minutos —le informa Sven-Erik, que mira el reloj.

Son Fred Olsson y Tommy Rantakyro en un coche civil. Y cuatro compañeros

con chalecos antibalas y monos negros.

Tommy Rantakyro y Fred Olsson aparcen arriba en la colina y bajan corriendo agachados hasta el jardín de Lars-Gunnar. Sven Erik ha apartado el coche de Anna-Maria del ángulo de tiro desde la casa.

El otro coche de policía se para en el jardín. Se refugian detrás de él.

Alguien le da un megáfono a Sven-Erik Stålnacke.

—¡Escucha, Lars-Gunnar! —grita—. Si estás dentro, haz el favor de salir para que podamos hablar.

No hay respuesta.

Anna-Maria encuentra la mirada de Sven-Erik y niega con la cabeza. No hay por qué esperar.

Los cuatro que llevan equipo protector entran. Dos por la puerta principal. Uno primero y el otro siguiéndole los pasos. Otros dos entran por una ventana de la parte de atrás.

Todo está en silencio, exceptuando el ruido de cristal que se rompe en la parte trasera de la casa. Los demás esperan. Un minuto. Dos.

Uno de ellos sale de nuevo a la entrada y hace señales con la mano. Vía libre.

El cuerpo de Lars-Gunnar está en el suelo delante del sofá de la cocina. La pared de detrás del sofá está salpicada con su sangre.

Sven-Erik y Tommy Rantakyro apartan el aparador que está en medio sobre la trampilla.

—Ahí debajo hay alguien —grita Tommy Rantakyro.

—Venga —dice alargando el brazo hacia dentro.

Pero la persona que está abajo no sale. Al final baja Tommy. Los demás le oyen decir:

—¡Mierda! Así, ve con cuidado. ¿Te puedes levantar?

Ahora sale a través de la trampilla. Despacio. Los demás la ayudan. La cogen por los brazos. Entonces se queja un poco.

Anna-Maria no tarda nada en ver que se trata de Rebecka Martinsson.

Media cara de Rebecka tiene un color azul oscuro y está hinchada. Tiene una herida grande en la frente y el labio superior está roto. Le cuelga de un jirón de piel. «Era como una pizza combinada», diría Tommy Rantakyro tiempo después.

Anna-Maria piensa más en los dientes. Los tiene tan apretados. Como si la mandíbula se hubiera quedado paralizada.

—Rebecka —le dice Anna-Maria—. ¿Qué...?

Pero Rebecka la aparta con el brazo. Anna-Maria ve que mira el suelo de la cocina antes de salir encorvada a través de la puerta.

Anna-Maria Mella, Sven-Erik Stålnacke y Tommy Rantakyro la acompañan

afuera.

El cielo se ha puesto gris. Las nubes cuelgan pesadas y preñadas de lluvia por encima de ellos.

Fred Olsson está fuera en el jardín.

Abre la boca pero no le sale ni una sola palabra cuando ve a Rebecka. Se la queda mirando con los ojos como platos.

Anna-Maria mira a Rebecka Martinsson. Está como un palo delante del cuerpo sin vida de Nalle. Hay algo en sus ojos. Instintivamente todos entienden que no es momento de tocarla. Está en su mundo.

— ¿Dónde cono están los enfermeros? — pregunta Anna-Maria.

— En camino — responde alguien.

Anna-Maria mira hacia arriba. Empieza a chispear. Tienen que poner algo sobre el cuerpo del jardín. Un toldo o algo así.

Rebecka da un paso hacia atrás. Mueve la mano delante de la cara como si intentara espantar algo.

Y echa a andar. Primero se dirige hacia la casa. Después se tambalea y se va hacia el río. Es como si llevara los ojos tapados y no supiera hacia adonde ir.

Y empieza a llover. Anna-Maria nota cómo llega el frío del otoño. Pasa por la explanada como un río de aire helado. La lluvia es intensa y fría. Mil agujas de hielo. Anna-Maria se sube la cremallera y la barbilla le queda por dentro de la chaqueta azul. Tiene que conseguir el toldo para tapar el cuerpo.

— Vigíla — le ordena a Tommy Rantakyro señalando a Rebecka Martinsson, que sigue hacia delante tambaleándose—. No dejes que se acerque a las armas que hay dentro ni a las vuestras. Y no dejes tampoco que baje hasta el río.

Rebecka Martinsson atraviesa la explanada. Sobre la gravilla hay un chico grande muerto, muerto, muerto. Hace un momento estaba en el sótano con una galleta María en la mano y dándole de comer a un ratón.

Hace viento. El aire es un estruendo para sus oídos.

El cielo se llena de marcas de garras, profundos arañazos que a su vez se llenan de tinta negra. ¿Llueve? ¿Ha empezado a llover? Levanta las manos hacia el cielo para comprobar si se mojan. Se le bajan las mangas del abrigo y se le mojan las pequeñas muñecas, las manos como abedules desnudos. El pañuelo del cuello se le cae sobre la gravilla.

Tommy Rantakyro corre detrás de Rebecka Martinsson.

— Oye — le dice—. No bajes hasta el río. Dentro de un momento llegará la ambulancia y...

No le escucha. Sigue adelante hacia la ribera. Aquello es desagradable. Ella es desagradable. Desagradables ojos abiertos en una cara de carne. No quiere quedarse a solas con ella.

—*Sorry* —le dice mientras la agarra del brazo—. No puedo... Sencillamente no puedes ir allí.

Algo salpica la tierra como una fruta podrida. Alguien la coge del brazo. Es el pastor Vesa Larsson. Ya no tiene cara. Sobre sus hombros hay una cabeza marrón de perro. Los ojos negros de perro la miran acusadores. Él tenía hijos. Y perros que no podían llorar.

—¿Qué quieres de mí? —grita ella.

Y allí está el pastor Thomas Soderberg sacando niños muertos recién nacidos del pozo. Se agacha y los saca uno tras otro. Los coge boca abajo, de los talones o de los pequeños tobillos. Están desnudos y blancos. Su piel está blanda y llena de agua. Los tira a un gran montón que se hace cada vez más y más grande a sus pies.

Cuando se da la vuelta está cara a cara con su madre. Está muy guapa.

—No me toques con esos dedos —le dice a Rebecka—. ¿Lo entiendes? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Anna-Maria ha conseguido una alfombra. La va a poner encima del hijo de Lars-Gunnar. No es fácil saber cómo quieren los forenses que hagas las cosas. Tiene también que acordonar la zona antes de que llegue todo el pueblo. Y la prensa. Joder, y mira que ponerse a llover. En medio de todo, cuando llama para lo del acordonamiento y avanza con la alfombra en brazos, echa de menos a Robert. Desea llorar esta noche en sus brazos. Porque todo es tan jodido y tan sin sentido.

Tommy Rantakyro la llama y ella se da la vuelta.

—No puedo pararla —le dice gritando.

Está peleándose con Rebecka Martinsson en el césped. Ella intenta desasirse dando golpes a diestro y siniestro con los brazos. Se suelta y echa a correr hacia el río.

Sven-Erik Stålnacke y Fred Olsson van detrás de ella. Anna-Maria apenas tiene tiempo de reaccionar cuando Sven-Erik ya casi ha llegado. Fred Olsson está un paso más atrás. Detienen a Rebecka. Sus brazos son como serpientes mientras Sven-Erik intenta sujetarla.

—Tranquila —trata de calmarla Sven-Erik en voz baja—. Tranquila, tranquila.

Tommy Rantakyro se pone la mano debajo de la nariz. Un hilillo de sangre se hace camino entre los dedos. Anna-Maria siempre tiene pañuelos de papel en los bolsillos. Siempre hay algo que limpiarle a Gustav. Helado, plátano, mocos. Le alcanza un pañuelo a Tommy.

—Ponía de espaldas —grita Fred Olsson—. Tenemos que esposarla.

—Aquí no se esposa a nadie, por mis cojones —responde Sven-Erik muy serio—. ¿Falta mucho para que llegue la ambulancia?

Lo último se lo grita a Anna-Maria y ella hace un gesto con la cabeza que significa que no lo sabe. Sven-Erik y Fred Olsson sujetan a Rebecka Martinsson cada uno de un brazo.

En ese momento llega por fin la ambulancia seguida de otro coche patrulla.

Luces de colores y sirenas a través de la lluvia pesada y gris. Aquello es un caos.

Y en medio de todo Anna-Maria oye los gritos de Rebecka Martinsson.

Rebecka Martinsson grita. Grita como una loca. No puede parar.

PATAS DORADAS

Es negro como el diablo. Viene corriendo a través de un mar de flores de color rosa, las adelfillas. Las cápsulas blancas y peludas con la simiente vuelan como la nieve bajo el sol del otoño. Se para en seco. A cien metros de ella.

Su pecho es ancho. La cabeza también. Alrededor del cuello tiene un pelo largo, negro y fuerte. No es bello, pero grande. Igual que ella.

Se queda quieto por completo cuando ella se le acerca. Lo lleva oyendo desde ayer. Lo ha estado llamando para atraerlo. Le ha cantado. En la oscuridad le ha explicado que está completamente sola. Y ha venido. Por fin ha venido.

La felicidad le pica en las patas. Trota hacia él. Su cortejo no tiene reservas. Levanta las orejas y adopta la postura de declaración de amor. Se pavonea. El largo lomo es una S flexible. El rabo de él se mueve despacio, de un lado a otro, una y otra vez.

Se encuentran los hocicos. El hocico contra los genitales. El hocico debajo del rabo. Y de nuevo, hocico contra hocico. El pecho sacado y el cuello tieso. Todo es insoportablemente solemne. *Patas Doradas* expone todo lo que tiene ante él. «Si me quieres, aquí me tienes», le expresa de forma clara.

Y él le hace la señal. Pone una de las patas delanteras sobre la paletilla de ella. Después da un empujón hacia delante como si jugara.

Ella ya no puede contenerse. Recupera con toda su fuerza las ganas de jugar que ya había olvidado. Se aparta de él de un salto. Araña la tierra, que sale disparada detrás de ella. Acelera, se da la vuelta, vuelve corriendo y vuela hacia él de otro gran salto. Se da la vuelta. Baja la cabeza, arruga el hocico y enseña los dientes. Y se va.

Él la persigue y cuando consigue alcanzarla dan juntos una voltereta.

Están muy excitados. Juegan como dos locos. Al cabo de un rato se tumban y jadean.

Ella alarga el cuello perezosa y le lame la mandíbula.

El sol se pone entre los pinos. Las patas están cansadas y satisfechas.

Todo es ahora.

AGRADECIMIENTOS

Rebecka Martinsson se recuperará. Confío en esa pequeña mujer con botas de agua de color rojo. Y recuerda: en mi cuento yo soy dios. Los personajes pueden liarla a veces con su libre albedrío, pero yo los he ideado. Los lugares del libro también son casi todos imaginarios. Hay un pueblo que se llama Poikkijarvi junto al río Torneälven, pero ahí acaba la semejanza. No tiene camino de grava, ni restaurante, ni parroquia.

Muchos me han ayudado y a algunos quiero darles las gracias desde aquí: la abogada Karina Lundstrom, que investiga a personas interesantes para la policía. El doctor Jan Lindberg, que me ha ayudado con mis muertos. La doctoranda Catharina Durling y la asesora Viktoria Edelman, que siempre controlan los libros de leyes cuando yo no los entiendo o no puedo hacerlo. El adiestrador de perros Peter Holmström, que me habló del superperro *Clinton*.

Los posibles fallos del libro son míos. Olvido preguntar, malinterpreto o me invento, a falta de mayor conocimiento.

Gracias también al editor Gunnar Nirstedt por sus

puntos de vista, Elisabeth Ohlson Wallin y John Eyre por la cubierta de la edición sueca; Lisa Berg y Hans-Olov Oberg, que han leído y dado su opinión; a mi madre y a Eva Jensen, que no dejan de repetir «¡Muy bien! ¡De verdad!». A mi padre, que ha conseguido los mapas, puede contestar a cualquier tipo de pregunta, y vio al lobo cuando tenía diecisiete años y echaba la red debajo del hielo. Y finalmente: a Per, por todo.